

A woman with long, flowing blonde hair stands in a dark forest at night. She is wearing a light-colored, sleeveless dress and has her eyes closed. In the background, a man in a white shirt and dark vest is playing a violin. The ground is covered with white roses. The title 'La eternidad nos espera' is written in a large, white, cursive font across the center of the image.

La eternidad nos espera

Mónica
Gallart

A mi madre y a mi hermana

La
eternidad
nos
espera

Mónica
Gallart

Título: La eternidad nos espera
©2024 Mónica Gallart
Ilustraciones: Freepik

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Capítulo 1

2024, Madrid



Tecleó el nombre de Estela Santana en el buscador de Google y, al instante, una gran cantidad de enlaces para hacer clic se desplegaron ante sus ojos. Le dio a «imágenes» porque quería verificar que no estaba confundido, que ella era la mujer que acababa de ver en aquel vídeo de YouTube. En efecto, Estela Santana era muy popular. Todas las fotos mostraban a una joven de ojos grandes y expresivos, color miel, con rasgos dulces y aniñados a pesar de que debía de contar ya con la treintena. Creó una carpeta, y como un auténtico admirador, comenzó a guardar cada una de las fotos que vio de ella. Aún estaba emocionado por haber visto el vídeo en el que la mostraba tocando *Meditación de Thaïs*, y su corazón palpitaba excitado; era un fascinante y maravilloso descubrimiento. ¡Era ella, sin duda! Y con qué sensibilidad la interpretaba. No podía ser casualidad. «¡Te encontré!», pensó. Se levantó y cerró con pestillo la habitación; no quería que Sonia lo descubriera husmeando en la vida de aquella violinista, si lo hacía tendría que darle explicaciones, sobre todo por sus antecedentes. Si notaba el más mínimo indicio de obsesión en él, volvería a revivir el pasado y no tenía ganas de pasar por ello otra vez. Hacía tres años desde el accidente y, por fin, había conseguido convencer a todos de que estaba bien.

Se sentó de nuevo frente al ordenador y comenzó a hacer clic en los enlaces. Había muchísimas páginas hablando de Estela. Estaba reconocida internacionalmente; era una gran violinista. Leyó que tenía treinta y dos años y que antes de los conciertos pedía siempre un botellín de agua mineral y dos rosas blancas. La imagen de las rosas en su mano y una gota de sangre manando de la palma, suave y delicada, al pincharse con una espina, acudió a su mente. Aquello reafirmó más aún su convicción, Estela Santana era la mujer que estaba buscando y nada lo iba a detener, ni siquiera Sonia y su obsesión por vigilarlo desde que salió del hospital, después de que como un tonto le contara lo que le había pasado. No iba a sincerarse más con ella, no debía hacerlo. Él sabía perfectamente lo que estaba pasando, pero a veces, decir la verdad no es la mejor solución, al menos no lo fue para él.

Había sido una suerte haber decidido ver vídeos de gente tocando *Meditación de Thaïs* de lo contrario, jamás habría dado con ella. ¿Tendría algo que ver el destino con todo aquello? Seguro que sí. Hacía ya veinte años que no había tocado un violín, desde que tenía quince, edad en que abandonó sus estudios, embargado por una tristeza que no llegaba a entender, y de pronto, veinte años después, cuando su violín estaba más que olvidado y su obsesión por Jules Massenet enterrada en su memoria, se le ocurrió buscar a músicos tocando sus composiciones en internet. Aquello lo interpretó como un mensaje divino. Tres años había estado sufriendo, creyendo todo lo que los demás le decían, y ahora, había llegado a aquel punto de partida. Eso era el principio y lo llenaba de esperanza. ¿Terminaría el desasosiego? ¿La nostalgia que experimentaba cada vez que escuchaba la música de Massenet?

Se dirigió a la página oficial de Estela para poder ver el calendario de conciertos. Tenía programados tres, dos en Madrid y uno en París, y nada iba a impedir que él estuviera en los que se iban a celebrar en Madrid.

Unos golpes sonaron en la puerta y seguidamente el pomo giró.

—¿Gabriel? No me gusta que te encierres en tu habitación —la voz de su hermana sonó a través de la puerta— ¿Qué haces?

—¡Nada! —alzó su tono para que lo oyera—, estoy mirando cosas en internet.

—Para eso no necesitas tener la puerta de tu habitación cerrada. ¡Por favor, abre!

Gabriel resopló. Desde que se había ido a vivir con ella, su vida era como la de un preso vigilado por un policía. Así se sentía. Sabía que se preocupaba por él, que todo lo hacía porque tenía miedo de que le pasara algo malo, pero estaba muy cansado. La tenía encima a toda hora, siempre pendiente de lo que hacía y de lo que dejaba de hacer.

—No te preocupes tanto, Sonia. Estoy bien.

—Me quedo más tranquila si dejas la puerta abierta.

«Pero así yo no tengo intimidad» —se dijo a sí mismo.

Apagó el ordenador y se levantó para abrir, convencido de que al día siguiente sacaría una entrada para el concierto de Estela Santana.

Su hermana asomó la nariz en el cuarto, mirando a un lado y a otro.

—¿Qué pasa?, no estaba haciendo nada malo —le dijo molesto.

—¿Y por qué estabas encerrado?

—Soy mayorcito ya, Sonia, ¿todavía no confías en mí?

—Si... Es solo que... —titubeó.

—Que no confías en mí —ratificó ofendido— ¿Y si me estaba masturbando? Hace tres años que no me acuesto con una mujer, a lo mejor me estaba desahogando ¿Te has parado a pensar que no me dejas intimidad?

Sonia lo miró apretando los labios, luego cerró los parpados lentamente y los volvió a abrir.

—Tienes razón, lo siento, pero quiero que sepas que lo hago por tu bien.

—¡Ya lo sé, pesada! Agradezco que hayas cuidado de mí estos últimos años, pero ya estoy bien y necesito que me des cancha.

—De acuerdo. —Levantó sus manos en son de paz.

—Te lo agradezco. —Le sonrió—. Quiero que sepas que voy a volver a mis estudios de violín.

—¡Eso me parece genial! —Le devolvió la sonrisa.

—Es lo que estaba haciendo.

—¿El qué?

—No me masturbaba, estaba viendo información en internet sobre los estudios de violín. Por cierto, voy a ir a un concierto.

—Me parece muy bien, es bueno que pienses en cosas que te gustan.

—Vale, tendré que ir un día a mi piso a por el violín.

—Te acompañaré.

Gabriel abrió sus ojos desorbitadamente.

—¿De verdad?! ¿No me vas a dejar ir solo?

—¡Muy bien! Ve tú solo, te doy cancha. —Cogió su cara con sus manos y dejó un sonoro beso en una de sus mejillas.

Capítulo 2

2024, Madrid



En su camerino, contemplaba las dos rosas blancas sobre su mano. No tenía ni la más remota idea de por qué aquello la relajaba, pero desde que empezó a dar conciertos, antes de salir al escenario, las tomaba y las observaba un rato, convencida de que le daban suerte. Las olió y se levantó, dispuesta a finalizar su actuación sosteniéndolas en una mano. Cuando salió a escena, volvieron a aplaudir, pero en cuanto se situó delante de la orquesta, el silencio fue absoluto en el auditorio. Dejó las rosas en el suelo, junto a sus pies. Con los ojos cerrados y el violín bajo su mentón, se preparó para poner punto final al recital, eligiendo para ello *Meditación de Thaïs*, de Jules Massenet. No sabía por qué, pero esa pieza estaba ligada a ella desde niña; fue la que le mostró que su camino era aprender a tocar el violín. Desde el momento en que la escuchó por primera vez, se convirtió en una composición especial que parecía estar conectada directamente con su alma.

Las yemas de sus dedos sentían las cuerdas y su otra mano sostenía el arco con delicadeza. Aparentemente, todo iba como siempre, pero algo le hizo abrir los ojos otra vez para repasar rápidamente a la audiencia. No sabía qué era, pero esa noche parecía diferente a las demás. Miró al director de orquesta y asintió, haciéndole ver que estaba preparada. Volvió a cerrar los ojos y esperó.

El arpa inició los primeros compases y, como si fuera parte de la música, sus manos comenzaron los movimientos sobre el instrumento, liberando las notas que volaron livianas, devorando el silencio del recinto. Estela se convirtió en música; ella y su violín se fundieron en uno solo. El amor que esa melodía provocaba en ella la hacía olvidar que el aforo estaba completo; para ella no había nada más que su violín y el acompañamiento del arpa y el resto de los violines, y cuando finalizó su interpretación con aquella nota aguda, los espectadores rompieron en aplausos, poniendo fin a aquel profundo trance en el que había estado sumida. Sonrió y saludó, parte de los oyentes se habían puesto en pie, no había nada más gratificante para un artista que el calor de su público. Desde el escenario contemplaba sus caras; estaban satisfechos por lo que ella también lo estaba. Cogió las dos rosas y las lanzó a la audiencia. Diez minutos de aplausos. Saludó de nuevo, llevándose una mano al corazón mientras que con la otra sujetaba su violín. Las luces se apagaron y abandonó el escenario. Marta, su mánager, la esperaba con un pañuelo para que se secara el sudor de la frente.

—¡Has estado increíble! —le dijo, visiblemente emocionada, mientras dejaba paso a los músicos que comenzaban a abandonar el escenario.

—Gracias, hoy he disfrutado especialmente. —Frunció el ceño—. No sé, era como si hubiera alguien muy especial entre el público. ¿Has invitado hoy a Máximo Aguirre?

—No, Máximo tiene achaques y últimamente no sale mucho. Bueno, tú ya lo sabrás.

—Sí, sí, la última vez que lo llamé no pude hablar con él, se puso su mujer. Tengo que hacerle una visita.

La arpista se acercó a ella y se felicitaron mutuamente; tras ello, Estela volvió a dirigir su atención a su manager.

—Estoy bastante cansada.

—Pues, guapa, antes de irte tendrás que firmar algunos autógrafos.

Estela resopló.

—Está bien, pero esta vez solo los que estén de camino al coche. Estoy muerta.

—Después de todo lo que he escuchado esta noche, yo diría todo lo contrario.

—No, en serio, anoche, no dormí muy bien.

Johann Fischer, el director, se acercó a ella.

—Mis felicitaciones, Estela —le dijo con un claro acento alemán—. Como siempre, ha sido un placer.

—Lo mismo digo. —Sonrió—. Hoy ha sido una noche especial.

—Ese cierre ha estado espectacular. —Tomó su mano y la besó, luego se alejó.

—Vale, guapa, creo que ya es hora de que guardes tu violín en el estuche. Tenemos que salir pitando de aquí si quieres descansar —propuso Marta.

Marta era lo más parecido que tenía a una amiga, aunque no podía decir que lo fuera. La relación laboral entre las dos impedía que profundizasen más de lo estrictamente necesario. En realidad, era Estela quien ponía los límites y no dejaba que la cosa fuera más allá. Habiendo dinero de por medio, todo se complicaba y no quería salir mal parada. Ella era el trabajo de Marta, su gallina de los huevos de oro. Se encargaba de absolutamente todo, y tenía que reconocer que incluso de algunas cosas que no tenían que ver con su carrera como violinista. Estela se sentía cómoda dejando todo en sus manos y Marta lo sabía, lo que a veces la llevaba a pensar que era imprescindible para la concertista. Lo sabía todo de su vida, decía que ese era su trabajo. Era Estela quien no conocía en absoluto a Marta, sin embargo, consideraba que sin ella no podía vivir; era una excelente profesional y siempre se dejaba guiar por sus consejos. A menudo se sentía como una marioneta en sus manos, pero la única responsable de la situación era ella misma, que dejaba que tomara casi todas las decisiones.

La gente esperaba su salida en la puerta, con el entusiasmo reflejado en el rostro. Se acercaban a ella para pedirle que les firmara su último disco o el programa de aquella noche. Ella, sonriente, les preguntaba por su nombre y luego les escribía una dedicatoria. Avanzaba con Marta a unos metros de distancia. Sin fijarse demasiado en los rostros de quienes la abordaban por el camino, no por nada en particular, sino porque estaba realmente cansada. Había sido un día duro y tenía ganas de llegar a casa. Con la sonrisa automática activada, avanzaba en su camino hacia el coche que la esperaba; ya solo faltaban unos pasos cuando sintió el tacto de una mano cálida cogiendo la suya. Desvió su mirada hacia el hombre que se había tomado la libertad de asir una de sus manos y se topó con unos ojos cerúleos que provocaron en ella una sensación extraña. En un repaso rápido, vio que tenía el pelo muy oscuro, corto, y llevaba barba de varios días, salpicando su mentón anguloso. Su forma de mirarla la incomodó un poco; había fijado sus ojos en los suyos, quizás esperando una reacción por su parte, pero Estela se paralizó por un momento. No esperaba que tomaran su mano con tanta familiaridad.

—La eternidad nos espera. —Su voz grave dejó caer suavemente las palabras. Abrió su palma de la mano y dejó un *marron glacé* con su envoltorio dorado —. Son tus preferidos.

Se miraron unos segundos más, hasta que una de sus fans se acercó reclamando su tiempo. El contacto entre sus manos se perdió en cuanto aquella mujer le colocó su programa delante para

que se lo firmara. Estela le preguntó su nombre y escribió su dedicatoria en el papel, luego giró su rostro. Él todavía estaba allí, entre la gente, mirándola fijamente, y ella no sabía cómo reaccionar. Debería sentirse molesta por las confianzas que se había tomado; pero no lo estaba, se sentía extraña, aquella situación la había dejado desconcertada y no sabía el motivo. Estaba acostumbrada a lidiar con gente de todo tipo; sin embargo, en esa ocasión se sintió torpe y fue incapaz de reaccionar.

Mientras se alejaba de él, movía el *marron glacé* en su mano, preguntándose si en alguna entrevista había contado lo mucho que le gustaban. No recordaba haberlo hecho. Así que, ya en el coche, le preguntó a Marta, la mujer que parecía tener un disco duro en su cabeza, archivando todos los acontecimientos importantes de su vida profesional.

—¿Alguna vez he dicho que me encanta el *marron glacé*?

—A mí sí.

—Me refiero en alguna entrevista.

—Que yo recuerde, no —le contestó—. Normalmente, suelen preguntarte cosas sobre música y manías relacionadas con ello, como lo de tus rosas blancas, por ejemplo.

—Pues es que me ha pasado algo muy raro. Un tipo con unos increíbles ojos azules, me ha dado esto. —Abrió la palma para enseñarle el dulce.

—No se te ocurrirá tomarte eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no, no sé quién era. Pero, ¡madre mía!, ¡qué mirada!, parecía que sus ojos tenían imán.

—Podría haberlo envenenado —conjeturó Marta.

—Espero que no tuviera esas intenciones —afirmó pensativa—. Lo curioso, es que son de la marca que compro. Son franceses, de Clément Faugier, los mejores, y ese hombre lo sabía.

—Será casualidad.

—¡No! Me ha dicho: «son tus preferidos». ¿Cómo podía saberlo?

—Se lo habrá dicho alguien que te conoce bien, lo cual me asusta un poco. ¿No será un acosador?

—¿Acaso tú sabías que los que más me gustan son de Clément Faugier?

Marta levantó sus cejas claras.

—La verdad es que no.

—Ha sido un tanto extraño. Y su mano... me ha resultado... pffff, no sé, ¿agradable?

—¿Ha cogido tu mano?!

—Sí, y luego me ha dado el *marron glacé*. ¡Ah! Y me ha dicho «la eternidad nos espera».

—Uy, qué mal rollo me está dando, da la impresión de que es un poco raro. Tienes que tener cuidado con esa gente —le dijo de manera protectora.

—¿A qué crees que se podía referir? —preguntó reflexiva, sin hacer caso a la recomendación que le había dado su representante.

—Pues no lo sé, pero espero que no quiera hacerte daño. Eso de la eternidad me recuerda a los compositores muertos, por eso de que la consiguen con sus obras.

—¡Bah! —hizo un gesto con la mano—; en cualquier caso, no creo que lo vuelva a ver.

Pero a pesar de aquella afirmación, cuando se acostó esa noche le costó conciliar el sueño. Una sensación extraña se había instalado en el centro de su estómago, como si algo fuera a suceder próximamente, como si le estuviera aguardando algo y no supiera si ese algo era bueno o malo.

Capítulo 3

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Étienne Fauré llegó a Vichocuntin acompañado por un guía del lugar. Conforme avanzaba por el camino estrecho, entre los árboles, se fue dando cuenta de que, en efecto, aquel sitio cumplía con creces con los requisitos que, para él, debía de tener un remanso de paz. Su amigo, Anxo, tenía razón cuando le explicó que el pueblo en el que sus padres habían vivido, en pleno bosque, era el lugar que necesitaba para recuperarse. La aldea había sido despoblada poco a poco unos años atrás, cuando construyeron la carretera. Todos se habían mudado y ahora las casas estaban cerradas. Aquello contrastaba enormemente con la vorágine propia de una gran ciudad como París. En un principio había considerado regresar por un tiempo con sus padres, en Ardèche, al sur de Francia, pero luego Anxo le ofreció la casa de sus progenitores en España. Le habló con entusiasmo del frondoso bosque donde se encontraba el pueblo y de la tranquilidad que experimentaría, dado que ya no vivía nadie allí. Pensó que era lo que necesitaba para acabar con aquella sensación de vacío que tenía desde hacía dos años ya. No encontraba consuelo, no había manera de deshacerse del dolor y de las ganas de desaparecer. Si no tenía su música, ¿qué le quedaba? Necesitaba terminar su ópera o estaría perdido como compositor. De nada le iba a servir haber sido uno de los mejores alumnos de Jules Massenet. ¡Oh, qué tiempos aquellos!, cuando su imaginación fluía a borbotones, ahora todo había quedado atrás y una sombra oscura se había adueñado de su alma vacía de emociones.

Su corazón volvía a llenarse de esperanza caminando entre los helechos, las rocas revestidas de musgo y los árboles frondosos que apenas permitían ver el cielo, intuía que aquel lugar mágico le devolvería la ilusión por su trabajo y esa creatividad que creía perdida.

Anxo le había contado maravillas de su tierra y de su mitología, que se remontaba a tiempos inmemoriales. Estaba claro que era un lugar inspirador y en esa magnífica región tenía la intención de basarse para su próximo trabajo.

Llegaron al hórreo del que su amigo le había hablado. Con ocho pies de piedra se sustentaba por encima del camino y había que pasar por debajo de él. Todo era tal y como Anxo lo había descrito: verde, húmedo, fresco y con las edificaciones en piedra. Etienne tenía la sensación de encontrarse dentro de un cuento fantástico.

La casa en la que se iba a instalar era de dos plantas y disponía de un pequeño balcón con vistas a la frondosidad de aquel fabuloso lugar. El guía, que se lo habían proporcionado los padres de Anxo desde la nueva aldea, se detuvo ante la puerta. La mula que había caminado tras ellos se paró cuando el hombre lo hizo. Sin decir ni una sola palabra, el hombre comenzó a descargar del animal los enseres de Étienne, dejándolos en el suelo, frente a la puerta de la casa.

—Gracias —le dijo en español, con evidente acento francés.

—Si necesita algo ya sabe dónde están los señores Agar. ¿Sabría volver?

—Creo que sí.

—Si no es así, Xabela le indicará el camino —comentó, refiriéndose a la mula—. Se la dejo para que pueda desplazarse al pueblo.

—Es usted muy amable, Nuno.

—No es cosa mía. Los señores Agar me han pedido que lo trate muy bien. Anxo escribió pidiéndoles que lo cuidaran como si fuera su propio hijo.

—Sí, Anxo es muy buen amigo.

—Y estamos todos muy orgullosos de él. Pocos de por aquí se van a París a estudiar.

—Bien que lo ha aprovechado, es un músico excelente.

—Bueno, señor Fauré —pronunció mal su apellido—. Yo le dejo para que se instale. La despensa está llena de alimentos, pero si necesita algo más, ya sabe. El pan se lo traeré yo cada dos días.

—Me parece muy bien, Nuno.

Y se quedó mirando cómo se alejaba. Cuando el hombre fue engullido por el verde de la naturaleza, se giró y abrió la puerta de la casa. Cogió sus cosas y entró. El olor a humedad se clavó en su nariz. Se notaba que la vivienda había estado cerrada durante bastante tiempo, era el característico olor de los lugares poco ventilados, y se podía apreciar que el calor humano no le daba vida desde hacía años. Subió al piso de arriba, entró en la habitación principal y dejó la bolsa sobre una cama con dosel que había en el centro de la estancia. Abrió la puerta del balcón y salió para observar las vistas. Robles, enredaderas, acacias, laureles... eran algunas de las especies que conformaban aquel legendario bosque. Daba la impresión de que de un momento a otro iba a aparecer algún ser mitológico y, conforme lo pensaba, vio pasar entre los helechos la figura de una mujer. Si la aldea estaba despoblada, ¿qué hacía allí esa joven? ¿de verdad la estaba viendo? No pudo verle la cara, pero por sus movimientos dedujo que no debía de ser muy mayor. Tenía el pelo rubio, suelto y estaba ataviada con un vestido blanco. Caminaba despacio como si disfrutara de estar en aquel entorno. La siguió con la mirada hasta que desapareció entre los árboles. Aun pensando que quizá tan solo era un espejismo, se sintió tentado de bajar a buscarla; la curiosidad lo estaba matando, pero pensó que podía resultar entrometido. No creía que estuviera en peligro; al revés, parecía estar disfrutando de su paseo y probablemente la hubiera molestado si se hubiese acercado para preguntarle si necesitaba algo.

Capítulo 4

2024, Madrid



Llegó al Teatro Real a las nueve de la mañana para los ensayos. Cómo un ritual que hacía cada vez, se detuvo a hablar con Alfonso, el jefe de seguridad del teatro, y le preguntó si todo estaba correcto.

—Todo comprobado, como siempre, señorita Santana. No se preocupe por nada.

Estaba convencida de que los trabajadores pensaban que era una neurótica, pero le daba igual. Allá donde iba a ensayar o a actuar, siempre pedía hablar con el responsable de seguridad y le preguntaba por el sistema antiincendios. Su manía de pedir rosas blancas la podía contar en las entrevistas que le hacían, pero aquello era una debilidad inconfesable. No deseaba que nadie lo supiera; su miedo al fuego la hacía sentir vulnerable y no le agradaba mostrar sus flaquezas ante el mundo.

Ese día en concreto, estaba más alterada de lo normal porque había vuelto a tener las mismas pesadillas que cuando era una niña. Todas y cada una de las noches, soñaba con enormes llamaradas que querían devorarla; afortunadamente, con el tiempo se fueron haciendo menos frecuentes hasta desaparecer, pero anoche, todo volvió a empezar. Era tan vívida como aquellas que sufría de niña. Sentía el calor que irradiaba el fuego llegando hasta su rostro, el sudor que caía por sus sienes, el miedo a morir.... Sus padres la protegían cuando era pequeña, pero ahora ellos ya no estaban. Estaba sola ante sus miedos.

En su vida estaba rodeada de gente, tenía muchos conocidos en el mundo de la música, pero cuando llegaba a casa estaba sola. No tenía a nadie. Vivía en un piso enorme en el barrio de Salamanca, y allí estaban ella y su música; la pasión que sentía por esta y su violín era inmensa, no había sitio para nada más y, sin embargo, a veces sentía un vacío que creía que nunca podría llenar con nada. Lo curioso era que no sabía por qué. Lo tenía todo; había alcanzado el éxito en su carrera profesional, amaba su trabajo y, aun así, a veces se sentía abrumada por esa sensación de soledad incommensurable. Estaba claro que el haber perdido a sus padres contribuía a ello, pero habían pasado ya veinte años y se sentía incapaz de rehacer su vida, quizá contribuyó a ello todo lo que experimentó tras la muerte de sus padres, su vida con la familia de acogida en la que estuvo no fue fácil. Así que todo su amor lo volcaba en su música y nadie había conseguido arrebatarse el puesto, por eso estaba sola. A veces se sentía como una misántropa, no buscaba demasiado el contacto con los demás, por ello disfrutaba tanto cuando se encerraba en su estudio a ensayar. La música y ella. Nadie más.

Después de hablar con Alfonso, caminó por el pasillo que conducía al escenario. En el trayecto se encontró con algunos músicos que la saludaron al pasar. Cuando llegó, Johann Fischer estaba revisando algunas partituras, junto a algunos músicos que ya estaban sentados listos para empezar.

—Buenos días —la saludó en cuanto la vio.

—Hola, ¿qué tal? —respondió a su cortesía—. Buenos días a todos —dijo en tono jovial dirigiéndose a la orquesta, aunque le pesara no haber dormido bien esa noche.

Abrió el estuche de su violín, apartó una fotografía de dos rosas blancas que siempre llevaba en él, y cogió el instrumento. *Capricho N° 24* en la menor de Paganini, con esa pieza abrirían el concierto dentro de dos meses en el Teatro Real. Requería de mucha destreza, ya que los movimientos exploraban ampliamente las diversas técnicas del violín. Dobles cuerdas, diferentes golpes de arco, notas extremadamente agudas... Todo junto en una sola pieza, que duraba unos seis minutos, para dejar asombrado al oyente. Un alarde de virtuosismo que Estela controlaba desde hacía ya muchos años. Sin una vida que compartir con nadie, todas sus horas estaban dedicadas a su único amor. Así era como pasaba los días, y así era como había llegado a donde lo había hecho. «Si uno quiere algo en esta vida, está claro que sin trabajo no lo va a conseguir», ese era su pensamiento y por lo que se había regido toda su existencia.

Ensayaron todo el repertorio varias veces, parando un momento para comer, y a las cinco habían terminado. Se despidió de sus compañeros y se encaminó hacia la salida. Al llegar a la puerta, el conserje la detuvo.

—Señorita Santana.

Se giró para mirarlo.

—Han dejado algo para usted.

—¿Quién?

—Un hombre. Ha dicho que se llama Gabriel, que ustedes ya se conocían.

—Yo no conozco a nadi... —Dejó su frase a mitad al ver lo que el conserje llevaba en las manos.

El hombre alargó el brazo para darle la lata de *marrons glacés* con el logotipo de Clément Faugier impreso.

—Gracias, Antonio, es usted muy amable. ¿Le ha dicho algo el hombre que se la dejó?

—Me dio esta nota para usted.

Estela cogió el papel plegado de su mano, le dio de nuevo las gracias y salió a la calle confundida. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería? Muchas molestias se estaba tomando para acercarse a ella. Algunos de sus fans indagaban por saber sus horarios de ensayo para verla, pero nunca habían averiguado que sus *marrons glacés* favoritos eran Clément Faugier. Eso era algo muy difícil de investigar y se preguntaba por lo que habría hecho ese hombre para saberlo. Ella los compraba por internet. ¿Acaso había hackeado su ordenador? De algún modo la asustaba, aunque tenía que reconocer que estaba intrigada. Se acercó al taxi que la esperaba en la calle, abrió la puerta y entró al coche. Después de darle su dirección al taxista, miró la nota en su mano, la desplegó y leyó:

Las castañas son las mejores, Estela. Espero que al saborearlas consigas evocar aquellos días felices. Te dejo mi cuenta de Instagram para ayudarte a hacerlo: @gabrielluna.

Lo que le faltaba, un desequilibrado mental acosándola. Esa nota no tenía ningún sentido para ella, salvo por una cosa: siempre había pensado que las castañas confitadas de Clément Faugier realmente eran las mejores que había probado. ¿Cuántas cosas más de ella sabría ese hombre?

Llegó a su casa dándole vueltas al contenido de la nota, ¿qué pretendía el tal Gabriel? ¿Habría conseguido averiguar su dirección? Pensar en eso la hacía sentirse insegura.

Atravesó su salón, decorado al más puro estilo minimalista, y llegó hasta su dormitorio. Dejó el violín y la lata con la nota sobre la cama, y se quitó la ropa dispuesta a darse una ducha. Era

pronto, pero no pensaba salir. De nuevo, estaba cansada, se dejaría caer en el sofá y vería alguna película que no le hiciera pensar demasiado.

Después de ducharse cogió la lata y la nota y las llevó a la cocina. Se puso un vaso de leche y miró la nota pensativa. «¡Muy bien! Vamos a averiguar quién diablos eres», se dijo a sí misma. Cogió su móvil y entró en Instagram. Tecleó el nombre que le había dado y enseguida tuvo acceso a su cuenta, no era privada, así que todas sus fotos se podían ver.

Dados los últimos acontecimientos, debió de suponer que la última imagen publicada estaría dedicada a ella. La primera fotografía que vio, era un precioso bosque frondoso, lleno de helechos y musgo en las rocas. La luz se filtraba por entre las ramas de los árboles creando una atmósfera mágica. El texto que lo acompañaba era tan extraño como el hombre que lo había creado, leyó:

Este es el santuario perfecto para una interpretación de Estela Santana. Las notas enredándose entre la naturaleza. ¿Puede haber mayor belleza?

A pesar de que había comenzado a pensar que no estaba muy aplomado, ese texto se le quedó clavado dentro. «Las notas enredándose entre la naturaleza». Aquello era como un deseo profundo de su alma. Había grabado numerosos vídeos tocando en diferentes sitios: en palacios clásicos, en arquitecturas vanguardistas, en la playa, en ruinas de castillos... Pero ya le había planteado a Marta que deseaba hacerlo en un bosque como los que hay en el norte de España, de esos que huelen a tierra húmeda, a lluvia y a naturaleza exuberante. Y ahora parecía que Gabriel Luna había entrado en lo más recóndito de su mente, donde sus anhelos residen, para ponerlos al descubierto: «¿Quién eres?». Fue retrocediendo con su pulgar, al parecer había pasado una temporada sin publicar nada. Fue viendo algunas fotos en las que aparecía sentado en el salón de lo que probablemente era su casa, antes de encontrar una grabación, vestido con chándal, en la que se le veía caminando con muletas. El texto rezaba:

Vuelvo a casa después del coma. Amigos, he vuelto a nacer. Doy gracias por estar en este mundo.

Después de ese vídeo había tres o cuatro fotos más, aproximadamente habían transcurrido unos dos años y medio hasta la foto del bosque. Continuó mirando hacia atrás y todo eran imágenes de un hombre al que le gustaba salir a pasear por la naturaleza, fotos con amigos, con chicas y alguna fotografía en una oficina. Parecía que era una especie de funcionario, por lo que comentaba. Volvió al principio de la cuenta y le dio a «seguir». ¿Por qué lo hizo? No estaba muy segura, quizá porque quería tenerlo controlado.

Ella no solía llevar sus propias redes sociales, hacía mucho tiempo que había contratado a una Community Manager. Pero esto era pura curiosidad, Gabriel Luna había despertado algo en ella. Después de presionar en «seguir», no le envió ningún mensaje privado, pero al poco tiempo colgó una fotografía de un violín en su *feed*. «He vuelto a tocar por ti», ese era el texto que acompañaba a la imagen. Estela comprendió que aquello iba dirigido a ella y su dedo voló solo hasta el corazoncito de «me gusta». ¿Estaba siguiéndole el rollo a alguien que podía ser peligroso? Al instante pensó que una persona enamorada de la música no podía hacerle daño. ¿Fue una ridícula excusa que se dio para hacer algo que quería hacer? No sabía la respuesta a esa pregunta, pero ya estaba hecho; había iniciado un extraño diálogo con un desconocido que sabía cosas de ella que nadie más sabía.

Capítulo 5

2024, Madrid



La había visto en persona y ahora estaba más convencido que nunca de que era ella. No quería asustarla y por eso estaba dejando que recordase con calma, sin atosigarla. Quería caer sobre ella como una ligera llovizna, calando poco a poco en su alma, empapándola de él hasta que llegara a comprender todo. Por lo menos había conseguido que lo siguiera en su cuenta de Instagram y le había dado a «me gusta» en la última foto que había subido. Eso era una buena señal. El siguiente paso: subir una nueva fotografía y etiquetarla. Pensó en algo que pudiera ser significativo para ella, imágenes evocadoras y palabras que removieran algo en su interior, pero no se le ocurrió ninguna que no fuera demasiado explícita, así que puso un vídeo de ella tocando *Meditación de Thaïs* y escribió un texto que estaba seguro de que despertaría algo en ella:

En su interpretación de Massenet veo esa energía divina que emana de ella como un aroma embriagador. Flota en el aire y lo impregna todo de amor. ¿Alguien más la ve?

Etiquetada y listo. Ya estaba hecho. Estaba nervioso, ¿entendería su mensaje? ¿Contestaría a su llamada?

—¿Desde cuándo te has vuelto tan poético? —Sonia estaba en el quicio de la puerta de su habitación con su móvil en la mano.

—¿Has visto el vídeo?

—Sí, esa chica es una máquina —enfaticó su última palabra.

—Entonces entenderás por qué he escrito eso, despierta en mí cosas. Ella me vuelve poético.

—¿Pues sabes lo que pienso? —hizo una pequeña pausa en la que Gabriel esperó para que continuase—. En que tú podrías haber sido como ella si no lo hubieras dejado.

—Nadie sabe lo que hubiera llegado a ser.

—¿Esa pieza no la llegaste a tocar tú también?

—Sí, pero nada que ver con lo que hace ella.

—Si no recuerdo mal, era tu favorita.

Gabriel asintió.

—Sí, mi favorita, y la volveré a tocar.

«Con ella», pensó automáticamente.

—¿Cuándo retomas las clases de violín?

—La semana que viene.

—Tenemos cita con el médico, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo he puesto en otro horario. El profesor vendrá aquí a darme las clases, espero que no te importe.

—¿Por qué habría de importarme?

—Porque esta es tu casa y tener a un estudiante de violín puede llegar a ser muy molesto.

—Siempre me ha gustado oírte.

—Si el médico me da el alta, volveré a mi piso.

—Me dará mucha pena que te vayas —dijo con una cadencia triste.

Gabriel sabía que su hermana se había volcado en él, dejando otras cosas a un lado cuando tuvo el accidente. Llevó a su madre a una residencia para que la cuidaran, mientras ella acudía cada día al hospital para encargarse de su hermano pequeño. Siempre fue responsable y protectora con él. Y ahora, lo era mucho más, tanto, que hasta llegaba al punto de agobiarlo bastante.

—Creo que ya has hecho suficiente por mí.

—Cariño, tú y mamá, sois lo único que tengo.

—Por cierto, ¿cuándo iremos a verla?

Sonia levantó sus oscuras cejas, mordiéndose el labio, pensativa.

—Podemos ir también la semana que viene, tengo menos trabajo.

—Sí, me muero por verla. Le quiero contar cosas.

—Bueno, esperemos que nos reconozca —dijo con tristeza.

—De todos modos, siempre se pone contenta cuando recibe visitas.

—Eso es cierto. —Miró la mano en la que tenía el móvil y la levantó—. Le doy a «me gusta» a tu post. Espero que pronto cuelgues vídeos tuyos tocando.

Gabriel se carcajeó.

—Para que dejen de seguirme todos.

—¡Exagerado! ¡Con lo bien que lo hacías!

—¿Como si lo hubiera hecho toda la vida?

—Pues sí —afirmó categóricamente su hermana, mirando de nuevo su móvil—. Ahora lo podrías hacer como esta chica. Uy, mira, @estelasantanaofficial acaba de dar a «me gusta» en tu post.

No pretendía parecer demasiado entusiasmado, si lo hacía, Sonia podría sospechar que se debía a todos los recuerdos que tenía y no quería que pensara eso. Pero fue inevitable, instintivamente cogió su móvil y miró su cuenta. No solo le había dado al corazón, también había escrito un mensaje:

Es halagador recibir un elogio tan bonito. Muchas gracias, Gabriel.

«¿Ya está? ¿Solo una frase que podría haber escrito a cualquiera?», pensó decepcionado. No lo podía creer, debería haber surtido efecto, algo estaba fallando.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó su hermana al ver su expresión de desilusión.

—Nada. —levantó la vista del móvil para mirarla—. Me ha escrito un mensaje de agradecimiento.

—Pues qué detalle.

—Sí.

—No te veo muy contento. —Un atisbo de preocupación apareció en sus ojos. Sonia se inquietaba mucho por su hermano, siempre lo había hecho, pero desde el accidente y todo lo que vino después, lo veía como un ser sumamente vulnerable al que ella tenía que proteger. Era diez años mayor que él y siempre lo había tratado como a un niño pequeño. Ahora, todavía lo hacía, a pesar de sus treinta y cinco y, sobre todo, después de lo que había pasado.

—Es solo que esperaba un poco más por su parte. No sé, supongo que esto es más importante

para mí que para ella.

Sonia leyó el mensaje.

—¿Qué más quieres? Una reconocida violinista ha contestado a tu post, no todos lo hacen.

—Sí, tienes razón. —Le sonrió.

No le iba a contar el motivo por el que esa respuesta no era suficiente para él, así que no siguió con el tema.

Capítulo 6

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Todavía no había empezado a componer, no se sentía preparado. Su rutina diaria consistía en revisar la ópera que inició en París y que tenía sin terminar. Después, daba largos paseos por el bosque hasta llegar al río. Le gustaba impregnarse de la naturaleza, era sumamente apaciguador para esa alma suya que había estado afligida durante tanto tiempo. La imposibilidad de crear lo había mantenido en un estado de angustia constante. Nunca había sentido ese vacío. Sus pensamientos eran una pesada piedra que lo hundían más en la desesperación y el dolor. «No volverás a componer», se repetía así mismo, «ya no hay emoción dentro de ti, ni ilusión, ni vida...», la inspiración se fue para siempre, estás muerto por dentro». Todos esos pensamientos le impedían levantarse, y cuando se colocaba ante los pentagramas en blanco, rebuscaba en su interior, pero era imposible. Se sentía como si nunca hubiera compuesto nada, como si jamás hubiera estudiado, como si no hubiera creado seis obras de la nada que habían sido un éxito. El dolor lo había empujado hacia un pozo oscuro del que no podía salir. La prensa, en París, ya no hablaba de su obra y cada vez había menos capital en su cuenta bancaria; si no podía trabajar, estaba perdido, pero entonces apareció Anxo. Él le demostró ser un buen amigo. Cuando su carrera comenzó a hacer aguas, toda la gente que lo rodeaba se fue apartando, dejándolo solo, pero Anxo permaneció a su lado. Le ofreció prestarle dinero si lo necesitaba, lo apoyó moralmente animándolo a componer y, cuando vio que todo era en vano, le ofreció la casa de sus padres porque estaba convencido de que un cambio de aires siempre venía bien.

Aquel día otoñal había amanecido con cierta neblina; la humedad calaba en los huesos, pero la visión romántica del entorno entraba por los ojos de Étienne y llegaba hasta su espíritu para llenarlo de esperanza. Sabía que allí volvería a componer. Todo olía a vida y casi podía sentir bajo sus pies el palpar de la Tierra; todo eso lo estaba despertando. Cada uno de sus paseos lo acercaban más a su propósito. Caminaba abstraído, inmerso en sus propios pensamientos, cuando escuchó el sonido de pisadas sobre las hojas. Giró el rostro hacia donde provenía el ruido. Como una fantasmagórica aparición, la muchacha que vio el otro día caminaba entre la espesura. Llevaba un vaporoso vestido de gasa blanca; el pelo, suelto, recogido tan solo por los lados, caía hasta su cintura en ondas suaves. Era rubia, pero de un rubio casi blanco. A varios metros de distancia, su mirada se fijó en él, pero en cuanto lo descubrió, echó a correr, ocultándose entre la maleza.

—¡Espere, por favor! —le gritó.

La vio pasar una vez más entre los árboles hasta que el follaje la ocultó. No estaba cerca, pero había podido ver su rostro un poco mejor que la otra vez. El óvalo de su rostro, de líneas delicadas, reflejaba una belleza angelical. Unas notas musicales acudieron a su cerebro como un relámpago, ese encuentro iba a ser el inicio de su nueva composición que ya empezaba a

despuntar. Con el paso más rápido que pudo, reanudó el camino de vuelta a casa. Tenía que ponerse a trabajar antes de que las notas volaran y se fueran por donde habían venido.

Al llegar, Nuno estaba en la puerta de la casa.

—Buenos días, señor Fauré.

—Buenos días, Nuno. Lo siento, se me olvidó que hoy venía a traer el pan.

—No pasa nada señor —le dijo el hombre para que no se sintiera culpable—. Aquí tiene. —Tendió su mano con una bolsa de tela con bordados en el exterior. Étienne la tomó—. ¿Va todo bien, señor?

—Sí, perfectamente. —Le sonrió.

—Los señores Agar, le mandan saludos y lo invitan a comer el próximo miércoles.

—¡Eso es genial, muchas gracias! Dígales que acudiré encantado.

—¿Sobre las dos puede ser?

—Perfecto.

—Muy bien, se lo haré saber.

El hombre se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—*Attends une minute* [\[1\]](#), Nuno!

—¿Sí? —el hombre se detuvo en seco, girándose para mirarlo de nuevo. Tan solo supo que lo había llamado, del resto no entendió ni papa.

—¿La aldea más cercana de aquí es la nueva Vichocuntín?

—Sí, señor.

—Es que he visto aquí paseando a una joven —señaló con el dedo hacia la espesura—. Y me extraña que una mujer vaya sola por estos parajes. ¿Sabe quién puede ser?

Nuno se encogió de hombros.

—Llevaba un vestido claro y el pelo muy rubio, casi blanco.

El hombre abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Y dice que la vio en el bosque?

—*Oui*.

—¿No estaría cerca del río?

—*Oui* —contestó Étienne.

—Pues seguramente vio usted a una moura.

—¿Una moura?, ¿qué es eso?

—Viven bajo el agua o bajo la tierra, son rubias y bellas. Si se les perturba pueden utilizar su magia contra ti.

—¿Me está diciendo que la mujer que he visto no es real, que es un ser mitológico?

Nuno lo miró extrañado.

—No. Le digo que a lo mejor ha tenido la suerte de ver a una moura. Suelen pasear por los bosques.

—Habla usted con mucha seguridad, ¿alguna vez ha visto una?

—Yo no. Pero sí lo hizo mi abuela cuando estaba hilando. Siempre nos contó que se dio un susto de muerte, aunque no usó sus poderes, fue un encuentro... amistoso.

—¿Cree de verdad que fue una moura?

—Ha tenido usted suerte. Si consigue enamorarla, se llevará los tesoros que posee.

—Difícil lo veo, huyó de mí en cuanto me vio.

—Si ella lo ha visto, estoy seguro de que la volverá a ver.

—Estaré atento, Nuno.

—Hágalo, como ya le digo es una suerte si consigue enamorarla. ¡Será usted un hombre muy

rico!

—Con volver a trabajar me conformo —Sonrió.

—Que así sea, señor Fauré. Yo le dejo ya.

—*Adieu*, Nuno, y gracias por la información.

—No hay de qué.

En cuanto aquel hombre se marchó, entró en la casa y buscó la carpeta donde guardaba las hojas pentagramadas. Cogió su pluma y se sentó a la mesa que había en el salón. Fue capturando cada una de las notas que flotaban en su cabeza como náufragos queriendo ser rescatados y las trasladó al papel. No era mucho, pero sí un comienzo. Seguiría dándole vueltas y avanzaría poco a poco, sin desesperar.

Capítulo 7

2024, Madrid



—¿Estela? —escuchó en cuanto descolgó el teléfono. —Soy Tamara ¿cómo estás?

—Muy bien, Tamara. ¿Y tú?

—Bien, te llamo para comentarte algo. Resulta que ayer un chico te etiquetó en uno de sus posts y dejó un texto bonito. ¿Lo has visto? Lo pregunto porque me he dado cuenta de que lo has seguido y le has dado un «me gusta» en otro post. Vamos, espero que hayas sido tú porque yo no lo he hecho.

—Sí fui yo. Ese chico ha tenido algún detalle conmigo y me pareció bien seguirlo.

—Estela, si no te pido explicaciones; es tu cuenta, pero quería confirmar que habías sido tú y que nadie la había hackeado. ¿Viste el post del que te hablo?

—No, no lo he visto —le contestó a su Community Manager.

—He pensado que sería una buena idea repostearlo y compartirlo en otras redes. Échale un vistazo y dime si te parece bien.

Estela activó el manos libres y comenzó a buscar en su teléfono. Abrió Instagram y miró el mensaje en el que la habían etiquetado.

¿Por qué su corazón comenzó a bombear con rapidez cuando lo leyó? Siempre había creído en algo especial que la recorría cuando interpretaba *Thaïs*. Pero no sabía qué era. De repente, se puso muy nerviosa.

—Ya lo he visto, Tamara —le contestó—. Puedes compartirlo en todas las redes, me parece bonito.

—Sí, ¿verdad?

—Escucha, voy a escribirle por privado, no te preocupes porque soy yo, no hay ningún hacker.

—¿Quieres hacerlo tú? —preguntó extrañada, siempre había sido ella la encargada de contestar a sus fans, nunca lo había hecho Estela—. Yo puedo hacerlo, como siempre.

—Lo sé, pero lo conozco, viene a mis conciertos. Quiero hablar un momento con él y agradecerse personalmente.

—¿Serán esos ojos tan bonitos que tiene? —bromeó Tamara. Siempre se tomaba más confianzas con ella de las normales; ellas ni siquiera eran amigas.

—Podría ser —le respondió enigmáticamente, sin agregar nada más.

—Muy bien, pues eso era todo. Yo sigo con el calendario.

—De acuerdo, Tamara, vamos hablando.

Colgó y fue inmediatamente a escribir un mensaje a Gabriel. Estaba inquieta; todas y cada una de las notas que le había escrito tenían un significado para ella, no sabía por qué, pero eran deseos y pensamientos suyos personales. Anhelos que tenía desde hacía tiempo, ideas que surgían de ella con la más férrea convicción. ¿Por qué ese desconocido sabía todo eso? Tenía que

hablar con él con urgencia. Volvió a entrar en su *feed* e hizo un recorrido por sus fotografías, y cuanto más lo miraba, más convencida estaba de que debía hacer aquello.

Hola, Gabriel, me gustó mucho tu post, muchas gracias. ¿Puedes darme una dirección de correo electrónico?, me gustaría comentarte algunas cosas.

Después de su mensaje, no tardó ni cinco segundos en contestar:

Me alegra que te haya gustado. No sabes cuánto. Estoy impaciente por hablar contigo. Mi correo es gabrielluna.thais@gmail.com.

Muy bien, había llegado el momento de intentar sacarle la verdad. Abrió su correo y comenzó con su texto:

Gabriel, me halaga mucho que te guste mi música y agradezco que me hayas dejado una lata de mis *marrons glacés* favoritos; es algo que nadie ha hecho antes y me siento extraña porque no he hablado de esto con ninguna persona. Me gustaría saber cómo sabes esas cosas de mí. Por favor, responde.

Envió su mensaje.

A los cinco minutos recibió su respuesta:

Estela, sé muchas cosas de ti, sé por qué te gusta *Meditación de Thaïs*, sé el origen de tu manía por las rosas blancas, pero no puedo contártelo aún. Temo que si lo hago huyas de mí para siempre y es algo que no quiero. Te propongo una cosa: te invito a descubrirlo todo conmigo, buscando pruebas de todo ello para que no pienses que estoy loco. ¿Nos podemos ver en algún sitio? ¿En alguna cafetería o restaurante, con mucha gente, para que te sientas segura? Esto será mucho más fácil si nos miramos directamente a los ojos.

Qué detalle pensar en quedar en un sitio concurrido para no sentir miedo, pues lo tenía. Pero no solo porque ese hombre, totalmente desconocido, quisiera quedar con ella, lo que más miedo le daba era que, sin saber por qué, deseaba encontrarse con él. ¿Y si todo era una estratagema? ¿Y si era un perturbado obsesionado con ella?

Fácil, ¿para quién, Gabriel? No te voy a mentir esto me resulta de lo más extraño. ¿No puedes adelantarme algo ahora?

Hizo un intento porque le contara algo ya.

Entiendo que esto se sale de lo común, pero lo vas a comprender, Estela. ¿Te sientes capaz confiar en mí? Soy una buena persona, te lo puedo asegurar. Te daré todos mis datos, si quieres: DNI, número de la seguridad social, mi dirección..., todo para que me investigues. No soy un tío raro, trabajaba de funcionario del Estado, ahora estoy de baja porque hace unos años tuve un grave accidente y aún me estoy recuperando. Por favor, dame una oportunidad, no me rechaces antes de conocernos.

¡Madre mía! ¡Qué aprieto! ¿Qué hacía ahora? Un lado de su cerebro le enviaba mensajes para que declinara esa oferta de inmediato, pero el otro lado le decía: tienes que ir.

Está bien, vamos a vernos. Pero espero que me cuentes algo y no me dejes en ascuas, como ahora. Y no hace falta que me mandes el número de tu DNI. ¿Te viene bien el jueves próximo para cenar, a las 20:30, en el café de Oriente?

Era clienta habitual y la conocían, en ese restaurante se sentiría segura. La respuesta llegó pronto.

Allí estaré.

Acababa de quedar con el hombre de los Clément Faugier, el único que, al parecer, sabía de sus verdaderos gustos. A su memoria llegaron las frases que, de algún modo, la habían

conducido también a aceptar el encuentro con Gabriel: «Las notas enredándose entre la naturaleza», «esa energía divina que emana de ella». Sentía que formaban parte de su ser desde hacía tiempo, y ahora, habían presionado para que aceptara verse con él.

De nuevo, sintió esa sensación en el estómago, como aquel día después del concierto. ¿Estaba a punto de suceder algo? ¿O ya estaba sucediendo?

Capítulo 8

2024, Madrid



—Hola, mamá, mira quién ha venido ¿Sabes quién es?

Ángela, sentada en una butaca de la habitación de la residencia en la que estaba, levantó su mirada hacia sus hijos y una sonrisa de alegría se dibujó en su rostro ajado. A pesar de que contaba tan solo con setenta años, la enfermedad la hacía parecer más vieja y cansada. Un Alzheimer temprano había acelerado el paso de los años en su reloj biológico.

—¡Es mi músico! —exclamó contenta.

Sus hijos se sintieron felices de ver que los había reconocido. Cada vez le costaba más hacerlo. La mayoría de las veces olvidaba que tenía familia y no echaba de menos a nadie, pero se alegraba cuando entraban en su cuarto y charlaban con ella, aunque mantener una conversación era difícil a veces.

—¡Sí!, soy yo, tu hijo Gabriel.

—¿Y dónde está papá?

Los hermanos se miraron con tristeza. Su padre falleció cuando Gabriel era un adolescente.

—No ha podido venir hoy —le dijo su hija.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué cojeas? —le preguntó su madre preocupada.

Gabriel se acercó a ella y le dio un beso.

—Me hice daño, pero no es nada.

Cuando Gabriel tuvo el accidente, Sonia no quiso hablarle de ello a su madre. Durante el tiempo en que su hermano estuvo hospitalizado, no le dijo nada y ella tampoco se acordó de él. Nunca se preguntó por qué no la visitaba. Eso era lo triste de tener Alzheimer que no solo lo malo se olvidaba, lo bueno también desaparecía, o se escondía en algún lugar recóndito de la memoria.

—¿Te has vuelto a pelear con Juan? —lo interrogó.

Juan era un amigo de la infancia, hacía más de veinte años que no se veían.

—No, mamá, me caí. Eso es todo.

—¿Cómo ha ido el día hoy? —inquirió Sonia para cambiar de tema.

—Mal, me han quitado la revista Hola y no la había terminado de leer.

—No, mamá —le aclaró su hija pacientemente—. No tenías ninguna revista, no te la han podido quitar.

—Pero si ya no está. Llama a tu padre y dile que me compre una.

Sonia suspiró.

—Iré a comprarte una yo.

Se encaminó a la puerta y salió. Gabriel se quedó a solas con su madre.

—Estás muy guapo —aseguró la mujer.

—Gracias, mamá. —Se sentó junto a ella y tomó sus manos—. Tú también estás muy guapa, ¿te cuidan bien aquí?

—Me quitan las revistas.

—Bueno, no te preocupes por eso, Sonia ha ido a comprarte más. Te he echado de menos. —Pasó el brazo por sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Si nos vimos ayer.

Desde el accidente se habían visto pocas veces, era ahora, estando ya más recuperado, cuando había empezado a visitarla de nuevo. Sonia llevó a su madre a la residencia cuando todo ocurrió, la pobre no podía hacerse cargo de los dos y tuvo que dejarla allí para cuidar a su hermano gravemente herido.

—¡Sí, ayer, dice! —exclamó—. Nos vimos hace dos semanas. Sonia tenía trabajo y no podíamos venir antes, entre tú y yo vamos a volver loca a la pobre.

—¿Quién es Sonia? —preguntó separándose de él.

—Sonia es tu hija mayor. La que se acaba de ir a comprarte revistas.

—Creía que era tu mujer.

—Mamá, yo no estoy casado.

—Pues yo creía que sí, que estabas muy enamorado de esa chica...

—No, no estoy casado, pero ¿sabes qué? —Cogió una de sus manos—. La he encontrado. Ya sé con quién pasar el resto de mis días. ¿Eso te alegra?

La mujer sonrió y con la mano que tenía libre acarició la mejilla de su hijo.

—Mucho. ¿Es guapa?

—Como un ángel.

—¿Y te quiere?

—Sí, pero aún no lo sabe —le dijo, frunciendo el gesto.

—¿Y tú sí lo sabes?

—Sí, lo sé. Lo averigüé hace unos años. Andaba ciego hasta que algo maravilloso me pasó y mis ojos se abrieron. —¿Quieres conocerla? —le preguntó con cariño.

—Claro.

—Mira. —Sacó su móvil y busco un vídeo de Estela en YouTube.

Los ojos azules de la mujer se agrandaron.

—¡Sí, es ella! ¡La mujer que viste de blanco! Es la joven que te amaba, pero lo ha olvidado.

—Mamá, ¿cómo sabes tú eso? —le preguntó sorprendido.

—¿Cómo sé el qué?

—Lo que me acabas de decir.

Ángela se encogió de hombros, y tomando la cara de su hijo entre sus manos, le habló:

—Tienes que darle dos rosas blancas.

La mandíbula de Gabriel se descolgó al oírla. Su madre, presa de una enfermedad que la mantenía sumida entre tinieblas y desconcierto, le acababa de dar la misma información que él tenía en sus recuerdos.

—Lo haré, pero oye, no se te ocurra decirle ni una palabra a Sonia de esto.

—¿Quién es Sonia?

—Alguien que te quiere mucho. —Le dio un achuchón.

Capítulo 9

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Un ruido en el exterior de la casa lo despertó. Miró su reloj, eran las seis de la mañana. Se puso la bata y, descalzo, se aproximó a una ventana. La niebla matutina se extendía desde el suelo a un metro de altura. Desde el piso de arriba, percibió movimiento en el camino. ¡Allí estaba!, la moura, caminando con parsimonia por el estrecho sendero que pasaba por delante de su casa. La observó atentamente sin moverse, ella se había detenido y cogía hojas y flores de una planta que crecía salvaje junto a la vereda. Surgiendo de entre aquella bruma, parecía un ser mitológico. ¿Pero qué hacía allí? ¿De dónde salía? ¿Por qué paseaba a solas, a esas horas, por un paraje que estaba deshabitado?

Sin delatar su existencia, continuó vigilando cada uno de sus movimientos. De figura estilizada, se movía con gestos delicados. Su rostro, esta vez sí pudo verlo mejor, de ojos grandes y vivaces, tenía un gesto dulce mientras, al parecer, formaba una corona vegetal. El vestido que llevaba era de gasa vaporosa, abotonado por la parte de delante. Étienne contuvo la respiración, por un momento pensó que realmente estaba frente a ese ser del que le había hablado Nuno. Era de una belleza inusual, pero lo que más llamaba la atención era la dulzura que desprendía; parecía una niña inocente. Terminó su corona y se la colocó en la cabeza, provocando que sus labios dibujaran una leve sonrisa. No pudo esperar, tenía que saber quién era, así que, sin más dilación, abrió la ventana. La muchacha alzó su mentón para dirigir la vista hacia donde había oído ruido, y durante unos segundos, sus miradas se encontraron. La joven mostró una expresión de sorpresa, después de un momento en el que asimiló que había sido sorprendida, bajó sus ojos y comenzó a caminar rápido por el sendero, alejándose de allí.

—¡Espere! —la llamó Étienne, pero solo pudo ver cómo se marchaba.

Toda la mañana la tuvo en la cabeza y nuevas notas se dieron la mano para formar una melodía distinta a la que se le había ocurrido el otro día. Empezaba a trabajar con más ritmo. Las cosas empezaban a fluir de nuevo y se lo debía a aquella tierra y a las mouras que moraban en sus bosques.

A medio día fue a la nueva aldea para comer con los padres de Anxo. Iba contento porque había avanzado bastante, no tenía la fluidez creativa de hacía unos años, pero aquel era un maravilloso comienzo. Su trabajo le proporcionaba mucha felicidad y cuando tuvo aquella crisis tan fuerte se hundió profundamente. En aquellas tierras gallegas volvería a germinar la semilla de la imaginación.

Hizo el camino a lomos de Xabela, quien, sin ningún problema, lo llevó hasta la misma casa de los señores Agar. Rosalía, que así se llamaba la madre de su amigo, era una mujer oronda con las mejillas sonrosadas y una expresión de jovialidad impresa en el rostro. Eloi era espigado, no muy corpulento, con unos ojos castaños que le recordaban a los de Anxo. Los dos lo recibieron

con suma amabilidad. Rosalía ya tenía la comida puesta en la mesa y Eloi estaba descorchando una botella de buen vino.

—¡Cómo nos alegra tenerle aquí, señor Fauré! —le dijo Rosalía.

—En las cartas, Anxo lo nombra muchas veces —añadió Eloi.

—Somos muy buenos amigos.

—Sí, lo sabemos, pero siéntese —lo invitó el hombre, mientras retiraba la silla. Cogió una de las copas que había sobre la mesa y sirvió un poco de vino —. Tome, pruebe, es Albariño, le gustará.

Étienne se llevó la copa a los labios y bebió.

—Mmm, *très bon*, suave y agradable —dijo asintiendo con la cabeza.

—Pues ya verá lo que preparé. De primero caldo calabazote, de segundo lacón con grelos, acompañado de chorizo y cachelo, y de postre leche frita.

—Se ha tomado usted muchas molestias por mí.

—En absoluto. —Gesticuló con su mano para quitarle importancia—. Más adelante le haré un caldo de castañas, cuando llegue el frío.

—¡Castañas! De donde yo procedo hay muchos productos elaborados con castañas. De hecho, les he traído algo, pero se me olvidó en la casa, qué desastre soy.

—No se preocupe, nos veremos más veces. —Lo tranquilizó Eloi—. Pues ya verá cuando pruebe el caldo que hizo mi señora, va a creer que está en su casa. —Se sentó junto a él, mientras Rosalía servía la sopa.

Todo olía de maravilla, ahora entendía a Anxo cuando le hablaba de lo mucho que echaba de menos la gastronomía de su tierra, aquel caldo era fantástico.

—¿Está usted bien en la casa? —preguntó la mujer, sentándose en su silla.

—De maravilla, es un lugar precioso y muy tranquilo, es lo que necesitaba.

—Ya nos dijo Anxo que es usted compositor.

—*Oui*, compositor y violinista —afirmó.

—¡Violinista! ¡Como nuestro hijo!

—Hemos tocado muchas veces juntos.

—Ay, lo que me gustaría haberles visto —se lamentó la señora.

—Aún puede hacer un viaje a París y ver a su hijo en un concierto.

—Uff —intervino Eloi—, ya estamos muy mayores para viajar. Cuando viene Anxo a visitarnos, toca en Pontevedra y tenemos la oportunidad de verlo.

—Pero a mí me gustaría verlo en París —alegó la madre de su amigo.

—Quizá vayamos algún día —le dio esperanzas el marido.

Rosalía y Eloi tenían una quesería y al parecer, el negocio no les iba mal, llevaban sus productos al resto del país. Si pudieron costearle los estudios a su hijo, seguramente también podían financiar un viaje a París.

La señora retiró los platos de la sopa y sacó el lacón.

—Ya verá qué bueno está —aseguró Eloi.

Lo cierto era que Rosalía era una gran cocinera y todo regado con ese vino... Estaba disfrutando mucho de esa comida.

—¿Y ya empezó a componer? —quiso saber la mujer.

—La verdad es que sí, esta tierra me está haciendo mucho bien.

—Me alegra saber eso —apuntó el hombre.

—Sí, y hay algo que me gustaría comentarles.

—Diga, pues —lo animó Rosalía.

—Me he encontrado un par de veces a una mujer rubia, con vestiduras blancas por el bosque. Me extraña porque sé que la aldea está despoblada y soy el único que mora por allí en estos momentos. Quería saber si ustedes saben de quién se puede tratar. Nuno me dijo que era una moura.

Eloi comenzó a carcajearse.

—¿Una moura? Este Nuno qué cosas tiene. La aldea lleva deshabitada varios años, los últimos en irse fueron los Domuiño. De vez en cuando vienen, pero ni siquiera pasan por aquí para saludar. Lo sabemos porque los vieron tomando el camino que lleva a la aldea vieja.

—¿No se fueron porque murió un primo de él? —inquirió Rosalía.

—¡Cierto! Se fueron a A Guarda, donde el primo tenía su casa. Su familiar era un indiano que tenía negocios en Puerto Rico.

—¡Y el indiano tenía una hija!

—¿Podría ser ella? —preguntó impaciente Étienne.

—Nunca la hemos visto —explicó Eloi—. Supongo que ella vive en A Guarda, es la heredera de todos los negocios y propiedades de su padre.

—¿Cuántos años tiene?

Rosalía se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Por aquel entonces era menor de edad porque sus tíos fueron a cuidar de ella.

—Aldán Domuiño es prestamista, algo de negocios sabe y supongo que se está haciendo cargo de todo, al parecer, son los únicos parientes que tiene la chica.

—Entonces podría ser ella —dijo Étienne.

—Podría.

—¿Saben cómo se llama?

—Pues no. Los Domuiño no eran muy abiertos, que digamos. Poco hablaban con sus vecinos.

—¿Quién sabe? A lo mejor sí era una moura —concluyó Rosalía.

—¿Llevaba joyas? —preguntó Eloi.

—No. Llevaba una guirnalda de flores.

—Entonces no creo que fuera una moura.

Capítulo 10

2024, Madrid



Su psiquiatra era un hombre de unos cincuenta años, alto, con el pelo canoso y unas gafas de pasta negra a través de las cuales se vislumbraba su mirada incisiva. Tantas veces había ido a su consulta que conocía a la perfección cada uno de sus gestos y expresiones. Al verle la cara, casi podía adivinar lo que iba a decir a continuación. ¿Quién era el examinado?

Sonia, al principio, entraba con él, pero desde que empezó a decir que estaba mejor, se quedaba fuera de la consulta a esperarlo.

—¿Cómo te encuentras hoy, Gabriel?

—Hace mucho tiempo que me encuentro bien —le contestó con hastío, estaba harto de las visitas y de la medicación.

—¿Has tenido algún episodio, algún recuerdo de los tuyos?

—En absoluto —le dijo lo que quería oír—. Estoy muy bien.

Le molestaba su tono, ¿y qué quería decir con «algún recuerdo de los tuyos»? Desde un primer momento, los médicos dictaminaron que lo que tenía eran alucinaciones provocadas por la falta de irrigación sanguínea cuando tuvo el paro cardíaco y lo tuvieron que reanimar. Cuando despertó y contó todo lo que le había pasado y los recuerdos que ello había dejado en él, lo mandaron de cabeza al psiquiatra. Trastorno disociativo, ese fue su diagnóstico. El paso siguiente fue atiborrarlo a Olanzapina. Se quedó atontado durante dos años, tanta medicación lo dejaba fuera de onda. Aún la tomaba, pero se la habían ido reduciendo a base de las mentiras que les fue contando. Sus «alucinaciones», como ellos las llamaban, no se habían reducido, todo estaba en su cabeza tan fresco como el día en que despertó, pero si les decía la verdad, jamás dejaría de tomar un medicamento que no necesitaba para nada y que le provocaba somnolencia.

—Me ha dicho Sonia que vas mejor de la pierna.

Asintió sin ganas de abrir la boca.

—¿Has terminado ya con la rehabilitación? —insistió en hacerle hablar.

—Aún estoy con el fisio, pero ya no voy tantas veces.

—Eso está muy bien, Gabriel.

—¿Sientes que vas avanzando con la rehabilitación?

—Desde luego, ya no dependo de nadie y puedo ir solo a los sitios.

—Me ha dicho tu hermana que has vuelto a tocar el violín ¿Cómo te sientes después de tantos años?

—Como si no lo hubiera dejado nunca —aseguró.

—Sin embargo, lo dejaste porque te hacía sentir melancolía. ¿Cierto?

—Sí, aunque ahora me hace feliz —contestó secamente.

—Me alegra oírlo. Es importante que estés ocupado, que mantengas la mente activa con cosas

que te gusten.

—Lo estoy haciendo, la verdad.

—¿Cuánto tiempo hace de los últimos recuerdos que tuviste?

—Pues aproximadamente un año.

—¿Has pensado en ello alguna vez en los últimos meses?

—Lo hago, preguntándome cómo fue posible que se me fuera la cabeza tanto.

El psiquiatra asintió, al parecer, satisfecho por su respuesta.

—Bien, Gabriel, yo creo que podemos ir bajando aún más la medicación hasta hacerla desaparecer. ¿De acuerdo?

—Sí, claro.

—Te daré el alta cuando ya no tomes nada y veamos que todo evoluciona correctamente. Así que aún pasará un tiempo hasta que vuelvas a trabajar.

—Allí no me quieren con problemas mentales, no puedo regresar hasta demostrarles que estoy capacitado para volver a desempeñar mi cargo.

—¿Tú te sientes capacitado?, ¿cómo te ves?

—Sí, me siento capacitado, pero no tengo ganas de volver. Era un trabajo que hacía solo por ganar mucho dinero, ahora mis prioridades han cambiado.

—¿Y cuáles son esas prioridades?

—La vida es un regalo que quiero vivir feliz, me gustaría disfrutar del tiempo que pase con la gente a la que quiero, haciendo algo que no me haga pensar que estoy perdiendo el tiempo.

—¿Eso te hace pensar tu actual trabajo?

Gabriel tomó aire por la nariz y lo soltó por la boca.

—Me hace pensar que me equivoqué y que ahora quizás sea demasiado tarde para rectificar.

—¿Quieres rectificar? Tienes un buen puesto de funcionario, muchos querrían esa estabilidad.

—Lo sé, y aún no he tomado ninguna decisión, pero cuando vuelva lo haré.

—¿Por eso has vuelto a tocar el violín? ¿Es esa otra posibilidad?

—No estoy seguro. Lo dejé a los quince años y me separé por completo de ese mundo. Pero siento que aún podría hacer algo, aunque solo fuera dar clases.

El médico suspiró.

—En fin, Gabriel, piénsatelo bien, pero la decisión que tomes que sea la que más feliz te haga.

—En ello estoy, doctor —le dedicó la primera sonrisa.

—Muy bien, pues nos veremos dentro de un mes —le dijo mientras tecleaba algo en su ordenador—. Voy a dejarte por escrito la cantidad de Olanzapina que debes de tomar ahora y las pautas. —Le tendió el papel que salió de la impresora—. Qué vaya muy bien, Gabriel.

—Gracias.

«Estoy seguro de que va a ir muy bien, ya está yendo muy bien», pensó para sus adentros.

Capítulo 11

2024, Madrid



Se acostó, después de comprobar, como siempre, que la vitrocerámica estaba bloqueada y no podía encenderse en plena noche, de desenchufar todos los pequeños electrodomésticos y examinar concienzudamente el cableado de la lavadora y la televisión. Si no hubiera hecho nada de eso, no hubiera podido dormir, aunque esa noche no estaba siendo como las demás. Al día siguiente se vería con Gabriel y no podía dejar de tener dudas. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Debía de verse con él? ¿Por qué cuando todas esas preguntas surgían en su cerebro, todo su ser las eliminaba de un plumazo? «Ve, debes saber la verdad». Pero, ¿qué verdad? ¿Por qué había algo dentro de ella que no estaba conforme? Necesitaba saber el motivo por el que aquel hombre había aparecido en su vida como un ciclón, arrollándola por completo con tan solo unas cuantas frases.

Tardó en dormir y, cuando lo hizo, tuvo unos sueños de lo más extraños. Veía dos rosas blancas sobre la palma de la mano que le hacían sangre al pincharla con una de sus espinas, pero la herida no le escocía, y luego caminaba por un bosque frondoso, con una gran serenidad. Estaba sola en un refugio de paz, los pájaros, el sonido del viento, sus pisadas sobre la tierra y a lo lejos las notas de un violín que llegaban amortiguadas por el rumor de la naturaleza. La tranquilidad que experimentaba se incrementó y le hizo sonreír. La alarma de su móvil la despertó. Su sueño le dejó una sensación de bienestar que esperaba que le durase todo el día. Esa mañana tenía ensayo en el Teatro Real. Se levantó de la cama y se dio una ducha, con el pelo aún mojado envuelto en una toalla, se encaminó a la cocina, metió una cápsula en su cafetera y le dio al botón para que comenzara a preparar su café. Miró alrededor, ¿tostadas o galletas? Hoy tocan galletas, se encaminó al armario donde las guardaba y abrió. Se quedó un momento mirando dentro, la lata de Clément Faugier estaba allí sin desprecintar. La cogió sin pensar, cortó el precinto y la abrió. Tomó uno de esos paquetitos dorados. El pitido de la cafetera la sorprendió contemplando su *marron glacé* en la palma de la mano, cogió su café y abrió el dulce. Le dio un bocado. «Espero que al saborearlas consigas evocar aquellos días felices», acudió a su mente el texto que le escribió Gabriel. No sabía a qué se podía referir, pero cuando saboreaba aquella exquisitez francesa sentía felicidad. ¿Otra cosa más que él sabía?

Desayunó, se secó el pelo y preparó todo para marcharse al ensayo.

Cuando entró en el teatro, hizo lo de siempre: hablar con Alfonso, y luego, en el escenario, se dispuso a sacar todo lo que llevaba dentro, musicalmente hablando. Paganini, Vivaldi y Massenet para terminar, como en muchos de sus conciertos. Todo fue estupendamente, pero aquella vez, mientras interpretaba *Thaïs*, hubo algo que le hizo abrir sus ojos, espantada. Como siempre, permanecía con los párpados cerrados mientras su corazón guiaba a sus dedos sobre las cuerdas. Su espíritu se mecía con la melodía, danzaba al ritmo de ella, subiendo y bajando, de un lado a

otro. No supo qué sucedió, una imagen fugaz desde lo más profundo de su ser emergió rauda como un flash. Fue rápido e instantáneo, pero la alteró hasta el punto de hacerla desafinar por un escaso segundo. Johann hizo parar a la orquesta y la miró, alarmado con incredulidad, como si lo que acababa de pasar fuera imposible.

—Lo siento —musitó ante el silencio que se había producido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el director.

Estela suspiró.

—No lo sé, últimamente estoy más cansada de lo normal.

No podía decirle que había tenido una especie de visión en la que unas manos se colocaban sobre la suya y conducían sus dedos por las cuerdas del violín. Lo sintió tan real, que se asustó y abrió los ojos repentinamente, fallando con uno de sus dedos.

—No pasa nada, repetimos una vez más y lo dejamos —le pidió Fischer.

La segunda vez salió bien, menos mal. Le preocupaba profundamente que algo así le sucediera en pleno concierto. Nunca se había desconcentrado tocando. Esperaba que con un poco de descanso todo fuera rodado.

Una vez de vuelta en casa, recibió la llamada de Marta, toda apurada.

—Se ha suspendido el concierto en París —le soltó de sopetón—. Ese Françoise Bernard es un informal, me ha dicho que se van a adelantar las obras de restauración del teatro y que se tiene que posponer para el año que viene. ¿Lo puedes creer?

—¿Y qué pasa con las entradas vendidas?

—Pues tendrán que devolver el dinero.

—No vuelvo a firmar nada con él, no somos las primeras a las que les hace algo así.

—Entonces después del concierto en el Teatro Real tengo vacaciones hasta la próxima temporada.

—Así es. Vacaciones, guapa. Yo voy a ir moviendo los hilos para hacer una grabación en un bosque, como querías. ¿Dónde te gustaría que fuese?

—En Galicia —lo dijo sin pensar, como si una voz interna se lo hubiera susurrado.

—Eso está fenomenal, allí hay parajes preciosos. Hablaré con el estudio para que vayan viendo localizaciones.

—Y me gustaría ir con una túnica blanca o algo así ¿Puedes comentarlo con los estilistas?

—Perfecto, a ver qué nos proponen ellos.

Estela miró su reloj.

—Lo siento, Marta, pero te tengo que dejar. Tengo una cena esta noche.

—¿Qué me dices? ¿Has conocido a alguien?

—No es nada serio. —Quiso quitarle importancia—. Se trata de un admirador que quiere comentarme algunas cosas y hemos quedado hoy.

No quería mentirle a Marta, pero se abstuvo de decirle la verdad. Si lo hubiera hecho la hubiese regañado, seguro. A veces, pensaba que Marta creía que ella era de su propiedad.

—Bueno, pues te dejo. Qué disfrutes de tu cena.

—Gracias, nos vemos pronto.

En cuanto colgó se vio en el dilema de no saber qué ponerse. Aquello no era una cita y no necesitaba arreglarse demasiado, pero, por otro lado, no sabía por qué, quería dejarlo impresionado. ¿Qué le pasaba? A penas lo conocía. Optó por unos pantalones crudos con tela de crepe y una camisa del mismo tono que le llegaba hasta la cintura. Arreglado, pero sin llegar a llamar la atención demasiado.

Llegó diez minutos antes y se sentó en la mesa que normalmente solían reservar para ella.

Prefería estar ya sentada, a encontrarlo a él acomodado y que la viera llegar. Pidió un cocktail mientras esperaba. A falta de tres minutos para la media, lo vio entrar por la puerta. Se sorprendió al ver el balanceo que llevaba al caminar, no era una cojera muy pronunciada, pero lo suficiente para ver que no andaba con normalidad. La última vez que lo vio en persona, estaba parado y no se dio cuenta de ese detalle. Lo cierto era que le resultaba atractivo y, si no tenía en cuenta lo raro que era, se veía capaz de tener alguna cita con él. Pero no estaba allí por eso ¿o sí? Uff, estaba realmente confundida.

Cuando llegó hasta ella, le sonrió. Vestía unos pantalones chinos de color beige con una camisa azul claro de lino. El atuendo lo completaba con una cazadora azul marino ajustada que le quedaba muy bien.

—No te levantes —le pidió al ver que Estela hacía el amago.

Se agachó y le dio dos besos, como si fueran dos amigos que se reencuentran, luego se quitó la chaqueta y se sentó frente a ella. La miró fijamente con una expresión amable en los ojos.

—Esto es de lo más extraño —le dijo ella incómoda.

—Estoy seguro de que en unos minutos estaremos relajados los dos —aseveró—. ¿Qué tomas? —Quiso suavizar el ambiente.

—Un Alexander.

—Ginebra, nata líquida, crema de cacao y chocolate espolvoreado —Sonrió confiado—. Sigues siendo muy golosa.

—¿Sigo? —Levantó sus cejas, sorprendida.

—Paso a paso, ya iremos descubriendo las cosas. Si te parece bien, pedimos y vamos calentando motores con una charla banal.

Estela suspiró.

—Sinceramente, no sé qué estoy haciendo.

—Sí, lo sabes —afirmó con la cabeza—, pero aún no sabes que lo sabes—. Dime una cosa, ¿no sientes que debías haber venido aquí esta noche?

—Gabriel, eres enigmático y eso te da un rollito misterioso muy atractivo, pero yo no estoy para juegos.

De pronto se puso muy serio y la miró con profundidad, con aquellos ojos que a Estela le parecía que tenían un imán.

—No estoy jugando, Estela, esto es algo muy serio, pero no quiero asustarte.

—Ya lo estás haciendo, dime, ¿cómo sabes mis gustos? ¿Has hackeado mi ordenador o algo por el estilo? —Fue al grano.

—Jamás se me ocurriría cometer tal ilegalidad. Te dije que me podías investigar si querías.

—Me es suficiente si me lo cuentas tú. —Le dio un sorbo a su cocktail—. ¿A qué te dedicas?

—Soy abogado del Estado, pero estoy de baja.

—¿Y qué te pasó? ¿Por qué estás de baja?

—Tuve un accidente de coche muy grave, casi muero.

—Puff, ¿estuviste mucho tiempo en el hospital?

—Bastante. Hace tres años que no voy a trabajar. Tuve que volver a aprender a andar.

El camarero se acercó a su mesa en ese momento.

—¿Lo tienen claro ya?

—Danos un momentito más, Alfredo —le dijo ella sonriente.

El camarero volvió a darse la vuelta y Estela retornó la mirada hacia Gabriel.

—Vamos a elegir y luego seguimos con nuestra conversación.

Miraron la carta.

—¿Me dejas que pida por ti? —le preguntó.

—¿Qué pretendes?

—Demostrarte que te conozco muy bien.

—Eso creo que ya lo has demostrado, pero de acuerdo. —Dejó la carta sobre la mesa y cruzó sus brazos por delante de su pecho—. Sorpréndeme.

Le echó un ojo a la carta y cuando lo tuvo claro llamó al camarero.

—Vamos a pedir para compartir zamburiñas a la plancha con su refrito y algas wakame y de plato principal Zancarrón de ternera.

—¿Y para beber?

—Dos copas de *You And me*.

—Muy bien, gracias, señor —se despidió el camarero dando media vuelta.

—¿Qué tal? —la interpeló Gabriel.

Estela deshizo la posición de sus brazos, ojiplática.

—Estoy asombrada ¿También sabes que me gusta el Albariño?

—Ya te dije que sé muchas cosas de ti.

—Para igualar esta situación me tienes que contar más cosas sobre ti. ¿Tocas el violín?

—Lo tocaba, empecé a los cuatro años.

—¡Igual que yo!

—¿Sabes qué fue lo que me llevó a tocarlo?

—No me digas más, *Meditación de Thaïs*, la escuchaste y te llegó muy dentro, comenzaste a pensar, sin saber cómo, que formaba parte de ti y hubo ahí una necesidad imperiosa de aprender a interpretarla.

Gabriel le sonrió dirigiéndole una mirada confiada.

—¿Ves como tú también sabes cosas de mí?

—No son cosas de ti, es lo que me ocurrió a mí.

—Pues te diré más, te voy a contar por qué dejé mis estudios de violín. —Volvió a abandonar la sonrisa y su rostro adoptó una expresión grave—. Cada vez que tocaba a Massenet, una sensación de nostalgia me asfixiaba. Echaba de menos algo y no sabía qué era. Amaba el violín por encima de todo, era mi vida, pero a los quince años no pude soportarlo más y lo dejé por completo. Me aparté de ese mundo, tanto que ni siquiera sabía que tú existías. Dejé de escuchar música y me centré en los estudios y mi carrera. ¿Se fue la nostalgia? —Hizo una pequeña pausa—. No. No se fue. Nunca dejé de sentirla, hasta hace unos años, cuando descubrí qué la producía.

Por un momento Estela tuvo miedo de preguntar, porque de algún modo intuía su respuesta. Se sentía identificada con cada palabra de las que le había dicho, salvo porque ella jamás dejó su instrumento, pero también sentía esa melancolía cada vez que la interpretaba, aunque era una emoción mezclada con un amor infinito que la animaba a seguir adelante, por eso no abandonó.

—¿Y qué te producía esa sensación?

Se miraron fijamente los dos, Estela expectante y Gabriel con un fuerte deseo de contarle toda la verdad, parecía que en aquellos momentos estaban realmente conectados, pero el camarero llegó con el vino y toda esa conexión se deshizo como la mantequilla ante el fuego. Observaron en silencio cómo el empleado depositaba las copas sobre la mesa. Cuando se marchó se miraron de nuevo.

—¿Y bien? —preguntó Estela.

Gabriel cogió su copa y le dio un trago.

—Tú —le confesó.

—¿Yo?! —exclamó con sorpresa, aunque en el fondo lo esperaba y no sabía por qué.

—Esa melancolía la producía tu ausencia —aseveró, asintiendo con su cabeza.

Estela soltó una risita incrédula.

—Pero eso no puede ser, tú y yo no nos conocemos.

—¿Y qué explicación le das? —le preguntó intentando hacerla reflexionar sobre ello.

—¿Sinceramente?

—Sí, ya sé lo que me vas a decir, que estoy loco ¿verdad?

—Es que... Gabriel, esto suena bastante raro.

El camarero trajo las zamburiñas.

—Desde que vi un vídeo tuyo en YouTube tocando, descubrí lo que provocaba esa melancolía y me siento mucho mejor.

—¿Sabes? Estoy a punto de levantarme y marcharme. —Apoyó las manos en la mesa dispuesta a hacer lo que había dicho.

Gabriel colocó una mano sobre la suya.

—No lo hagas, por favor. —Su mirada despidió un brillo de ruego.

Estela dirigió la vista hacia sus manos, ¿qué le hizo detenerse, mirarlo atentamente a los ojos y esperar? Ese tacto, el calor de su mano. Le recordó al contacto que, por una milésima de segundos, había notado durante el ensayo. Gabriel retiró su mano de inmediato, en cuanto la chica posó su mirada en ella. El miedo a asustarla le hizo actuar así, pero ¿cómo podía evitar que sucediese? Aquello era extraordinario, increíble... finalmente pensó que, si era ella, tarde o temprano lo entendería, así que optó por empezar por el principio y cruzó los dedos para que no saliera huyendo.

—Escúchame, te lo voy a contar todo.

Estela no dijo nada, mientras no le quitaba ojo de encima esperando a que hablara.

—Hace tres años tuve una ECM.

—No sé qué es eso —le dijo haciendo una mueca con los labios.

—Es una experiencia cercana a la muerte.

Estela lo miró intentando adivinar por dónde iba a salir ahora y descubrió que tenía miedo de lo que pudiera suceder a partir de ese momento; por un lado, deseaba quedarse y cenar con aquel tipo, pero por otro solo quería levantarse y salir huyendo. Quizá era lo que debía hacer, aunque algo la mantenía pegada a la silla.

—Nunca me han interesado esas cosas, he oído algo, pero no sé exactamente en qué consisten.

—A mí tampoco me interesaban hasta que tuve una.

—Bien, explícate. No me levantaré hasta que termines. —Cogió una zamburiña y se la llevó a la boca, esperando a que hablase.

—¿Puedo coger tu mano mientras te lo cuento?

—¿Es necesario? Tengo la sensación de que me estás tomando el pelo.

La miró de nuevo con seriedad, con esa mirada profunda que parecía querer penetrar en sus más ocultos pensamientos.

—Para mí es importante.

Estela suspiró y alargó la mano sobre la mesa para que él pudiera cogérsela. ¿Por qué accedía a sus peticiones?

—Cuando tuve el accidente, llegué al hospital muy grave. Tenía traumatismo craneal, varias fracturas en mi pierna izquierda, las costillas destrozadas y una hemorragia interna. Yo iba consciente, sintiendo el dolor en cada parte de mi cuerpo y pensando que aquello era el final. Nada más entrar en quirófano tuve un paro cardíaco, los médicos comenzaron con la

reanimación y, de repente, una paz extrema empezó a recorrerme, el dolor desapareció y sin saber cómo, me encontré observando mi cuerpo, y a todo el equipo de cirujanos que me atendían, desde arriba, escuché cada una de sus palabras. Entonces, una maravillosa luz comenzó a atraerme, era cálida, brillante, pero no cegadora y una figura se movía en ella. Era mi padre. — Gabriel sonrió y sus ojos se vidriaron por la emoción. Ver cómo se humedecían los lagrimales de ese hombre le hizo pensar a Estela que él creía cada palabra de lo que le estaba contando. Su compasión la llevó a apretarle la mano ligeramente de manera inconsciente—. Llevaba muerto dieciséis años, ¡y estaba allí conmigo!, sonrió, y sin despegar los labios, me dijo: «Aún no». «¿Por qué?», le pregunté yo. Estaba tan bien que no quería volver. «Tienes que completar tu ciclo» y me empujó fuertemente, viéndome arrastrado de nuevo hasta mi cuerpo. Después de esto estuve en coma inducido y cuando desperté recordaba todo con absoluta nitidez.

—Está claro que tú estás convencido de todo lo que viste, pero ¿no podría ser una alucinación?

Gabriel sonrió con ironía.

—Eso es lo que todos dicen, nadie me cree, pero las alucinaciones no tienen lógica, son absurdas y esto la tiene, además, puedo contarte con pelos y señales cada una de las palabras que dijeron los médicos que me atendieron mientras yo estaba «muerto».

—No sé qué tengo que ver yo en todo esto, ni por qué sabes tantas cosas de mí.

El pulgar de Gabriel acarició con suavidad el dorso de la mano de Estela y ella la sintió tan familiar que ni siquiera fue consciente de que aún estaban asidos por una mano.

—Después de aquella experiencia comencé a tener recuerdos de una vida contigo —le soltó de sopetón.

—Gabriel, nosotros no nos conocemos —resopló—. ¡Oh, madre mía, esto es una locura!

—Lo es, una auténtica locura, ¿por qué crees que me daba tanto miedo contarte la verdad? Pero dime, ¿hay algo de falsedad en lo que te he dicho sobre ti?

Estela bajó su mirada hasta el mantel y negó con su cabeza, parpadeando lentamente.

—Nosotros nos conocemos ya, pero no de esta vida —agregó Gabriel.

La joven violinista levantó de nuevo sus ojos para clavarlos en los de él. Se deshizo de su mano y se levantó. Mirándolo desde arriba, le habló:

—Eso no puede ser.

—Por favor, siéntate de nuevo —le rogó—, deja que te explique más cosas. Yo no recuerdo todo y solo necesito que juntos descubramos la verdad.

—¿Qué verdad? Mira, siento mucho que te haya pasado todo esto, está claro que tú crees en todo ello, pero esto me supera. No puedo sentarme a la mesa con un hombre que no conozco de nada y que me dice que nos vimos en otra vida.

—¿No quieres saber qué es lo que recuerdo?

—No, será mejor que me vaya. A la cena te invito yo.

Cogió su chaqueta y dio media vuelta, se paró a hablar con el camarero y se marchó. Gabriel se quedó mirando cómo se alejaba. En cierto modo esperaba su reacción, ella no se acordaba de él, pero no se iba a rendir. La eternidad los esperaba.

Capítulo 12

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Como cada día, se levantaba temprano y daba un paseo por los alrededores para llenarse de esa paz que desprendía el bosque. En esa ocasión se llevó su violín. Su crisis fue tan vasta, que tampoco pudo tocar. Lo hacía de vez en cuando, pero era como si no tuviera corazón. La emoción, imprescindible para interpretar, no estaba; su persona se hallaba sumida en un pozo profundo, oscuro y seco. Lo único que conseguía sacar del instrumento era una melodía plana, incapaz de llegar a agitar el alma de ningún ser humano. Así que, con esperanzas renovadas, salió buscando el paraje ideal para dejar volar la música.

Llegó a una zona donde la espesura era considerable, los helechos que crecían en la tierra alcanzaban casi el metro de altura, todo era frondoso y muy verde. Los robustos troncos de los robles se levantaban hacia el cielo, cubiertos por enredaderas que se abrazaban a sus ramas con fuerza. Las hojas se yuxtaponían unas sobre otras formando un espeso manto y, a través de unas pequeñas rendijas, se filtraban los rayos del sol hasta llegar al suelo, creando una mágica atmósfera de luces y sombras. En aquel escenario natural se dispuso a tocar. Sacó del estuche el violín y lo colocó bajo su mentón. Cerró los ojos, siempre había creído que de ese modo conectaba mejor con su interior, y comenzó a mover el arco sobre las cuerdas haciendo sonar las notas. La música empezó a volar libre, unida a la brisa y al canto de los pájaros. Étienne pudo sentir ese vínculo con la naturaleza, palpitando suavemente dentro de él, haciéndole cosquillas. Esto provocó que la coraza que lo mantenía paralizado se aflojara un poco permitiéndole dejarse llevar. Los movimientos de su corazón comenzaron a parecerse a los de un artista y cada uno de sus latidos acompañaban las notas que extraía del instrumento. La vida comenzaba a germinar de nuevo en el manto de tierra reseco que envolvía su alma. Sintió que revivía, que poco a poco resucitaba. Étienne Fauré, el músico, el compositor, el creativo... volvía a resurgir de sus cenizas. ¿Cómo había podido vivir esos dos años sin su música? ¿Cómo había podido vivir sin crear? En realidad, no había vivido, había sobrevivido, esperando a que todo volviera a ser como antes. Ahora, tocando la música de su maestro, volvía a sentirse vivo. Allí, notó que la naturaleza lo arropaba y tuvo la confianza de que nunca más volvería a sentir ese vacío provocado por la ausencia de su pasión. Las notas nadaban en su torrente sanguíneo, las sentía llenando todo su ser, recorriendo su cuerpo y despertando las emociones dormidas. «La vida vuelve a envolverse con esperanza y optimismo», pensó.

Con los ojos aún cerrados, tenía la percepción de que se estaba adentrando en un mundo mágico a medida que su interpretación avanzaba. El ritmo, la combinación de notas y silencios, todo le indicaba que no estaba en la Tierra; transitaba por el mundo que Jules Massenet había creado. Y todo aquel que se introducía en él podía sentir que tenía un corazón que se encogía y dilataba a voluntad de aquellas maravillosas notas. Llegó al final de lo que él consideraba un

baño de infinito amor por la vida. Eso era lo que representaba la música sentida para él, y con la última nota, abrió los párpados.

Sus ojos, incrédulos, creyeron estar todavía en ese lugar al que había sido transportado por la intensidad de su interpretación. ¿Acaso seguía en otro mundo? ¿Había traspasado una puerta, abierta por la melodía de su violín? Frente a él, la joven moura permanecía inmóvil, observándolo a escasos metros de distancia. Temió que cualquier movimiento o palabra, hiciera desvanecer aquella visión, como había ocurrido en otras ocasiones. Jamás había visto un rostro tan armonioso, era como una aparición mística. Como *Tahis*.

—No se vaya —se atrevió a pedirle sin moverse del sitio.

—No lo haré —contestó con una voz suave.

—¿Ya no me teme?

—Alguien que ama la música así, no puede hacerme daño.

—¿De dónde sale?

La joven se giró y señaló hacia atrás.

—Vivo en la aldea, como usted.

—¿Sola?

—La mayor parte del tiempo sí.

Étienne cogió el arco con la mano que sostenía el violín y se acercó a ella para ofrecerle su mano.

—Soy Étienne Fauré.

—Yo soy Amalia. —La joven se la estrechó—. Cuando le he oído, he venido atraída por la melodía. ¿Qué es?

—*Meditación de Thaïs*, de Jules Massenet. ¿Entiende usted de música?

—Entiendo de belleza —le aseguró.

Étienne quiso decirle que él también y que ella era la mujer más hermosa que había visto jamás, pero no quiso incomodarla.

—¿Toca algún instrumento?

—Lo hacía, cuando vivía mi padre, pero ahora llevo muchos años sin tocar. Últimamente, mi vida transcurre entre estos parajes; la única melodía que escucho es la de este bosque.

—El ulular del viento entre los árboles, los trinos de los pájaros, el murmullo del agua... —Le sonrió.

—Sí, y ahora usted y su violín. —Miró a su alrededor—. Este es el santuario perfecto para su música. Las notas enredándose entre la naturaleza ¿Puede haber mayor belleza?

Étienne sonrió de nuevo.

—Tiene usted razón, es el lugar perfecto para tocar.

—¿Me haría un favor? ¿La tocaría de nuevo por mí?

—¿Cómo puedo negarme?

Tomó el arco con la mano derecha y colocó de nuevo su violín bajo la barbilla. Se sintió feliz de poder complacerla. Cerró sus ojos y dejó caer el arco suavemente sobre el instrumento para empezar a tocar otra vez. La melodía volvió a envolverlo de manera especial, sabiendo que la tenía de público, se esmeró por conseguir que todo su corazón se deshiciera entre las notas, y lo consiguió. Cuando abrió los ojos, Amalia permanecía con los labios entreabiertos, paralizada con una expresión de sobrecogimiento reflejada en su hermoso rostro. Sus ojos brillaban de manera especial. Y a Étienne le gustó despertar emociones en ella.

La muchacha suspiró antes de hablar.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía así —le dijo llevándose la mano al pecho—. Esa

música es preciosa, Jules Massenet es maravilloso.

—*Oui*, lo es y, aun así, su ópera no tuvo éxito hasta varios años después de que la estrenara. Increíble, *vérité*?

La joven asintió.

—¿Qué hace un hombre como usted en esta aldea perdida? —le preguntó extrañada.

—Encontrarme a mí mismo —le respondió con sinceridad— ¿Y usted?

—Esconderme del mundo.

—¿Por qué una mujer como usted querría esconderse? —La pregunta salió de sus labios sin que pudiera detenerla.

Amalia no contestó, pareció incómoda.

—Tengo que marcharme ya —le dijo—. Le agradezco mucho que haya tocado de nuevo esa pieza.

—Yo tocaré para usted siempre que quiera.

La joven le dedicó una sonrisa dulce.

—Adiós, señor Fauré.

—Adiós, *mademoiselle* Amalia.

Se quedó observando su grácil figura caminando hacia la espesura, y como la otra vez, se perdió en ella.

Capítulo 13

2024, Madrid



—Señorita Santana, ha llegado esto para usted.

Estela observó al joven que había entrado en su camerino con una pequeña caja en las manos.

—¿Qué es?

—No lo sé, señorita —Lo dejó sobre su tocador y se marchó.

—¿Tienes algún admirador especial? —le preguntó Marta desde una silla en la que estaba sentada.

Estela no le contestó, con cierto temor cogió la caja; intuía quién se la mandaba. La abrió y vio dos rosas blancas junto a una nota.

—Ah, son tus rosas —apuntó Marta—. Han llegado ya.

Pero esas no eran las rosas que siempre pedía, esas rosas las enviaba Gabriel, lo sabía sin necesidad de abrir la caja. Tomó la nota y la leyó:

Llegará un día en que no podrás evitar pensar en mí cuando toques *Meditación de Thaïs*, por eso seguiré esperando.

Mientras, y hasta que ese día llegue, te daré un dato más: tu nombre era Amalia.

Estela se quedó blanca cuando leyó la nota, con el miedo recorriendo su cuerpo arrugó el papel y lo tiró a la papelera. No, eso no podía ser.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Marta preocupada—. Estás pálida. —Se levantó de su silla y se acercó a ella. Puso la mano sobre su frente—. No parece que tengas fiebre ¿Estás bien?

—No es eso, no te preocupes, voy a poder tocar esta noche —le respondió, sabiendo perfectamente lo mucho que le podía afectar a Marta, que se sintiera indispuesta y no pudiera actuar.

—Pues te veo descompuesta. ¿Ha sido esa nota?

Estela hinchó los carrillos y resopló poniendo la cabeza entre sus manos.

—Me estás preocupando.

La violinista levantó su cabeza de nuevo para mirar a su mánager.

—No es nada, es solo que el otro día quedé con un hombre.

—¿Tu cita?

—No era una cita. Se trata de un hombre que sabe muchas cosas de mí y quise averiguar por qué sabía tanto. Fue un error por mi parte. Me dijo un montón de tonterías y finalmente me marché.

—¿Cómo fuiste capaz, Estela?! —La riñó Marta.

—Es que, no sé por qué, no le tenía miedo. Ya sabes lo que pienso, alguien que ama la música...

—Sí, no puede hacer daño a nadie —terminó su frase—. No sé cómo puedes ser tan ingenua,

en este mundo no te puedes fiar de nadie. ¿Era una nota amenazante?

—No, en absoluto, pero me parece que se cree enamorado de mí sin conocerme.

—¿Se puede saber qué es lo que te dijo cuando quedaste con él?

—Que nos conocíamos de otra vida —murmuró, no se atrevió a decirlo con la voz más alta.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y te fuiste después de eso?

—¡Claro que me fui! ¡Es una auténtica locura! ¿Sabes quién es? El hombre del *marron glacé*.

—¡Ay no! Se puso en contacto contigo después, ¿verdad?

—Sí, me dejó una lata de *marrons Glacés* y luego hablamos a través de Instagram.

—¡¿Y para qué tenemos a Tamara?! ¡Ella se encarga de tus fans! —Comenzó a caminar alterada por el camerino, alzando más la voz de lo que a Estela le hubiera gustado.

—Me dijo cosas que nadie sabe de mí y me hace sentir... Extraña.

—Pues a lo mejor tenemos un problema. —Detuvo sus pasos y la miró enfadada—. Pero no te preocupes —cambió de expresión—, yo me ocuparé. Si te molesta o te manda más cosas o te acosa de algún modo, me lo dices.

A Marta no le gustaba perder el control de lo que sucedía a su alrededor, mucho menos con su gallina de los huevos de oro.

—Muy bien —aceptó sumisa.

Pero Estela no estaba convencida, había algo dentro de ella que le decía que no estaba obrando bien y se sentía culpable. Su miedo la empujaba a dar pasos hacia atrás y huir de Gabriel, el mismo miedo que sintió cuando leyó que su nombre había sido Amalia, ya que ese fue el que le puso a su muñeca favorita cuando era niña. No hacía más que lanzarse preguntas y responderse con frases cabales como: «Esto es casualidad», «no puede ser verdad lo que él dice», «tiene que haber una explicación lógica». Y por más que intentaba acallar su otra voz, la que le decía que lo averiguase a través de Gabriel, se negaba a que la tacharan de loca. No, no podía hacerle caso; dar crédito a un desconocido que afirmaba que la reencarnación existía podía suponer el fin de su credibilidad. ¿De qué manera la mirarían Marta y todos los de su entorno?

Las rosas que siempre le mandaban llegaron unos minutos más tarde junto con el agua mineral. Miró las dos cajas, dubitativa, y cogió las flores que Gabriel le había enviado, no quiso pensar por qué hizo eso, se levantó y se dispuso a ir hacia el escenario.

Paganini, Vivaldi y Massenet, su repertorio.

Permanecía de pie esperando entre bastidores, con su elegante vestido de noche, en una mano tenía el violín y el arco, en la otra las rosas blancas. Levantó su mano y las miró en su palma. Se sentía incapaz de salir a escena sin ellas. ¿Por qué? Escuchó los aplausos dedicados a Johann cuando salió al escenario. Como siempre en sus conciertos, el aforo estaba lleno. Volvió a cerrar su palma y salió ante la audiencia, los aplausos se intensificaron. Ella saludó recibiendo el calor de su público, dejó las rosas a sus pies y dirigió su mirada al patio de butacas, luego a los pisos superiores y palcos. Sabía que él estaba allí, lo intuía, pero el Teatro Real era demasiado grande como para encontrar a una sola persona.

Capricho N° 24 de Paganini. ¿Estaba preparada para enfrentarse a esa pieza después de lo que le pasó el otro día durante el ensayo? Miró las rosas a sus pies. Sí, lo estaba. La había tocado cientos de veces, solo tenía que concentrarse y no pensar en nada más. Cerró los ojos y, cuando el silencio envolvió el recinto, comenzó a arrancar las notas de su violín, la orquesta se unió a ella. Y allí, se transformó en la «violinista del diablo». Ella, al igual que Paganini, también vestía de negro y sus dedos se movían veloces sobre las cuerdas. No había nada que amara más que su instrumento en ese momento.

Hay que ver lo viva que se sentía dejándose llevar por esa composición. Cuando finalizó, el

público se volvió loco, comenzó a aplaudir a rabiar y algún «bravo» que otro, llegó hasta sus oídos. Repasó de nuevo el recinto ¿esperando encontrarse con sus ojos? No lo entendía, no quería saber nada de él; sin embargo, su subconsciente la delataba.

Salió del escenario para dejar que la orquesta tocara la pieza que estaba programada y se sentó en una silla que había preparada para ella. Marta, que estaba por allí, le sonrió, dándole a entender que había hecho una gran actuación. Volvió a salir para tocar el invierno de Vivaldi y después de esa, varias piezas más, cuando terminó, volvió a abandonar la escena para dejar a la orquesta y finalmente se preparó para el cierre de aquel concierto. *Meditación de Thaïs*. Miró de nuevo las rosas blancas, después del alarde de virtuosismo se tenía que transformar en dulzura. Comenzaron los primeros compases con el arpa y después arrancó ella. La vivió como nunca la había vivido, cada una de sus notas, de sus silencios, de su ritmo, corrían como la corriente de un río por su interior, introduciéndose en todas sus células, convirtiéndola a ella en melodía, y entendió que siempre había formado parte de ella, que estaba en ella desde no sabía cuánto tiempo. Entonces, la añoranza que siempre la envolvía cuando tocaba *Thaïs*, se intensificó y no pudo evitar derramar lágrimas. Nunca le había pasado en un concierto, pero aquella vez lloró. Cuando terminó, Johann la interrogó con la mirada, ella le sonrió levemente, dándole a entender que estaba bien. El público se había puesto en pie, Estela, conmovida, cogió sus rosas, las miró unos instantes y dudó. Siempre las lanzaba al público, pero esa vez se vio tentada de quedárselas. Miró al frente, y sonriendo, las arrojó a los espectadores. Entonces lo vio, en el patio de butacas, y estaba tan conmovido como ella. Sus ojos la recorrieron de arriba a abajo, tenía una sonrisa triste, lo que despertó en Estela un deseo de consolarlo. «¡Basta ya!», se dijo a sí misma. No podía ceder.

Tras el concierto, como era habitual, la esperaban en la puerta de salida de los artistas. Empezó a firmar programas y discos y respondía con amabilidad a los halagos de sus fans. Se había repuesto ya de la emoción que la embargó al tocar la última pieza y todo empezaba a ser como otro día más de actuación. Marta caminaba cerca de ella mientras atendía a sus admiradores. Sus pasos se detuvieron cuando se interpuso entre ella y una fan, se colocó tan cerca que pudo sentir su aliento, y mirándola con intensidad a los ojos, le dijo:

—No me rendiré.

«No quiero que lo hagas», pensó de inmediato, pero su otro lado, el cuerdo, le hizo mirarlo unos instantes y responderle fríamente:

—Aparta, por favor, no puedes hacerme esto.

La gente se amontonaba a su alrededor esperando su rúbrica o simplemente una sonrisa de ella.

—Lo has sentido, ¿verdad? —le preguntó—. Has tocado con toda tu alma, con todo lo que llevas dentro, y empiezas a descubrir que eres Amalia.

—¡Ya vale! —dijo enfadada.

Marta, que estaba próxima, se percató de la situación y acudió al rescate, como si además de su manager, también fuera su guardaespaldas.

—¿Es él? —se dirigió a Estela.

Estela no dijo nada, asintió con su cabeza.

—Discúlpame, los demás también quieren la atención de la señorita Santana. —Le puso la mano sobre el brazo, y mientras Gabriel miraba a Marta, Estela aprovechó para escabullirse.

Gabriel desvió de nuevo sus ojos hacia el lugar donde estaba Estela.

—Déjala en paz, por favor, o me veré obligada a denunciarte —su tono era bajo, pero no restaba firmeza a sus palabras.

Gabriel clavó sus ojos en Marta.

—No pretendo hacerle daño.

—Sí, pero ella no quiere que la atosigues y eso que estás haciendo se llama acoso.

—Soy abogado, sé perfectamente lo que es acoso —soltó al ver el tono de superioridad con el que se estaba dirigiendo a él—. Y yo jamás la he atosigado. Mis acercamientos no interfieren en su vida cotidiana.

—Ahora lo estás haciendo, así que procura andarte con ojo.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te digo que no te acerques a ella más.

—No puedo y sé que ella lo entenderá.

—Pues ya está todo dicho —contestó Marta apartándose de él. Caminó hasta Estela, quien hablaba con una niña pequeña que le ofrecía una foto suya para que se la firmara. Cuando lo hubo hecho la tomó por el codo y la separó un poco.

—¿Cómo se llama ese capullo? —le preguntó con evidente enfado en la voz.

—Gabriel Luna.

—Muy bien, ya no te molestará más.

—¿Qué le has dicho?

—Creo que lo que le diga no importa, está empeñado en hablar contigo, pero yo a los mosquitos los aplasto con la mano.

Capítulo 14

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Protegida entre los muros de la casa de sus tíos, Amalia cenaba en soledad pensando en el extranjero que había conocido aquella mañana. Creyó que en la aldea estaría sola siempre, pero ahora corría el riesgo de encontrarse con él a cada instante. Por un lado, la idea le gustaba, lo cierto era que la había impresionado, no solo por la manera mágica que tenía de tocar, sino por esa mirada azul que la observó sin esa sombra oscura que su tía decía que despertaba en los hombres; pero, por otro lado, tenía miedo, si su tía supiese que ese joven estaba allí, ¿dónde la escondería, entonces, del pecado?

Ahora tampoco estaba a salvo en la aldea abandonada. Tenía un vecino peculiar que podía poner en peligro el plan que sus tíos habían elaborado para protegerla. Aunque ella no había visto nada malo en él, al contrario, cuando escuchó su música, a lo lejos, creyó que las puertas del cielo se habían abierto, vertiendo sobre esos bosques el amor de aquella melodía divina. ¡Con lo que a ella le gustaba la música! Cuando vivía en A Guarda con su padre, tenía un piano que aprendía a tocar con las lecciones de un maestro a quien su padre había hecho venir desde la capital. ¡Disfrutaba tanto! Esos días habían quedado atrás y ahora solo eran recuerdos que Étienne Fauré había hecho que regresaran a su memoria.

¡Étienne Fauré! Le gustaba su nombre, y recordar su acento galo le hacía sonreír. Había estudiado un poco de francés cuando era niña, pero pensó que nunca tendría la oportunidad de conocer a uno de esos extranjeros, mucho menos en esa aldea solitaria. ¿Qué es lo que haría allí?

Pese a todas las advertencias de su tía Mariña, tenía ganas de volver a escucharlo y, aunque nunca se había sentido sola viviendo en la aldea, ahora se alegraba de tener tan amena compañía. Que fuera músico era lo único que podía hacer que se relacionase con alguien del sexo opuesto. Volvería a acercarse si escuchaba su violín y se detendría a hablar con él. Sí, ¿quién lo iba a saber en aquella aldea solitaria? Sus tíos no estaban allí, la habían aislado para que aquel «castigo» que era su apariencia física no la hiciera pecar, ni a ella, ni a cualquier hombre incauto que cayera en la trampa de su angelical aspecto. «El diablo te creó para tentar al hombre, eres peor que Eva». Eso era lo que constantemente le repetía su tía desde que quedó a su cuidado. La primera vez que la vio, la observó con aquellos ojos pequeños y oscuros como cavernas. No le dijo ni una sola palabra de consuelo después de que hubiera perdido a su padre, tan solo resopló negando con su cabeza. Poco tiempo después puso a buen recaudo las joyas de su madre y las cadenas y pendientes de oro que tenía, y con la seriedad de un sacerdote le dijo:

«En cuanto a las mujeres, quiero que ellas se vistan decorosamente, con modestia y recato, sin peinados ostentosos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos. Que se adornen más bien con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan servir a Dios. —La miró con profundidad y continuó—. Esto es *Timoteo 2:9-10*, espero que no lo olvides, ahora estás bajo nuestra tutela y

deberás llevar la vida que nosotros llevamos».

Los primeros meses con los primos lejanos de su padre fueron duros, estaba acostumbrada a la dulzura con la que su padre la trataba y sus parientes eran secos y estrictos, ni siquiera tenían muestras de afecto entre ellos. Amalia nunca conoció a su madre, murió al dar a luz, pero sabía que su padre sentía adoración por ella, e imaginó que el trato entre ellos debía de ser también amoroso.

Los años de felicidad para Amalia terminaron cuando su padre murió y el primo de su padre y su mujer se fueron a vivir con ella a la casa que su padre construyó en A Guarda. Cambiaron sus costumbres, su ropa, su alimentación y, estando ella en su propia casa, tuvo que adaptarse a esos dos extraños, que jamás había visto en su vida. Dos años estuvo conviviendo con ellos hasta que se hizo un poco más mayor y decidieron ocultarla en Vichocuntín, donde ellos vivían antes. Para ella fue un alivio. No le gustaba vivir con sus tíos. El tío Aldán la ignoraba, era un hombre callado, apenas hablaba en el día y la mayor parte del tiempo pasaba por su lado como si no hubiera nadie, pero la tía Mariña estaba siempre pendiente de ella, su mirada oscura la seguía a cada momento como un animal de presa esperando a que cometiera cualquier error para abalanzarse sobre ella. No le gustaba su pelo, ni sus labios, ni sus ojos, opinaba que eran demasiado llamativos; los labios resaltaban en su rostro con el color del pecado y el pelo era demasiado sedoso, atraía demasiadas miradas y cuando estaban en A Guarda se lo hacía esconder bajo un pañuelo cuando salían a la calle. La hacía vestir con trajes blancos y sencillos, nada de color. Amalia acató con resignación cada una de las normas que su nueva familia le impuso, y cuando le dijeron que lo mejor era que se quedase en la casa de Vichocuntín ella sola, lo aceptó. «Es lo mejor para ti», le dijo su tía.

Aislarla fue la idea que tuvo para evitar que el pecado deshonrase su hogar. Pero, ¿de quién era el hogar? Era el lugar de Amalia, todo era suyo; sin embargo, era menor de edad y hasta que no cumpliera los veintitrés años no tendría la libertad de hacer lo que quisiera. Así que allí estaba, apartada del mundo, sola, aunque agradeció estarlo. Separarse de su tía la relajó, con ella vivía en tensión por miedo a sus constantes reprimendas, e incluso llegó a odiarse a sí misma por las críticas continuas de Mariña acerca de su físico; cuando ella no había hecho nada para ser así. Pensar que solo le quedaba un par de años para librarse de ellos, la hacía sentir mejor y vivir en la aldea le gustaba. No se aburría, leía, estudiaba, paseaba..., si hubiera podido exigir algo, habría pedido que le llevaran su piano para practicar. No lo había tocado desde que perdió a su padre y, después de escuchar al señor Fauré, unas ganas irrefrenables de volver a hacerlo se habían apoderado de ella. La música siempre había sido una poderosa medicina para el alma, algo que entra por tus oídos y llega a donde tiene que llegar para sanarte. No lo había sabido hasta ahora, pero estaba necesitada de ella, y ahora, Étienne Fauré, compartiendo la soledad de aquel paraje natural en Vichocuntín ponía la música al alcance de su mano. ¿Quién le iba a decir que en su destierro encontraría algo que amaba tanto?

Capítulo 15

2024, Madrid



Solo tenía sus recuerdos, ningún vestigio de que aquello que había en su memoria hubiera sucedido en algún momento de la historia. Nadie podía confirmarlo. Solo él podía asegurar qué hizo y con quién compartió aquellos momentos. Tan solo eran pequeños fragmentos, pero de gran intensidad. Muchos ponían en duda la veracidad de lo que contaba, incluso ella, Amalia, Estela... Gabriel no tenía todas las respuestas; sus recuerdos se limitaban a un breve espacio de aquella vida, que al parecer fue importante para su alma. Y le estaba resultando muy duro tener toda esa información en su cabeza sin que fuera un recuerdo compartido con aquella persona con la que sintió tanto.

Su memoria almacenaba momentos muy especiales, pero ¿qué pasó con ellos dos? ¿Qué historia vivieron? ¿Cómo fueron sus vidas? Los momentos que recordaba no llegaban a desvelarle mucho más que una pasión intensa que sentían el uno por el otro. ¿Pero, por qué, ahora, estaban en aquella situación? ¿Por qué había empezado a recordar?

Todo tenía que tener un sentido, una explicación que ahora mismo no era capaz de ver. Lo que sí tenía claro, era que debía de convencer a Estela para averiguar lo que les sucedió y quiénes eran. Tenía una tarea difícil por delante, estaba convencido de que ella pensaba que estaba loco, como todos los demás, ni siquiera su propia hermana creía que sus recuerdos fueran reales. Alucinaciones por la falta de irrigación sanguínea, pero él ya no tenía falta de irrigación y seguía teniendo sus recuerdos, la imagen de Amalia vestida de blanco rodeada de un frondoso bosque, su voz aterciopelada, el olor a tierra mojada, a frondosidad, los trinos de los pájaros y su música, todo volvía a su mente de manera reiterada. Su única salida era conseguir pruebas, así que tomó un cuaderno y apuntó todos los datos que había almacenados en su memoria:

- *Yo era un músico y compositor francés.*
- *Estaba en España por un amigo llamado Anxo. Pero, ¿en qué lugar? Por el nombre parece gallego.*
- *Nací en la tierra de procedencia de los marrons glacés Clément Faugier.*
- *Mi nombre era Étienne, pero no recuerdo mi apellido.*
- *Ella era Amalia, tampoco recuerdo su apellido.*
- *Estuvimos en una aldea abandonada, ubicada en un bosque con acacias, robles, mimosas, enredaderas, laureles y helechos.*

¿De qué manera podía empezar a buscar? Decidió acceder a internet y comenzar por algo fácil. Abrió su ordenador y tecleó en Google el nombre de Clément Faugier. Descubrió que la fábrica de dulces se abrió en 1882, en Privas, en el departamento de Ardèche, al sur de Francia. Inmediatamente después, buscó Privas. Contemplando las fotos de ese lugar, tuvo una sensación extraña, como cuando lanzas un grito entre montañas y el eco te devuelve tu propia voz. Todas

las imágenes le devolvían emociones ya vividas, sentía un vínculo con ese lugar, lo que le hacía pensar que él ya había estado allí. Chapelle des Récollets, Pont Louis XIII, la iglesia de Santo Tomás... Todo le era sumamente familiar, aunque no los encontrara en sus recuerdos. Su siguiente paso fue buscar la página de su Ayuntamiento, donde encontró la dirección de un correo electrónico. Redactó una carta en inglés solicitando información sobre músicos de la ciudad a finales del siglo XIX y principios del XX. A las dos horas le respondieron dándole los datos de contacto de la escuela de música más antigua de la ciudad. No quiso esperar y decidió llamar por teléfono. No recordaba hablar francés, pero suponía que en inglés lo entendería alguien. Le atendió un hombre que, al hablarle en la lengua anglosajona, le dijo que esperara un momento. Al rato se puso otro con la voz más joven.

—Allô?

—Buenos días, ¿hablo con la escuela de música de Privas?

—Sí, sí, esta es la escuela de Privas.

—Mi nombre es Gabriel Luna y estoy haciendo un trabajo sobre músicos originarios de su localidad, de finales del siglo XIX y principios del XX. Me gustaría saber si ustedes me pueden dar información o decirme dónde me puedo dirigir para conseguirla. Estoy interesado en uno en concreto, era compositor y violinista.

—¿Étienne Fauré?

Al oírlo, su corazón se aceleró con la certeza de que ese era el nombre que estaba buscando, no le hacían falta explicaciones, sencillamente lo sabía. Ese era su nombre.

—¡Sí, Étienne Fauré! —exclamó— ¿Cómo sabe que es ese el que busco?

—Bueno, violinista y compositor en esa época, tiene que ser él, es el único aquí, en Privas. Si quiere más información de él, hay algún libro publicado en el que se incluye su biografía junto con la de otros compositores, pero está en francés.

—¿Y hay alguna página web donde pueda investigar algo sobre él?

—Ponga su nombre en Google y encontrará algunas, aunque también estarán en francés.

—¿Usted me puede poner en contacto con alguien que conozca su vida?

—¿Qué quiere saber, señor?

—Todo lo que pueda.

—Aquí en Privas, es un compositor conocido, fue alumno de Jules Massenet, estamos orgullosos de él y cualquiera que haya ido al colegio en esta ciudad podría decirle cosas sobre él, lo poco que se sabe. Sus obras se interpretan todos los años en el conservatorio.

—Entonces, ¿puede decirme dónde puedo encontrar sus composiciones?

—Yo le puedo mandar algunas de sus partituras.

—¡Eso sería genial!

—¿Me da su correo?

—gabrielluna.thais@gmail.com —le dijo entusiasmado—. Una cosa más, ¿hay imágenes de él?

—Por supuesto. Su carrera no fue muy extensa, pero hay imágenes de sus inicios. Es algo que puede ver en las páginas web.

—Muy bien, muchas gracias, consultaré las páginas. Ha sido usted muy amable, que tenga un buen día.

Colgó y se quedó pensativo, con una extraña sensación en el estómago. En un momento sabría quién fue en otra vida, en otro tiempo, en otras circunstancias. ¡Era algo muy importante! Y estaba allí solo, sin nadie con quien compartirlo. Suspiró y escribió el nombre del músico en el buscador. Había varios enlaces sobre él, aunque tampoco demasiados. Clicó en uno sobre la

historia de Privas y allí estaba la biografía del compositor. La copió y abrió el traductor para saber qué era lo que ponía:

Étienne Fauré (1878-1947) Fue un compositor de principios del siglo XX. Comenzó los estudios de violín a la edad de seis años en Privas, su ciudad natal, y al cumplir los catorce se marchó al conservatorio de París a perfeccionar el instrumento, allí estudiaría composición con Jules Massenet, siendo uno de sus alumnos aventajados. Sus obras están cargadas de intimismo y melancolía influenciadas, sin duda, por las composiciones, de un romanticismo tardío, de su maestro.

Con veintitrés años ya había compuesto dos óperas de bastante aceptación en París y cuatro sinfonías, su nombre aparecía en todos los periódicos y revistas musicales de la ciudad, pero en 1903 desapareció del panorama musical, una fuerte crisis creativa lo apartó. Dos años después, a los veintisiete, realizó un viaje a España que le inspiraría su composición Amalia, obra cumbre de este compositor. Tras ese viaje no volvió a componer y nunca regresó a Francia. Tomó la decisión de retirarse del mundo, se sabe de su muerte por una carta que su amigo, el violinista Anxo Agar, envió al director del conservatorio de París comunicándole su defunción, le hicieron un homenaje, pero no se sabe dónde descansan sus restos, al parecer por voluntad expresa de él.

Le pareció poca información, pero desde luego, removi6 algo en su interior. ¡Anxo! ¡Ese nombre lo recordaba! Sentía que estaba viendo la punta del iceberg y que todo lo que estaba bajo el agua emergería en cualquier momento. Sonrió porque sabía que tiraría del hilo hasta averiguarlo todo, y con ese material, convencería a Estela.

Con excitación, pinchó en «imágenes» para poder ver todo lo que salía con el nombre de Étienne Fauré y no se sorprendió cuando vio las fotografías en blanco y negro de un hombre que compartía rasgos con él, no podía ver el color, pero se apreciaban unos ojos claros, pelo oscuro y rebelde, alto, de constitución esbelta. Siguió buscando más imágenes, ávido de información, y cuando encontró un retrato en el que sus facciones se apreciaban con toda claridad, el vello de su cuerpo se erizó por completo. No fue porque las líneas de su rostro fueran muy parecidas a las suyas; lo que sucedió fue que su alma se reconoció en aquel daguerrotipo. Reconoció aquella postura, el traje elegante, la manera en que sujetaba su violín y la forma en que se peinaba. Fue como si una memoria, más allá de la que almacenaba datos en su cerebro, le hiciera saber con certeza que el hombre del retrato era él. Tener esa experiencia le confirmaba que todo lo que había vivido en el hospital era cierto; su conciencia estaba despertando, recordando detalles de otra existencia.

Se guardó todas las imágenes y la documentación que encontró de Étienne. Luego abrió su correo, convencido de que tenía que enviarle todo a Estela. En ese momento, se dio cuenta de que tenía un nuevo mensaje en su bandeja de entrada: era de la escuela de música de Privas. Su estómago dio un vuelco al ver la partitura que le habían enviado. *Amalia*. Pinchó sobre el documento. Era una sinfonía con sus cuatro movimientos. Con el corazón lleno de emoción, se levantó de la silla y cogió su violín. Tocó algunas de las notas de la partitura del allegro y, mientras las iba leyendo, descubría que aquella melodía enérgica ya estaba en su interior. La sintió como suya, ¡suya! Y notaba el mismo amor que lo llevó a componerla. Volvió a sentarse en la silla, dejó el violín en la mesa y adjuntó toda la información que había encontrado, dirigiéndola a Estela.

Dime que esta partitura no aviva en ti emociones, dime que este compositor no remueve cosas dentro de ti. Ese de la fotografía soy yo. Por favor, ayúdame a completar el puzle de nuestras vidas. Necesito saber quiénes éramos, y estoy seguro de que tú también.

No le dijo más. Lo envió.

Al poco tiempo, su hermana llegó a casa. Oyó el ruido de las llaves al girar la cerradura, En unos segundos, se asomó a su habitación en silencio. La expresión de su rostro le hizo presagiar tormenta.

—Hola —la saludó.

—Hoy me han llamado de la policía —dijo, haciendo caso omiso a su saludo.

Gabriel la miró con atención.

—¿Qué ha pasado?! —preguntó extrañado.

—Que ¿qué ha pasado? —Su voz sonaba irritada—. ¿Has estado molestando a Estela Santana?

Gabriel resopló, sabía lo que se avecinaba.

—No, no la he molestado. Quedé con ella y vino voluntariamente.

—Pero has estado mandándole notas, dulces y yendo a sus conciertos a acosarla —dijo acercándose lentamente a él.

—Sé lo que parece, pero no he estado acosándola.

—¿Gabriel, por Dios! ¡Le has dicho que os conocéis de otra vida! —Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos con evidente angustia.

Lo último que quería era preocupar a su hermana, pero no esperaba que Estela contara a la policía lo que habían hablado, sobre todo, porque creía que el tema la incomodaba. No era algo de lo que hablar, era íntimo, demasiado personal. En cierto modo, se sintió decepcionado. Creyó que reaccionaría de manera positiva en algún momento, pero no recurriendo a la policía.

Miró a Sonia fijamente, pensando en una explicación que darle. ¿Cómo hacerlo sin que se convenciera del todo de que estaba loco? Su hermana habló, antes de darle tiempo a hacerlo.

—Creí que ya estabas bien —murmuró después de volver a abrir los ojos—, que tus alucinaciones se habían ido. ¿Has tenido más? —le preguntó con la mirada vidriosa. Gabriel sabía lo que pensaba en ese momento, estaba preocupada por si su hermano era un perturbado sin posibilidad de mejorar, y eso la entristecía profundamente. No le gustaba verla así, pero, por otro lado, estaba harto, no podía más. Nadie lo escuchaba, ¡ni siquiera su propia hermana! Una mujer que se suponía que lo quería. Eso le generaba una impotencia terrible.

—¡No son alucinaciones! ¡Son recuerdos! —exclamó desesperado.

Sonia hinchó su pecho y luego expulsó el aire, tratando de calmarse. Lo miró de nuevo.

—No te ha denunciado, solo ha hablado con la policía para que mediara entre los dos.

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿y por qué la policía no me ha llamado a mí?

—Al parecer te han investigado antes y han averiguado que has estado en tratamiento psiquiátrico. Por eso me han llamado a mí. Han hablado también con tu psiquiatra y me temo que tendrás que ingresar una temporada.

¿Ingresar? Eso supondría estar encerrado como en una cárcel. Por supuesto, le subirían de nuevo la medicación y ya se podía olvidar de Estela para siempre.

—¡No tenéis ni idea de lo que me estáis haciendo! —le reprochó furibundo.

—Vamos, cielo, no te preocupes, todo irá bien. —Sonia suavizó el tono.

—¿Bien?! —exclamó—. No estoy loco, no soy peligroso. ¡Mi puto problema es que nadie me cree!

—Shhh. —Le tomó la mano para tranquilizarlo, como si realmente fuera un demente al que había que calmar.

Gabriel se deshizo de su agarre, estaba más que cansado. Entendía que todo era difícil de creer, pero ¿¿pretendían encerrarlo?! ¿Cómo podía haberle hecho eso Estela? Ese pensamiento era el que más le dolía, porque creía ciegamente en que ella se daría cuenta de quién era él y de lo que una vez representó en su vida.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a Sonia con el ceño fruncido.

—Iremos a ver a tu psiquiatra.

—No voy a tener otra opción, ¿verdad?

Sonia tomó sus dos manos y lo miró con cariño.

—Cielo, estás enfermo.

—Ya —dijo derrotado.

Podía enseñarle todo lo que había encontrado acerca de Étienne, pero ¿de qué serviría? No hay más ciego que el que no quiere ver.

Capítulo 16

2024, Madrid



—Ya está todo resuelto, guapa —aseguró Marta, sonriendo confiada.

—¿El qué? —le preguntó mientras repasaba unas partituras que tenía intención de practicar.

—Lo de Gabriel Luna. No te molestará más.

Aquello acaparó la atención de Estela y la miró a los ojos.

—¿Qué has hecho? —preguntó intrigada.

—Llamé a la policía. No sabes la atención que me prestaron cuando les dije que era tu mánager. —A Marta le encantaba ver la reacción de las personas cuando decía que ella era la representante de una violinista de renombre—. Simplemente, les comenté la situación. Les di el nombre de ese capullo y lo han investigado. No les hizo falta profundizar mucho, enseguida vieron cuál era el problema. Resulta que nuestro amiguito estuvo en tratamiento psiquiátrico. Han llamado a su hermana para contarle la situación y lo más seguro es que lo encierren una temporada. Así que ya nos podemos quedar tranquilas.

—¿Encerrar?, ¿dónde?

—Pues no lo sé, en un psiquiátrico o algo así.

—Me parece un poco desproporcionado. No me ha hecho nada.

—¡Te estaba acosando!

—Creo que es inofensivo.

La primera reacción de Estela fue defenderlo, quitar hierro al asunto y no darle importancia a la actitud de Gabriel. De algún modo, no se sentía cómoda siendo la responsable de que lo encerrasen. Al fin y al cabo, solo le había mandado dulces y flores. ¿Qué de malo podía haber en eso?

—La cuestión es que te empezaba a molestar, y si está loco no sabemos cómo puede reaccionar. Ante esas cosas no nos podemos confiar. Además, tú misma dijiste que sabía cosas de ti que nadie conocía. A saber cómo las averiguó.

¿Por qué se sentía miserable mientras Marta le contaba aquello? Era muy fácil, una parte de ella creía a ese loco.

—¿Y sin dictaminarlo un juez, lo pueden encerrar?

—Si su médico así lo ordena, sí. Le harán un examen y lo tendrán vigilado durante una temporada. Suerte ha tenido de que no lo hayamos denunciado por acoso.

Estela dejó las partituras sobre el atril; estaban en la habitación que tenía insonorizada para estudiar. La noticia la había dejado sin capacidad de concentración, esa tarde no practicaría. Miró a Marta.

—¿Quieres un *marron glacé*?

—No. Me tengo que marchar ya.

—Pues yo necesito uno —le dijo abandonando la habitación para encaminarse a la cocina.

Marta fue detrás de ella y vio cómo sacaba la lata del armario y la abría.

—No te infles a dulces —le aconsejó, mientras se aproximaba a ella para darle dos besos de despedida—. Yo me voy ya, tengo muchas cosas que hacer. Ya sabes que estás oficialmente de vacaciones, ya no tienes ningún concierto hasta octubre, aunque me gustaría avanzar con lo de la grabación en el bosque. Ya hablamos, guapa.

—Muy bien, Marta, gracias.

—¿Vas a hacer algo especial estos meses?

—No tengo planes, ya lo pensaré.

Se despidió de Marta en la puerta y volvió a la cocina. Cogió un nuevo *marron glacé* y se lo metió en la boca y, mientras paladeaba aquel exquisito dulce, no pudo evitar acordarse de Gabriel, aquel hombre que no conocía apenas, al que temía por lo que representaba, pero que, por otro lado, la atraía. Cogió el móvil y entró en su Instagram. Miró sus fotos. Las de antes de su accidente eran como las de cualquier persona común. Un hombre joven, disfrutando con sus amigos, de cenas, de excursiones... Una vida de lo más normal. Encontró una foto en la que se le veía solo, era un *selfie*, estaba en un bosque. Leyó el texto:

Quando me invade la melancolía me vengo a Rascafría, no sé por qué, pero me alivia, el contacto con la naturaleza hace que florezcan emociones positivas. Es como si quisiera hacerme evocar cosas que ya he olvidado.

Observó su rostro, los profundos ojos azules mirando a cámara, la sonrisa triste como si hubiera algo que no le dejara mostrarla abiertamente y tuviera una sombra invisible que le impidiera ser feliz del todo. Las líneas de su rostro eran angulosas, varoniles, pero en esa foto iba perfectamente afeitado, no como en las ocasiones en que lo había visto en persona. En otras circunstancias, Gabriel habría llamado su atención y se preguntó qué habría pasado si lo hubiera conocido en alguna fiesta o en uno de sus conciertos sin que él la hubiera abordado con historias tan increíbles. Probablemente, le habría dado una oportunidad. Ningún hombre había ejercido ese magnetismo sobre ella, y lo curioso de todo era que no solo era algo físico, había algo más que ella no sabía explicar.

No quería ser la responsable de que estuviera encerrado, pero tampoco quería que la atosigara con todas esas ideas acerca de la reencarnación. La sensación de miedo que le provocaba la incomodaba.

Suspiró, y sin saber qué la llevó a ello, se le ocurrió mirar su correo. Le sorprendió ver uno de Gabriel. Con cierta desconfianza, llevó su dedo hasta el icono para abrirlo. Lo leyó y luego se dispuso a ver los archivos adjuntos. Examinó la pequeña biografía de Étienne Fauré, era un músico que no conocía, y cuando vio su fotografía, fue como si una corriente eléctrica recorriera su columna vertebral, aquellos ojos brillaban con el mismo poder de un imán, igual que los de Gabriel. No cabía duda de que algunos rasgos eran como los de él. Todo aquello que no quería ver, que no quería saber, estaba en aquel correo. Se lamentó por haberlo abierto.

Entonces, su temor, el peor de todos, ese que la acompañaba desde niña, surgió como una bestia para arrollarla. Su mayor pesadilla afloró repentinamente; pudo hasta escuchar el crepitar del fuego a su alrededor, el olor a humo, el calor... ¿Por qué volvía el horror? Tenía la misma sensación que cuando padecía aquellos terrores nocturnos, el mismo pánico a morir. Su respiración se aceleró; ya era demasiado tarde para echarse atrás. Con su pecho agitado, tocó en el último documento que quedaba por abrir, y sin un motivo aparente, su pulso y su respiración se acompasaron. Pasar la vista por encima de aquel pentagrama la calmó como si hubiera tomado un analgésico para el dolor. Mirando las notas en su móvil, caminó hasta la habitación insonorizada, cogió su violín y comenzó a tocar el adagio de aquella composición. Jamás había

visto esas notas, ni sus oídos habían escuchado esa melodía, pero su cerebro parecía saber qué nota iba a continuación de la otra. Todo surgió de manera fluida y acompasada. Cuando terminó, se dejó caer en una silla, abatida. Aquello era demasiado, demasiado para su alma atemorizada. Tenía que digerirlo, porque estaba ocurriendo y no podía negarlo más. Dentro de ella se estaba produciendo un cambio que no sabía cómo manejar. En su interior, una mezcla de emociones fermentaba, algo que llevaba mucho tiempo ahí y debía liberar de algún modo, pero ¿cómo?

Capítulo 17

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Averiguar cuál era la casa de Amalia no fue difícil, solo tuvo que observar qué entrada estaba libre de hojas y tierra, y qué ventanas tenían sus cristales limpios. Con su violín en mano, se detuvo ante su puerta, dispuesto a hacerla salir. Como si fuera un encantador de serpientes, esperaba verla de nuevo tocando la melodía que le había gustado. El día en que llegó a Vichocuntín, buscaba la soledad de aquel lugar abandonado, pero ahora deseaba encontrarse con aquella joven que, al parecer, amaba la música tanto como él. En unos escasos momentos que había estado con ella, lo había dejado fascinado.

Su corazón de músico, ese que parecía estar despertando, guio sus dedos por encima de las cuerdas. Su espíritu revivía una vez más, impulsado por la naturaleza y por la presencia de una moura del bosque. Volvió a dejarse llevar. La música de su maestro lo envolvió todo y la puerta de la casa por fin se abrió. La joven salió en silencio y se sentó en el escalón de la entrada a escuchar. Cuando terminó, se miraron a los ojos y se sonrieron. ¿Por qué sentía que con ella no había necesidad de palabras? Con la música era suficiente para hablarse.

—Es maravilloso escucharlo tocar.

Con la sonrisa aún en los labios, Étienne se metió la mano en el bolsillo y luego la extendió hacia ella. La joven abrió la palma para que pudiera depositar en ella lo que quería darle.

—¿Qué es esto? —le preguntó mientras miraba lo que había puesto sobre su mano.

—Es el mejor dulce que ha probado jamás.

Amalia quitó el envoltorio y se lo llevó a la boca. Enseguida abrió más sus ojos con sorpresa.

—¡Es delicioso! —habló con la boca llena, poniendo su mano delante de la boca al hacerlo.

—Los hacen en mi tierra. Tienen las mejores castañas confitadas.

—¿Qué nombre tiene?

—*Marron glacé*.

—Pues a partir de ahora son mis dulces favoritos.

—Sabía que le gustarían. —La miró unos instantes con una pregunta en los labios que no se atrevía a formular—. ¿Querría dar un paseo conmigo? —Por fin la expresó.

—Lamentablemente, señor Fauré, no puedo; nuestra relación tan solo debe basarse en la música. Usted, toca y yo escucho, nada más. No me pregunte por qué, pero ha de ser así.

—¿El único modo de disfrutar de su compañía es a través de la música?

—Lo ha entendido bien —Sonrió.

—Entonces no dejaré de tocar.

Colocó de nuevo el violín bajo el mentón e interpretó *Capricho N° 24* de Paganini. Cuando terminó, Amalia lo miraba asombrada con un brillo de pánico en sus ojos que lo confundió. ¿Qué había hecho para que tuviera esa reacción? Ella se levantó con rapidez.

—Señor Fauré, tengo que hacer cosas. Gracias por su concierto.

Abrió la puerta y se encerró de nuevo en casa.

Étienne se quedó paralizado sin comprender lo que podía haberla molestado. Su intención había sido deleitarla con su música; por el contrario, había huido de él como si hubiera visto al mismísimo diablo.

Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos.

—Discúlpeme si la he molestado —le dijo—. No era mi intención.

No obtuvo respuesta. Esperó unos segundos más y, ante su silencio, se marchó.

Amalia permanecía con la espalda pegada a la puerta. Escuchó su voz suplicando su perdón. Desde luego debía de ser un buen hombre, pidiendo perdón por una falta que ni sabía que había cometido. Se sintió mal, pero peor fue lo que experimentó al verlo tocar esa pieza. Su pasión, sus dedos ágiles recorriendo el instrumento para arrancar aquellas notas con vehemencia, le hicieron sentir la misma corriente que lo recorría a él con el fluir de la melodía y quiso ser aquel violín acariciado por sus manos. Asustada, no pudo más que huir de ese hombre que ahora le parecía más atractivo que nunca. Se inquietó por la atracción que sintió conforme lo veía interpretar esa pieza y, sobre todo, cuando la reconoció y supo lo que representaba. A Paganini se le conocía como el violinista del diablo. Ella lo había llevado a interpretar su música, ¡jella! Que, según su tía, era hija del diablo. ¿Podía tener razón? Aunque, en realidad, había sido Amalia la que había sentido todo lo que Mariña le dijo que despertaba en los hombres. Cerró sus ojos suspirando, si su tía supiera que tenía contacto con un hombre y que le hacía experimentar cosas... ¿Dónde la recluiría esta vez?

Capítulo 18

2024, Madrid



El sonido de sus zapatos resonaba por aquel largo pasillo por el que caminaba siguiendo a una de las enfermeras que trabajaban allí. Conseguir entrar había sido relativamente fácil, solo había tenido que mentir. Por fortuna, la persona que la atendió la conocía, era una de sus fans, y no le puso ningún inconveniente cuando le dijo que una relación sentimental de años la unía al paciente. Lo más complicado había sido averiguar dónde estaba. Marta no sabía nada, así que tuvo que recurrir a la policía; ellos sí sabían dónde había ido a parar y, aunque en un principio se mostraron reacios a hablar, los convenció diciéndoles que no se quedaba tranquila hasta saber el lugar donde su acosador estaba recluido. Le dieron un nombre, nada más, pero no fue difícil averiguar la dirección.

Ni siquiera en esos momentos, en los que sus pasos sonaban con decisión, se sentía segura de lo que iba a hacer. Estaba tomando una decisión importante por sí misma, sin la ayuda de Marta. La misma convicción que había demostrado en el mundo de la música, la conducía, ahora, por aquel pasillo interminable. No le había dicho nada a Marta, ni lo iba a hacer. Aquella era su decisión, basada totalmente en lo que estaba sintiendo. Mentalmente, iba preparada porque no sabía con lo que se iba a encontrar y ya había reflexionado suficiente los días previos antes de la conclusión a la que había llegado.

Se detuvieron ante una puerta y la chica llamó y abrió sin esperar una respuesta.

—Uy, parece que no está aquí. Debe de estar en el jardín, empieza a hacer buen tiempo y muchos enfermos salen a pasear un poco. Venga conmigo.

Reanudaron de nuevo la marcha por el pasillo, deshaciendo los pasos andados, hasta llegar a una puerta acristalada, la abrió y salieron a un jardín de diseño tan moderno como el edificio en el que estaban. El espacio se llenaba de formas geométricas compuestas por la combinación de césped y piedras decorativas. Varias personas caminaban con lentitud por los caminos de baldosas rectangulares; la mirada perdida los delataba, estaban allí por algo, y lo que no había hecho su mente, lo hacía la medicación: dejarlos completamente apagados. Avanzaron por el camino entre los enfermos.

—Le gusta sentarse en un banco en concreto —le explicó la enfermera mientras caminaba—. ¡Mire, allí está!

Sentado, con la mirada enterrada en un libro, pasaba las horas en esa cárcel donde ella lo había metido. Vestía con un chándal de la marca Adidas, de color azul marino, muy similar al que llevaba en la foto que tenía en Instagram cuando regresó a su casa, después del accidente. Se acercaron un poco más a él.

—Gabriel, cariño, tienes visita. —La enfermera hizo que levantara la vista de su lectura.

En cuanto la vio, se puso en pie, fijando su mirada interrogante en ella. Sus ojos estaban un

tanto apagados, probablemente opacados por la medicación, aunque no habían perdido ese poder de atracción que tenían.

—Les dejo. Cuando quiera marcharse, tiene que entrar por esa puerta y me encontrará —le dijo la enfermera, señalando hacia un punto del edificio.

—Gracias —Le sonrió con amabilidad, mientras miraba a la chica alejarse.

Tornó a mirar a Gabriel.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, contrariado. Se sentía un poco más espeso que antes, aunque tenía la lucidez suficiente como para llegar a la conclusión de que su presencia en la clínica estaba fuera de lugar después de todo lo que había pasado. No pudo negar que una parte del interior de su alma se alegró de verla, la otra estaba enfadada y eclipsaba cualquier atisbo de felicidad que le pudiera provocar su presencia allí.

—¿Derecho mercantil? —preguntó Estela tomando el libro que había dejado sobre el banco.

Gabriel se lo arrebató de las manos.

—Necesito leer algo que me haga concentrarme. Me han vuelto a subir la medicación y no quiero ir durmiéndome por las esquinas. —Hablaban un poco más lento de lo normal, pero no se notaba demasiado el aumento de dosis.

—¿Y no te vas a dormir leyendo derecho mercantil?

—No —respondió secamente—. Es algo que me obliga a estar despierto.

—¿Te han subido mucho la medicación?

—No demasiado. Lo justo como para que se me vayan las alucinaciones que se supone que tengo.

—¿Y se te han ido? —le preguntó, sabiendo que él nunca las consideró alucinaciones, sino recuerdos y que probablemente los tenía todavía.

—Desde el primer momento. Así están todos más contentos, incluida mi hermana. —Le dedicó una sonrisa cínica. Estaba molesto con ella, así que cogió su libro y volvió a sentarse, ignorándola.

—Lo siento, me he portado mal contigo —se disculpó Estela.

—Me temo que es un poco tarde, mira dónde estoy. —Abrió sus manos abarcando un espacio imaginario, mientras la miraba con el ceño fruncido.

—No parece que te estén drogando —observó ella al percibir el tono irritado y la rapidez de sus respuestas.

—Ya te he dicho que la dosis no es muy alta. La somnolencia y el cansancio son por los efectos secundarios. —apuntó.

Estela se sentó junto a él.

—Recibí tu correo.

Gabriel levantó la mirada del libro.

—¿Lo leíste? —cuestionó dudoso.

—Sí. También vi las fotos y los documentos adjuntos.

—¿Y a qué has venido? —le preguntó con interés.

—Te lo puedes imaginar, ¿no? Lo primero a pedirte perdón. Quiero que sepas que no fui yo quien habló con la policía, fue mi mánager.

—¡Ah, sí!, la recuerdo. La Bulldog con mala leche del concierto. ¿No?

El comentario le hizo gracia a Estela y se rio.

—Bueno, conmigo no suele tener mala leche, pero supongo que sí, era ella. Si algo me perturba, actúa rápidamente.

—Ya veo. Y yo te perturbé.

—Sí, Gabriel, lo hiciste. Me asustaste bastante. Es que, ¿no te da miedo todo lo que dices?

La mirada de Gabriel cambió. Ya no mostraba el ceño fruncido y su expresión se había dulcificado; el brillo azul de sus ojos se intensificó.

—No puede darme miedo. Nada que tenga que ver contigo puede hacerlo. Ahora dime, ¿por qué has venido?

—Toqué tu sinfonía.

Gabriel dejó caer la cabeza entre las manos al oírla. ¡Tres simples palabras y qué increíble reacción producía en él! Escucharla decir «Tu sinfonía», reconociendo que era obra suya, significaba mucho para él. Era la primera persona que admitía que no estaba loco, que sus recuerdos eran reales. Sus ojos se vidriaron sin que pudiera evitarlo; había pasado unas semanas horribles, sintiéndose sin esperanza, con los recuerdos de una vida con una mujer a la que amaba y que no volvería a ver. Tenía la certeza de que acabaría sus días en ese hospital psiquiátrico; no lo dejarían salir. Estela puso su mano sobre su hombro intentando consolarlo.

—Nunca la había escuchado —prosiguió—, pero ya la conocía.

—¿Reconoces que no estoy loco? —la interpeló sin mirarla.

—No creo que estés loco —admitió.

—Llevo aquí dos semanas. —Levantó sus ojos hacia ella—. ¿Por qué no has venido antes?

—Después de tu correo estuve averiguando cosas. Llamé a un amigo que tengo en el Conservatorio de París. Él me puso en contacto con un especialista en músicos franceses del siglo XX. Afortunadamente, conocía a Étienne Fauré. Descubrí que su carrera no fue dilatada, la fama apenas le duro unos pocos años, hasta que dejó de componer. Se intentó suicidar una vez por culpa de la incapacidad para crear que lo asoló. Sin la música no quería seguir viviendo. Fue su amigo Anxo quien lo apoyó. Quiero que me ayudes a saber más.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Ha cambiado todo. ¡La sinfonía *Amalia* es fantástica! Étienne era un gran compositor, ¿por qué no continuó componiendo?

—¿Es solo por eso por lo que estás aquí? ¿Quieres averiguar quién era Étienne, por su calidad como compositor?

—¡No! Ya te he dicho que cuando la toqué por primera vez fue como si ya la hubiera oído. Si tuve algo que ver en la creación de esa magnífica obra, me gustaría saberlo. Además, sé que estuvo viviendo en Pontevedra. No he dado con el lugar exacto, pero debía de estar cerca de Pedre, en Cerdedo. Mira — Abrió su bolso y sacó un papel que le entregó a Gabriel. Este comenzó a leer:

Pontevedra, 1905

Mi gran amigo, Anxo,

gracias, gracias, gracias... no tengo vida para agradecerte la cortesía que tuviste ofreciéndome lo que tenías a tu alcance para ayudarme. La música ha vuelto a mí desde que llegué a esta solitaria y maravillosa aldea. En Privas los parajes son espectaculares, pero esta calma que hay en tu tierra no la encuentro en ningún sitio. Estoy componiendo de nuevo, vuelvo a sentir esa energía divina que me recorría y me llenaba de alegría cuando creaba, vuelvo a vivir y sobre todo a amar. Ya no vago sin esperanza ni ilusión. Las ideas surgen espontáneas entre la vegetación exuberante de tus bosques, y esa inspiración viene de la mano de una hermosa mujer, Amalia. Ama la música tanto como yo. Estamos los dos solos en este paraíso.

Gracias, Anxo, por devolverme a la vida.

PD: ¿Me harías un gran favor, amigo mío? ¿Podrías enviarme una caja de *marróns glacés* Clément Faugier a Pedre? A la dirección que te adjunto. Gracias, de nuevo.

Tu amigo,
Étienne Fauré.

—¡Es una carta de Étienne! —exclamó, emocionado, todo concordaba con sus recuerdos.

—Sí, parte de la correspondencia que mantuvieron se conserva. Esta me la envió mi amigo. No se sabe qué sucedió cuando se marchó a España. Le envió la partitura de *Amalia* a su amigo y no dio a conocer ninguna composición más. Vivió apartado sin hacer vida social hasta su muerte, en 1947. Nadie sabe dónde están sus restos, ni dónde vivió. Probablemente, Anxo lo sabía todo, se sabe que estuvo en contacto, a través de cartas, solo con él y con sus padres hasta que murieron. Pero no se conservan esas cartas.

—¿Te han dicho quién era Amalia?

Estela negó con su cabeza.

—No se sabe nada de ella. Ayúdame a encontrarla.

—¿Cómo?! —dijo con tristeza—. Mi hermana no me dejará salir. Mi psiquiatra pensó que yo no podía hacerme responsable de mi persona y me hicieron firmar un poder notarial concediéndole mi custodia a alguien que sí pudiera. Sonia es esa persona, y cree que estoy mejor aquí que en casa, ya sabes, por si se me ocurre acosar a alguien más.

—¿No puedes salir de aquí?!

—No. Es Sonia la que decide.

—Pues tenemos que pensar en algo.

—¿En qué? ¿En escapar? Mientras ella pague mi estancia, aquí seguiré. No quiere que esté en casa, tiene miedo. Piensa que si me denuncian podría acabar en la cárcel, mantenerme aquí la deja tranquila, solo ella puede sacarme de este hospital.

—Traeré un especialista para que dictamine que estás bien.

Gabriel enarcó sus cejas.

—No le dejarán pasar de la puerta. Estoy en mi cárcel y no voy a poder salir.

—Pues quiero que me acompañes, Gabriel.

—¿A dónde?

—¡A Pedre! Quiero hacer lo que me pediste, quiero averiguar quiénes somos.

—No entiendo qué ha pasado, ¿por qué este cambio?

—Ya te lo he dicho. Toqué *Amalia* y cada una de sus notas estaban ya dentro de mí, ¡ya las conocía! Entonces, me puse a investigar sobre la reencarnación. Hay muchos vídeos de personas que dicen recordar vidas pasadas. No eres el único.

—Pero tú a mí no me recuerdas —dijo con pesar.

—No. Pero quizás si vamos a Pedre lo haga.

—O quizás no lo hagas nunca.

Podía ser por la medicación, pero a Gabriel se le habían ido las fuerzas. Se sentía vencido y había perdido las ganas que tenía de luchar hacía unas semanas.

—Averigüémoslo. Hablaré con tu hermana para sacarte de aquí.

—¡Ni se te ocurra! Eso empeorará las cosas y no conseguirás nada. Ella está convencida de que estoy loco. No va a escuchar a una mujer que le diga que yo tenía razón, pensará que tú también lo estás. Y mientras mi psiquiatra diga que tengo un trastorno, ella decide lo que se hace conmigo.

—¡Eres abogado, algo podrás hacer! ¿No? —exclamó desesperada.

Sus ojos la miraron fijamente. Y durante unos momentos, se quedó pensativo, su cerebro iba un poco más lento de lo habitual, pero finalmente sus ojos se iluminaron.

—¡Puedo revocar el poder notarial que firmé! ¡Claro! ¡Qué estúpido! —respondió—. Puedo hacer eso, siempre y cuando firme uno nuevo a favor de otra persona que esté en plenas facultades.

—Muy bien, pues hazlo —lo alentó.

—De acuerdo, lo voy a hacer —dijo afirmando con su cabeza, luego la miró con esos ojos que a la violinista siempre le habían parecido que tenían imán—. Entonces, Estela, voy a poner mi vida en tus manos.

El rostro de la joven demudó, no esperaba esa respuesta.

—¿Qué?!

—Que si quieres que salga de aquí es lo único que puedo hacer. El próximo poder notarial que firme va a ser a tu favor. Actuarás en mi nombre en cuanto a asuntos médicos y económicos se refiere. Tendrás que acompañarme a las consultas con mi psiquiatra, hasta que mi médico dictamine que estoy bien. Tendré que vivir contigo ¿Estás dispuesta a ello?

—¿Esa es la única manera para poder sacarte de aquí?

—Sí, piénsalo bien.

Estela resopló sin apartar sus ojos de los de Gabriel, ¿qué era lo que había en ellos que le daban tranquilidad?

—De acuerdo, no hace falta que lo piense, lo haré, lo haremos —corrigió—. Seré tu tutora. Pero me vas a dar mucho poder, ¿tú estás seguro?

Por primera vez asomó una sonrisa socarrona en los labios de él.

—Muy seguro, te conozco bien.

—Entonces, hagámoslo —concedió, pensando en que Marta la iba a matar cuando se enterase de todo, porque tarde o temprano lo haría, aunque le traía sin cuidado, era su decisión. No había nadie en su vida con el suficiente poder como para persuadirla de aquella locura.

—Muy bien —asintió con su cabeza—. Necesitamos un notario. Por mi trabajo conozco a uno que estará dispuesto a ayudarnos. Le he llevado clientes muchas veces, seguro que vendrá aquí para lo que sea. Ponte en contacto con él y cuéntale todo para que el trámite sea lo más ágil posible. Te mandaré su contacto por WhatsApp, ¿me das tu número de móvil?

Estela metió la mano en su bolso y sacó su teléfono.

—Toma —le alargó el móvil—. Hazte una llamada perdida.

Gabriel tecleó su número y se llamó, luego le devolvió el teléfono.

—Queda con él para venir aquí.

—¿Le dejarán pasar?

—¿Cómo te han dejado pasar a ti?

—Le dije a la enfermera que tú y yo —dijo, señalando a uno y a otro—, que tú y yo éramos pareja. Además, me conocía, tenía algunos de mis discos.

—Pues si va a venir con mi novia no creo que tenga problemas. —Le sonrió, mientras subía y bajaba los hombros rápidamente.

—Vale, pues yo me voy a marchar ya.

Se levantó y lo miró desde arriba. Ladeó su cabeza dudando si formularle la pregunta, al final se decidió:

—En tus recuerdos, ¿cómo soy?

Los ojos de Gabriel se dulcificaron.

—Muy parecida a como eres ahora.

Ella le sonrió.

—Nos veremos pronto.

Salió de allí pensando que realmente se había vuelto loca. Acababa de aceptar que lo que Gabriel le había dicho hasta ahora era verdad. Quería averiguarlo y es que en el fondo sentía algo nuevo. La melancolía que había notado hasta ahora parecía haber desaparecido desde el mismo

momento en el que había decidido investigar al lado de Gabriel. No quiso pensar en lo que Marta le iba a decir cuando descubriera que «el capullo», tal y como ella lo había llamado, se iba a su casa a vivir una temporada. Pero estaba dispuesta a llegar hasta el final. Comenzaba a exudar valentía, y todo por una pieza musical. ¡Qué gran poder tenía la música!

Capítulo 19

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



El tío Aldán y la tía Mariña llegaron temprano. Nunca le decían cuándo iban a aparecer, así que la podían sorprender en cualquier momento. Le llevaban provisiones para unos cuantos meses más.

Como siempre, Aldán entró silencioso en la casa, cargando sobre sus anchas espaldas un saco de harina, Mariña lo seguía con una bolsa llena de frutas, verduras, pan, legumbres, algo de carne y conservas. Ninguno de los dos la saludó.

—Con todo esto, tienes para una temporada más. ¿Te hiciste pan estos días? —inquirió la tía mientras se encorvaba para depositar la bolsa en el suelo.

—Sí, tía.

—Bien —dijo enderezándose, la miró de arriba abajo—. Ese Antón López ya no viene por casa.

—¿Podré volver, entonces? —preguntó la sobrina.

—Será mejor que te quedes —le contestó con sequedad.

Antón López era un muchacho, también hijo de indianos, que la pretendía. A Amalia no es que le gustara especialmente, pero era un chico atento y sus intenciones eran respetables. Nunca pensó en la posibilidad de casarse con él, pero a sus tíos no les gustó la idea de que la cortejase. Lo llamaban «el vanidoso», porque le gustaba mirarse cada vez que pasaba por delante de un espejo. Eso a la tía Mariña le parecía un pecado tan horrible como el de la belleza pecaminosa de su sobrina. Él fue el motivo por el que la llevaron a Vichocuntín y la dejaron allí sola. Alguien como ella debía de estar fuera del alcance de los hombres. Pero Amalia no era tan inocente como para pensar que la querían proteger del pecado solamente, como decía su tía. Al cumplir la mayoría de edad, toda su fortuna desaparecería de golpe y porrazo de sus fauces. Esa idea no debía de gustarles a sus tíos, porque, aunque parecían sumamente religiosos y austeros, las comodidades con las que vivían en la casa de A Guarda no las tenían en Vichocuntín, y eso parecía gustarles. De lo contrario, ¿por qué no se habían ido a vivir con ella en el poblado? Amalia los había visto sumamente complacidos paseándose en el Dion & Bouton de su padre, orgullosos de saber que era el único coche a motor de todo A Guarda. Los había sorprendido hurgando en los armarios, acariciando las telas de los trajes de su padre y los vestidos de su madre, y podía apreciar en los ojos de su tía el brillo avaricioso cuando miraba a su alrededor. Sentir que su sobrina sabía de su pecaminosa codicia no debía de agradarle, y por ello no la quería cerca, no la soportaba. Deseaba el lujo de su casa, pero no su compañía. Y, quizás, manteniéndola lejos, algo podría rascar, sin que ella lo supiera, de los beneficios que generaban los negocios Domuiño, antes de que todo pasara a manos de la legítima propietaria.

Se preguntaba qué harían cuando cumpliese los veintitrés, ¿volverían a la aldea? Ella no estaba

dispuesta a vivir con ellos. No quería que le recordasen constantemente que su físico era obra del diablo, y, desde luego, no les iba a perdonar el trato recibido. De momento, ellos decidían sobre su vida como tutores legales, pero en cuanto pudiera, se desharía de los dos.

—Veo que está todo limpio —observó Mariña.

—Tengo mucho tiempo para adecentar la casa.

—Así me gusta, la limpieza es tan importante en la casa como dentro del corazón, además hay que estar ocupada.

¿Cómo era posible que le dijera eso cuando en su casa de A Guarda disfrutaba del servicio que hacía las tareas de limpieza? ¡Ella no tenía que hacer nada! El mismo servicio que contrató su padre, ahora trabajaba para la tía Mariña, mientras a su hija la desterraba de su hogar.

—Tía, ¿sería posible que la próxima vez que vengan me traigan un instrumento? Algo como un violín. Paso mucho tiempo sola y la música hace compañía.

—¿¡Música!? Ni pensarlo, eso corrompe el alma —expuso drásticamente.

Justo lo contrario que pensaba ella, para Amalia la música la acercaba a Dios. Solo esperaba que no descubrieran que en aquel bosque no vivía ella sola, que jamás escucharan el violín de su vecino francés. Si eso sucedía lo único que podía ocurrir es que la encerrasen en algún sótano sin ver la luz, lejos de allí y de cualquier hombre.

—Como vemos que estás bien, nos vamos a marchar ya.

—Tía, ¿qué hacen en A Guarda? ¿Por qué no vienen aquí conmigo? Esta es su casa.

—Que ¿Qué hacemos, desagradecida? Pues tu tío se encarga de los negocios de tu padre, ¿o crees que todo funciona solo?

El aludido sonrió sin decir nada.

Su padre, Franco Domuiño, tenía dos empresas en Puerto Rico. ¿Alguien tan anodino como el tío Aldán podía hacer frente al imperio que creó su padre? Tenía sus dudas, aunque cuando pensaba en que su tío también poseía su negocio se calmaba un poco. Conservaba la esperanza de que estuviera poniendo empeño para hacerlo correctamente. No quería llevarse ninguna sorpresa cuando volviera.

—No vuelvas a hacer preguntas estúpidas como esa. Y por favor, cuando estés con nosotros cubre tu pelo, no quiero verlo, es una ofensa a Dios.

Amalia asintió sin decir nada, pero la enfadaban; sus continuos envites contra su persona le molestaban profundamente. Estaba harta. El uno, silencioso y apocado; y la otra con una lengua viperina incapaz de contener. Solo deseaba que pasaran dos años para poder deshacerse de ellos. Mientras, prefería estar en Vichocuntín, a solas. No necesitaba la compañía de esos dos indeseables. Con el fuerte deseo de que se marcharan de una vez y la dejaran en paz, le habló:

—No sufra, en cuanto suba al vehículo de mi padre y emprenda la marcha, dejará de verme, tía. Y aquí no hay nadie que pueda contemplar mis abominables cabellos, estoy yo sola. El diablo no tiene a nadie a quien tentar.

Mariña la miró negando con su cabeza.

—Qué niña tan insolente, menuda educación te dio tu padre. Vayámonos, Aldán —le ordenó a su marido—. Vendremos en unos meses —esta vez se dirigió a su sobrina.

—Muy bien, no tengan prisa —contestó con voz neutra—. Que tengan un buen viaje de vuelta, y no se preocupen por mí, estoy muy bien aquí.

Mariña salió de la casa sin mirarla y el tío Aldán inició sus pasos para seguirla. Pero antes de salir, algo insólito sucedió: la miró y le sonrió. Le dirigió una sonrisa de camaradería que Amalia no esperaba en absoluto, como si quisiera decirle que la entendía. Pareció querer hablarle, pero la voz chillona de Mariña lo llamó gritando desde fuera de la casa. Como si temiera incluso por su

vida, salió de allí como alma que lleva el diablo. Y por fin, Amalia se quedó sola.

Esperó un tiempo prudencial para asegurarse de que estaban ya lejos, para tener la certeza de que sus tíos habían llegado al coche, que dejaban aparcado fuera del bosque, y que se habían subido a él alejándose de allí. Entonces, con la impaciencia empujándola con fuerza, salió en busca de Étienne Fauré. La visita de sus tíos la había llevado a ello. Si la música había llamado a su puerta, si Dios había querido que aquel músico se cruzase en su vida, sería por algo y no iba a dejar que los miedos de su tía se interpusieran en su camino. Mariña no la trataba bien; sin embargo, la música la hacía feliz, así que si expulsada de su casa, tenía que vivir en aquel rincón del mundo, lo haría de la mejor manera posible. Si la música era lo único que la unía a aquella vida ingrata que sus tíos la obligaban a vivir, no huiría. Aunque aquel músico apasionado fuera una auténtica tentación para ella, sabía que nadie que amase la música del modo en que él lo hacía podía hacerle daño. ¡Nadie!

Llamó con sus nudillos a su puerta y esperó. No parecía que estuviera.

—¡Qué agradable sorpresa! —oyó a su espalda.

Al darse la vuelta se encontró con sus ojos azules, despedían destellos de amabilidad.

—Señor Fauré, ¿podría usted darme clases de violín? —Lo abordó de inmediato.

Él levantó sus cejas sorprendido, pero pareció gustarle la idea.

—Para mí sería un placer, *mademoiselle* Amalia, pero, ¿qué hay de lo que me dijo el otro día? «Usted, toca y yo escucho, nada más».

—En realidad, si me da clases nuestra relación seguirá siendo estrictamente musical. ¿No le parece?

—Visto así, podría darle clases.

Amalia se mordió el labio inferior antes de hablar.

—Pero ahora no tengo con qué pagarle, mis tíos administran mi dinero y esto es algo que no deben de saber. No quieren que haya música en mi vida. Le pagaré cuando cumpla la mayoría de edad, se lo prometo. Si quiere, podemos firmar un contrato.

Étienne sonrió con afección.

—No voy a aceptar su dinero, si hago esto es porque quiero hacerlo. Le daré clases con mucho gusto.

—Pero si no le pago, no me sentiré bien —objetó ella.

—Me paga con su amor por la música, si usted aprende y avanza con el instrumento yo me sentiré más que satisfecho. ¿Cuándo quiere comenzar?

—Cuanto antes. —Le sonrió.

—Entonces puede entrar ya —le dijo mientras abría la puerta de su casa.

Amalia dudó un momento. Estaba bien lo de que le diera las clases, pero eso de estar a solas en la casa de un hombre... Sabía que no era correcto y que no sería bien visto por nadie en aquel lugar en el que vivían, pero si estaba exiliada de su hogar, las normas podían cambiar, ¿no? El mundo había dejado de existir desde el momento en que la enviaron a vivir en soledad. Allí, solo estaban ella, Étienne y la música, no había nadie que los pudiera juzgar. A partir de ese momento, las normas las ponían ella y ese músico francés.

Capítulo 20

2024, Madrid



Abrirle las puertas de su casa no la hizo sentir mal, ni preocupada. Ni siquiera pensar en el sermón que le echaría Marta en cuanto supiera que compartía techo con «un enfermo mental» la hizo arrepentirse de su atrevida decisión. ¡Entró tranquila! Había algo dentro de ella que le decía que podía confiar en él. ¿Sería por sus ojos? Tan claros, remarcados por sus cejas oscuras, eran como una luz en un universo oscuro. No podía dejar de sentirse impactada cada vez que la miraban con atención. Aquello era surrealista, pero estaba pasando. Después de recoger las cosas de él en su piso, llegaron a su casa. Gabriel entró observando todo con minuciosidad, como si quisiera quedarse con cada detalle. Lo condujo hasta lo que iba a ser su habitación y él dejó sus cosas en el suelo.

—Tu casa es muy bonita —apreció.

—Gracias, contraté a un decorador. ¿Tú no crees que es fría e impersonal? —le preguntó. — Hay gente que me lo ha dicho.

Gabriel echó un vistazo de nuevo alrededor, a decir verdad, lo era. No había ni una sola fotografía personal, ni de ella sola, ni con familiares. Nada. Era como si no tuviera vida a parte de la música. Los cuadros que colgaban de las paredes estaban firmados por artistas contemporáneos abstractos, evidentemente de mucho nivel, aunque carentes de emoción. Parecía una vivienda de paso: todo estaba perfecto, pero sin ningún detalle que le diera calor humano, como si quien viviera allí se fuera a marchar en poco tiempo y no quisiera personalizarla.

—Es muy moderna —le contestó sin desvelarle lo que realmente pensaba, era demasiado pronto para ser totalmente sincero.

—Sí, lo sé —respondió ella con una sonrisa apretada—. La sala de música es más cálida, — explicó, como si hubiera adivinado su pensamiento y quisiera justificarse—, ahí es donde paso más tiempo y el único sitio que puedo considerar mío. Todo lo demás lo puso mi decorador. Ven. Te la enseñaré.

Salieron de la habitación y entraron en una estancia muy espaciosa, totalmente blanca, con el suelo y techos flotantes para insonorizarla. Había un piano de pared, varios violines colgados de unos soportes, y tres atriles distribuidos por la estancia. En las paredes, afiches de sus conciertos por el mundo, y junto a la puerta, descansaba el único mueble de la habitación: una estantería que iba desde el suelo al techo, con libros sobre música y carpetas de colores. En ella, solo había un estante vacío, sobre el que destacaba una fotografía de Estela, con unos catorce años, junto a un hombre de pelo cano, alto y sonriente. Gabriel tomó la foto y la miró.

—Ese es Máximo Aguirre.

—Siento mi incultura, pero no sé quién es.

—Era profesor del conservatorio, ahora está jubilado. Fue quien me apoyó cuando mis padres

murieron. Gracias a él me encontraron una familia de acogida que quisiera sufragar mis estudios de violín.

Ni siquiera se dio cuenta de que era la primera vez que hablaba de ello a otro ser humano. Habían intentado sonsacarle información acerca de su pasado en las entrevistas que le hacían, pero siempre se mostró reacia a hablar de ello.

—¿Tienes contacto con esa familia? —preguntó con curiosidad al ver que no había ni una sola fotografía de ellos.

—No —le respondió tajantemente. Estela no tenía ganas de hablar de ese tema. Estaba agradecida por todo lo que hicieron por ella, pero había cosas que no podía perdonar. Hacía mucho que ya no les debía nada y cortó toda relación. Si se buscaba en su biografía en internet, tan solo aparecían los maestros que había tenido, las escuelas a las que asistió y los certámenes que ganó, pero de su vida personal se negaba a hablar. Algunos periodistas le recordaban a su familia de acogida, pero ella siempre era cortante y, con una frase escueta, zanjaba el tema. No hablaba de ellos, ni de la experiencia traumática que fue perder a sus padres.

—¿Y con Máximo?

—Por supuesto, él me enseñó mucho. Es al único que puedo considerar familia, siempre me trató con cariño.

—¿Por eso es la única foto que tienes en tu casa?

—En mi habitación hay una de mis verdaderos padres.

—¿Qué les pasó? —quiso saber.

—Lo mismo que a ti, pero ellos no tuvieron tanta suerte.

—Lo siento, debió ser horrible, ¿cuántos años tenías?

—Doce.

La mirada de Estela se ensombreció y Gabriel contuvo el deseo de abrazarla, tuvo miedo de que su gesto no fuera bien recibido y, en lugar de eso, se quedó parado mirándola unos segundos antes de hablar.

—Yo me he sentido solo muchas veces también —comentó como si hubiera visto en su interior—, a pesar de que tenía una familia.

—¿Será por lo que nos ha pasado?

—Probablemente —le respondió reprimiendo, de nuevo, el tener un gesto de acercamiento con ella.

Cada vez que Estela decía algo en que reconocía que había sucedido una cosa fuera de lo común con los dos, a Gabriel lo recorría una sensación de alivio y bienestar indescriptible. Le era suficiente con que ella le creyese, no necesitaba nada más. El único problema era que, para él, ella era Amalia, la mujer de su vida, y de momento, se tenía que esforzar por comportarse como un desconocido.

Estela suspiró y miró a su alrededor.

—¿Qué te parece este sitio? —preguntó para cambiar de tema.

—Perfecto.

—¿Quieres estrenarlo conmigo?

Gabriel soltó una carcajada.

—Me da vergüenza. Tú... eres tú, ya sabes, y yo soy solo yo.

—No seas tonto, ya nos conocemos —bromeó aludiendo a sus vidas pasadas, lo que gustó a Gabriel—. Elige un violín.

—Muy bien, tú lo has querido.

Se acercó a los soportes y cogió uno, Estela eligió otro.

—¿El allegro de *Amalia*?

—¿Por qué no?

Ella sacó de una carpeta la partitura, por lo visto ya la había impreso previamente.

Se pusieron juntos frente al mismo atril. Se miraron con una tímida sonrisa en los labios y comenzaron a seguir la partitura. La melodía se alejaba del romanticismo tardío del que los críticos de la música de Étienne hablaban, para acercarse más al simbolismo e impresionismo. Tenía mucha variedad rítmica y realmente evocaba la magia de los bosques, la belleza y, sobre todo, el amor.

Cuando terminaron, se miraron satisfechos. El efecto de esa melodía en ellos era palpable; algo en ella los transformaba, ¿quizá los transportaba a un emotivo pasado que nunca habían vivido? El silencio que se produjo entre los dos no fue incómodo. Era como si hubieran compartido ya muchos momentos como ese juntos, como si ya estuvieran amoldados el uno al otro.

—No lo haces tan mal. —Estela fue la primera en hablar—. Tienes una buena posición, te enseñaron bien.

—Gracias, aunque sabes perfectamente que mi sonido al lado del tuyo era como el de un gato al que se le acaba de pisar la cola.

Estela se carcajeó, era la primera vez que lo hacía delante de él y a Gabriel le dio un vuelco el estómago, pues ¿no tenía en su recuerdo esas mismas líneas que se formaban junto a su boca cuando lo hacía y el brillo de sus ojos ambarinos?

—¡Qué exagerado! Se ha notado una cosa muy importante... el amor por el instrumento. Puedes llegar a ser un gran músico.

—¿A mis treinta y cinco años? Creo que es un poco tarde para mí.

—Ahora me tienes a mí. Yo te enseñaré —le propuso.

La miró a los ojos para descubrir que estaba hablando en serio.

—¡Estela Santana dándome clases a mí! Ese es un lujo que no me puedo permitir.

—A mí me basta con tu amor por la música, quiero hacerlo.

—Mi hermana ya despidió al nuevo profesor que contraté, así que el puesto es tuyo —admitió con una sonrisa—. Y a propósito de mi hermana, tengo que hablar con ella.

—¿Quieres que la llame yo?

—No te preocupes, lo haré yo.

Sonia. Quedaba la tarea de enfrentarse a ella. Iba a tener que armarse de valor antes de marcar su número, pero tenía que hacerlo. Estela lo dejó solo para que tuviera intimidad, entonces sacó su móvil y desbloqueó la pantalla, buscó el contacto y llamó:

—¡Gabriel! ¿Cómo estás, cariño? —La voz de su hermana sonaba dulce y afectuosa. Era evidente que no sabía que ya no estaba en la clínica, de lo contrario, su tono habría sido muy distinto. ¡Uff! Le iba a resultar difícil decirle aquello.

—Estoy bien, pero ya no estoy en el hospital. —Cuanto antes lo dijese, mejor; tenía que ser rápido, como quitarse una tirita.

—¡¿Cómo que no estás en el hospital?! ¡¿Dónde estás?! Voy a buscarte. —Todas las alarmas se dispararon en la mente de Sonia.

—¡No! Ya no tienes que preocuparte más por mí, he revocado el poder notarial que te di.

—Perdona, ¿qué dices? No puedes hacer eso, ya sabes lo que dijo tu psiquiatra, necesitas un tutor temporal que se haga responsable de tu situación hasta que estés bien.

«Estés bien», esas palabras se le clavaban en el pecho como un arma blanca.

—Sí, lo sé, pero yo puedo elegir a mi tutor. Hay un nuevo poder notarial —le dijo con la

máxima tranquilidad.

—A ver, Gabriel, no estoy entendiendo nada ¿te has escapado del hospital?

—No. Estoy en casa de Estela Santana.

—¿Qué?! —el tono de su voz subió varias octavas hasta parecerse al de una soprano—. ¿Sabes que podrías acabar en la cárcel por acoso? Cariño, voy a ir a por ti, déjala en paz, ella no es la mujer que tú crees.

—Estela ha firmado el nuevo poder notarial —le soltó—. Ya hemos ido a ver a mi psiquiatra y está todo en orden. Hasta que yo «esté bien» —recalcó sus dos últimas palabras—, ella cuidará de mí.

Hubo unos segundos de silencio en el otro lado de la línea, probablemente intentaba asimilarlo.

—¿Pero si fue ella quien llamó a la policía!

—No, no fue ella, fue su *mánager*. Ha habido un malentendido en todo esto.

—¿Estás viviendo con ella ahora?!

—Sí.

—Escúchame, esto no puede ser, estás enfermo.

—¿No, Sonia! ¡No estoy enfermo!, estoy cansado de escucharte decir eso. Cuidaste de mí cuando tuve el accidente y yo te lo agradezco, pero tu obsesión por protegerme me está haciendo daño —resopló—. Descansa, vete de vacaciones. Estela cuidará de mí.

—¿De verdad, me estás diciendo eso? Hay un psiquiatra que asegura que tienes un problema. Acudiré a los tribunales si es necesario —afirmó—. Esa mujer es una desconocida. ¡No puedes dejar todo en sus manos! ¡Por Dios, Gabriel, que se va a ocupar hasta de tus cuentas bancarias!

—¿Yo confío en ella!

—¿Sí, pero es que tú estás enfermo! —La desesperación la llevó a gritarle.

—A ver, yo no aguanto esto más, ¿tú qué quieres? ¿Arruinarme la vida? Estela está bien y yo también. Punto, Sonia. —Tomó aire para calmarse, antes de continuar hablando—. Me voy a ir a Galicia, cuando vuelva hablaremos, solo te he avisado para que sepas la situación y entiendas por qué ya no te pasan la factura del hospital. Ya no tienes que preocuparte más por mí, y cuando el psiquiatra dictamine que estoy bien, me llevaré a mamá a casa conmigo, no quiero que siga en la residencia.

—¿Ni que yo tuviera la intención de dejarla allí! Oh, por favor, esto no se va a quedar así. Voy a hacer lo que sea para que vuelvas donde tienes que estar, tú no te das cuenta —habló nerviosa—, porque no estás bien, pero...

—Si no lo entiendes, peor para ti —la interrumpió, y posteriormente colgó. No quería seguir discutiendo con su hermana. Él estaba seguro de que no llevaría a cabo sus amenazas, solo necesitaba un tiempo para asimilar las cosas. Ya hablaría con ella después de dejar pasar unos días. Ahora deseaba poner su vida en orden e intentar ser feliz. Y cuando pensaba en ello, su cerebro se llenaba de la imagen de Amalia, no podía vivir echando de menos a una mujer que jamás había visto en sus treinta y cinco años de existencia, tenía que poner remedio a esa situación. Salió de la habitación.

—¿Estela?

—Sí, estoy aquí. —La vio salir de una estancia—. Ven, ¿quieres un café?

Gabriel entró en lo que era su cocina, una sala enorme con una isla en el centro con cuatro taburetes de los cuales, probablemente, solía usar solo uno.

—No, nunca tomo café.

—¿Té?, ¿un *marron glacé*? —Le sonrió al hacerle el ofrecimiento.

—Vale, el *marron glacé* te lo acepto.

Estela abrió la caja y le entregó uno, luego se metió un dulce en la boca.

—Mmm... son las mejores castañas confitadas del mundo.

Gabriel no le dijo nada, tan solo sonrió con la vista puesta en ella, sus ojos destilaban ternura, lo que le llevó a pensar a Estela que quizá se había acordado de algo. Ojalá ella pudiera ver lo que él veía, ojalá...

—¿Cómo se lo ha tomado tu hermana? —le preguntó aún con la boca llena.

—No muy bien.

—Lo siento, no es nada fácil aceptarlo.

—Lo sé, y por eso quiero agradecerte lo que estás haciendo, sé que para ti soy un extraño y no debe de ser nada fácil meter en tu casa a un desconocido. Has confiado en mí y le doy mucho valor a tu decisión.

—Tú también has confiado en mí, te recuerdo que me encargo de ti y de tu patrimonio.

—Cierto, pero tú me has abierto tu casa. Compartiremos espacio una temporada. Tienes mucho valor.

—Gabriel, en el fondo siempre he notado algo especial, desde el mismo momento en que viniste a mi concierto y me diste el primer *marron glacé*, pero es algo que me asustaba y, me sigue asustando, aunque no puedo negar que me intriga, y después de haber escuchado *Amalia*, no puedo seguir ignorándolo, yo conozco esa melodía y quiero saber más. ¿Por qué me dijiste que la eternidad nos espera?

—En realidad no lo sé con certeza, es una frase que me viene a la mente cada vez que tengo un recuerdo tuyo. Sé que nos hicimos una promesa, pero no te puedo dar las palabras exactas.

—¿Y qué recuerdos son los que tienes conmigo?

—Estamos juntos en un bosque precioso, solos, tú y yo. La música de Jules Massenet nos acompaña, tengo una sensación de plenitud total a tu lado, me siento bien, te adoro. Amamos la música. Nos compenetramos. Estoy agradecido a Anxo, ahora después de leer la carta sé por qué.

—¿Y lo de las rosas blancas? —quiso saber.

Gabriel le sonrió.

—Tengo el recuerdo de dejarlas sobre tu mano pensando que eran como tú.

Estela recorrió el rostro de Gabriel con su mirada, haciendo un esfuerzo por encontrarlo en su memoria, en esa que iba más allá de su plano físico, pero no lo halló.

—Me gustaría acordarme —musitó con tristeza. Estaba convencida de que si lo hacía se esfumaría esa sensación que tenía de no pertenecer a ese mundo.

—Tu alma lo recuerda, por eso tocas *Thaïs*, por eso comes *marron glacé*, por eso te gustan los bosques... solo tienes que darte un tiempo.

Vio con tanta nitidez la esperanza desbordando por sus ojos, que quiso aclararle las cosas y ser muy sincera con él.

—Gabriel, yo no quiero que tengas unas expectativas que puedan hacerte daño. No te garantizo nada, ni esto que vamos a hacer juntos me obliga a nada contigo. ¿Lo entiendes?

Gabriel asintió sin decir nada.

—Cuando todo esto termine —prosiguió—, no sé qué habrá entre tú y yo, ni siquiera sé si seremos amigos, no quiero que pienses que al hacer esto me estoy comprometiendo contigo. No es así.

—Ni yo quiero obligarte a nada. Comprendo la situación, y si llegados al final de nuestra investigación, no quieres saber nada de mí, me marcharé por donde he venido —le aseguró. Pero en el fondo él estaba convencido de que Estela recordaría. Tenía la certeza de que acabarían

juntos con un amor correspondido por ambas partes, como Étienne y Amalia. Todos sus recuerdos no habían llegado hasta él en vano.

—Muy bien, pues entonces tenemos que prepararnos para nuestro viaje. ¿Sacamos los billetes de avión?

—¿Por qué no vamos en coche? Así disfrutamos del paisaje.

—Yo no tengo coche.

—Pues iremos en el mío.

—Como quieras, será nuevo para mí. Yo nunca voy en coche.

—Pues te aseguro que vas a disfrutar. Prepárate para una nueva experiencia.

Sacaron sus móviles y comenzaron a mirar la ruta que iban a tomar para llegar hasta Pedre. Una vez hecho eso, buscaron información de toda la zona. Al parecer, Pedre era una de las veintiuna parroquias que pertenecían a Cerdedo-Cotobade, que se fusionaron hacía tan solo ocho años. Las fotos del lugar eran preciosas y Estela no podía negar que provocaba en ella agradables sensaciones. Reservaron alojamiento en un apartamento rural y lo dejaron todo listo para salir en un par de días. Ambos estaban emocionados. En breve se encontrarían de lleno con su pasado más remoto.

Capítulo 21

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Étienne colocó uno a uno los dedos de Amalia sobre el violín.

—La muñeca recta y los dedos ligeramente curvados sobre el instrumento. Hombros relajados. —Le daba lecciones con voz de amante, susurrando las instrucciones como si fueran palabras de amor, aunque quizá para él lo fueran, era evidente su pasión por el violín.

A Amalia sentir el tacto tibio de Étienne le agradó más de lo que a su tía le gustaría si supiera de aquellas enseñanzas, y era consciente de ello, pero no iba a dejar de hacer algo que le gustaba por estar bajo la tutela de dos personas que no la querían. Estaba irritada y su enfado la condujo hasta el señor Fauré. Su música podía calmarla y si le enseñaba a hacer lo mismo que hacía él, podía tener una vida plena en su reclusión. La música tenía ese poder.

—Sabe solfeo, ¿verdad, *mademoiselle* Amalia? —le preguntó, mientras le acercaba el arco a su otra mano.

La joven asintió sin decir nada.

—*Très bien*, esta primera cuerda es Mi —dijo con voz suave conduciendo uno de sus dedos hasta ella—, la segunda es La, la tercera Re y la cuarta Sol. Para tener un sonido suave y continuo es fundamental tener una buena técnica con el arco. Yo le enseñaré a cogerlo, tomó su mano y le colocó los dedos sobre el talón del arco.

—Debe tomarlo con suavidad, pero a la vez con firmeza, para que suene debemos aplicarles a las cerdas resina de colofonia —Tomó de su estuche una pastilla de color ámbar y la pasó de arriba abajo. —Ahora arrástrelo por las cuerdas.

El chirriante sonido le hizo soltar una carcajada a Amalia.

—¡Suena espantoso!

—No se preocupe, *mon petit violoniste* —dijo riendo también—. Esto va a ser lo habitual al principio, este instrumento requiere de mucha constancia para conseguir extraer un sonido agradable.

Amalia lo miró seria.

—Yo voy a ser muy constante, señor Fauré. No tendrá mejor alumna que yo, ni a nadie que ame tanto la música como yo.

—Me alegra saber que compartimos la misma pasión; serán momentos agradables los que pasemos juntos.

—Sí —le respondió con los ojos fijos en él.

—Pero, dígame una cosa. ¿Seguimos la misma norma? ¿Nuestra relación solo debe estar basada en la música? ¿Nada de paseos, ni charlas en la puerta de casa, ni nada por el estilo?

Amalia frunció los labios, pensativa.

—Es lo que debería ser, me arriesgo mucho viniendo a verle para que me de clases. Si mis tíos

lo supieran...

—¿Qué? —se interesó Étienne.

Amalia se encogió de hombros, dubitativa.

—Supongo que no volveríamos a vernos.

Étienne arrugó el ceño.

—*Mademoiselle* Amalia, ¿por qué está aquí sola? ¿Por qué sus tíos no están con usted? —le preguntó sospechando que algo tenía que ver con ese miedo a que la descubrieran con él.

—Estoy aquí sola porque mis tíos me esconden, y si le soy sincera, señor Fauré, nunca me ha importado porque no me gusta estar con ellos, me desprecian y jamás me han dedicado un gesto amable.

—Ahora estoy más confundido, ¿cómo pueden despreciarla?! ¿De qué la esconden?

—Mi tía me considera la hija del diablo, cree que despierto malos instintos en los hombres y me oculta por eso —le fue totalmente sincera—. Había un chico en A Guarda que me hacía la corte y me trajo aquí para escapar del pecado. Yo soy Eva. Así que, señor Fauré, eso es lo que hace mi tía, ocultarme de todos los caballeros.

—Pero eso es... absurdo, ¿la hija del diablo?

—Si me descubre cerca de usted, le aseguro que me llevará a otro sitio.

—¿Le tiene miedo a su belleza?

—¡Por Dios, señor Fauré, no diga eso! Yo no tengo belleza. —Bajó su mirada tímidamente.

—¡Pero si es usted una moura!

Aquello la hizo reír.

—¡Sabe de nuestro folklore! ¡Qué sorpresa! Pero no, no me compare con una moura, además las mouras tienen reflejos cobrizos en su pelo —hizo una pequeña pausa— Yo... solo soy una mujer que ama la música.

—Y eso es lo más bonito de usted —susurró.

—Y de usted, señor Fauré —se atrevió a contestarle—. ¿Cree que llegaré a aprender a tocar? —cambió de tema.

—Con voluntad a todo se llega.

La joven asintió con una sonrisa.

—Prosigamos, entonces, con la lección.

Étienne continuó con sus enseñanzas y Amalia absorbía cada una de las palabras que le decía. No sabía nada de él, pero por cómo tocaba, debía de ser alguien importante; al menos, a ella se lo parecía. Amalia también sentía curiosidad acerca del motivo por el que Étienne estaba en un lugar tan apartado del mundo, pero no le formuló ni una sola pregunta. Atendió a su lección y procuró hacerlo lo mejor posible; ya habría tiempo para lo demás. Cuando terminaron, la joven no pudo evitar hacerle una petición antes de marcharse.

—Por favor, ¿sería tan amable de tocar *Meditación de Thaïs* antes de que me vaya?

Étienne no lo dudó, cogió su violín y la complació. Había dado numerosos conciertos en París, con una audiencia selecta, pero nada le parecía tan gratificante como tocar para ella.

Cuando Amalia regresó a su casa, estaba plétorica, no había nada que le hiciera tanta ilusión como aprender a tocar el violín, y si era de la mano de un hombre tan interesante como Étienne Fauré, sus lecciones eran mucho más atractivas.

Había estado tan inmersa en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que las bolsas que sus tíos le habían dejado con comida, todavía estaban sobre el suelo sin guardar. Comenzó a sacarlo todo para meterlo en la alacena. Mientras vaciaba una de ellas, vio algo inusual. Normalmente, todos los productos que sus tíos le ponían eran de primera necesidad, sin ningún

capricho, nada que no fuera estrictamente necesario. Sin embargo, en una de las bolsas encontró una tableta de chocolate. Recordó la reacción del tío Aldán cuando estaba a punto de marcharse; pareció querer decirle algo en el momento en el que su mujer lo llamó. ¿Era posible que hubiera sido él el artífice de aquel detalle? Sin duda tenía que haber sido así. La tía Mariña jamás lo hubiera hecho, era austera en emociones, aunque siempre había creído que su tío también.

Capítulo 22

2024, Madrid-Pedre



Se notaba que Gabriel estaba eufórico, aquel viaje juntos lo emocionaba. Había dejado de tomar las pastillas y se sentía con energía. Iba a conducir alrededor de seis horas hasta Pedre porque Estela no tenía el permiso, pero decía que había que disfrutar del camino. «Este es nuestro *road trip*». El día anterior habían ido a recoger el Audi Q7, aparcado en el garaje de Gabriel, y lo habían dejado en un parking, cerca de casa de Estela.

—Tu coche está perfecto, ¿te compraste uno después del accidente?

—El accidente lo tuve con un Renault de quince años de mi madre. Fue siniestro total. Los bomberos tuvieron que sacarme.

—¿Y tienes ganas de conducir después de aquello? —le preguntó Estela mientras esperaba a que Gabriel abriera el maletero para dejar su maleta y el violín.

—Siempre me ha gustado conducir. ¿Y tú, por qué no conduces? —demandó, cogiendo la bolsa de Estela y metiéndola en el maletero.

—Nunca necesité sacarme el carnet, desde bien joven viajaba en avión, en tren o me llevaban, no lo necesité. Además, después de lo que les ocurrió a mis padres... jamás quise aprender.

Gabriel dejó lo que estaba haciendo para mirarla a los ojos.

—¿Te da miedo hacer este viaje conmigo?

—Sí, pero por otros motivos —le contestó, dándole su violín para que lo guardase en el coche. —¿Y tú? ¿Estás asustado?

—No —respondió con seguridad—. Sé que nuestras vidas van a cambiar después de esto y será para bien.

—Me gustaría tener tu seguridad.

Gabriel sonrió confiado.

—¿Qué crees que puede salir mal? ¿Qué es lo que te preocupa? Tu corazón está a salvo, no pienso rompértelo ni nada por el estilo, y si llegamos al final de este viaje, y tú no quieres volverme a ver, desapareceré.

—¿Te lo romperé yo a ti si ocurre eso?

Gabriel parpadeó varias veces antes de contestar.

—¿Te importaría?

—¡Claro que me importaría! Soy una buena persona, no quiero hacerte daño.

—No te preocupes por mí —le pidió, hundiendo su bonita mirada en la suya. Luego, metió la última maleta y cerró el maletero.

—La mayoría de la gente que ha estado a mi alrededor, se marchó. O bien por circunstancias ajenas a ellas, como el caso de mis padres, o porque no supieron estar a mi lado cuando los necesitaba, como la familia que me acogió. Mi experiencia me ha acostumbrado a no esperar

nada de la gente y no confiar en que van a estar siempre ahí para ti, porque si no es el destino quien te los arrebató, son ellos los que se van.

Gabriel la miró asombrado por el dolor que desprendían sus palabras. No sabía qué le había ocurrido con la familia que la crio, pero era evidente que para ella no cumplieron como padres.

—¿Y Máximo Aguirre?

—Es el único que me apoyó, pero el pobre tenía diez hijos cuando mis padres murieron; si no hubiera sido así, estoy segura de que me habría adoptado. Mi experiencia ahora sería muy diferente.

—¿Y qué pasa con La Bulldog? ¿Ella no está a tu lado?

—Marta es mi representante. El dinero que le hago ganar se convierte en un inconveniente para que tengamos una bonita amistad. La veo todos los días, me da muchas recomendaciones, me apoyo más de lo que debería en ella, y me consigue contratos extraordinarios, pero nunca hemos ido a cenar como dos amigas, los negocios siempre han estado por medio.

Él la miró unos segundos, pensativo.

—Pues yo te garantizo que voy a estar siempre que me necesites, aunque me muera —le guiñó un ojo para enfatizar su broma—. Y si lo que me pides es que me aleje, también lo haré. No quiero que hagas este viaje con miedo, quiero que lo veas como una oportunidad de mejorar las cosas y, si no es así, se quedará todo como está, no va a ir a peor.

—Vale, vale. —Le dio un golpecito en la espalda—. Ahora que ya está todo claro, ya nos podemos poner en marcha —dijo sonriendo.

Era muy temprano y no había demasiado tráfico para salir de Madrid. A Estela, ahora, le preocupaban esas seis horas hasta Pedre, ¿de qué iban a hablar? Aunque su compañero de viaje no parecía tan preocupado, conectó su móvil al coche vía bluetooth y puso el último concierto de Estela en Viena.

—No puedo creer que la mujer que toca esto esté sentada a mi lado —le dijo para romper el hielo—. ¿Cuántas horas practicas al día?

—Por lo general me paso todo el día ensayando, lo hacía cuando era estudiante y lo hago ahora. Sin trabajo no se consigue nada —le aseguró.

—Lo sé —le contestó con la mirada fija en la carretera—. Yo no salía mucho cuando estudiaba para la oposición, ojalá esa constancia la hubiera enfocado en mejorar con el violín.

—Ahora tienes un buen trabajo, ¿no?

—Sí, pero supongo que los recuerdos de mi otra vida me hacen arrepentirme de haberlo dejado.

—¿Y si las cosas suceden porque tienen que suceder? A lo mejor estás siguiendo el camino que debes seguir.

Gabriel retiró los ojos de la carretera brevemente para mirarla.

—Ahora estoy seguro de que estoy en el camino que debo seguir. ¿Tú piensas lo mismo?

—Supongo que sí, sería demasiado tarde para arrepentirme.

—Busca en la guantera —le pidió él.

Estela la abrió y sacó un cuaderno azul de tapas duras.

—¿Es esto lo que quieres?

—Sí, ábrelo.

La violinista obedeció y fue pasando las páginas para ver lo que contenía.

—He ido apuntando mis recuerdos y lo que hemos averiguado, podemos rellenarlo juntos conforme vayamos sabiendo lo que nos ocurrió.

—¿Y qué pasará si no conseguimos averiguar nada? Si yo no consigo recordar nada. —

Resopló—. Te voy a decir algo que no le he dicho nunca a nadie, siempre he tenido la sensación de no pertenecer a este mundo, y cuando escuché *Amalia*, sentí que ahí estaba la conexión con mis orígenes. Me da miedo que no encontremos nada y, que esa parte insatisfecha de mí, me acompañe hasta el final de mis días.

Gabriel apartó una mano del volante y la colocó sobre la de Estela.

—Este viaje lo va a cambiar todo, ya lo verás.

Ella miró su mano, nervuda, masculina, envolviendo la suya, le era tan familiar...

—¿Cómo ocurrió tu accidente?

Gabriel retiró su mano para volver a coger el volante.

—El otro implicado invadió mi carril, se despistó mirando el móvil y chocamos frontalmente. Podía haber tenido consecuencias fatales, pero la única secuela ha sido una ligera cojera, —hizo una mueca con los labios—, y unos recuerdos que en realidad compensan por todo lo que pasé en el hospital. Así que no puedo quejarme, a la otra parte solo se le rompió un brazo. Además, me va a tener que indemnizar, aunque no es lo que más me preocupa. Desde el accidente ha cambiado mi manera de ver las cosas, ya no me importa tanto mi carrera, ni el dinero, podría ser feliz en una casa más pequeña. Las cosas importantes son más sencillas de lo que nos imaginamos.

—¿De verdad viste a tu padre en tu ECM?

—Sí, fue breve, pero yo estoy seguro de que era él.

—Pero si existe la reencarnación, ¿cómo explicas que lo vieras?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Estuve curioseando un poco en internet cuando me pasó todo, y en algunos de los vídeos que vi, decían que las almas pueden no reencarnarse de inmediato, que el tiempo allí no es como nosotros lo conocemos aquí. Pero, ¿quién puede saberlo con certeza? Yo solo puedo hablar de la experiencia que he tenido, nada más. Y si de algo estoy seguro, después de lo que me pasó, es de que no nos extinguimos cuando morimos. Hay algo, al otro lado, inimaginable para nuestras mentes humanas. De lo que ocurre una vez que te vas allí, no tengo ni idea, y no creo que nadie lo sepa con certeza.

—Me alivia pensar que mis padres están bien. Yo había dejado de creer en Dios hacía mucho tiempo, las cosas no han sido tan bonitas para mí como aparentan. Solo he llegado a creer en una inteligencia superior cuando tocaba mi violín. Sobre todo, cuando interpretaba a Jules Massenet.

—¿Alguna vez te has preguntado de dónde sale esa necesidad que tienes de crear? Cuando te escucho tocar, para mí es una evidencia de que hay una energía divina recorriendo tu alma.

—¿Una evidencia de que Dios existe?

—Sí, sé que asegurar esto es de locos o frikis, a muchos les da vergüenza, pero al parecer estás sentada al lado de un loco. Y te juro que mi vida antes no era así, antes no pensaba estas cosas, tan solo vivía y buscaba la felicidad en el sitio equivocado.

—¿Y ahora dónde buscas tu felicidad?

Hubo una pausa en la que él la miró un segundo de nuevo para volver a fijar su vista en la carretera. Sonrió.

—En ti.

La hubiera perturbado mucho más si lo hubiera dicho mirándola a los ojos, pero estaba conduciendo y no podía dejar de prestar atención a lo que hacía.

—Me incomoda bastante que tengas tantas expectativas puestas en mí —le fue sincera—. No sabemos cómo va a acabar esto.

—Yo creo que sí lo sé.

—¿Ah, sí? —se quedó mirando su perfil.

—La eternidad nos espera —respondió al cabo de un rato, confiado—. Y no vamos a poder hacer nada ante eso. Yo esperaré una, dos y las vidas que hagan falta.

Nunca había visto a nadie hablar con tal convicción sobre algo tan poco tangible y científicamente probado. No le extrañaba que su hermana lo tomara por loco, aun así; ella confiaba en él y no sabía por qué. Y su llegada a Pedre aún le hizo confiar más, el viaje le resultó cómodo y agradable a su lado, a pesar de los temas que trataron. Hicieron varias paradas en el camino y actuaron como dos amigos que van de viaje juntos, dejando a un lado que sabían muy poco el uno del otro.

El corazón de Estela dio un vuelco cuando llegaron a su destino. Pedre era una aldea tranquila. Tenía ese encanto mágico que te hacía pensar que estaba sacada de un cuento y que aparecía en el mapa un día cada cien años, para luego volver a desaparecer presa de un sortilegio, como Brigadoon^[2]. Paseando por sus calles solitarias y viendo su arquitectura, te dabas cuenta de que el oficio de cantero fue relevante en su construcción: hórreos, casas, palomares, molinos, ermitas... todos realizados con piedra trabajada, ahora ya envejecida por el paso de los años. En la *Eira Grande* encontraron el centro con su plaza y los hórreos de piedra, teja y madera; la iglesia de Santo Estevo también se encontraba allí y ver su nombre en una placa le puso los vellos de punta a Estela. ¿Acaso no estaba ese nombre, de alguna manera, fijado en sus recuerdos? Buscó los ojos de Gabriel, intentando confirmar que él sentía lo mismo que ella en aquel lugar que parecía anclado en un tiempo remoto. Su mirada lo decía todo.

—¿Recuerdas algo más? —le preguntó ella.

—No, pero sé que he estado aquí.

—Gabriel, a mí me pasa lo mismo —le dijo con sorpresa, como si le costase asimilar aquello que notaba—. ¿Qué hacemos ahora? Me parece que aquí no hay ayuntamiento.

—Deberíamos ir a Cerdedo para ver si hay constancia de alguno de nosotros.

—¿Y si visitamos la iglesia? Los curas siempre saben de la historia del pueblo.

Gabriel alzó sus cejas oscuras.

—¡Es una buena idea!

Santo Estevo de Pedre, era un edificio de piedra anterior al siglo XVII. El tiempo que llevaba en pie se apreciaba en sus bloques ennegrecidos por la acción de los líquenes. Era sencilla, pero con la belleza que los años dan a una construcción histórica. Se acercaron a la puerta principal y empujaron; no cedió, estaba cerrada. Dieron la vuelta alrededor para ver si había otro acceso, no había ninguna entrada. En uno de sus lados solo estaba el cementerio. Caminaron uno al lado del otro, entre las tumbas de los lugareños fallecidos, hasta que Estela se detuvo en seco, aferrando fuertemente el antebrazo de él para que se parara.

—¡Oh, madre mía! —exclamó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gabriel, preocupado.

El pecho de Estela se llenó de aire y lo expulsó lentamente, mientras mantenía la mirada fija en un punto. Gabriel siguió la dirección que habían tomado sus ojos.

—¡Esto es increíble! —pronunció él.

La tomó de la mano y la arrastró hasta allí.

LA ETERNIDAD NOS ESPERA. JUNTOS, EN LA VIDA Y EN LA MUERTE.

Eso rezaba la lápida anónima que Estela había visto, una tumba doble donde no había nada más que ese epitafio. Ningún nombre que identificara a quienes estaban enterrados allí.

Gabriel lo asumió con naturalidad, pero Estela comenzó a resoplar repetidamente, intentando

asimilar lo que aquello suponía.

—¡Oh, madre mía! —repitió, mientras apretaba aún más la mano de Gabriel, que todavía sostenía la suya. Se pasó la otra mano por la frente y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Ya sabemos dónde están enterrados Étienne Fauré y Amalia —musitó él.

—Pero... ¿por qué nadie ha investigado dónde estaban sus restos? —inquirió Estela con indignación.

—Supongo que porque no era un músico tan importante.

—¡Oh, madre mía! —Se soltó de la mano de Gabriel y empezó a dar vueltas; era evidente que estaba conmovida.

—Sé que impresiona, Estela, pero esto es el inicio. ¿No estás contenta de saber que hemos empezado con buen pie?

Estela secó la humedad de su rostro emocionado y asintió mientras una sonrisa emergía en sus labios.

—Tenemos que encontrar la casa del cura y hablar con él —propuso ella con nueva energía.

En una aldea tan pequeña no sería difícil encontrarlo, caminaron por la calle principal hasta dar con una anciana de rostro ajado y amable, que permanecía sentada en la puerta de su casa.

—Buenas tardes —saludó Gabriel.

La mujer inclinó su cabeza sonriendo.

—*Boas tardes* —le contestó—. Están de visita, ¿eh?

Era obvio que sí, pero no le iban a recriminar la observación.

—¿Han visto ya los hórreos?

—Sí, en la *Eira Grande* —le contestó Estela—. Tienen una aldea preciosa.

La mujer sonrió orgullosa.

—Nos interesaba saber una cosa —intervino Gabriel—. Hemos visto una tumba en Santo Estevo, con un epitafio especial, que nos ha llamado mucho la atención, pero no sabemos a quién pertenece.

La cabeza de la mujer asintió conforme lo escuchaba, como si ya supiera de qué le estaba hablando.

—La eternidad nos espera —dijo.

—¡Sí! —expresó la violinista.

—Aquí los llaman los amantes de Pedre. Los más viejos, que ya murieron, contaban su historia.

—Pero ¿se sabe quiénes eran? —curioseó Gabriel.

—No, nada de nada, de sus nombres no se acuerda nadie. Él venía desde Vichocuntín para mandar el correo y a ella, poco se la veía por aquí, se escondía. Pero todo esto lo sé por lo que contaban los ancianos. Si van a la vieja aldea de Vichocuntín encontrarán la casa donde vivían; fueron los últimos habitantes.

Gabriel y Estela se miraron, pensando que ya tenían una nueva pista.

—¿Ha dicho Vichocuntín?

—Sí, aquello está todo en ruinas, pero la reconocerán porque aún quedan algunos rosales blancos de los que él cultivaba. Cuando yo era niña aún se podían ver rodeando la casa, pero ahora solo quedan unos poquitos, nadie los cuida.

—Rosales blancos —repitió Estela como un eco.

—Uy, sí, por lo visto el joven lo convirtió todo en una rosaleda preciosa que bordeaba la casa, pero yo de eso ya no llegué a ver nada.

—¿Si hablamos con el párroco, nos podrá dar más información, no sé, algo como sus certificados de defunción?

—No lo sé, si quieren hablar con él, su casa es esa. —Señaló con su huesudo dedo un edificio que había a unos metros más adelante.

—¡Muchas gracias! —le dijo ella.

¡Qué sensación tan extraña tenía Estela! Que todo coincidiera no podía ser casualidad, el universo le estaba hablando, o quizá lo había hecho siempre y no había querido escuchar. Miró a Gabriel, mientras caminaban hacia la casa del sacerdote, lo observó sin que él se diera cuenta de que lo hacía. ¿De verdad habían tenido una vida en común? Intentó reconocer algo de él, algún gesto familiar, su olor, algo que pudiera recordar. No podía negar que desde un principio la atrajo, que había algo en su persona que le resultaba familiar, que su mirada azul, en cierto modo, la serenaba como cuando contemplaba el océano en calma. Era como si se hubiera visto reflejada en sus ojos otras veces, pero no recordaba cuándo ni dónde. No había querido reconocerlo, pero sí, algo despertaba en ella cuando lo miraba.

Capítulo 23

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Revisó los cuadernos en los que había apuntado las notas que le vinieron a la mente con la intención de hacer una nueva composición. La ópera que tenía inconclusa se quedaría así; no iba a continuar con algo que le parecía mediocre. Trabajó en ella cuando no estaba en su mejor momento, cuando se sentía acabado, y eso se notaba en el resultado. Ahora, que sentía de nuevo el impulso de crear, compondría algo nuevo. Decidió llamar a su nueva obra *Amalia*, anotándolo en la parte superior de su cuaderno. ¿Era demasiado pronto para hacerle una sinfonía? Apenas la conocía; sin embargo, sentía lo contrario. Se veía incluso con ánimo para empezar con un allegro. La melodía principal empezaba a martillear en su cerebro con insistencia, y este se llenó de notas, compases, arpegios y silencios combinados. Fue entonces cuando comenzó a notar aquella maravillosa sensación de sentirse absorbido por su trabajo, tanto, que las horas pasaban volando sin darse cuenta. Todo empezaba a cambiar, había estado muerto por dentro y ahora sabía que no estaba todo perdido. Volvía a florecer, regresaría a París con su nueva sinfonía bajo el brazo y conquistaría a todos con su música.

Amalia, Amalia, Amalia... ¡Amalia!, miró su reloj, eran ya más de la una. Se levantó, cogió el violín, puso algo de pan, queso y dulces en una bolsa y salió rápidamente de la casa. Caminó a toda prisa hasta llegar a la vivienda de su vecina y llamó, demostrando la urgencia que lo devoraba por dentro.

La puerta se abrió, después de varios furiosos golpes.

—Se dejará usted los nudillos. —Su agradable voz sonó recriminándolo en cuanto la abertura se hizo más grande.

—*Je suis désolé* —se disculpó, iba despeinado y con los dedos manchados de tinta—. Es que he estado trabajando y se me ha hecho un poco tarde. Solo quería invitarla a un concierto.

La boca rosada de Amalia se extendió en una sonrisa, haciendo que se formaran dos suaves líneas cerca de las comisuras de sus labios.

—Pero si es casi la hora de comer —replicó.

—No se preocupe por eso, vengo preparado. —Levantó la bolsa que llevaba en una mano. El concierto es en el santuario. —Señaló hacia el bosque.

—¿Y mis clases, señor Fauré?

—Luego. Tenemos todo el día, ¿no?

—Muy bien —aceptó con jovialidad—. Vamos al santuario.

Se internaron en la espesura juntos y eligieron el mismo claro, entre varios robustos robles, donde se habían encontrado por primera vez. La luz suave de la tarde caía como si fuera la cálida iluminación de las candilejas en un teatro.

Amalia se sentó en la tierra y Étienne se dispuso a iniciar su repertorio.

—*Concierto en D mayor, Op. 35* para violín y orquesta de Tchaikovsky —le presentó—. Esta vez sin orquesta, y es una lástima porque sin ella no es lo mismo.

—No se preocupe, estoy segura de que lo disfrutaré.

El francés comenzó a tocar y Amalia lo observó con atención mientras ejecutaba la pieza. Los dedos de Étienne se desplazaban sobre las cuerdas con precisión milimétrica y su brazo derecho empujaba el arco a un lado y al otro. Todo su cuerpo vibraba al compás de la música; su cabeza se movía marcando el ritmo y su pelo, rebelde, caía inevitablemente sobre la frente. Amalia no podía evitar mirarlo con admiración, despertando en ella una emoción difícil de explicar. Solo sabía que Étienne Fauré le gustaba. Cada vez que veía esa vehemencia en sus interpretaciones, prendía en ella una llama cálida y apasionada en su interior. Era como si cada una de sus notas se estrellaran contra ella, calando a través de su piel hasta llegar a lo más profundo de su ser, dejándola absorta y completamente rendida ante su talento. Cuando terminó, hubo un momento de silencio, en el que los ojos ambarinos de la joven brillaban deslumbrados. No solo era la maravillosa melodía que interpretaba, ¡era él y su manera de vivir la música!

Étienne respiraba agitado, su mirada parecía estar regresando del lugar en el que había estado para centrarse en lo que lo rodeaba, porque de lo que ella estaba segura era de que él se había trasladado a otra parte mientras tocaba. Entonces, la miró y experimentó la excitante sensación de lo que era tener toda su atención. La emoción la embargaba, como una admiradora ferviente que respira tan solo para vivir ese breve instante en el que su ídolo posa los ojos en ella.

—Oh, Señor Fauré, debería salir huyendo de usted —su franqueza rayaba la inocencia, pero le fue imposible contener sus palabras.

—¿Por qué dice eso?! —exclamó contrariado, pensó que su interpretación le había gustado.

—Porque usted... —dudó unos instantes—, usted... agita mi corazón.

¿Podía decirle que ella agitaba el suyo simplemente con su presencia? No. Le pareció mejor callar. No quería asustarla con sentimientos prematuros.

—Es mejor un corazón agitado, lleno de emociones, que yermo y triste —argumentó acercándose a ella—. Yo nunca le haría daño.

—Lo sé, —respondió—, alguien que ama la música como usted nunca podría hacerme daño.

Étienne sonrió mientras se sentaba a su lado.

—Estoy de acuerdo con su opinión, los que amamos la música solemos ser buena gente.

Amalia también sonrió.

—¿Le parece bien que tomemos lo que he traído?

La muchacha asintió sin dejar de sonreír. Étienne abrió la bolsa y sacó el pan con el queso.

—Esto deberíamos remojarlo con Albariño.

—Lo siento, no traje nada para beber.

—La próxima vez lo prepararemos mejor.

—¿Quiere decir que habrá una próxima vez? —le dirigió una mirada taimada.

—Señor Fauré, su música me ha conquistado, ya no hay nada que pueda apartarme de ella. —Se cruzó de brazos—Y ahora, ¿va a contarme qué hace un hombre como usted en Vichocuntín?

El joven se rascó la cabeza, pensativo.

—*Ouf*, no sabría por dónde empezar... Perdí la fe en mí mismo y vine a buscarla aquí. No podía componer. Ni una sola nota aceptable en dos años y cuanto más lo intentaba más frustrado me sentía, eso me hundió muchísimo. Estuve a punto de... —se interrumpió de inmediato con una mueca de dolor en el rostro.

—¿De qué?

—Es mejor que no hable de eso.

Amalia abrió los ojos con sorpresa.

—¿No intentaría quitarse la vida? —dedujo.

—Lo intenté una vez, es complicado cuando uno se siente hundido, para mí no había esperanza. Es muy difícil vivir sin motivaciones. Si no tengo la música, no tengo nada.

—¿Y esa fe que perdió la está recuperando aquí?

—Usted me está ayudando.

—¿De verdad?!

—He empezado a componer de nuevo.

—¿Me lo enseñará?

—A usted no puedo negarle nada.

—Seguro que es una maravilla. ¿Se marchará cuando la termine?

—Supongo que sí, tengo que seguir con mi trabajo en París.

—Echaré de menos su música cuando se vaya —le dijo con un deje de tristeza. Lo cierto era que lo conocía de hacía muy poco, pero era como si llevara toda la vida en aquella aldea abandonada.

—Para entonces usted ya habrá aprendido a tocar el violín y no me necesitará para nada.

—Ojalá se quede tanto tiempo como para alcanzar ese objetivo —declaró, de nuevo, con esa sinceridad que desvelaba un deseo de su alma.

Los ojos de Étienne se clavaron en los de ella como si quisiera decirle algo muy importante, pero luego bajó su cabeza.

—Comamos y empecemos con sus clases.

Amalia asintió en silencio, comenzaron a comer sin decir palabra e intentando ignorar esa melancolía que se había adueñado del interior de los dos.

Capítulo 24

2024, Pedre



En el momento en que el párroco les abrió la puerta, miró de manera indiscreta a Estela, volvió a mirar a Gabriel, que era quien le hablaba para explicarle el motivo de su presencia en su casa, y luego tornó a dirigir la vista a su compañera.

—¡Ya sé quién es usted! —exclamó con ojos asombrados, fijos en Estela—. ¡Es la violinista!

—Estela Santana —le aclaró Gabriel.

—¡Claro! Yo la admiro profundamente —dijo mientras abría su puerta para dejarlos pasar.

—Muchas gracias, pero, por favor, no me hable de usted.

—Claro, claro, a mí también me podéis tutear —dijo con jovialidad—. Adelante, podéis pasar.

El sacerdote era un hombre joven, vestía un polo descolorido color verde que metía por dentro de unos vaqueros clásicos sujetos por un cinturón de traje, no llevaba alzacuellos.

—Y decidme ¿qué es lo que estáis buscando?

—Nos gustaría hablar contigo sobre el pasado del pueblo. Buscamos a dos personas que vivieron por aquí hace muchos años, a principios del siglo XX —le contó Estela.

—Muy bien, pues sentaos —les ofreció, señalando una mesa redonda con cuatro sillas que había en su salón. A pesar de que estaban casi en verano y su chimenea estaba apagada, aquella estancia olía a leña; quizás las paredes se habían impregnado de aquel olor a invierno—. No sabes lo que me alegra tenerte aquí —dijo, esta vez dirigiéndose solo a Estela—. ¿Queréis algo para beber? ¿Un poquito de Albariño?, ¿vino de misa? —rio.

—No te preocupes, estamos bien —dijo Gabriel.

—Es que no todos los días tengo aquí a una violinista como Estela.

—Muchas gracias, padre...

—Marcos. —Le tendió su mano para estrechársela—. Marcos Torres para servirlos. —Se le notaba entusiasmado—. Pero sentaos, sentaos —volvió a invitarlos.

Estela cogió su mano y luego miró a Gabriel para que hiciera lo propio.

—Yo soy Gabriel.

Los tres se acomodaron en el salón.

—Pues encantado, por aquí pasan algunos turistas, pero nunca vienen a mi casa buscando información.

—Queríamos preguntarte sobre una tumba doble que hay en el cementerio —le indicó Gabriel.

—Ah, sí, supongo que se trata del sepulcro de los amantes de Pedre. Los visitantes sienten mucha curiosidad.

—Sí, esa es la que pone «La eternidad nos espera. Juntos, en la vida y en la muerte». —aclaró Gabriel para que no hubiese dudas.

—¿Hay alguna manera de saber los nombres de quienes están allí? —intervino Estela con

impaciencia.

—Uy, no, aquí no hay ni un certificado de defunción, se trasladaron todos.

—Tenemos motivos para pensar que Étienne Fauré está enterrado ahí —le dijo Estela—. Era un músico francés —le informó al ver su cara de confusión—. Al parecer murió en 1947. Lo sabemos por una carta que un amigo suyo mandó al conservatorio de París. Quizá haya algún documento.

Marcos negó con su cabeza mientras Estela hablaba.

—No, aquí ya no queda nada, en todo caso en el ayuntamiento de Cerdedo-Cotobade.

—¿Y de ella? ¿Se sabe la fecha de su muerte? —interrogó Gabriel.

—A ver, todo lo que conocemos de los amantes de Pedre ha sido por tradición oral, no hay escritos, no tenemos ni partidas de nacimiento, ni de defunción, los ancianos del lugar transmitieron su historia a sus nietos, pero la única constancia de que existieron es su tumba. Y... —se quedó pensativo—. Un momento, voy a consultar una cosa.

Se levantó de la mesa y los dejó solos. Estela y Gabriel se miraron intrigados. Al poco rato llegó con un libro en las manos.

—Hace cinco años, con motivo de las fiestas de *Santo Estevo*, se editó este libro. Habla de la historia de la parroquia de Pedre —expuso mientras se sentaba—. Debe de estar por aquí —comentó pasando páginas—. ¡Aquí está! —exclamó, señalando una foto con el dedo. Giró el libro para que Estela y Gabriel pudieran verla—. Estos eran ellos en la casa de Vichocuntín.

La fotografía mostraba a un hombre y una mujer frente a una casa de piedra en un bosque. Un manto de rosas blancas rodeaba la vivienda, y entre las rosas, estaban ellos. La foto había sido tomada de lejos, por lo que las figuras apenas se distinguían. La mujer llevaba un pañuelo cubriendo su cabeza y apenas se le veía el rostro, y el hombre estaba demasiado lejos como para que se le distinguiera la cara.

—Podría ser él perfectamente —declaró Gabriel, un tanto aturdido. La imagen de la casa rodeada de flores, sin duda, le traía recuerdos y tenía la certeza de que la mujer de la fotografía era Amalia. —¿Puedo hacerle una foto?

—Por supuesto —concedió Marcos.

Gabriel sacó su móvil y fotografió el libro.

En el pie de foto ponía:

Últimos habitantes de la aldea vella de Vichocuntín.

—¿Podría llamarse ella Amalia? —interrogó Estela.

—No lo sabe nadie. Lo único que te puedo decir, por lo que cuentan de ellos, es que la chica murió antes que él. Después de eso, a él solo se le veía por aquí para enviar cartas. Su última voluntad fue que lo enterraran junto a ella y que escribieran aquel epitafio. Ni siquiera sabemos que todo esto fuera verdad, como ya os digo, es una historia que se ha ido pasando de generación en generación hasta hoy, no podemos saber cuánto hay de leyenda en ella. Si lo que queréis es averiguar quién era la mujer os puedo dar los datos de un hombre en Cerdedo que tiene todos los periódicos Pontevedreses desde su origen, a lo mejor podéis encontrar su esquelera, antes se solía publicar en el periódico.

Gabriel y Estela se miraron, luego volvieron a dirigir la vista al párroco.

—Si eres tan amable —le respondió Estela.

—Se llama Iago Montes —dijo levantándose, cogió una libreta que había en un cajón de un buró y apuntó las referencias—. Esta es su dirección. —Les tendió el papel—. Os recomiendo

que vayáis primero al ayuntamiento por si encontrarais sus certificados de defunción.

—¡Muchas gracias! Nos has sido de mucha utilidad —apuntó Gabriel.

—Me alegro, espero que encontréis lo que buscáis. Y ese músico, ¿era muy conocido?

—No demasiado —respondió Estela—, pero su última sinfonía es espectacular y tengo la intención de darla a conocer.

—Por favor, si haces un concierto presentándola dímelo, me encantaría asistir.

—Te enviaré unas entradas —le dijo con amabilidad—. Toma, este es mi número. —Lo apuntó en la libreta que había sobre la mesa—. Hazme una llamada perdida y así te podré avisar.

Se despidieron del cura y salieron a la calle. El cielo se había llenado de cúmulos bajos por entre los que pasaban los rayos de la luz del atardecer. En pocas horas se haría de noche.

—Creo que deberíamos ir al apartamento —propuso Gabriel.

—Y mañana visitamos Vichocuntín, antes de ir a Cerdedo.

El apartamento que habían alquilado era una buhardilla en una casa destinada al alojamiento rural. Había dos camas en el centro de la estancia y una pequeña cocina a un lado con una barra con dos taburetes. Desde una única ventana se podía ver todo el pueblo.

—Pensé que serían habitaciones separadas —observó Estela.

—¿Te molesta?

—No —respondió rotundamente.

A pesar de que nunca compartía habitación con nadie y de que no estaba acostumbrada a ello, no le molestó. Suponía que era porque su inconsciente reconocía a Gabriel, no lo sabía. La última vez que compartió habitación, fue cuando sus padres murieron y los servicios sociales se hicieron cargo de ella. Estaba tan apesadumbrada que no era consciente de nada de lo que sucedía a su alrededor, así que poco recordaba de aquel episodio, ni siquiera el nombre de alguno de aquellos niños que compartían infortunio con ella. Lo único que no olvidaba era que su etapa de orfanato fue breve, porque pronto se fue a vivir con los Torrevieja-García, la familia que costeó todos sus estudios. Ellos le proporcionaron una inmensa habitación en la casa que tenían en La Moraleja, grande en tamaño, pero vacía de todo afecto. No quería pensar en eso ahora, lo que estaba sucediendo en el presente era más importante que todo su solitario pasado.

—¿Buscamos algún sitio para cenar esta noche? —le preguntó a Gabriel.

—¡¿Aquí?! ¿qué crees que vamos a encontrar abierto? Yo he venido preparado —Sonrió mostrando un par de bolsas—. Haré la cena.

—Te ayudaré —se ofreció, aunque ella nunca cocinaba; todo se lo dejaba preparado una empresa que le mantenía la nevera llena. Ella solo calentaba la comida.

—Será estupendo; una de las cosas que más une a la gente es cocinar juntos. Ven, lo pasaremos bien.

Y con suma disposición, se acercó a él, lista para seguir sus indicaciones en aquella diminuta cocina. Estaba claro que aquel viaje iba a ser toda una experiencia, no solo iba a descubrir su pasado más lejano, sino también iba a aprender cosas nuevas.

Durante la cena hicieron un resumen de todo lo que llevaban averiguado, para apuntarlo después en el cuaderno y cuando terminaron, recogieron todo en silencio. Mientras Gabriel secaba los cacharros que acababan de fregar, Estela se dedicó a revisar los enchufes, la vitrocerámica y el cableado de los electrodomésticos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, intrigado.

—Desenchufo el microondas y compruebo que no haya ningún cable pelado o algo por el estilo.

—¿Por qué?

—Lo hago siempre.

—¿Es una manía?

—Sí, ¿no la conocías? —le interrogó, dando por sentado que aquello también podía ser algo que Gabriel pudiese recordar.

—No. ¿Desde cuándo llevas haciendo eso?

—Prácticamente toda la vida. De niña tenía pesadillas en las que me rodeaba el fuego. Cuando crecí se fueron, pero ahora han regresado.

—¿Sabes que eso puede tener relación con tu otra vida?

—Es un miedo que siempre me ha acompañado y que nunca he conseguido superar, allá donde voy tengo que comprobarlo todo. Después de lo ocurrido en los últimos días, supongo que tendría sentido que viniera de otra existencia.

—Si es así, lo averiguaremos —respondió con convencimiento.

Capítulo 25

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Después de la clase en pleno bosque, Étienne la acompañó hasta su casa.

—Ha sido una tarde perfecta —le dijo el joven con tono de voz suave—, gracias.

—¿Gracias, señor Fauré? ¡Soy yo quien debe dárselas! Me ha deleitado con un concierto maravilloso, me ha hecho creer en la magia cuando ha interpretado la música de un compositor y me ha transportado sin remedio al fantástico mundo de este. Gracias a usted, cuando lo oigo tocar, creo profundamente en un ser superior que me ama. Además, ¡me enseña a tocar el violín! —le expresó con vehemencia—. Desde su llegada, he vuelto a creer en la bondad de las personas, más allá de lo que mis familiares me han hecho sentir desde la muerte de mi padre. Soy yo quien le da las gracias. Gracias por devolverme la música.

Étienne no pudo resistirse; una energía visceral desde lo más profundo de sus entrañas movió el brazo que tenía libre hasta la nuca de Amalia. La atrajo hacia sí y la besó, recibiendo una cálida bienvenida por parte de ella. Sentirse acogido por los labios de la joven, lo enardecía aún más, profundizando en el beso hasta que ella se apartó con el pecho agitado. Alzó sus pupilas para mirarlo a los ojos.

—Por hoy es suficiente. —Sonrió.

—Lo siento, ha sido un impulso que no he podido controlar.

—No se preocupe. —Se separó más de él—. Hasta mañana.

Entró en la casa rápidamente, o eso le pareció a Étienne; creyó que se esfumaba como un ser mágico de aquel bosque gallego.

Amalia cerró la puerta tras de sí y apoyó su espalda en ella, sonriendo. Se llevó las manos a sus mejillas, que ardían de rubor; sentir la boca de Étienne sobre la suya incrementaba la pasión con que le había hablado hacía un momento. Se sintió feliz. Mientras su cuerpo seguía apoyado en la puerta, se sobresaltó al notar movimiento frente a ella. Su tío bajaba la escalera, acercándose, y el terror se apoderó de ella. Esperaba que no los hubiera oído ni visto.

—¡Tío Aldán! —le dijo llevándose una mano al pecho—, ¡qué susto que me dio!

El hombre, parco en palabras como era habitual en él, solo sonrió ligeramente mientras se acercaba, como si aquel gesto fuera tremendamente costoso para los músculos de su cara. Ese pequeño ademán hizo pensar a Amalia que, por fortuna, no se había percatado de lo que había sucedido hacía un momento frente a su casa.

—He traído un regalo para ti —musitó casi con timidez.

—¿Para mí?!

Se dio cuenta de que su tío llevaba un objeto en la mano. Jamás lo hubiera imaginado. El hombre destapó la tela que lo envolvía y sacó una flauta que le entregó casi con miedo. Amalia no daba crédito, ¿un regalo de sus tíos?!

—Mariña no sabe que he venido. Que sea un secreto entre tú y yo.

Aquellas fueron las frases más largas que le había oído decir. Amalia no sabía cómo actuar.

—Tío, gracias. ¿Fue usted quien puso el chocolate en la bolsa?

—Sí, los días aquí sola deben de ser muy largos, al menos podrás disfrutar de algunos placeres.

—Yo... creí que usted pensaba igual que su mujer.

El tío Aldán no dijo nada, solo movió su cabeza negativamente.

—Te traeré más cosas.

—¡No! —dijo con rapidez—. No hace falta, estoy bien. Le agradezco mucho el detalle, pero no quiero que tenga problemas con la tía.

—Ella nunca lo sabrá.

No dijo nada más, puso su mano en el pomo de la puerta y Amalia se apartó para que pudiera pasar. Se marchó igual que había venido y de la misma forma en que vivía, de manera silenciosa.

La joven suspiró con alivio al comprobar que no había visto al señor Fauré. Aunque parecía que ahora su tío era su aliado, no sabía cómo reaccionaría al descubrir que en la aldea vivía a solas con un hombre. ¡Un hombre que la había besado! Oh, no, no podía tener conocimiento del músico, tendría que andarse con cuidado y evitar que Étienne se acercase a su casa para que no los sorprendieran juntos.

Capítulo 26

2024, Pedre



Un grito lo despertó en mitad de la noche. Algo confundido, encendió la luz de la mesita y miró alrededor. En la otra cama, Estela se retorció entre las sábanas. Volvió a gritar y comenzó a murmurar cosas ininteligibles.

—¡Estela! —le dijo desde su sitio—. Tienes una pesadilla.

Pero la joven parecía librar su propia batalla. Pataleaba, revolviendo más las telas. Entonces, de su garganta surgió alto y claro:

—¡Étienne!

Gabriel se levantó para acudir a su llamada de auxilio. Se sentó en su lecho y puso una de sus manos sobre ella para calmarla.

—Estoy aquí —le susurró—. No te preocupes.

Estela no lo oía; todavía estaba profundamente dormida, navegando en medio del temporal de aquella violenta pesadilla.

—¡No! —gritó. Su cuerpo se retorció con ferocidad, mostrando su desespero—. ¡No quiero morir!

La angustia en su voz lo llevó a tumbarse junto a ella y abrazarla por detrás, sintiéndose impotente ante su amargura. No recordaba si había sucedido algo terrible y no sabía por qué ella sufría con aquella pesadilla, pero en ese momento, como si fuera un eco de las emociones de Étienne, revivió el dolor ante el miedo de perderla, de que algo malo pudiera sucederle. Instintivamente, ciñó aún más sus brazos alrededor de su cuerpo.

—Shuuu! Estoy aquí, soy Étienne —murmuró.

Los músculos de Estela estaban tensos y era difícil sosegarla; se retorció como una anguila entre sus brazos. Sollozaba, balbuceaba, y Gabriel no sabía qué hacer para que se tranquilizara. Le hablaba en susurros, le pedía que se despertara diciéndole que solo era una pesadilla, pero bien sabía él que no era eso; aquello era un recuerdo y, por lo visto, uno horrible. ¿Qué estaría reviviendo para sentirse tan atormentada? Cuando sus gritos comenzaron a ser más desesperados y repetitivos, aquellas palabras salieron por su boca sin saber cómo:

—*C'est moi, Étienne. Mon petit violoniste* —le susurró en el oído mientras acariciaba su pelo—. Soy yo. Shuuu.

El cuerpo de Estela dejó de retorcerse, sus músculos se fueron destensando poco a poco mientras él continuaba pasando la mano por su pelo. Gabriel suspiró, atónito por lo que acababa de pasar. ¿De dónde habían salido esas palabras en francés? Permaneció acariciándola hasta que su respiración se hizo totalmente acompasada y, al notar que su sueño ya era normal, decidió levantarse para volver a su cama. Estela volteó su rostro hacia él cuando notó movimiento.

—¿Gabriel? —preguntó con voz somnolienta.

—¿Sí?

—No te vayas, por favor —murmuró.

—¿Estás bien?

No contestó, movió su cabeza afirmativamente.

—He visto a Étienne, estaba entre las llamas —bisbiseó—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por rescatarme de mi pesadilla. —Cogió su brazo y lo pasó por encima de su cintura tomándole la mano. Así volvió a quedarse dormida.

A la mañana siguiente, cuando Gabriel abrió los ojos, Estela ya se había levantado, miró a su derecha y la vio en la cocina, ya estaba lista para salir.

—Buenos días —lo saludó sonriente—. He preparado un té para ti.

Gabriel la miró aún con ojos adormilados.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado por lo de anoche.

—Muy bien —le respondió acercándole el té.

Gabriel se incorporó del todo y tomó la taza. Le dio un sorbo.

—¿Nos vamos a Vichocuntín? —Lo miró desde arriba.

—Claro, me ducho en un momento —dijo, levantándose de la cama y encaminándose al cuarto de baño.

Desde la ducha pudo escuchar cómo Estela se puso a tocar. Enseguida pudo reconocer el Adagio de *Amalia*. Dejó que el agua callera por su cuerpo mientras la melodía lo hacía por su alma. Un baño de su propia música le hacía afianzar aún más la convicción de que un día fue Étienne Fauré. Las emociones que le llevaron a componerla renacían al escucharla, y cada una de sus notas le hacía recordar a Amalia: la manera de moverse, sus palabras, su forma de aprender a tocar el violín, rápida y con entusiasmo; sus gestos, la entonación de su voz, las ondas de su melena rubia, su mirada destilando el amor intenso que sentía por la música y... por él, aquel viaje también le ayudaba a Gabriel a despertar más su memoria. La veía claramente, y la veía en Estela. Dicen que dos almas que han compartido otra existencia se pueden reconocer, y él lo había hecho. La distinguió por lo que no decían sus palabras, por el destello de sus ojos, y no sabía cómo explicarlo, pero también por su mera presencia, por lo que sentía teniéndola a su lado. Por eso, a veces le resultaba un tanto difícil estar junto a ella sin demostrarle su afecto.

Se vistió y salió del cuarto de baño. Estela aún continuaba tocando esa parte de la sinfonía. La observó en silencio y, cuando finalizó, los ojos de ella se fijaron en los de él, dedicándole una tímida sonrisa de complicidad. De algún modo, ella pudo sentir el amor de Étienne por Amalia mientras la interpretaba, porque estaba impreso en cada nota y los silencios que componían aquella partitura. Otra vez: el poder de la música, solo con escucharla, podías meterte en la piel del compositor y experimentar su amor, su pena, su alegría, su rabia o el sufrimiento que le llevó a componer. Pasaron varios segundos en los que no hablaron, solo se miraron.

—Anoche fue la primera vez que vi a Étienne en mis pesadillas. Siempre había estado sola ante el fuego, pero ahora lo he visto y he sentido alivio.

—¿Piensas que puedes estar recordando?

Se encogió de hombros.

—Es posible. —Sus ojos adoptaron un brillo de seriedad—. Eres el único que sabe de mi pánico al fuego, nunca he hablado de esto con nadie, me daba vergüenza que lo supieran. En cada una de mis actuaciones, pregunto a los encargados por el sistema antiincendios, siempre ha sido algo que me ha obsesionado.

Gabriel sintió que aquella confesión estrechaba sus lazos.

—¿Cuándo volvieron los sueños?

—Cuando apareciste tú.

—Está claro que tiene que ver con nosotros.

—Gabriel, no sé cómo sentirme ni qué pensar, pero dentro de mí están pasando cosas. Ahora mismo siento que nunca he estado en el lugar que me correspondía.

Gabriel se acercó a ella y tomó una de sus manos, un diminuto gesto en comparación con lo que en realidad deseaba hacer.

—Encontraremos nuestro sitio, sea el que sea. Vámonos ya y descubrámoslo.

Su llegada a la aldea *vella* de Vichocuntín fue como entrar en un cuento de hadas. Las ruinas, totalmente tomadas por la naturaleza, parecían querer abanderar la memoria de quienes pasaron por allí. Su huella estaba impresa en las piedras recubiertas de musgo y, a pesar de que las ramas de los árboles crecían retorcidas por el interior de las viviendas, como un gesto del salvaje entorno pretendiendo reclamar su territorio; el pasado se revelaba, fluyendo palpitante por cada uno de los restos que quedaban en pie. Sí, reconocieron el lugar. La casa de los amantes de Pedre resistía sin techumbre ni distribución interior, devorada por hojas, hierba y tierra, pero algunos rosales, entre la maleza, sobrevivían como un rastro de su paso por allí.

Estela acercó su nariz a una de las flores y, sin decir palabra, sacó de su estuche el violín que siempre llevaba colgado a la espalda. Entre las ruinas de lo que ahora sabía que fue su hogar, comenzó a tocar *Meditación de Thaïs*. Gabriel no la interrumpió, cogió su móvil y grabó su improvisada actuación.

Cuando acabó, lo miró con determinación.

—Te recordaré, Gabriel, estoy segura de eso. Cada una de las células de las que se compone mi ser empiezan a despertar. Lo noto en este lugar —le dijo emocionada.

El joven sonrió esperanzado, sus palabras eran un paso importante.

—Hoy he cumplido un sueño —prosiguió—, siempre quise tocar en un bosque como este. Lo que no sabía era que se trataba de este mismo bosque. Este lugar es el que siempre he asociado con *Thaïs*, por fin lo encontré. Y ahora mismo siento como si uno de los nudos que hay en mi corazón se hubiera desatado, quiero seguir desatándolos. Tenemos que encontrar a Amalia.

—Pues vamos a Cerdedo —concluyó Gabriel.

Estela asintió mientras volvía a meter su violín en el estuche.

—¿Lo has grabado todo?

—Sí.

—¿Me dejas verlo?

Gabriel le pasó su móvil. Estela vio el vídeo completo.

—¿Puedo enviármelo? Me gustaría publicarlo en mi cuenta.

—¿Estás segura? Es una grabación muy casera, nada que ver con tus vídeos de YouTube.

—No me importa, ha quedado muy bonito y natural, quiero subirla.

Lo hizo, lo subió y al cuarto de hora, cuando ya estaban en el coche camino de Cerdedo, la llamó Marta.

—Hola, Estela.

—Hola —la saludó.

—¿Dónde estás? —demandó con un tono un tanto imperioso que a Estela no le gustó demasiado, a veces tenía la sensación de que Marta pensaba que era su dueña.

—En Galicia —respondió sin dar más datos.

—Me ha llamado Tamara para enseñarme el vídeo que has subido.

—Ah, sí, el vídeo lo he grabado en Vichocuntín, es el lugar que deseaba encontrar.

—Pero... ese vídeo no tiene apenas calidad, el sonido no es bueno, se oyen los pájaros.

—¡Exacto! Es lo que buscaba, que el sonido del bosque se entremezclara con la música. Creo que ha quedado precioso y no creo que a mis seguidores les importe. Poner algo de vez en cuando que demuestre que soy humana e imperfecta viene bien.

—Estela, pero tu música es lo más importante —insistió.

—Marta, no quiero quitarlo. Es solo un vídeo, ya grabaremos otro con más medios.

—No lo entiendo. Esto te podría perjudicar, es tu carrera lo que está en juego.

—¿De verdad!?, ¿piensas que un solo vídeo puede arruinar mi carrera? No me digas tonterías. El vídeo lo he grabado yo en un viaje personal. ¿Por qué no va a gustarle a la gente? El sitio es precioso, y la música... —Hizo una pequeña pausa buscando las palabras que necesitaba—. Se enreda en la naturaleza, ¿puede haber mayor belleza?

—Francamente, te encuentro muy rara.

—¿Por qué, porque nunca te he llevado la contraria? Marta, haces muy bien tu trabajo, no tengo ninguna pega contigo, pero en esto no te voy a hacer caso.

—Estela, ¿estás haciendo ese viaje sola? —preguntó con tono sagaz, como si hubiera dado con el motivo de su extraño comportamiento.

—No —contestó sin darle ninguna explicación, pensó que no tenía por qué hacerlo.

Pero Marta sabía que Estela no tenía demasiados amigos, no se le ocurría con quién podía estar haciendo ese viaje, así que insistió.

—¿Con quién?

—Con Gabriel. —Fue sincera.

—¿Estás loca?! —Su voz sonó extremadamente chillona—. ¡No sabes quién es, está en tratamiento psiquiátrico, podrías estar ahora mismo en peligro!

—No. No lo estoy.

—¿Porque ama la música y no te puede hacer daño? —El sarcasmo en su voz era palpable. Marta jamás le había hablado así, y el descontento de Estela aumentó.

—No, porque me ama a mí.

—¡Estás tan chiflada como él!

—Mucho cuidado con lo que dices —espetó, ofendida—. No tienes ni idea de lo que estoy experimentando.

—Yo creo que sí, te has encoñado con un tío que está muy bueno, pero como un cencerro.

Estela resopló, la grosería que acababa de decirle merecía una medida drástica, pero no quiso despedirla por teléfono. Sabía que Marta estaba acostumbrada a conseguir sus objetivos, aquello la había sacado de quicio.

—No voy a darte más explicaciones —zanjó con voz seria—. Hablaremos cuando vuelva de mi viaje.

Colgó enfadada, sin despedirse.

—¿Algún problema? —le preguntó Gabriel sin desviar la mirada del camino.

—El mismo que tú con tu hermana. Marta piensa que me he vuelto loca.

—Bueno, pues ya somos dos locos.

Capítulo 27

1905, Pedre-Vichocuntín



Xabela lo condujo hasta Pedre para mandar una carta de agradecimiento a su amigo Anxo. Estaba contento por el allegro que había empezado y parecía que ya tenía alguna idea que otra para el adagio. Sí, aceptar el ofrecimiento de su amigo había sido todo un acierto y tenía que contárselo. De paso le pediría que le enviase una lata de *marrons glacés* para Amalia, había traído tan solo dos, y una era para los señores Agar. Pasó caminando, con la mula al lado, por la *Eira do pallal*. Un grupo de vecinos estaban reunidos en torno a los hórreos. Lo saludaron cuando lo vieron y Étienne hizo lo propio. Atravesó la calle empedrada que conducía a su destino y cuando estaba a punto de llegar, una de las viviendas llamó su atención por el gran colorido de las flores que crecían en enormes maceteros en la puerta de la casa. Eran flores muy bonitas, de distintos colores, pero solo una de ellas llamó su atención: un rosal discreto, escondido entre toda aquella explosión de color, destacaba justamente por eso, porque sus flores níveas sobresalían a la vista ante tanto colorido. Se inclinó a olerlas y, mientras se dejaba embriagar por aquel aroma tan agradable, se le ocurrió una idea. Se enderezó y llamó a la puerta. Abrió un hombre voluminoso de mejillas y nariz sonrosadas.

—Buenos días, señor.

El hombre lo miró con desconfianza, por su atuendo y acento, saltaba a la vista que era extranjero.

—Hola —respondió a su saludo con sequedad.

—Verá, he visto sus rosas y me gustaría llevarme un par de ellas, se las pagaría, por su puesto.

—Son de mi señora —dijo el hombre mirándolo de arriba abajo sin agregar nada más.

—¿Y podría hablar con ella?

—Un momento.

Cerró la puerta y desapareció tras ella. Étienne esperó pacientemente, mientras Xabela permanecía parada en la calle. Al cabo de unos minutos abrió la puerta una mujer, era menuda y de facciones redondas; su sonrisa amable contrastó con la hosquedad de su marido.

—Buenos días, me ha dicho mi esposo que quiere coger unas rosas.

—Buenas, le ha dicho bien, tiene usted unas flores preciosas.

—Lo sé, lo sé, son mi orgullo. No tengo hijos, pero lo que son flores, tengo de todo tipo, me gusta cuidarlas como si fueran los bebés que nunca tuve —explicó sonriendo.

—Sé que debe ser mucho pedir si las considera sus bebés, pero, ¿podría llevarme un par? Pagaré por ellas.

La mujer reflexionó un momento, tiempo durante el cual Étienne pensó que su respuesta sería negativa.

—¿Son para una chica? —preguntó.

—Para una tan bonita como sus rosas.

La señora le mostró una sonrisa sincera. Cogió unas tijeras del bolsillo del delantal que llevaba y fue al macetero para cortar dos de las flores que crecían en él.

—Tome. Tenga cuidado con las espinas.

—Gracias, dígame cuánto le debo.

—Nada, por Dios, no hay trabajo más bonito para mis pequeñas que ser las mensajeras del amor. Puede venir cada semana, le daré dos de mis bebés para esa joven, pero usted me contará su reacción. Quiero saber si sonrío y si las recibe con alegría.

—Será un placer hacerlo, señora...

La mujer se carcajeó.

—Se sorprenderá, pero me llamo Rosa, Rosa Vázquez.

El joven se rio.

—Un nombre precioso y muy adecuado para la labor que hace. Yo soy Étienne Fauré.

—¿De dónde es? —preguntó curiosa—, su acento es muy interesante.

—Soy francés.

—¿Y qué hace por aquí un francés?

—Encontrar inspiración y, ahora también, el amor.

—Pues me alegro de que lo haya encontrado en esta tierra.

—La verdad es que su región me está dando mucho. Muchas gracias, señora Rosa por las flores, vendré a hablar con usted.

—Lo esperaré.

Étienne reanudó su camino tomando las riendas de Xabela, pero antes de alejarse demasiado, volvió la vista atrás una vez más. Empequeñecida por la distancia, vislumbró la silueta de la señora Rosa recortándose contra la fachada de su casa. Le prometió volver, aunque no lo iba a hacer únicamente por las flores que estaba dispuesta a regalarle, sino también porque tenía la esperanza de llegar a contarle una historia entrañable: la suya y la de Amalia.

Cuando regresó a Vichocuntín, Amalia estaba en la puerta de su casa. La expresión de su rostro le indicó que algo la preocupaba.

—¡Señor, Fauré! —le dijo en cuanto lo vio subido a lomos de Xabela—. Le he estado buscando.

Étienne descabalgó intranquilo.

—¿Ha sucedido algo?

—Al no encontrarle por aquí, pensé que se había marchado.

—¡Jamás me iría sin despedirme de usted!

—Sí que ha sucedido algo —dijo inquieta, mientras se acercaba a él—. Mi tío. Ayer estaba en la casa cuando llegué y tiene la intención de hacerme más visitas. No debe saber que usted vive en la aldea, por eso vengo a pedirle que no venga más por mi casa, si le descubre por allí es posible que se lo diga a mi tía.

Étienne tomó una de sus manos.

—Ojalá estuviéramos siempre solos en este lugar.

—Señor Fauré, mi tía no me desea ningún bien y sé que me alejaría de aquí de inmediato. Por favor, hágame caso. Seré yo quien acuda a su casa para mis lecciones.

Los ojos suplicantes de Amalia le ablandaban el corazón, aún más, si cabía.

—Haré todo lo que me pida, ¿lo entiende? Yo... soy su servidor. Complacerla es mi destino.

Amalia bajó su mirada avergonzada.

—Me habla como si fuera alguien a quien adorar; yo solo soy Amalia, una chica que ama la

música y que lo admira.

Étienne tomó su barbilla con el pulgar y el índice, y se la levantó para que lo mirase a los ojos.

—Usted es *mon petit violoniste*. Y le he traído un regalo.

—¿¡Un regalo!?

El joven se acercó a Xabela y sacó de las alforjas las dos rosas blancas. Volvió hasta Amalia y le abrió la palma de la mano para dejarlas sobre ella.

—Cuando las vi me recordaron a usted.

—Son preciosas.

La muchacha cerró su mano en torno a las flores y una de las espinas se clavó en ella. La abrió de nuevo. Un hilo de sangre recorría la blancura de su palma. El francés cogió las rosas y con su otra mano limpió la sangre que brotaba de la herida, luego se llevó la mano a los labios y besó suavemente la llaga, sin apartar los ojos de ella.

Amalia lo observó todo con mirada ardiente. Ahora, por lo que le hacía sentir el músico, volvía a ser «el violinista del diablo», lo mismo que cuando le escuchaba tocar a Paganini. Se convertía en un ser sumamente atrayente. Irresistible. Los ojos azules de Étienne tenían un brillo indescifrable y se preguntó si sería una señal de que estaba ocurriendo aquello de lo que le había hablado su tía. ¿Era ella Eva para Étienne? Para la joven el músico sí suponía un peligro. Cuando la miraba así o sus dedos rozaban su mano, Amalia deseaba volver a sentir sus labios y experimentar la sensación agradable de verse pegada a su cuerpo. Retiró su mano algo inquieta.

—Creo que volveré a mi casa —musitó confundida, volviendo a coger las rosas de la mano de Étienne.

—¿No quiere que demos clase hoy?

—Mañana. —Sonrió con timidez.

—Pues espere un momento. Llévese mi violín y practique lo que hemos visto hasta ahora.

—Será mejor que no haga eso, si vinieran mis tíos por sorpresa, se preguntarían de dónde lo he sacado y no sabría qué decir.

—Entonces pase a mi casa y estudiemos —propuso él con tono suplicante—. Le enseñaré lo que estoy componiendo.

Amalia accedió, pensando que no tenía fuerza de voluntad. El señor Fauré y la música juntos eran una oferta difícil de rechazar.

Capítulo 28

2024, Cerdedo-Cotobade



¿Acababa de decirle a Marta que confiaba en Gabriel porque sabía que la amaba? Él había oído parte de la charla, pero no habló de ello. Si había deducido la conversación que tuvo con su *mánager* no lo demostró. Estaba conduciendo, mirando el camino concentrado. Estela lo observó: ¿la amaría de verdad? Era muy extraño pensar en ello, sin embargo, no la hacía sentir incómoda a pesar de que ahora mismo no podía decir que le correspondiese. Era una situación complicada y solo esperaba que tarde o temprano se resolvería.

La casa *do concello* era un edificio con tejado a dos aguas de color claro. Sus escaleras principales conducían a una puerta verde que llevaba al interior de las instalaciones. Era un lugar pequeño, no les llevó mucho tiempo encontrar a la persona que les pudiera ayudar. Afortunadamente, lo tenían todo informatizado. Buscaron primero el año de defunción de Étienne. No hallaron nada. Después repasaron los certificados de defunción de años anteriores, por si encontraban a alguna Amalia fallecida en Pedre, pero aquello era como buscar una aguja en un pajar, totalmente infructuoso. Salieron de allí frustrados y cansados.

—Solo nos queda visitar a Iago Montes —propuso Gabriel al ver el rostro desanimado de Estela.

La violinista asintió sin decir nada.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que esperaba encontrar sus certificados, tenía la esperanza de salir de aquí con más información. No sé, necesito saber quién era Amalia.

—¿Quieres que descansemos un rato? ¿Nos tomamos algo por aquí?

—No. Quiero visitar ya a Iago Montes, vamos a buscar su casa.

Sacó la dirección que le había dado el padre Marcos y la pusieron en Google Maps. No estaba demasiado lejos, podían ir caminando.

Iago Montes parecía de otro siglo; era un hombre de unos sesenta años, enjuto y muy alto. Vestía un terno de color granate oscuro y pajarita negra. A pesar de que estaba en casa, y a juzgar por su elegancia, daba la impresión de que siempre quería estar listo, por si tenía que salir apresuradamente en cualquier momento. Solo le hacía falta un bombín para parecer recién salido de una máquina del tiempo. Cuando abrió la puerta de su casa a aquellos dos desconocidos no dudó en hacerles pasar en cuanto supo de su interés por su colección de periódicos. Que le dijeran que los enviaba el padre Marcos fue un motivo más para permitirles el paso a su hogar y a su gran afición.

El diario de Pontevedra, *La correspondencia* y *Progreso*, tres periódicos pontevedreses que estaban vigentes en la época. Por ahí iban a comenzar la búsqueda. Dada la fecha de la carta que Étienne envió a Anxo, podían comenzar a mirar desde 1905.

Cuando le explicaron todo, a Iago Montes le pareció sumamente motivadora la tarea que aquellos dos forasteros solicitaban de él y sus periódicos, por lo que decidió involucrarse en la búsqueda junto a sus dos visitantes.

—*Progreso* se comenzó a editar a partir de 1912 —les informó el dueño de la casa—. Los otros dos en la segunda mitad del siglo XIX. Si la defunción se produjo en 1905, tiene que estar o en *El diario de Pontevedra* o en *La correspondencia*.

—En realidad no sabemos cuándo murió, podría haber sido en cualquier año, desde 1905 a 1947, que es cuando murió él. Solo sabemos que Amalia falleció antes que Étienne —explicó Estela.

Iago Montes frunció los labios.

—Pues entonces nos queda una larga tarea por delante. Vengan conmigo.

Los condujo hasta una especie de biblioteca, que parecía haberse quedado estancada en un tiempo remoto, igual que su dueño. Las estanterías de roble, recubiertas de un barniz oscuro, llegaban hasta el techo, con cajones alargados en la parte inferior. Todo estaba revestido de madera; el lugar olía a libro viejo, humedad y polvo acumulado. Una ventana estrecha y alta se abría entre las estanterías, permitiendo el paso de una débil luz que no daba abasto para iluminar la estancia. En el centro reposaba una mesa lo suficientemente grande como para poder extender los periódicos, acompañada por un par de flexos.

—Nos dividiremos la faena —propuso el hombre—. Usted, señorita, revisará *El diario de Pontevedra*, a usted le daré *La correspondencia* y yo me quedaré con *Progreso*.

—No sabe cuánto le agradecemos que nos ayude —le dijo Gabriel.

—¿Bromea? Esto para mí es como para un niño, un parque de atracciones. Les ayudo con sumo gusto. Me encanta viajar al pasado sumergiéndome en mis periódicos; son mi particular máquina del tiempo.

Iago comenzó a abrir los cajones que había en la parte inferior de las estanterías donde guardaba los periódicos. Les explicó dónde estaban los que le correspondía revisar a cada uno y, después de que el dueño de la casa les diera algunas recomendaciones a la hora de manipular sus diarios para que no sufrieran deterioro, comenzaron con la tarea.

Cuarenta y dos años de esquelas publicadas en tres periódicos distintos tenían que revisar, aquello les iba a llevar un tiempo, y lo peor de todo es que no sabían si su búsqueda iba a terminar con éxito.

En 1905 no encontraron ninguna Amalia fallecida en ninguno de los dos periódicos, en *Progreso* tampoco en su primer año de edición. Fueron comprobando año a año y cada vez que encontraban a alguna mujer llamada igual, apuntaban su nombre completo en el cuaderno azul de Gabriel, que Estela llevaba en su bolso. Con todo aquel listado tendrían, más tarde, que investigar uno a uno cada nombre.

Los tres, en silencio, ojeaban las páginas, concentrados; de vez en cuando se miraban entre ellos, pero sin decir nada, y sin darse cuenta, las horas pasaron hasta que se hizo la hora de cenar. Ni Gabriel ni Estela habían comido, pero no se acordaron de que no lo habían hecho.

—Creo que se nos ha hecho un poco tarde —observó Iago, estirándose—. Voy a preparar algo para cenar.

—Le ayudaremos —ofreció Estela.

—¡No! Quédense aquí buscando más. No se preocupen, tan solo voy a cortar algo de fiambre, queso, pan y abrir una botella de vino. Vendré a por ustedes cuando todo esté listo.

—Muchas gracias —dijo Gabriel.

Se quedaron mirándose cuando Iago salió de la biblioteca.

—¿Lo lograremos? —preguntó Estela dejando al descubierto sus dudas.

—Ya tenemos algunos nombres, es un paso más para seguir investigando. Creo que vamos por buen camino.

—Gracias, Gabriel.

—Últimamente, estás dándome siempre las gracias. ¿Por qué?

—Por venir a buscarme y obligarme a salir de mi incredulidad, y hacer que mis miedos queden atrás. Desde que estamos aquí, esa sensación de no pertenecer a este mundo se está aplacando y noto que estoy rozando con los dedos la verdad. Me da igual la soledad en la que he vivido, es un periodo corto en comparación con nuestra existencia infinita.

—¿Eso es lo que crees ahora, que somos infinitos?

—Por eso la eternidad nos espera —contestó con los ojos fijos en los suyos y colocando su mano sobre la de él.

Gabriel respondió atrapando la suya y acariciándola con el pulgar. La miró como quien observa una imagen divina.

—No entiendo cómo has estado sola tanto tiempo. Mereces gente a tu lado que te adore.

—Quizá fuera yo la que me alejaba inconscientemente. Sentía que no encajaba con nadie.

—¿Te alejabas también de tus padres de acogida? —No supo cómo se atrevió a formularle la pregunta, pero desde que estuvieron en su casa sentía mucha curiosidad.

Estela se enderezó de inmediato, deshaciéndose de la mano de Gabriel. Fue evidente que no se sintió cómoda.

—¿Te hicieron daño? —indagó con cierto temor a que no se abriera a él.

Por unos segundos se quedó callada, oculta en las sombras proyectadas por encima de los flexos que iluminaban la mesa. Pero algo la animó a hablar, a contar eso que siempre se había guardado para ella por miedo a que pensarán que era una desagradecida. La gente elogiaba la suerte que había tenido por haber sido acogida por una familia como los Torreveja-García, pero la verdad no la sabía nadie, ni siquiera Máximo. La verdad era una espina clavada y por eso ya no tenía ningún tipo de contacto con ellos a pesar de todo lo que hicieron por ella y su violín. Observó los ojos de Gabriel, atentos a su persona y su reacción, le resultaron acogedores y cálidos. ¿Por qué no desnudarse ante ese hombre? ¿Por qué no desvelarle el trato recibido?

—Ellos no amaban la música, a pesar de que lo aparentaban. Yo habría podido tratarlos como a mis padres si lo hubieran hecho. Siempre he pensado que las personas que la aman tienen buen corazón, pero ellos solo sentían apego por la fama, la excelencia y el dinero, y cuando mi profesor de música les dijo que había una niña superdotada en busca de familia de acogida, no lo pensaron dos veces. Les daba igual que fuera violinista, bailarina, escritora o pintora; creyeron que pasarían a la historia por su compromiso con el arte, pero resulta que Máximo, se pasó hablándoles de mis virtudes. Y cuando me tuvieron en casa, consideraron que no era la niña superdotada de la que mi profesor les había hablado. Ellos esperaban mucho más.

»Durante el tiempo en que viví en su casa me sometieron a duros castigos cuando conseguía llegar a niveles de virtuosismo en las piezas más difíciles. No tenían ni idea de violín, así que se pusieron en contacto con músicos entendidos para saber qué piezas se consideraban las más difíciles. Me pagaban buenos maestros, pero también me encerraban en un estudio sola, cuando no tenía clase, y no me dejaban salir hasta que conseguía dominar la pieza. Algunas veces me daban comida, otras no, porque se olvidaban de que estaba allí. Por supuesto, aquella tarea me llevaba días, y en ocasiones meses. Cuando conseguía hacerme con la partitura, organizaban fiestas para exhibirme ante sus amistades. Nunca recibí una palabra de aliento o reconocimiento, ni mucho menos me dieron un beso o un abrazo.

»Cuando cumplí los catorce años, no había pieza que se me resistiera, y se lo debo a ellos y a su estricto método de enseñanza. Entonces, me llevaron por Europa a dar clase con los mejores. Pusieron su dinero a mi disposición, a cambio, yo fingía que los quería de cara a los demás y daba conciertos por todo el mundo financiados por ellos. Sí, también ganaron dinero a mi costa. Cuando descubrieron que yo podía darles mucho más, ya no fueron castigos lo que me impusieron, tan solo llenaron mi agenda de conciertos, sin darme tregua. A mí me gustaba mucho el violín, no me importaban las horas de estudio, pero aquello era abusivo, no tenía descanso. En Suiza caí enferma y me hospitalizaron. No vino nadie a interesarse por mí, ellos solo hablaron con el médico para saber si podría seguir con el programa estipulado. A partir de los dieciséis no tuve que convivir tanto con ellos, a menudo estaba de gira y no siempre me acompañaban, solo les preocupaba que su nombre apareciera legible en los periódicos y ver cómo crecía su cuenta corriente. A los dieciocho me marché y les dejé claro que no quería saber nada de ellos. Les devolví con creces lo que invirtieron en mí, no les debo nada.

Se calló y Gabriel no pudo ver con claridad cuál era su expresión, se había protegido todo el tiempo en las sombras. Pero sin duda aquello le dolía. A él le parecía aterrador, se aprovecharon de ella totalmente.

—Después de eso, ¿no llegaste a odiar la música?

—La música mitigó mi soledad, *Meditación de Thaïs* era mi refugio a pesar de la nostalgia que me provocaba, también me hacía sentir cosas buenas y me aferré a ellas.

—Y después de aquello, ¿has estado siempre sola?, ¿no has tenido ninguna pareja? Cuando descubrí tu vídeo en YouTube, pensé que estarías felizmente casada o como mínimo comprometida con alguien.

—Ningún hombre me convenció como para llegar a compartir mi vida con él, así que estoy bien sola. No hay más amor en mi vida que la música. ¿Y qué hay de ti?

—Tuve pareja antes de mi accidente, pero no fue una relación profunda, mi cojera y las cicatrices que me quedaron no encajaron en su mundo perfecto, o eso es lo que pienso, no me dio demasiadas explicaciones. Y lo cierto es que no me importó, porque para ese entonces yo ya había recordado a Amalia y entendí por qué nunca me había sentido demasiado próximo a ella.

—Somos dos lobos solitarios, ¿eh? —dijo Estela.

—Yo creo que ya no —clavó sus ojos en ella como si quisiera decirle algo telepáticamente.

Estela se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa, emergiendo de la oscuridad. Gabriel también se aproximó a ella, comprendiendo sin necesidad de palabras lo que deseaba. Se estiraron buscándose, pero la corta distancia que quedaba para que sus labios se rozaran se convirtió en un abismo cuando Iago entró en la biblioteca y los interrumpió.

—Ya podemos ir al salón —declaró.

Estela y Gabriel se incorporaron de inmediato.

—Deben de estar hambrientos.

Iago les había dicho que tan solo iba a cortar algo de fiambre, pero en la mesa había de todo: chorizo gallego a base de jamón, lomo y panceta, lacón, butelo, varios tipos de queso y pan. Después de tanto tiempo sin comer se les hizo la boca agua.

—¿Y qué los lleva a buscar a esa tal Amalia? —les preguntó mientras les servía el vino en copas.

—Creemos que fue la pareja de un músico francés que estuvo en Vichocuntín —le explicó Gabriel.

—Además, también pensamos que pudieron ser los amantes de Pedre —añadió Estela.

—¡Los amantes de Pedre! Cuando yo era niño, había una mujer que sabía mucho de ellos. Era

muy mayor; yo tendría unos doce años cuando murió y creo que ella tendría casi cien, pero nos contaba a los niños muchas historias de ellos.

—¿Como cuáles? —preguntó Estela, sumamente interesada.

—Pues, como que él le llevaba a la muchacha todas las semanas dos rosas blancas, que ella misma cultivaba.

—¿Quién era esa mujer? —quiso saber Gabriel.

—Lamentablemente, no recuerdo su nombre, pero sí me acuerdo de varios maceteros llenos de rosas blancas en la puerta de su casa. Decía que antes tenía otras flores, pero cuando contaba la historia a los niños, solo tenía rosas blancas en honor a los amantes de Pedre.

Estela miró a Gabriel con ojos vibrantes.

—Es evidente que los conocía —le dijo excitada.

—¿Y sabe cuál era su casa? —intervino Gabriel.

—Está cerrada desde hace muchos años, quizá desde que murió. No tenía hijos.

—¡Qué pena! Podríamos haber preguntado a sus descendientes —añadió Estela.

—Una verdadera lástima, pero aún tenemos algunos periódicos por revisar que nos pueden dar información —dijo Iago—. Lo cierto es que me han intrigado con esta historia y me gustaría saber cómo acaba.

—Pues volvamos al trabajo —propuso Gabriel—. Será la única manera de acercarnos a la verdad.

Recogieron la mesa y regresaron a la biblioteca, en silencio volvieron a mirar entre aquellas páginas viejas. Hasta que, al cabo de un rato, Gabriel levantó su cabeza y miró a sus compañeros.

—No busquéis más. Ya sé en qué periódico está.

Iago lo miró extrañado.

—Hay que buscar en *El diario de Pontevedra* —aseguró.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó el dueño de la casa.

—Es una corazonada. —Mejor decirle eso que la verdad.

Iago miró dubitativo a Estela.

—¿Debemos fiarnos de una corazonada?

—Yo creo que sí —respondió la joven sonriendo—, vamos a partirnos ese diario. Cogió parte de los que le quedaban por mirar a ella y los dividió entre sus compañeros. —¿Quieres decir que los nombres que tenemos hasta ahora de otros periódicos no nos sirven?

—No. No sirven, está en *El diario de Pontevedra* —aseguró con confianza.

No le haría explicar delante de Iago Montes cómo sabía que estaba en ese periódico, pero ella confiaba en él, si decía eso tan convencido sería por algo, no le cabía la menor duda.

—Bien, amigos —concluyó el anfitrión—, pues si hay que descartar los otros dos, nos queda menos trabajo por delante, pronto tendremos más nombres.

Se sumieron de nuevo en el silencio, pasando las páginas de aquel antiguo diario. El olor dulzón y a humedad de la tinta y papel viejos los transportaba a otra época, en la particular máquina del tiempo de Iago.

Dieron las doce de la noche y aún permanecían enfrascados en su tarea, de vez en cuando comentaban alguna noticia curiosa que aparecía en alguna de las páginas, pero enseguida volvían a su cometido. Algún bostezo que otro se empezaban a escapar de sus bocas, mostrando el cansancio. Probablemente, tendrían que continuar al día siguiente, o eso pensaban hasta que Iago habló:

—A bientôt, mon petit violoniste —pronunció en un perfecto francés que no sorprendió a sus invitados.

Los ojos de sus compañeros se clavaron en él de inmediato.

—1884-1934, Amalia Domuiño —prosiguió—. Él era músico, ¿no? Debe de ser ella.

—¡Es ella! —exclamó Gabriel sin dejar lugar a dudas.

Estela se levantó de su sitio y se acercó a mirar la esquila.

—¡Es Amalia, Gabriel! —levantó la vista para mirarlo — ¡La hemos encontrado!

Los tres comenzaron a reír, mirándose unos a otros.

—Tenemos que tachar a todas las demás. ¡Es ella, está muy claro! —aseguró el joven.

Todo concordaba: aquella frase en francés, el nombre... habían dado con Amalia, el puzzle se iba completando. Estela hizo una foto de la esquila; ahora tenían que descubrir quién era aquella mujer.

Se despidieron de Iago Montes agradecidos y prometiéndole que le informarían de sus avances en aquella investigación. Hicieron el camino hasta el coche en silencio, pero con una sonrisa en los labios que dejaba ver la emoción que los embargaba. Aquel descubrimiento era sumamente importante; ya estaban un paso más cerca. Una vez en el vehículo, Estela le preguntó a Gabriel cómo sabía que la esquila estaba en ese periódico.

—Una voz me lo gritaba desde dentro. Más que un recuerdo, fue un sentimiento. Una tristeza atascada en mi garganta al ver ese periódico, y lo fue de repente, como un clic que lo disparara.

Estela se giró hacia él en el asiento del copiloto.

—¿Sabes Gabriel Luna? Nunca pensé que disfrutaría tanto de este viaje. Me resulta emocionante todo lo que está sucediendo, y me da igual que me tilden de loca. —Sonrió—¡Esto es alucinante!

—Me alegro de que sea así. —Rio—. La vez que nos vimos en el restaurante creí que desaparecerías para siempre. Tenía serias dudas de si llegaríamos a este punto.

—Pues estamos aquí y quiero llegar hasta el final. Espero saber todo sobre Amalia y Étienne.

Gabriel asintió con cierto brillo melancólico en la mirada. Se alegraba por haber llegado hasta allí, pero lo que realmente necesitaba de Estela era que se acordara de él y de lo que tuvieron en otra vida. Quizá era pedir demasiado, pero deseaba con todas sus fuerzas que sintiera de nuevo las emociones que compartieron. Si pudiera mostrarle una pequeñísima parte de lo que él sentía... Hacía un momento, habían estado a punto de besarse y hubo ese acercamiento porque vio su deseo en el brillo de sus ojos, de lo contrario no lo habría ni intentado, aunque tuviera ganas de hacerlo desde hacía mucho tiempo. Precipitarse podía arruinarlo todo, él era un desconocido para ella y ya había hecho mucho firmando el poder notarial y llevandoselo a su casa. Étienne y Amalia se prometieron amarse por toda la eternidad. Eso debía tener mucho valor en el universo. Así que esperaría pacientemente a que su promesa emergiera del lugar oculto en el que estaba en el corazón de ella.

Capítulo 29

1905, Vichocuntín



Amalia observaba trabajar a Étienne, sentada en una silla junto a él. Sus dedos, manchados de tinta, escribían notas sobre el pentagrama con velocidad y, mientras, le explicaba la idea que llevaba en mente con sumo entusiasmo. Otra vez, asomaba el hombre apasionado que era, igual que cuando tocaba. Le explicó qué papel jugaba la cuerda, el viento y la percusión en su composición para después contarle dónde se colocaba cada uno en una orquesta sinfónica. Le habló de la melodía que seguiría el violín y cómo combinar la rítmica y la armonía para dotar de expresividad y profundidad a su composición. Amalia estaba aprendiendo mucho, no solo violín, sino también sobre orquestación, lo que la llevaba a desear ser creativa como él.

La melodía que le había enseñado era preciosa, formaba parte de un allegro, pero tenía intención de hacer un adagio, minueto y finale. Amalia estaba feliz, sentada en aquella casa, observando cómo la música fluía a borbotones, como si brotara de un manantial sagrado e inagotable en el corazón de su músico francés. ¡Sí! ¡Su músico! Le gustaba pensar que, al estar ellos dos solos en la aldea, le pertenecía. Ojalá no se fuera a marchar, ojalá ella pudiera ser testigo de cada una de sus creaciones, ojalá se quedaran ellos dos solos en su paraíso particular para el resto de sus vidas. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Étienne la miró. No tenía claro si podría volver a componer sin ella a su lado, observando e indicándole cosas de vez en cuando. Era inteligente en sus comentarios y parecía haber nacido para la música, igual que él. ¿Cómo podría volver a París sin ella? Esa reflexión lo llenó de dudas y miedo. ¿Qué tenía Amalia que hacía que se sintiera tan bien junto a ella?

—Quiero que sepa, *mademoiselle* Amalia, que para mí estar aquí haciendo lo que me apasiona con usted es como un sueño. Me gusta su entusiasmo.

Los ojos de la joven repasaron el rostro del músico antes de hablar.

—Señor Fauré, yo estoy viviendo lo mismo. Estaba aquí sola, sin esperar nada, y llega usted y su música para alegrarme la vida.

—Por favor, llámeme Étienne. Cuando la música une a dos personas es necesario que pasen a un trato más personal.

—Entonces usted deberá llamarme Amalia.

Se callaron los dos mirándose fijamente, los labios de Amalia sonreían ligeramente y Étienne permanecía reflexivo. En ese momento llamaron a la puerta y los ojos de la muchacha se abrieron espantados.

—Nadie debe de saber que estoy aquí —le dijo en voz baja.

—No se preocupe, ocúltese en aquella habitación.

El joven abrió la puerta. Nuno le traía el pan.

—Hola, buenos días.

—Buenos días, señor Fauré, ¿cómo le va por aquí?

—Oh, *très bien*, estoy trabajando mucho.

—Traje el pan, y los señores Agar me dieron esto para usted, creo que es queso.

—*Merci Beaucoup*. Espere un momento, yo también tengo algo para ellos. Se me olvidó dárselo la última vez.

Étienne fue a un mueble que había junto a la mesa y sacó una lata de *marrons glacés*.

—Son unos dulces que traje de Francia —le dijo entregándole la lata—. Ah, y, espere, cogió uno de la lata que tenía abierta y le dio uno a Nuno—. Para que los pruebe.

—¡Gracias, señor! —Nuno se puso contento—. Por cierto, ¿volvió a ver a la moura?

Étienne sonrió.

—La veo en sueños cada día.

—Eso es que está utilizando su magia —le respondió convencido de lo que decía.

—Sin duda la ha utilizado, estoy atrapado en sus redes.

—Pues, suerte tuvo, pondrá su tesoro en sus manos.

—Es posible que ya lo haya hecho, me devolvió mi creatividad, eso para mí es una fortuna.

—Pues me alegro de que todo vaya bien. En dos días volveré. —Se dispuso a darse la vuelta —¡Ah! ¿Y Xabela? ¿Le hace buen papel?

—Me es muy útil. A veces voy a Pedre a enviar cartas y me lleva hasta allí. Ahora está en el establo, es un animal muy dócil.

—Era mi favorita. —Nuno sonrió mostrando una dentadura incompleta—. Pero me alegra que le sea de utilidad.

—Gracias, Nuno, la cuidaré como si fuera mía.

—Gracias, señor Fauré, *adeus*.

En cuanto cerró la puerta, Amalia salió de la habitación.

—¿De verdad la moura le ha devuelto la creatividad?

—Sabe que sí.

—Me atribuye demasiado poder.

Étienne se acercó a ella.

—Lo tiene —dijo alargando su mano para apartar con delicadeza un mechón de su cabello—. Su alma y la mía son afines, aman la música profundamente y eso las mantiene unidas. Si usted se entristece, mi espíritu lo hace también; si se aleja de mí, la soledad lo ocupa todo. Vine aquí buscando la inspiración y la encontré en usted. Tiene todo el poder sobre mí. ¡Todo!

Los ojos del músico habían adquirido un brillo profundo, sus pupilas se habían dilatado contrastando con el aro azul claro que las circundaba y Amalia se encontró navegando en ellos, sin poder evitar la hipnosis en la que caía en espiral sin poder parar.

—Étienne, me tiene cautivada —murmuró—. No sé qué voy a hacer.

Las manos del compositor tomaron el rostro de la joven y, mientras sus pulgares acariciaban sus mejillas, le habló con voz ronca:

—Dejar que todo fluya, como la música. Una nota detrás de un silencio y luego otra nota y otra..., así hasta tener nuestra propia melodía. —Se acercó hasta tocar con la nariz la de Amalia.

—A veces creo que mi destino era estar aquí para encontrarme con usted —declaró la muchacha.

El joven asintió, pegando su frente a la de ella.

—No lo dude. Nos hemos encontrado y todo ha cambiado para los dos.

Aproximó sus labios a los de Amalia acariciándolos con los suyos, la joven le devolvió cada una de las caricias, sus alientos se entremezclaron cuando permitieron que el uno entrase en el

otro para explorarse. Los brazos de Étienne pasaron a rodearla y la muchacha respondió aferrándose a su torso. La respiración agitada del músico rozaba el rostro de ella. Como en el finale de una sinfonía, aquel beso iba *in crescendo*, junto con el ritmo de sus corazones. Ninguno de los dos quería que terminase; era ardiente e impetuoso como *Capricho N° 24* de Paganini, vertiginoso como el invierno de Vivaldi. Y se dejaron llevar. Amalia se sintió como un violín entre sus manos expertas. Él era capaz de extraer la mejor de las melodías en el instrumento, y en ella, las mejores sensaciones. Una de las manos del joven acarició el pecho de Amalia por encima de la tela, provocando un suspiro en ella. Pero entonces la joven se apartó con brusquedad.

Lo miró a los ojos sorprendida con la respiración aún entrecortada.

—No quiero ser la mujer que le arrastre al pecado del que habla mi tía —le dijo con preocupación.

—¿Pecado?, ¿de qué pecado me habla? Lo que palpita en mi pecho es amor. ¿Qué pecado puede haber en eso? —le respondió tomando una de sus manos entre las suyas—. Dígame que no ha sentido lo mismo que yo y desistiré.

—¡Yo no sé lo que ha sentido usted! Pero le puedo decir que mi corazón ha estado a punto de salir por mi boca, he oído *glisandos*^[3] de violín, resbalando entre nosotros, desde usted hasta mí, por ese hilo invisible que debe de unirnos; *pizzicatos*, dulces y suaves, pellizcando mi interior. ¡Oh, Dios mío! ¡Étienne, debo de alejarme de usted!

—¡No puede! —exclamó de inmediato—. Ya no, es demasiado tarde. Los dos sentimos lo mismo y debería darnos igual lo que opine una persona que no le tiene afecto.

Amalia suspiró meditabunda.

—Yo...sería feliz aquí con usted, viniendo a escucharle tocar el violín, a verlo componer y a aprender todo lo que me quiera enseñar. Sería feliz dejándome llevar por sus besos y caricias, pero... ¿Qué pasará cuando acabe su sinfonía? —pronunció la pregunta con una cadencia triste, aunque lo miró con decisión.

El silencio de Étienne fue abrumador. Mirando a varios puntos del suelo se quedó reflexivo.

—Alguna solución habrá —musitó. Levantó los ojos y la intentó atraer hacia sí—. Me casaré con usted.

—No puede. —Se apartó—. Mis tíos no darán su consentimiento, estoy en sus manos hasta dentro de dos años. —Amalia lo miró con tristeza—. Acabará su sinfonía y se marchará de nuevo a París. El éxito lo espera allí, su composición será maravillosa y lo aclamarán en todos los teatros. Eso es lo que sucederá. Sencillamente seguirá su camino, y cuando esté allí me escribirá, pero con el tiempo se olvidará de mí. Continuará con su trabajo y la fama hará que tenga muchas mujeres a su alrededor a las que cortejar y, quizás, alguna consiga conquistar su corazón.

Conforme hablaba, Étienne negaba con su cabeza.

—Mi corazón ya está conquistado, no hay mujer en el mundo que pueda arrebatarme el puesto.

Amalia sonrió con condescendencia.

—Seremos buenos amigos hasta que se vaya. —Puso su mano sobre el antebrazo de él.

Étienne la atrapó con una de las suyas.

—Yo no puedo dejar de amarla.

—Entonces, nos amaremos a través de la música. Viviremos juntos en ese amor por ella que nos une.

Se zafó de su agarre y se encaminó hasta la puerta, pero antes de salir volvió a darse la vuelta.

—Mañana, concierto y clase en el santuario. Le esperaré allí.

Abrió la puerta y se marchó.

Capítulo 30

2024, Pedre -A Guarda



Con su cabeza pegada a la de él, miraban la pantalla del portátil de Gabriel en busca de Amalia Domuiño. Las pocas mujeres que aparecieron con ese nombre estaban vivas; ninguna de ellas era la que buscaban. Miraron por familias, con ese apellido, que vivieron en Pontevedra a finales del siglo XIX y principios del XX, y salieron cuatro enlaces: Una familia dedicada a la ganadería con cuatro varones, un matrimonio sin hijos dueños de una confitería a la que asistían los reyes, un indiano viudo con numerosos negocios y una familia noble, de barones, de Pontevedra. Evidentemente, la búsqueda debían continuarla con los dos últimos enlaces.

—Busca barones con apellido Domuiño en Pontevedra en 1905 —propuso Estela.

Encontraron fotografías de los barones de Soutomaior en su villa pontevedresa, el cabeza de familia se llamaba Lois Domuiño y pudieron averiguar que tuvieron cinco hijos: Alfredo, Luis, Fernando, Alicia y Naia.

—Descartados —concluyó Gabriel.

—Entonces, nos queda el viudo, el indiano. Busca indianos pontevedreses.

Apareció un artículo en el que se hablaba de las distintas empresas que habían establecido varios gallegos en ultramar, uno de ellos era Franco Domuiño. Con dos negocios en Puerto Rico consiguió hacer una gran fortuna, estableciéndose en A Guarda, donde mandó construir su vivienda, que ahora formaba parte del itinerario de casas indianas que A Guarda había recogido en un mapa. Buscaron a ver si encontraban la biografía de este hombre. Era breve, pero algo se pudo extraer.

—¡Enviudó cuando su mujer dio a luz a una niña! —exclamó Estela—. Podría ser ella. Tenemos que encontrar su nombre.

Gabriel buscó herederos de Franco Domuiño y lo que encontró fue un tanto triste.

—Las empresas de Puerto Rico fueron heredadas por su primo Aldán Domuiño, prestamista de Vichocuntín, pero entraron en quiebra poco tiempo después de que este se hiciera cargo de ellas —leyó Gabriel.

No había nada más, pero que se nombrara Vichocuntín hizo que se miraran esperanzados.

—Deberíamos ir a A Guarda —sugirió Estela.

—¿Y qué vamos a hacer allí? No tenemos datos suficientes, no se habla de la hija de este hombre.

—Podemos ir a ver la casa, a lo mejor consigo recordar.

—No lo has hecho estando aquí. Además, no sabemos si Amalia era su hija.

—Pero su tío era de Vichocuntín, es muy posible que fuera ella.

—Voy a ver si en el ayuntamiento nos pueden informar sobre Franco Domuiño.

Puso el nombre del ayuntamiento de A Guarda en el buscador y entró en la página.

—¡Mira! Hay una exposición en la casa de la cultura sobre los indianos de A Guarda —gritó Estela emocionada—. Apaga y vámonos—le ordenó, poniéndose en pie.

—¿A cuánto está A Guarda de aquí?

Estela lo consultó en su móvil.

—Más o menos hora y media por la AP9.

Lo cogió de la mano y lo obligó a levantarse.

—Vamos, Étienne —bromeó, llamándolo como si fuera ella Amalia—. Cogemos tu bonito coche y nos plantamos en A Guarda para ver esa exposición, comemos allí y pasamos el día junto al mar, es un buen plan, ¿no?

—El mejor —le contestó mirándola, el rostro de Estela se había iluminado sabiendo que había una posibilidad de conocer quién era la hija de Franco Domuiño. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta rosa de Gucci con el pato Donald en el centro de una espiral de estrellitas negras. Con su atuendo informal estaba muy guapa, la melena rubia la llevaba recogida en una coleta alta, no necesitaba demasiado para que a él le pareciera atractiva. Lo cierto era que Gabriel estaba disfrutando de aquella aventura que compartían, pero, por otro lado, se le hacía un tanto pesado no poder expresar sus emociones. No podía decirle las ganas que tenía de besarla o abrazarla, ni siquiera dejaba que su mirada lo traicionara, escondiendo el brillo de un amor apasionado tras un velo de indiferencia que le costaba Dios y ayuda fingir. ¿Cuánto tiempo resistiría? Su esperanza era que ahora ella creía plenamente en la historia de Étienne y Amalia, y en que, de algún modo, sus vidas estaban relacionadas con las de los amantes de Pedre, y eso, era mucho.

No hicieron el trayecto en silencio. Estela tenía ganas de hablar, el entusiasmo salía a raudales por los poros de su piel, y eso alegraba a Gabriel.

—He cogido el violín —le dijo—. Quiero que me grabes en el paseo marítimo de A Guarda. Lo he estado mirando en internet y es precioso. ¿Sabes que la publicación tocando en Vichocuntín ha sido todo un éxito? Y a Marta le parecía mal. Lo cierto es que estoy enfadada con ella, fue muy grosera.

—Olvídate de eso ahora, cuando volvamos ya hablarás con ella.

—Sí, y tú tendrás que reconciliarte con tu hermana.

—Cuando volvamos tendremos pruebas suficientes para que cierren la boca, las dos —manifestó Gabriel—. Aunque creo que no deberíamos decir nada. Con que lo sepamos nosotros, suficiente.

Gabriel había salido escaldado después de hablar con franqueza sobre lo que le había sucedido. No tenía ganas de más miradas raras.

—Tienes razón, me parece que no nos va a creer nadie. —Soltó una carcajada—. Pero me da igual.

La musicalidad de su risa llegó hasta lo más hondo de Gabriel. Era la primera vez que la escuchaba sin ningún resquicio de amargura. Fue sincera, brillante, y supo que formaría parte de sus recuerdos en aquella vida.

Llegaron a A Guarda sobre las diez y media y acudieron directamente al Centro Cultural, en la *Rua* Rosalía de Castro. El edificio era precioso, una construcción característica de los indianos con ese estilo ecléctico, mezcla de la cultura del lugar y de la que importaban de las Américas. Ingresaron al edificio y lo primero que hicieron fue preguntar por la exposición sobre los indianos. El hombre que había en recepción les indicó dónde estaba después de mirarla de arriba abajo de una manera extraña, quizá se preguntaba de qué la conocía.

Entraron a una sala con arcadas, tras las cuales, había unos ventanales que permitían la entrada

de luz. En el centro, había distintas vitrinas de estilo clásico, y en las paredes, al otro lado de las arcadas, fotografías antiguas, desde 1860 a 1930. Comenzaron a revisar los daguerrotipos. Aquel, era un homenaje a todos aquellos aventureros que osaron a cruzar el océano sin nada en los bolsillos y regresaron con una fortuna, dejando un importante legado cultural en el lugar de donde eran oriundos. Conserveras, sociedades mercantiles, empresas de alimentación... Todos sus fundadores, se exhibían colgados de la pared junto con sus familias. Algunas de esas empresas aún existían. Avanzaron por la historia de los indios de A Guarda hasta que, de entre todos aquellos hombres, dieron con la fotografía de Franco Domuiño. Era un hombre alto, guapo, de ojos claros, con un bigote prominente típico de la época.

—¿Te suena su cara? —preguntó Gabriel.

—No.

Pero cuando pasaron a la siguiente foto, a Estela se le heló sangre en las venas, La cartela que había bajo la imagen, decía: Franco Domuiño e hija.

Seguían sin saber su nombre, pero la fotografía de aquella joven, de unos quince años, les dejó claro que era Amalia. Su fisionomía, tan similar a la de Estela, no era casualidad.

—Esto es tan extraño —murmuró ella con la vista fija en la joven.

—Lo sé, yo ya pasé por esto.

—Por esto y por mucho más. —Lo miró—. Tú has recordado y nadie te cree.

—No me importa que nadie me crea mientras tú sí lo hagas.

—¿A dónde nos va a llevar esto?

Las dudas la asaltaban a menudo, aunque se alegrara con cada descubrimiento.

Gabriel se encogió de hombros.

—No lo sé, de lo único que tengo una certeza es, de que, estoy donde tengo que estar, con quien tengo que estar, y seguro de lo que me gustaría que pasara después de este viaje. —Su mirada se clavó en ella con confianza.

—Me gustaría tenerlo todo tan claro como tú, de verdad.

—Lo tendrás. No vas a poder huir de lo que hay dentro de ti, tarde o temprano saldrá a flote.

Estela huyó de su mirada suspirando. La incomodaba saber el interés que él tenía en ella, se sentía mal por no corresponderle de la misma manera.

—Creo que tenemos que hablar con quién haya preparado esta exposición.

—Sí, vamos a preguntar al conserje.

Cuando salieron al vestíbulo, el hombre que los atendió antes seguía mirando a Estela de la misma manera.

—Hola, mi nombre es Gabriel Luna y me gustaría poder hablar con la persona que se ha encargado de organizar la exposición.

El hombre se vio obligado a mirarlo a él.

—Trabaja en el ayuntamiento, no está aquí.

Gabriel enseguida vio que no estaba muy dispuesto a hablar.

—Verá, mi compañera, Estela Santana...

—¡Lo sabía! —exclamó el conserje interrumpiéndolo—, sabía que la conocía de algo. Mi sobrina no deja de poner vídeos suyos, quiere tocar como usted. —La expresión del hombre cambió de la incertidumbre a la amabilidad en segundos—. Es usted muy buena.

—Vaya, muchas gracias —contestó con naturalidad, la violinista estaba acostumbrada a ese tipo de halagos.

—Como le decía —continuó Gabriel—, Estela está realizando un estudio sobre un violinista francés que estuvo en Vichocuntín. Tenemos motivos para creer que su pareja fue la hija de

Franco Domuiño, y nos gustaría hablar con alguien que conociera su biografía para confirmarlo y continuar con el estudio. Nos ayudaría mucho si nos pudiera poner en contacto con esa persona, se lo agradeceríamos mucho.

—Pues claro, voy a llamar al ayuntamiento, hay una persona que sabe todo sobre los indianos de A Guarda. ¿Me firmará un autógrafo para mi sobrina?

—Sin ningún problema, creo que en el bolso llevo fotografías, le firmaré una —dijo mirando el interior de la bandolera que llevaba colgando.

El conserje cogió el teléfono e hizo la llamada.

—¿María? Soy Camilo, de la Casa de Cultura. Me gustaría hablar con Yobana Mencía. Hizo una pausa mientras la persona al otro lado del hilo telefónico le hablaba.

—Tengo aquí a una persona importante que quiere hablar con ella sobre la exposición de Indianos. Está haciendo un estudio sobre un músico que tiene que ver con alguien del pueblo.

Otra pausa.

—Es Estela Santana, la violinista.

El hombre se calló durante un momento, al parecer esperaba a que la tal Yobana cogiera el teléfono.

—¡Hola Yobana!, mira, resulta que está aquí Estela Santana.

—...

—Una violinista reconocida internacionalmente, coge tu móvil y mira sus vídeos en YouTube.

—...

—Sí, ya lo sé, es buena. Está aquí porque está haciendo un estudio sobre un músico...

—Se llama Étienne Fauré —intervino Estela.

—Étienne Fauré, al parecer tuvo una relación con la hija de un indiano de aquí. Quiere información.

—...

—Muy bien, no te preocupes, la atenderé bien.

Colgó.

—Viene hacia aquí —le dijo Camilo— ¿Quieren tomar algo mientras?

—Oh, no. Estamos bien. ¿Cómo se llama su sobrina?

—Carmela.

Estela le escribió una dedicatoria en la fotografía que llevaba y se la dio.

—¡Muchas gracias, se va a poner muy contenta!

En media hora Yobana Mencía, estaba en la Casa de la Cultura. Entró luciendo una sonrisa amable y se encaminó hacia ellos tendiéndoles la mano.

—Es un honor tenerla en nuestro pueblo —le dijo nada más verla.

Era una mujer muy menuda, de unos treinta años, con el pelo rizado y corto, de un rubio cobrizo.

—Estoy encantada de estar aquí, tienen un pueblo muy bonito —le respondió Estela, luego miró hacia Gabriel y lo presentó. La mujer le estrechó la mano también.

—Me ha dicho Camilo que están buscando información sobre la hija de Franco Domuiño.

—Sí, tenemos motivos para pensar que nuestro músico y ella mantuvieron una relación.

—La verdad es que de eso no sé nada. Pero vayamos a hablar a un sitio más cómodo —los invitó a que la acompañasen—. Y ese músico, ¿era muy conocido?

—Tuvo éxito durante el tiempo que estuvo en París, pero luego desapareció y al parecer fue a parar a Vichocuntín —expuso Gabriel.

—Queremos averiguar qué pasó durante su estancia en Galicia y dar a conocer su música. Era

un compositor excelente —agregó Estela.

Llegaron a una especie de despacho que Yobana abrió con llave.

—Acomódense —los invitó sentándose en una de las sillas que había alrededor de una mesa rectangular.

Una vez los tres en su sitio, Yobana comenzó a hablar:

—Pues ustedes dirán qué quieren saber.

—Lo primero que nos gustaría saber es si su nombre era Amalia —dijo Gabriel.

—Pues sí, Amalia era su nombre, la única hija de Franco Domuiño. Su madre murió al dar a luz. Amalia era una joven muy guapa, a todos nos extraña que no la casaran pronto, aunque la pobrecilla se quedó huérfana a los dieciséis años. Al ser menor de edad, unos primos lejanos de su padre vinieron a hacerse cargo de ella y de los negocios, lo que resultó ser la ruina para la familia porque Aldán Domuiño, que era el tío de la joven, no era un hombre muy avisado y en unos años las dos empresas quebraron.

—¿Qué sucedió cuando murió su padre? ¿Cabe la posibilidad de que se marchara a vivir a Vichocuntín? —preguntó Estela.

—Uy no. Fueron sus tíos los que vinieron aquí para estar con ella, aunque sí que pasaba temporadas en la aldea. Sus tíos decían que tenía problemas de salud y que necesitaba respirar el aire fresco del bosque. De hecho, fue allí donde murió.

—¿Cómo murió? —interpeló la joven, intuyendo la respuesta que le iba a dar.

—En un incendio. Al parecer, producido por los braseros que se utilizaban por aquel entonces. Se prendió la colcha y se quemó la habitación en la que dormía.

Las palabras de la funcionaria pusieron en alerta a Estela y, como si realmente se estuviera produciendo el fuego, su corazón comenzó a marcar el ritmo igual que un metrónomo acelerado, como cuando tenía los terrores nocturnos.

Gabriel apreció la agitación en su respiración y puso su mano sobre la suya, que descansaba en la mesa.

—¿Qué muerte más horrible! —consiguió decir, visiblemente conmovida.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Yobana.

—Sí —respondió. Pero su respuesta no coincidía con la imagen asustada que estaba dando. Ella revivía aquel fatídico día una y otra vez en sus sueños. Sabía lo que era vivir aquel infierno. Volteó su mano y ciñó sus dedos alrededor de la de Gabriel. Su calor la reconfortó.

—¿En qué fecha se produjo su muerte? —la interrogó Gabriel.

—Si no recuerdo mal, el incendio fue a finales de 1905.

—Pero eso no puede ser —discrepó Estela.

—Sí, fue por esas fechas porque hay documentos legales en los que se certifica que el legado de Franco Domuiño pasa a ser de Aldán Domuiño, aunque poco tiempo después murió él y todo el patrimonio pasó a ser de la mujer de Aldán. Pero, como ya digo, poco le duró, se quedó con la casa y nada más. Las empresas quebraron.

Estela y Gabriel se miraron extrañados.

—Esa fecha debe de estar equivocada, a nosotros nos consta que murió en 1934 —expuso Gabriel.

—¿De dónde han sacado ese dato?

—De su esquila. —Estela cogió su móvil y buscó la fotografía que había hecho en casa de Iago Montes, luego se la enseñó a Yobana.

—Debe de ser otra Amalia Domuiño.

—No, no lo es —negó Gabriel—. La esquila está en francés, y esa es la manera cariñosa en

que él la llamaba a ella. Además, coincide en el tiempo en que Étienne estuvo en la aldea.

—Mire —Estela extrajo la carta de Étienne de su bandolera y se la entregó a Yobana.

La mujer leyó detenidamente el texto.

—¡Pero esto es todo un descubrimiento!

—Sí, todo un descubrimiento; y tenemos motivos para pensar que ellos eran los llamados amantes de Pedre —añadió Gabriel.

—Si esto es así, ¿qué pasó con ella? Los pocos bienes que su tío dejó intactos le correspondían a Amalia, si estaba viva, ¿por qué no los reclamó? —se preguntó Yobana.

—A lo mejor, ya no le importaba —conjeturó Estela.

—¿Y qué sucedió en ese incendio? —planteó Gabriel— ¿Existe la tumba de Amalia aquí en A Guarda?

—No, lo cierto es que no hay ninguna tumba, pero pensábamos que era porque la enterraron en Vichocuntín y ya sabemos que todo aquello está en ruinas.

—Pues parece ser que su tumba está en Pedre.

Yobana abrió los ojos con cierta expresión de incredulidad, le costaba hacerse a la idea de lo que le estaban contando, ella que se creía conocedora de toda la historia de los indios de su pueblo, ahora descubría que no era así.

—Me gustaría estar al tanto de todas sus investigaciones; si llegan a conclusiones confirmadas, me gustaría añadirlas a la historia de A Guarda.

—Le informaremos de todo, hasta el momento esto es lo que sabemos —le aseguró Gabriel.

—Aparte de las fotografías de la exposición, ¿hay más imágenes en las que aparezca Amalia? —quiso saber Estela.

—Ya lo creo, la casa en la que vivía pasó a ser del ayuntamiento cuando murió su tía. Lleva cerrada muchos años, pero hay álbumes familiares y algunos muebles. El ayuntamiento quiere convertirla en un museo, pero ya se sabe, hay otras cosas que requieren atención antes y no hay presupuesto. De momento solo aparece en el mapa de la ruta de las casas indianas.

—¿Podríamos visitarla? —Fue más un ruego que una pregunta por parte de Estela.

—A ver, no solemos permitir el paso a nadie, pero en esta ocasión haré una excepción. Después de la investigación que están llevando a cabo, me veo en la obligación de mostrársela. Pasaremos por el ayuntamiento a por las llaves y se la enseñaré.

—¡Muchas gracias! —le dijo con el entusiasmo de una niña.

Notó la mano de Gabriel apretando la suya, había olvidado que durante todo ese tiempo sus dedos se ceñían en torno a su mano dándole apoyo.

Cuando pararon en el ayuntamiento, el propio alcalde salió para saludarla. Yobana le había llamado cuando iban hacia allí y lo puso al corriente. Estaba entusiasmado por tener a una personalidad del mundo de la música interesada en la historia de sus indios. Estela le contó que tenía intención de llevar la música de Étienne a todos los escenarios del mundo para que la conocieran y quedó con el alcalde en que hablarían para organizar un concierto en A Guarda.

El olor de los años acumulados le golpeó en la nariz a Estela: una mezcla de polvo, humedad, ausencia de calor humano y pasado olvidado. Pero su corazón bombeó con fuerza cuando entraron en el *hall* de aquella casa indiana, el hogar de Amalia. Dos cristaleras que flanqueaban la puerta eran las únicas encargadas de dar luz a aquella entrada y, si mirabas hacia el fondo, era como adentrarse en una caverna oscura.

—Los muebles que había aquí se subastaron hace mucho tiempo, así que está un poco desangelado, pero si pasamos al salón podremos hacernos una mejor idea de cómo vivían, está casi como entonces. Se han vendido algunos cuadros y objetos decorativos, pero el mobiliario se

conserva —les explicó Yobana—. Perdonad, porque no hay luz eléctrica, aunque si abro los ventanales lo podremos ver bastante bien. Síganme.

Encendió la linterna de su móvil hasta llegar a una puerta acristalada de doble hoja, estilo Art Decó. Les hizo esperar allí, entró y abrió tres ventanales que llenaron de luz una estancia amplia. Estela se adentró primero, seguida muy de cerca de Gabriel, quien estaba atento a sus reacciones. Sabía que aquella visita podía ser de vital importancia para ella. Observó cómo la joven comenzó a caminar sin decir nada, con los labios entreabiertos, entre cada uno de los muebles que poblaban aquella habitación: una mesa circular con un pie tallado con adornos florales, las sillas tapizadas con lo que en un tiempo pasado debieron de ser estampados alegres, ahora ennegrecidos por el paso del tiempo, la lámpara sobre la mesa con tres esferas de vidrio estriado y metal dorado, un sofá de un tono granate y un piano en un extremo. Caminó hasta el instrumento, miró a Yobana y le preguntó:

—¿Puedo?

—Por supuesto.

Estela se sentó en la banqueta forrada de terciopelo granate a juego con el sofá. Abrió la tapa del piano y tocó algunas teclas, evidentemente estaba desafinado.

Sensaciones agradables la invadieron al contacto de sus dedos con el marfil del instrumento, ¿su memoria dormida estaba despertando?

—Podemos pasar al piso de arriba —les propuso Yobana.

Con la linterna del móvil encendida, subieron una escalinata bordeada por una barandilla de hierro forjado cuyas formas representaban una parra enredada. Accedieron a un distribuidor totalmente en penumbra con cuatro puertas y, sin saber por qué, Estela quiso ver primero una de ellas.

—Esa era la habitación de Amalia —le informó la mujer mientras abría la puerta. Entró y abrió el postigo de un balconcito.

Estela pudo ver todo el cuarto. El esqueleto de una cama sin colchón estaba en el centro de una pared recubierta de papel decorativo. A un lado, había un tocador verde esmeralda con detalles florales en oro incrustados, con un taburete redondo de terciopelo. Estela se acercó y pasó sus dedos por encima de la madera.

—Aquí había algo, ¿verdad?

—Un joyero con incrustaciones de nácar, ¿cómo lo sabe?

—Lo imaginé —le contestó, pero dirigió a Gabriel una mirada cómplice. Le dijo sin necesidad de hablar que algo había recordado. Volvió a mirar a Yobana —. Me gustaría hacer una donación para que se pueda reabrir la casa como museo.

La mujer abrió sus ojos, sorprendida.

—Eso...sería fantástico —declaró, un tanto aturdida. No lo esperaba —. Hablaré con el alcalde.

—Muy bien, tome nota de mi teléfono móvil —. Se acercó a la funcionaria para darle su número —. Y, ahora, ¿podríamos ver los álbumes familiares?

—Claro, claro.

Siguieron a Yobana hasta el piso de abajo de nuevo. Entraron a lo que era una especie de despacho, y de unas estanterías extrajo un álbum encuadernado en cuero negro.

—Si quieren, podemos ir al salón donde hay más luz.

—Por supuesto —aceptó Gabriel.

Se sentaron en el viejo sofá granate. Estela, entre los dos, lo abrió despacio.

—Esas son fotos del señor y la señora Domuiño —les explicó Yobana—. Amalia se parecía

mucho a su madre.

Estela continuó pasando hojas. Había fotos de Franco Domuiño en sus empresas en Puerto Rico, viajando en barcos y con otros empresarios. Había también algún retrato de la madre de Amalia y, después, fotos de una niña rubia con el pelo ondulado y lazos sujetando dos coletas junto a una mujer que debía de ser la niñera. Estela llevó una de sus manos hasta Gabriel y entrelazó sus dedos con los de él mientras seguía pasando páginas. Llegó hasta un retrato de Amalia, en el que ya era una adolescente. Las líneas suaves de su rostro y los ojos, grandes y expresivos, ya hacían prever que se convertiría en una mujer muy bella.

—¿Sabe que se parece a usted? —apuntó Yobana.

Estela sonrió.

—¡Cierto! Qué casualidad. ¿Puedo hacer una foto con mi móvil? Le prometo que no voy a divulgar nada.

—Claro, puede hacerla.

Se soltó de la mano de Gabriel e hizo su foto. Suspiró.

—Bien, pues le agradecemos la molestia que se ha tomado por nosotros, Yobana —le dijo Estela, mientras se levantaba del sofá—. Estamos en contacto para hablar sobre la donación y si descubrimos cualquier cosa sobre la biografía de Amalia se lo comunicaremos. —Le tendió su mano.

—Gracias a ustedes, ha sido un placer y toda una revelación —dijo estrechando la mano de Estela—. Averiguar cosas nuevas de la hija de Franco Domuiño para mí ha supuesto un paso relevante. En este pueblo era alguien muy importante. —Le tendió la mano a Gabriel—. Yo me quedaré por aquí cerrando postigos, si no les importa.

—En absoluto.

Cuando salieron fuera de la propiedad, Estela se giró repentinamente hacia Gabriel y lo sorprendió aferrándose a su torso con firmeza, sin decir nada. Él tampoco habló; la acogió entre sus brazos y aspiró el aroma dulce que desprendía su pelo, algo así como caramelo o algodón de azúcar. Él mismo habría necesitado un abrazo como aquel cuando empezó a recordar. Un montón de emociones se acumulaban en su interior y necesitó un apoyo que no tuvo: alguien que lo comprendiera. En lugar de eso, se encontró con incredulidad y el convencimiento de que estaba enfermo. A Estela no la iba a dejar sola, él estaba ahí para ella. Tras unos segundos de silencio, comenzó a acariciar su pelo, como cuando tuvo la pesadilla.

—Soy Amalia, lo sé —le dijo sin moverse—. No son recuerdos visuales lo que he tenido, han sido emociones ya experimentadas que los objetos me han hecho revivir. Yo soy Amalia. —Levantó su cabeza para mirarlo a los ojos, los tenía vidriosos de emoción—. Llevar esto sin pensar que vas a perder la cordura no es fácil. Sé cómo fue mi muerte y la he revivido en mis pesadillas cientos de veces. Esa es la parte horrible de todo esto, ahora necesito revivir esa parte buena. Te juro que me encantaría acordarme de Étienne.

El rostro de Estela estaba muy cerca del suyo, era sumamente tentador, solo tenía que agachar un poco más la cabeza para llegar hasta sus labios, pero se mantuvo firme, no iba a aprovechar un momento de vulnerabilidad en su propio beneficio. Le sonrió con dulzura antes de hablarle.

—Todo llegará, *mon petit violoniste*.

Capítulo 31

1905, Pedre - Vichocuntín



—¿Las aceptó?

—Las aceptó —contestó Étienne.

—Ay, pero no le veo contento —expresó Rosa con tono apenado.

—Es que...yo tendré que volver a París y ella se tiene que quedar aquí. Puedo cortejarla, pero la realidad se impone. Seremos solo amigos.

—¡Uy!, pero si, hasta yo puedo ver la lucecita que prende en su corazón. —Puso sus brazos en jarra—. *Santo Deus!* Y esa mirada triste... Ande, venga. —Se acercó a su rosal y cortó dos rosas—. No se rinda. El amor todo lo puede.

Étienne cogió las flores.

—¿Dígame? ¿Qué expresión puso cuando las recibió?

—Se le iluminó el rostro, fue como una estrella brillante en la noche.

—Pues no se hable más, marche con ella y ya me contará.

El francés regresó a Vichocuntín con sus dos flores y esperanzas renovadas. Hallarían una solución. Amaba a Amalia y la deseaba; las dos cosas iban unidas. Cuando estaba a su lado, se imponía el deseo de tocarla, de enredar los dedos en su sedoso cabello, de besar sus labios... ¡Oh, sus labios! Una vez que ya los había probado, ¿cómo contenerse de beber de ellos de nuevo? Ella era un manantial fresco y cristalino para un sediento como él.

Llegó a la aldea dispuesto a tocar para ella en el lugar de siempre, «¡Qué suerte!, un santuario para nosotros solos», pensó. Como llevaba ocurriendo los últimos días, Amalia apareció en el lugar acordado a la misma hora. Étienne tocó y Amalia escuchó con el alma suspendida en el aire, bailando con cada nota. Luego dieron sus clases y la joven se atrevió a interpretar una sencilla melodía. La muchacha aprendía a gran velocidad, también era cierto que tenían lección cada día y que su interés no tenía límites. Era tenaz, aplicada, apasionada... y lo admiraba; se podía apreciar en la forma de mirarlo cuando tocaba o le daba alguna explicación. A veces, le parecía advertir que había algo más. ¿Lo había? Quería pensar que Amalia le correspondía con un amor ardiente como el de él. Había notado entrega en cada beso que le había dado y sus palabras, en ocasiones, le habían dado a entender que debía de luchar contra aquello que sentía. «Oh, Amalia, dejémonos llevar», sus pensamientos lo abordaban, pero no se atrevía a materializarlos con palabras.

Cuando terminaron la lección se sentaron entre los helechos para tomar, queso, pan y androlla y para terminar *marron glacé* que Étienne había llevado. Después, el músico sacó las dos rosas blancas de su bolsa y se las entregó.

—¿Más rosas? —preguntó ella.

—No hago daño a nadie regalándole rosas, ni quebranto nuestro pacto de ser amigos.

—Pero si usted me agasaja con rosas, es porque me quiere decir algo.

—Sí, que me parece usted tan hermosa como ellas.

—¿Lo ve? Al final va usted hacerme creer lo que mi tía piensa de mí —dijo con enfado fingido.

—Me atrevo a decir, sin conocerla, que su tía le tiene envidia.

—No —reforzó negando con la cabeza—. ¿Envidia? ¿Por qué? Es solo que teme al diablo más que a otra cosa.

—¿Es que usted no se ha visto?

—¡No me da usted tregua! Yo no quiero ser hermosa, solo quiero ser Amalia, la que ama la música. Deseo que quién se fije en mí sea por lo que tengo aquí dentro. —Se tocó el pecho—. Y mi tía, en el fondo, sé qué me mantiene alejada de mi casa, porque me quiere lejos de su lado para no recordarle que, en cuanto cumpla la mayoría de edad, dejará de disfrutar de mi casa y de cada uno de los beneficios que le reporta estar en ella. —habló sin tapujos, como quien le confiesa sus verdaderos pensamientos a un amigo—. Debe de estar ideando la forma de deshacerse de mí para poder quedarse con todo. Nunca le he gustado; en cuanto me vio por primera vez, empezó a quejarse de mi aspecto problemático.

—¡Bien dicho! Si es así como piensa, imagino que no cree del todo en esa idea de que usted es Eva y representa el pecado por su aspecto.

—Yo vivía feliz en mi casa con mi padre, disfrutando de mi piano y la música, sin pensar en mi apariencia, ni mucho menos en que fuera una ofensa a Dios. Nunca le he hecho daño a nadie y nunca he tentado a nadie, al menos voluntariamente. Es mi tía la que me ha demonizado desde que se instaló en mi casa, llevo años escuchándola, siempre con la misma canción. A veces, me hace dudar.

—Amalia, donde habita el amor, no puede habitar el diablo —la miró fijamente—. ¿Es porque me voy a marchar a París o porque le teme al pecado, por lo que no quiere que entre usted y yo haya algo más?

—Por las dos cosas, Étienne, usted despierta en mí sensaciones que me dan miedo —le fue muy sincera.

—¿Siente algo por mí?

—¡Ay, señor, sí! No puedo dejar de mirarlo cuando toca para mí, le admiro como un pagano a un ídolo, siento adoración por usted. Le amo —le confesó.

El violinista puso su mano sobre la de ella.

—Entonces no debería tenerme miedo, yo también la amo. Y no hay nada malo en ello.

—¿Qué es lo que quiere de mí, que me entregue a usted?

—En cuerpo y alma —declaró con pasión—. Yo lo hago con usted, soy suyo, le pertenezco.

En el semblante de Amalia se reflejó su conflicto. Repentinamente, cogió el rostro de Étienne entre sus manos y le habló:

—No sabe del esfuerzo que hago cada vez que le veo para no sucumbir. Yo también le pertenezco y no me importaría terminar en el infierno por esa llama que arde en mi pecho. Pero usted, ¡se va a marchar! Y mi alma pecadora se quedará rota cuando lo haga. Si me entrego a usted, no podría recomponerme jamás, y mi tía me mataría con sus propias manos si se enterara de ello. —Lo besó, tiernamente, y cuando terminó, lo miró a los ojos de nuevo—. Es mejor que no volvamos a vernos.

Se levantó y se fue.

En los días sucesivos, Étienne no vio a Amalia. Acudía cada día a su santuario, pero ella no estaba. Decidió, entonces, seguir los consejos de su nueva amiga, y cada semana dejaba dos

rosas blancas en el quicio de su ventana. No llamaba a su puerta, ni intentaba hablar con ella, tan solo se hacía notar con aquel pequeño detalle. Se veía tentado de tocar frente a su puerta, pero sabía que no podía hacerlo por si los tíos de Amalia estaban en la casa.

Continuó componiendo, pensando en ella, comiendo, pensando en ella, respirando, pensando en ella...

Capítulo 32

2024, A Guarda - Pedre



Tocó en el paseo marítimo, como era su deseo, delante de todas esas estrechas casas marineras de colores. La gente se paraba a mirar y cuando terminó la aplaudieron. Fue agradable tener un público improvisado.

—No saben la suerte que han tenido de ver a Estela Santana en concierto —le dijo Gabriel en cuanto se le acercó.

—Me ha gustado mucho la experiencia. Marta no me deja hacer este tipo de cosas, le propuse hace tiempo hacer algún *flashmob*, pero me dijo que eso no me convenía, que sin el equipo necesario el sonido no es bueno, que no era necesario tocar gratis para nadie. Yo creo que es un buen reclamo publicitario, ¿no? —le comentó guardando su violín en el estuche.

—Sí, muchos músicos y cantantes lo hacen.

—Dame el móvil, lo voy a subir. —Cogió el teléfono y puso el vídeo acompañado de un texto en Instagram, luego miró a Gabriel—. El próximo lo haremos juntos.

Gabriel hizo una mueca.

—De eso nada, necesitaré toda una vida para estar a tu nivel.

—Cuando volvamos a casa, seguiré dándote lecciones.

¡Qué rápido fue su cerebro en reaccionar al escuchar las palabras de Estela! Sintió un vuelco en su estómago, como si tuviera pulsaciones propias, igual que su corazón. Su expresión mutó y un destello de afecto salió raudo de su mirada cristalina; no pudo detenerlo. «Cuando volvamos a casa». Como si los dos formaran un hogar. ¡Qué bonita le resultaba la idea!

Estela se percató de aquel sutil cambio en sus ojos y, por primera vez desde que se habían conocido, experimentó un escalofrío que le recorrió la espalda al sentirse la causante de su reacción. ¡Oh, pero qué mirada tan encantadora!, y no por la belleza de sus ojos, sino por la ternura que comunicaban. La vista de Estela se posó en la suya devolviéndole el gesto cariñoso. Aquel contacto visual duró varios segundos en los que ninguno de los dos se sintió incómodo y, como un eco del pasado, las notas de *Meditación de Thaïs* vibraron en el interior de la violinista, y supo que había sido él quien había desencadenado ese pequeño recuerdo emocional. La ligera brisa que sopló deslizándose entre los dos barrió aquella conexión rápidamente. El pelo de Estela se agitó y suspiró mirando hacia el horizonte.

—Este pueblo es precioso, deberíamos terminar de verlo.

Gabriel aceptó sin decir nada, pero la miraba con una chispa de satisfacción, sabía que algo había pasado entre los dos y, aunque tan solo hubiera durado unos segundos, para él había sido muy importante, sentía que habían empezado a conectar.

Recorrieron todo el paseo juntos hasta llegar al espigón decorado, «A Guarda escrita na estrela». Todo un espigón pintado en tono azul con estrellas y detalles acerca de la historia del

pueblo.

—¡Qué bonito! —exclamó Estela—. He viajado por todo el mundo y jamás había venido aquí teniéndolo en mi propio país. Desde el cielo se puede leer el lema, ¿sabes? ¿Nos hacemos una foto?

Gabriel le pidió a un turista que les hiciera la instantánea, se colocaron delante de la pintura del ovni rodeado de estrellas. Él le pasó el brazo por encima de los hombros y ella por la cintura, a simple vista parecían una pareja. Le dieron las gracias al visitante y se pusieron a mirar la foto en el móvil de Gabriel.

—Pásamela —pidió ella.

Gabriel obedeció y al instante la vio cruzando el dedo por la pantalla de su móvil.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Dar motivos de qué hablar.

—¡¿La has subido?!

Estela sonrió asintiendo.

—Es una foto muy bonita, quiero aparecer en el hashtag #aguardaescritanaestrelas.

—Si tú la subes, lo voy a hacer yo también —Y empezó a entrar en la aplicación para poner la foto—. Que vea mi hermana que estoy perfectamente.

—Estamos muy guapos los dos, es una pena no enseñarla. ¿Sabes que es la primera vez que pongo una foto personal en mis redes?

—Lo deduzco por lo que he visto.

—¿Quién sabe? Quizá la imprima y la ponga en la estantería de mi estudio.

Ese comentario dejó a Gabriel pensativo, con la vista fija en ella.

—Tienes una casa desprovista de fotografías personales, ¿lo que me acabas de decir significa algo? —le preguntó con sumo interés.

—Es que el único vínculo especial que tengo en esta vida es con la música, por eso no tengo fotos con nadie, ni de nadie, solo con Máximo.

—¿Y ahora lo tienes conmigo?

—Lo empiezo a tener —le confesó con cierto temor.

—¿Tengo esperanzas? —Cambió el tono serio, por uno con un toque de humor.

—Poquito a poco vas calando en mi corazón, Gabriel Luna —le contestó con el mismo carácter agudo, pero consciente de que lo que acababa de decir era una realidad.

—¿Sabes lo que a mí me gustaría? —Sus ojos adquirieron un brillo de ilusión.

—No, pero sé que me lo dirás ahora mismo.

—Habíamos quedado en que no te agobiaría, pero después de tu revelación, te diré que para mí sería como un sueño llenar tu hogar de fotos nuestras. Eso es lo que me gustaría: un montón de marquitos, de esos que venden en los bazares, con instantáneas nuestras, cogidos de la mano, riéndonos a carcajadas, comiendo shushi... Que no tuvieras sitio donde ponerlas por la cantidad de cosas que vamos a hacer juntos.

—¡Guau!, Gabriel, ¿qué voy a decir después de una declaración tan intensa?

—De momento no digas nada, vamos a seguir con la excursión. Ya llegará el instante de ponernos serios. —La tomó del codo y la invitó a caminar de nuevo.

Fueron al casco antiguo del pueblo y vieron la plaza del *Reló*, subieron al Monte de *Santa Trega* para ver el castro y compraron una rosca de yema para disfrutar de uno de los dulces típicos de A Guarda. Después, subieron al coche y emprendieron el camino de vuelta.

Cuando estaban a punto de llegar a Pedre, el teléfono de Estela comenzó a sonar. La joven cogió el móvil de su bandolera.

—¡Qué raro! —dijo al ver el número de teléfono.

—Sí, Marcos —contestó.

—Hola, Estela, no quería molestarte, pero es que he averiguado cosas sobre Étienne Fauré y me gustaría hablar con vosotros. ¿Aún estáis en Pedre?

—Hemos ido a A Guarda, pero estamos ya de vuelta.

—¿Nos podemos ver mañana y os cuento?

—¡Claro!

—Bien, ¿os acercáis a mi casa o queréis que nos veamos en algún sitio?

—Podemos acercarnos a tu casa.

—¿A las diez os va bien?

—Perfecto, allí estaremos.

Colgó y luego miró a Gabriel, mostrando extrañeza.

—Era el cura, dice que ha averiguado algo sobre Étienne. He quedado mañana en su casa.

—Estela, tengo la sensación de que todo va a salir muy bien.

La miró por unos segundos y le sonrió. Una cálida sensación de satisfacción llenó su pecho al observarla. Cada vez estaba más convencido de que este viaje no solo les depararía respuestas sobre el pasado, sino que también les traería momentos significativos y enriquecedores juntos. Estaba siendo así, desde luego. Al lado de Estela, todo parecía cobrar un nuevo sentido, y la anticipación de compartir más descubrimientos y emociones con ella lo hacía sentir en la cima del mundo.

Capítulo 33

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Una llovizna fina había empezado a caer afuera; era esa clase de lluvia que parece flotar en el aire sin llegar a caer al suelo, aunque de manera constante acaba empapándolo todo. Amalia se asomó a la ventana con la mirada cargada de melancolía. Ese tipo de clima era habitual allí, pero no era lo que la ponía triste. Llevaba ya tres semanas sin ver a Étienne y, por primera vez desde que llegó a Vichocuntín, sentía la soledad. Solo unas rosas blancas en su ventana le recordaban que él continuaba en la aldea, a tan solo unos metros de distancia.

¿De algo le servía la distancia que había puesto entre los dos, cuando ahora padecía del mismo modo que si Étienne se hubiera marchado? Lo había hecho por miedo. Sentía pavor ante la idea de que Mariña tuviera razón y que Étienne, de alguna manera, estuviera hechizado por ella. De que solo deseara poseerla y nada más. Le había dicho que la amaba, pero ¿podía creer en un hombre embrujado por la belleza de una mujer?

Con solo mirar las rosas blancas, que mantenía frescas en un jarrón, sentía el deseo de salir al encuentro de Étienne. En un par de ocasiones había abierto la puerta, pero volvía a cerrarla y se sentaba junto a la ventana para poder ver caer la lluvia. Ya nada la entretenía, ni leer, ni estudiar, ni pasear... solo notaba un vasto silencio ocupándolo todo. ¿Estaría trabajando en su sinfonía? Lo echaba de menos. Ni siquiera se dio cuenta de que sus ojos se humedecían y unas lágrimas ardientes empezaban a caer por sus mejillas, entonces escuchó ruido tras la puerta y el pomo se movió. Se levantó de súbito, fijando su mirada en la entrada, con la esperanza de que él hubiera decidido romper la distancia que los separaba, esa idea hizo que su corazón brincase de alegría. Pero su decepción la hizo caer aún más en la pena cuando, al abrirse la puerta, descubrió a su tío Aldán. Llevaba el pelo mojado por la lluvia y un par de bolsas en las manos.

—¿Qué hace mi nena llorando? —le preguntó con voz cariñosa cuando reparó en la humedad de su rostro.

Amalia se pasó la mano por la cara para secar las lágrimas, intrigada por aquel tono que jamás había empleado con ella.

—No es nada. ¿A qué vino, tío? Hace un día lluvioso, ¿está la tía con usted?

—No. Solo vine yo, y traje cosas bonitas.

Amalia no acertaba a entender a su familiar. Se había pasado dos años ignorándola y, ahora, no hacía más que tener atenciones con ella. Sabía que utilizaba el automóvil de su padre, pero de A Guarda a Vichocuntín había más de cien kilómetros. Se tomaba muchas molestias para ir a visitarla.

—¡Mira qué bonito! —le dijo mientras sacaba un vestido de una de las bolsas—. *Gústache*^[4]?

Era de color malva, con encajes en el cuello y, aunque la tela estaba un poco mojada, parecía de calidad. ¿Podía su tío Aldán tener gusto para la moda? Amalia, confundida, asintió sin decir

nada.

—Mariña nunca tuvo uno igual, pero este es para ti. —Sonrió acercándose a ella, extendió los brazos y lo colocó delante de su cuerpo —. Te quedará muy bien.

Amalia dio un paso atrás. No se sintió cómoda.

—También traje adornos. —Volvió hacia donde estaban las bolsas y se agachó para sacar su contenido. —Joyas, ¿qué te parecen?

No hacía falta ser un entendido para darse cuenta de que el colgante y la medalla que sacó no eran de oro.

—Preferiría tener las joyas de mi madre —repuso la joven en tono seco.

La tía Mariña las escondió y nunca más las volvió a ver. Esas joyas y las fotografías eran lo único que conservaba de ella y tenían un gran valor sentimental. Ya que no pudo conocerla, al menos podría llevar las alhajas que le pertenecieron, pero ni eso le permitió su tía. Pensar en ello hacía que su sangre hirviera y, aunque su tío pretendía ser amable, también tenía la culpa de que la hubiera expulsado de su casa al quedarse callado. No quería sus vestidos, ni esas joyas falsas. No necesitaba nada de lo que él pudiera traerle. Su felicidad no dependía de nada de eso, su felicidad estaba... ¡Sí! ¡Su felicidad estaba unas casas más abajo!

—No sé dónde las puso Mariña.

—¿Y no las vendería? —le formuló con descontento.

—Si lo hubiera hecho, yo lo sabría.

—A lo mejor no. Usted viene a verme sin que ella lo sepa, ¿quién le dice que su mujer no le guarde secretos también?

Aldán no respondió, se quedó mirando las bolsas que había traído y luego volvió a mirar a Amalia.

—Traje más vestidos ¿no quieres verlos?

—Se lo agradezco, pero no necesito más ropa. Cuando vuelva a mi casa me compraré yo misma lo que me haga falta.

—Yo creí, que una chica como tú...

El hombre se movió lentamente hacia ella, tenía un brillo de ilusión en sus ojos que Amalia nunca había visto.

—¿Qué? —preguntó desafiante. Estaba irritada, hacía un momento sentía melancolía y la llegada de su tío la había transformado en rencor.

—Que una *chica, doce e fermosa*^[5], gustaría de llevar estas cosas.

—No, tío, yo no soy como las demás.

—Muy bien lo sé. Déjame ahora que te coloque la cadena.

Amalia se negó. Con él allí, cada vez se sentía más incómoda y enfadada. Le molestaba su presencia, quería estar sola; pero el comportamiento del tío Aldán era extraño, él, siempre retraído, se mostraba insistente. ¿Acaso se sentía culpable por haberla dejado sola en la aldea? Era tan pusilánime que no podía hacer frente a su mujer y tenía que ir a escondidas a visitarla. Su imagen le parecía grotesca, un hombre tan grande e incapaz de plantarle cara a una esposa dominante.

Aldán dejó las baratijas sobre la mesa ante su obstinada negativa y, en el silencio más absoluto, dio unos pasos hasta situarse frente a ella. Con la vista en el suelo, sin atreverse a mirarla, levantó su mano y tomó un mechón del cabello de Amalia, a la altura de su cintura. Levantó los ojos para observar lo que hacían sus manos. Con la expresión de un joven enamorado que no sabía si era correspondido, lo acarició entre las yemas de sus dedos índice y pulgar. Amalia, desconcertada, se quedó paralizada, intentando comprender la situación. Su tío

miraba el mechón como si fuera un valioso tesoro y, en un arranque de valor, levantó los ojos y los fijó suplicantes en ella. Aquello aterrizó a Amalia. Dio un paso atrás, haciendo que su pelo se deslizara entre los dedos de Aldán hasta soltarlos de su agarre.

—Pero, ¿qué hace? —preguntó sorprendida y asustada a la vez.

—Mariña, no tiene por qué saberlo —habló como un muchacho agónico de amor.

—¿Saber qué? ¡Márchese! —Retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared.

Aldán avanzó hasta ella y la cercó, apoyando sus manos en el muro, una a cada lado de su cabeza. Lentamente, aproximó su rostro hasta tocar con su mejilla la de Amalia. Se quedó quieto con los ojos cerrados. El corazón de la joven comenzó a palpar frenético a medida que comprendía la situación.

—Déjeme ir, tío —le pidió con suavidad, pero el hombre no cedió y la joven notó su respiración cerca del oído. Escuchó cómo tomaba aire para inspirar el aroma de su cabello. «¿Qué será lo siguiente?», pensó asustada. Las manos de Amalia se apoyaron en el pecho de su tío para empujarlo y, a pesar de que utilizó todas sus fuerzas, no lo consiguió apartar. Aldán levantó su cabeza para fijar la mirada en ella. La expresión de su rostro había cambiado, la miró interrogante con un gesto de extrañeza.

—Esto no es lo que yo quiero —musitó Amalia—. Déjeme y no vuelva más.

Los músculos de Aldán se fueron destensando poco a poco hasta tener la apariencia de un muñeco de trapo, sus hombros se habían hundido y encorvó la postura como si quisiera esconderse en un caparazón invisible. Fue arrollado por una vergüenza que no sabía cómo gestionar. No la volvió a mirar. Se apartó de ella y sin decir palabra salió de la casa en dirección a donde había estacionado el coche, dejando a una Amalia acongojada y con un sabor de boca amargo en los labios.

Por un momento, Amalia dudó de si lo que acababa de suceder era lo mismo que ocurría con Étienne. ¿Realmente causaba esa reacción en los hombres? Los dos la deseaban, pero la diferencia era que ella correspondía a Étienne. Él despertaba lo mismo en ella. La imagen del músico tocando apasionadamente, vibrando con cada nota, acudió a su memoria. Su magnetismo era tan hipnotizador como el que podía ejercer el de ella sobre el francés. Amalia anhelaba encontrarse entre sus brazos, deseaba sus besos y caricias; y quería pasar tiempo con él, porque lo amaba y disfrutaba de cada segundo a su lado. Entonces, ¿qué estaba haciendo? Tenía que aprovechar cada minuto que Dios le regalara junto a él, en lugar de apartarlo. Ya no le importaba lo que sus tíos pudieran opinar al respecto, ninguno de los dos merecía su respeto. Aquel desagradable episodio le hizo abrir los ojos. Le daban igual las consecuencias, solo quería dejarse llevar por su corazón. Así que abrió la puerta y comenzó a caminar bajo la lluvia hacia la casa de su vecino. Cuando llegó, no lo dudó, llamó con los nudillos con energía. La puerta se abrió en poco tiempo. El rostro de Étienne se iluminó después de la sorpresa que le causó verla allí.

—¡Amalia!

La joven estaba empapada y los mechones se pegaban a su rostro, pero no parecía darse cuenta de que la lluvia caía sobre ella porque la mirada del francés caldeaba su corazón.

—Étienne, cometí un error.

—Pase, se está mojando —la invitó.

Amalia dio un paso hacia delante y lo sorprendió abrazándose a su torso.

—Perdóname —lo tuteó por primera vez—. Mi corazón no se romperá si te vas porque ya está roto. Estas semanas han sido horribles, lejos de ti y de tu música. He sido una estúpida pensando que te podía tener hechizado. Cuando tú causas el mismo efecto sobre mi persona, no voy a ser

una hipócrita negándolo. Comprendo que no se trata del diablo, sino del amor. —Miró hacia arriba para encontrarse con sus ojos—. Yo, soy tuya, en cuerpo y alma.

El joven músico la apretó contra su cuerpo.

—*Oh, mon petit violoniste, qu'est-ce qui t'a pris si longtemps?*^[6] —le nació hablarle en su lengua natal mientras dejaba descansar su mejilla sobre la cabeza mojada de Amalia.

—No quiero alejarme de ti nunca más.

Étienne la separó de su cuerpo y cogió su rostro entre sus manos.

—Tú y yo siempre juntos. Por toda la eternidad.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

No tenía ni idea de cuáles iban a ser sus pasos a continuación y qué sucedería en el futuro, pero tenía muy claro que él tampoco se quería separar de ella. La besó con dulzura.

—Y ahora pasa y siéntate.

La condujo hasta una silla y fue a buscar unos paños para secar su pelo. Cuando volvió, se entregó a aquella tarea en silencio, mientras Amalia permanecía quieta. No le contó lo sucedido con su tío, no quiso romper ese momento de armonía; nada que no fuera ese instante tenía importancia. Disfrutó de las atenciones de Étienne y él de cuidarla. Luego se arrodilló frente a ella y, con otro paño, comenzó a secar su cara, concentrado, como si fuera el trabajo más importante del mundo. Amalia lo observó con atención; la mirada amorosa del francés recorría su rostro, poniendo esmero en cada parte que secaba. Repasó cada recoveco, cada curva suave, hasta entretenerse con sus labios. Delicadamente, pasó la toalla por encima de esa boca carnosa e, instintivamente, su dedo pulgar se estiró para alcanzar la piel suave que ya había probado con sus labios. Dejó caer la tela y deslizó su mano por el rostro de la joven. Amalia alargó su brazo enredando los dedos en el pelo de Étienne, provocando que él llevase la cabeza atrás y levantara el mentón. Sus miradas se encontraron y supieron que entre los dos no eran necesarias las palabras. Étienne se acercó y Amalia inclinó su cabeza. Se besaron con ternura, nada que ver con los besos apasionados que se habían dado hasta el momento. El joven tomó las manos de ella y sin despegar sus labios se pusieron en pie.

—¿La oyes? —musitó sobre la boca de Amalia.

—¿El qué? —preguntó sin separarse de él.

—El arpa, que arranca con sus primeros compases —dijo dejando un rastro de besos suaves por su rostro, luego cogió su cara entre las manos y la miró fijamente—. Besarte es como interpretar *Thaïs*. Es caer en un estado de introspección que me eleva y me hace mejor persona. Es volar libre.

Amalia sonrió.

—Vuela libre, entonces —lo invitó a que la besara de nuevo.

Étienne obedeció, enredándose en esa espiral de pasión que los mantenía presos. Se dejaron llevar. Él la atrajo hacia su cuerpo, dando calor al suyo, humedecido por la ropa mojada que llevaba. Las manos de Étienne se deslizaron desde el rostro de ella hasta su cuerpo y se movieron ágiles para quitarle el vestido. Amalia le ayudó a él a desvestirse y, desnudos, se abrazaron, sintiéndose envueltos el uno por el otro. Las caricias del joven sobre su piel eran iguales a la melodía que la emocionaba, su tez se erizaba del mismo modo. Desnudos eran uno solo, como cuando Étienne tocaba su violín y se fusionaba con él. Y con los ojos cerrados, sintieron lo que era dejarse llevar por aquel fuego; que, para alivio de Amalia, pudo comprobar que no era el del infierno, sino más bien el de una luz poderosa y divina que los mantenía unidos.

Capítulo 34

2024, Pedre



¿El hecho de que le atrajera era motivo suficiente para acostarse con él? Se respondió que no, pero es que empezaba a sentir cosas y era ella la que ponía freno, porque se decía que era demasiado pronto. Empezaba a gustarle su manera de gesticular, de hablar, la seguridad que tuvo desde el principio en lo relacionado con ellos. Era una persona educada, inteligente y tierna. Podría perfectamente enamorarse de él, si no lo estaba ya. Se lo preguntó a sí misma cuando lo vio salir del baño sin su camisa y deseó pasar su mano por sus pectorales y acariciar suavemente la cicatriz de su abdomen. Sí, le atraía mucho, pero apartó la mirada. En realidad, en ninguna de sus cortas relaciones se había entregado por entero. ¿Acaso su soledad era algo provocado por ella? ¿Era posible que lo hubiera estado esperando siempre a él? Eran cosas que se cuestionaba ahora que sabía tanto. Estaba hecha un lío.

—¿Nos vamos? —le preguntó, después de ponerse una camiseta informal.

Estela le sonrió y cogió su bandolera.

—Claro.

Marcos los esperaba con impaciencia, se notaba que estaba emocionado. Volvieron a sentarse a la mesa en la que los invitó a hacerlo la última vez. Sobre ella, estaba el mismo libro que ya les había enseñado, café y unas pastas. Una vez sentados, el cura comenzó con su explicación.

—Cuando os fuisteis, no dejaba de darle vueltas a lo importante que sería para la aldea, que ese músico del que me hablasteis fuera uno de los amantes de Pedre. Decidí buscarlo en internet para saber un poco más de él. Por cierto, está todo en francés. Pero vamos a lo que importa, el caso es que vi sus fotos. Me quedé alucinado porque a ese hombre yo lo había visto antes.

Estela se irguió, totalmente interesada por el relato del párroco.

—Empecé a revisar de nuevo el libro que se editó por las fiestas de Pedre y me encontré... —cogió el volumen y lo abrió por la página que ya tenía previamente señalada—, con esto.

Le dio la vuelta al tomo para que pudieran ver la imagen.

—¡Es él! —exclamó la violinista.

Gabriel no dijo ni una palabra, observó la fotografía en la que había una aldeana junto a Étienne en la *Eira Grande*, estaba en el apartado de las fiestas con motivo de la recolecta. Había varias fotografías de los vecinos de la zona, algunos identificados y otros no. Concretamente, en esa imagen, al pie de foto, ponía: *Rosa Vázquez, vecina de Pedre, junto a un vecino anónimo en 1905.*

—Lo mejor de todo es que sabemos quién era Rosa Vázquez y cuál era su casa.

Estela hizo el gesto de aplaudir sin emitir sonido.

—¡Esto es muy importante! —exclamó mirando a Gabriel, que aún no había abierto la boca, y que observaba la fotografía, pensativo.

—Rosa tenía su casa de camino a la oficina donde se enviaba el correo. La puerta de su vivienda estaba llena de maceteros con flores; hay imágenes de ello. Alcanzó los cien años, lo sé porque sale en un folleto conmemorativo de Pedre. Le hicieron un homenaje a la aldeana más longeva en 1970, poco después murió. Probablemente, fue una de las ancianas que transmitió la historia de los amantes de Pedre.

—¿De esa mujer nos habló Iago Montes!, pero él no recordaba su nombre, ¿verdad? —miró a Gabriel buscando confirmación.

—Sí, sí, nos contó que tenía maceteros con rosas blancas en su puerta en honor a los amantes y que narraba su historia a los niños.

—Pues sin duda era Rosa Vázquez —apuntó el cura.

—¿Podemos saber algo más de ella? —preguntó impaciente Estela.

—Pues aquí viene lo mejor, ella murió sin hijos, pero su heredera fue su sobrina nieta, que curiosamente se llama igual que ella.

—¿Vive? —quiso saber Gabriel.

—En Pontevedra. La casa de Pedre es de su propiedad todavía, de niña venía aquí a pasar los veranos con sus parientes y, después de heredarla, con sus hijos y su marido.

—¿Cómo has averiguado todo eso? —inquirió Gabriel.

—Muy fácil, hablando con sus vecinos.

—Si Rosa contaba cosas de los amantes a los niños, probablemente se las contó también a su sobrina —apuntó Estela.

—Eso es lo que pienso yo, por eso tengo aquí el número de teléfono de su casa —Levantó un papel en la mano en señal de triunfo.

—¡Eso es genial! ¿Te lo dieron sus vecinos?

—Sí, tomad, para que quedéis con ella. Pero, por favor, mantenedme informado —Puso sus manos como si fuera a orar.

—Claro, claro, lo haremos. Nosotros también conseguimos averiguar quién era la pareja de Étienne, se llamaba Amalia Domuiño y era la hija de un indiano de A Guarda —le dijo Estela.

—¿Sabéis lo importante que es esto para Pedre? —pronunció el cura.

—Nos hacemos una idea —repuso Gabriel sonriendo ante la reacción de Marcos—. Todo lo que investiguemos te lo comunicaremos.

Se despidieron del cura y salieron a la calle. Estela miró de reojo a Gabriel, llevaba el suficiente tiempo con él como para saber que algo le pasaba, estaba raro. Más pensativo de lo normal.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. No has hablado mucho.

—Es que no quería decirlo delante de Marcos.

—¿El qué?

—Ha sido la foto de Rosa Vázquez, no sé, me ha hecho recordar una cosa que me dijo mi madre. ¿Te he contado que tiene Alzheimer?

—No. Lo siento, no lo sabía.

—Cuando tuve el accidente, Sonia la llevó a una residencia, y la última vez que la visité le enseñé un vídeo tuyo, ¿sabes qué es lo que me dijo?

Estela se quedó atenta esperando a que hablara y le desvelara el misterio.

—«¡Sí, es ella! ¡La mujer que viste de blanco! Es la joven que te amaba, pero lo ha olvidado».

Estela entreabrió sus labios, sorprendida.

—Pero esto no se acaba ahí —prosiguió Gabriel—, luego añadió: «Tienes que darle dos rosas blancas».

La mandíbula de ella cayó del todo, formando su boca una perfecta «O», de asombro.

—¿Y tú, le habías hablado de esto alguna vez?

—Nunca.

—¿Crees, entonces, que tu madre es...?

—¿Rosa Vázquez? No podría ser, mi madre nació en 1954 y Rosa murió en 1970.

—¿Entonces, crees que el espíritu de Rosa habló a través de tu madre?

Gabriel se frotó la frente, confundido.

—No lo sé, ¿quién puede saberlo? Pero ¿por qué mi madre sabía todo eso? En mis recuerdos te veo siempre vestida de blanco, y luego está lo de las rosas.

Estela infló los carrillos y expulsó el aire.

—Gabriel, todo esto es un misterio que solo descubriremos cuando llegue nuestra hora, mientras, creo que ha llegado el momento de llamar a la sobrina nieta de Rosa. —Sacó el móvil

—¿Quieres hacerlo tú o lo hago yo?

—Tú misma, si quieres.

Estela marcó el número que le había dado el párroco. Esperó un momento mientras daba tono hasta que una voz masculina contestó.

—¿Quién?

—Hola, buenos días, me gustaría hablar con Rosa Vázquez.

—¿Quién la llama y para qué? —respondió con sequedad. Probablemente, imaginaba que era una teleoperadora que quería venderle algo.

—Soy Estela Santana, estoy haciendo un estudio sobre un músico que al parecer es uno de los amantes de Pedre. Por lo que hemos podido investigar, este autor, tenía una relación de amistad con su tía abuela, Rosa Vázquez, durante su estancia en Vichocuntín en 1905 y me gustaría hablar con Rosa por si me puede contar algo acerca de su tía o de los amantes de Pedre.

—Mire, mi madre tiene ochenta años y hace mucho que no va por Pedre. No la moleste más, no creo que tenga nada que decir. Buenos días.

Colgó. Tan bruscamente, que Estela se quedó con cara de sorpresa y con el móvil en la mano paralizada.

—¿Qué te ha dicho?

—Por lo visto era el hijo de Rosa y se ha negado en rotundo a pasarme con ella, ha sido cortante y grosero. —Miró a Gabriel con tristeza—. Si perdemos la oportunidad de hablar con ella, puede que nuestra investigación se quede estancada aquí.

Gabriel, al ver la decepción en el rostro de Estela, le tomó las manos.

—No es necesario que lo sepamos todo de ellos. Hemos llegado muy lejos, sabemos quiénes eran y yo sé que se amaban. Tenemos suficiente, ¿no?

—¡No! Ya no me puedo conformar, necesito saber qué fue de ellos, quiero saber por qué las fechas que hemos sacado de distintas fuentes de la muerte de Amalia no coinciden, necesito averiguar la verdad, estoy demasiado involucrada y ¡necesito acordarme de ti!

—¿Lo crees tan necesario, Estela? Yo pienso que podemos construir nuestro presente con todo lo que tenemos. Más información, ¿para qué?

—¿Nuestro presente? Me da miedo oírte hablar así, por eso quiero llegar hasta el final.

—¿Me vas a decir que no has empezado a sentir cosas?

—¿Por ti?

—Sí, por mí. Saber qué ocurrió con nosotros no va a cambiar lo que tú estás sintiendo ahora. Si averiguamos que nuestra historia no fue tan bonita como parece, ¿te alejarás de mí o querrás seguir conociéndome?

—Vale, vale —dijo llevando las manos a la cara para frotarla en un intento por despejarse. Estaba nerviosa. Luego lo miró de nuevo—. Sí, es cierto, hay emociones dentro de mí. Me atraes muchísimo, cada vez más. Pero también siento miedo, no es normal iniciar una relación sin apenas conocernos, ni tampoco es normal lo que está ocurriendo en mi interior. ¡Estoy asustada!

Gabriel inspiró con profundidad.

—No tenemos que correr. —Puso su mano sobre la mejilla de ella—. Lo estamos haciendo bien, pero entiéndeme tú a mí también. Yo te quiero. Nací con ese sentimiento alojado en el corazón.

Estela se quedó en silencio mirándolo, sin saber qué hacer o qué decir. Podía entender su sufrimiento, un amor no correspondido debía de ser doloroso.

—Yo... también debo de tener ese sentimiento alojado en el mío —musitó.

Se había propuesto no dar el primer paso, dejarle espacio, pero no pudo evitarlo. La abordó con un beso dulce en los labios y cuando comenzó a retirarse, la boca de Estela se lo impidió, persiguiéndolo con ardor. Su reacción lo animó y la apretó contra sí mismo. Estela se aferró a él como la hiedra a un muro, sus brazos rodearon su cuerpo. Abrieron sus bocas para explorarse mutuamente como en una danza en las que sus almas se movían al mismo ritmo. El beso terminó de manera suave y, aún abrazados, se miraron con los ojos entrecerrados.

—Esto solo ha sido un beso —murmuró Gabriel muy cerca de su boca—. No voy a pedirte más. Pero espero que encuentres pronto ese sentimiento alojado en tu corazón.

Estela apoyó su frente en la de él.

—Lo estoy buscando, y te prometo que no voy a descansar.

Volvió a besarla y, con cierta reticencia a separarse de ella, deshizo la postura y dio un paso atrás.

—¿Quieres dar una vuelta por la aldea a ver si encontramos la casa de Rosa?

Recorrieron las calles revisando cada construcción, no sabían cuál de todas esas casas de piedra era la de la amiga de Étienne, pero Gabriel se detuvo en un momento de su paseo, pensando. Tomó a Estela de la mano y dijo:

—Es por aquí.

La condujo hasta una casa con las ventanas blancas. Los maceteros de los que habló el sacerdote estaban en la puerta, vacíos. Se quedaron frente a la vivienda, parados, mirando en silencio la fachada, como si al hacerlo forzaran a su cerebro a recordar.

—No nos podemos rendir, Gabriel. —Lo miró—. Tú fuiste el que me buscaste para que te acompañara y averiguar la verdad. Tenemos que hacer algo. Esto no puede ser un callejón sin salida. Tenemos que terminar de rellenar el cuaderno azul.

Gabriel asintió mirando la casa. Ella tenía razón, no podía rendirse ahora, pero para él sus recuerdos lo hacían todo más complicado, por un momento pensó que no era necesario que ella recordase. Se había dado cuenta de que Estela empezaba a tener emociones y la impaciencia lo venció. Se creía fuerte y capaz de soportarlo todo con ella a su lado en aquel viaje, pero no era tan fuerte como creía. Aquellos sentimientos firmes, consolidados por sus recuerdos, solo los tenía él y no podía pedirle a Estela que se lanzara a la piscina a su lado, al fin y al cabo, se conocían de hacía muy poco tiempo.

Capítulo 35

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



El amor y la música. Amalia pensó que ya lo tenía todo para ser feliz, pero aún quedaba pensar en su futuro. Ahora mismo eran sus tíos quienes gestionaban todo su patrimonio y le faltaban dos años para cumplir la mayoría de edad. Si descubrieran su relación con Étienne, se la llevarían de allí y no volvería a verlo nunca más; y lo único que deseaba era estar junto a él, despertar entre sus brazos, recibir el calor de su cuerpo por la noche ahora que el clima empezaba a ser más frío y dormir acurrucados. No podía hacer nada de eso, porque ella volvía a casa cada noche por miedo a que sus tíos la visitaran y no la encontraran. De momento disfrutaba acompañándolo en su trabajo, verlo componer la fascinaba. Discutían sobre lo que transmitían las notas que iba añadiendo a la melodía, él jugaba con el papel que ejercía cada instrumento en su composición y luego le pedía opinión a ella. Embelesada, lo observaba pensando que estaba al lado de un genio.

—Cuando disponga de mi fortuna, haré muchas cosas por la música —le dijo con los codos apoyados en la mesa y su rostro descansando en las manos.

—¿*Ah bon?*^[7] ¿Qué piensas hacer, *mon petit violoniste*?

—Llevaremos tus composiciones a los mejores teatros del mundo.

—¿Y eso es hacer algo por la música? —Se carcajeó.

—El mundo tiene que conocer tu trabajo.

—Yo me quedaría aquí —le dijo acercando su rostro al de ella para besarla—, contigo, toda la vida, componiendo, tocando y haciendo el amor.

Amalia se dejó besar.

—¿Y qué pasa con París?

Étienne se incorporó y se puso serio.

—No sé qué va a pasar con París. Cuando termine mi composición tendremos que estudiarlo.

Amalia le sonrió con ternura.

—¿Estudiarlo tú y yo?

—*Évidemment*.

—Pero, señor Fauré, yo solo soy su amante —bromeó con él.

—Tú eres mi amante, y la mujer a la que he prometido amar por toda la eternidad, así que llegado el momento lo estudiaremos juntos.

Amalia se levantó y se acercó hasta sentarse en su regazo. Se abrazó a él.

—He tenido mucha suerte de encontrarte aquí —le confesó en el oído.

Étienne llevó su cabeza atrás para mirarla.

—Yo soy el afortunado, te debo la vida.

—¿Por qué?

—Porque llegué aquí vacío y tú me has devuelto la energía creativa, sin ella estaba muerto.

Amalia cogió su rostro entre las manos y lo miró a los ojos con atención, para la joven eran los más bonitos que había visto nunca.

—Somos dos almas afines que se han encontrado.

Sus miradas afectuosas se fundieron y, a continuación, lo hicieron sus labios, luego sus cuerpos y finalmente sus almas...

Amalia se despertó sobresaltada, la oscuridad empezaba a hacerse con la estancia, se incorporó rápidamente, deshaciéndose del abrazo de Étienne y comenzó a buscar su ropa por la habitación.

—Ya es muy tarde. Quédate —le propuso él.

—No, no puedo hacer eso, imagina que vinieran mis tíos y que no me encontrasen en la casa a estas horas —comentó preocupada mientras abotonaba su vestido.

—No van a venir a estas horas —le dijo su joven amante desde la cama.

—Podría ocurrir —rebatía pensando en la última visita por sorpresa de su tío, no le había comentado nada de ello a Étienne. Solo el pensar que la descubrieran y la separaran de él la hacía estremecerse.

—Volveré mañana. —Se acercó a la cama y lo besó para despedirse.

—¡Espera! Ya es de noche, te acompañaré.

Amalia lo miró divertida.

—Aquí no hay nadie, no va a pasarme nada.

—De acuerdo, pues mañana nos vemos en el santuario.

—En el santuario a la hora de siempre.

Y salió corriendo de la casa. Caminó a toda prisa por el sendero que llevaba hasta su vivienda, con los ojos muy abiertos para no tropezar. Los grillos habían empezado a cantar, señal de que pronto sería noche cerrada y en breve dejaría de ver por dónde iba, aunque el camino lo conocía de memoria. Dio un brinco para saltar unos helechos que obstaculizaban la senda y de súbito notó un agarre brusco en la muñeca que casi la hace caer.

—¿De dónde vienes? —La voz de su tío sonó exasperada—. Llevo horas esperándote en la casa.

Amalia abrió sus ojos espantados, lo que no quería que sucediese había ocurrido.

—De pasear por el bosque.

—¿No es un poco tarde?

—¿Qué más da? —Quiso quitarle importancia—, aquí solo estoy yo —tanteó para ver si la había visto salir de casa de Étienne.

—No quiero que vagues por el bosque a estas horas, ¿y si aparece la Santa Compañía?

—Tío, pero si aún no son las doce.

Con su mano, cercando con fuerza su muñeca, la llevó hasta la casa, abrió la puerta y la hizo entrar dentro. Las lámparas de aceite estaban encendidas. Sin soltarla, la condujo hasta la mesa con brusquedad y la empujó. Amalia chocó contra el tablero, apoyando las palmas en él. Sin darle tiempo a incorporarse, sintió a su espalda la mano de su tío presionando su cuerpo contra la mesa hasta que su mejilla se apretó contra la madera.

—¡Tío, basta! —le suplicó.

Pero Aldán levantó su falda y colocó su otra mano sobre sus nalgas tratando de quitarle la ropa interior. La presión que ejercía con su mano sobre la espalda le hacía daño. Bruscamente, le dio la vuelta y pudo ver su expresión de perro rabioso; sus ojos estaban enrojecidos.

—Mejor así —dijo entre dientes—. Mirando esa carita angelical.

—¡Suélteme!

Pero el hombre le hizo caso omiso y con una de sus manos sujetó las de la joven. Amalia,

espantada, observó la rabia que despedía su tío y pensó con impotencia que no podría evitar que la forzase. Aunque se revolvió entre sus manos, comprendió que estaba perdida; su fuerza no era nada frente a la de Aldán. Comenzó a luchar con todas sus energías y, con la rabia que le generaba sentirse sometida, le escupió en la cara.

—¡Es usted un miserable cobarde! ¡Es incapaz de hacerle frente a su esposa, pero sí puede utilizar su fuerza para someter a una mujer!

El tío se detuvo, sujetándola todavía firmemente. La mirada que le devolvió a su sobrina pareció de un ser sobrenatural. Amalia abrió los ojos asustada, la cólera que despedía le pareció muy peligrosa.

—*Filla de puta!* —exclamó con los dientes apretados, tomándola de la muñeca de nuevo y levantándola de un tirón —¡Tú! Viniste del averno para hacerme pecar, ¿me incitas con tu belleza demoniaca y luego me rechazas?

Cogió con su otra mano una de las lámparas de aceite y la arrastró escaleras arriba hasta su cuarto, entró con ella y derramó el líquido prendido sobre la colcha de la cama.

—¿¡Qué hace!? —exclamó cuando vio arder la tela.

—¡Del infierno viniste y allí volverás!

La empujó con fuerza haciéndola caer al suelo y cerró la puerta. Amalia escuchó al instante un golpe seco al otro lado, se levantó y comenzó a girar el pomo, ¿qué ocurría?! Su tío de algún modo había atrancado la puerta. Se volteó hacia el fuego que ardía en su cama e intentó apagarlo con una manta sacada de un arcón, pero el aceite que impregnaba la colcha hacía que se extendiera con rapidez. Volvió a la puerta.

—¡Tío! ¡Abra! —Aporreó con los puños cerrados— ¡No me haga esto!

Al otro lado no se oía nada. El crepitar de las llamas era cada vez más intenso, el fuego lo devoraba todo con rapidez y la estructura de su cama se empezaba a consumir. Se asomó a la ventana buscando un sitio por donde escapar, pero estaba demasiado alto para saltar. Intentó de nuevo detener el fuego que ya empezaba a extenderse por el entarimado del suelo. Fue un trabajo infructuoso, aquello ya era imposible de parar. Volvió a la puerta y empujó dejándose las fuerzas en ello. El miedo palpitó en sus sienes cuando entendió que estaba atrapada. El humo empezaba a dificultar la respiración, acudió de nuevo a la ventana para tomar aire y gritó el nombre de su última esperanza.

—¡Étienne!

Lo llamó varias veces, desgarrando su garganta para que su voz alcanzara la suficiente potencia como para que llegase hasta oídos del músico.

No supo cuánto tiempo pasó desde que comenzó su cama a arder hasta que el calor se empezó a hacer insoportable. Su rostro se había enrojecido y el sudor caía por su frente. Pegada a la ventana, ya hubo un momento en que no pudo ni gritar; parecía que sus pulmones se habían empequeñecido y eran incapaces de tomar suficiente aire. Convencida de que moriría sin despedirse de Étienne, en ese infierno particular, que su tío había preparado para ella, llegó un momento en que no pudo más y cayó redonda al suelo.

Aquel resplandor en la oscuridad, en pleno bosque, no le pareció normal a Étienne. Se veía por encima de los tejados de las otras casas, desde una de las ventanas del piso de arriba, y llamó su atención. No era demasiado intenso, pero le indicó que algo no iba bien y se preocupó porque estaba en la dirección de la casa de Amalia. Decidió salir a ver si ella estaba bien. Con una lámpara de gas, iluminaba el camino para no poner el pie en ningún lugar que le hiciera tropezar. Caminaba con prisa, pero no echó a correr hasta que vislumbró la casa de Amalia a lo lejos, y vio salir las llamaradas por una de las ventanas. Todos sus músculos se tensaron, poniéndolo en

alerta; la respiración se aceleró acompañando, ruidosamente, sus pasos rápidos. Entró en la casa y la llamó gritando, el silencio que obtuvo como respuesta hizo que su corazón le golpeará el pecho como si quisiera salirse. Subió las escaleras y encontró la puerta de la habitación cerrada. El pomo estaba en el suelo, parecía haber sido arrancado de un golpe, lo que preocupó aún más a Étienne. Volvió a llamarla sin obtener respuesta. Empujó la puerta con el hombro, pero no cedió, tan solo notó el calor que despedía la madera, lo que aún lo alarmó más. Amalia no respondía a su llamada. Desesperado, le dio una patada a la puerta con fuerza, haciendo que saliera despedida, soltándose de los goznes. El calor lo sacudió en la cara, las llamas danzaban descontroladas en la habitación alrededor de Amalia, quien yacía tirada en el suelo sin sentido. No fue consciente de lo que sucedió en el camino hasta llegar a ella, solo supo que la tenía que sacar de ahí. Se introdujo en aquel infierno, esquivando las flamas como pudo. Un pedazo de techumbre ardiendo cayó sobre su brazo derecho prendiendo su camisa, pero no se detuvo. Intentando no inhalar aquel humo tóxico, llegó hasta ella, la tomó en brazos sin saber si estaba viva o no y volvió sus pasos atrás. Solo pensó en salir de allí. Una vez en la calle, la dejó en el suelo. No sabía si respiraba o no. Le tomó el pulso. «¡Está viva!», pensó con alivio, pero su preocupación lo dejó desolado cuando vio el aspecto de la joven.

Capítulo 36

2024, Pedre



—¡Mira, Estela! Hay muchísimos artículos hablando sobre la reencarnación y acabo de leer que, si una pareja se hace la promesa de amarse para siempre, se encontrarán en sus siguientes vidas. De algún modo están unidos.

—¿Crees que estamos aquí porque nos hicimos esa promesa?

—Recuerdo habérmola hecho.

—A la vista está, el epitafio lo dice todo. ¿Qué recuerdos tienes? —preguntó curiosa.

—¿Crees que si te lo cuento recordarás?

Estela encogió sus hombros sin decir nada.

—Tengo la imagen de tu rostro muy cerca del mío. Lo sujeto entre mis manos y tu mirada de color miel está fija en mí, despidiendo destellos cálidos. «Tú y yo siempre juntos. Por toda la eternidad», te digo, y tú me respondes: «¿Me lo prometes?». «Te lo prometo».

Se quedó callado con la mirada fija en un punto de la mesa en la que estaban sentados, como si realmente estuviera viendo la escena. Estela temió que le hubiera dolido y se arrepintió de haberle pedido que le contara sus recuerdos. Provocarle nostalgia era lo último que deseaba, pero también era cierto que se había arriesgado a ello haciendo aquel viaje con ella. Lo miró fijamente sin saber qué hacer, ¿lo besaba?, ¿se levantaba y se iba para dejarlo tranquilo?, ¿tomaba su mano para consolarlo? Puff...

—¿Quieres un *marron glacé*? —Eso la animaba a ella.

Levantó los ojos de la mesa.

—No me digas que te los has traído —rio.

—¡Son mis dulces favoritos, Gabriel! Tú ya lo sabes. La vida es más bonita cuando te metes uno en la boca —el deje optimista surgió de manera espontánea y sabía que lo había hecho por él, para animarlo. ¿Se estaba volviendo más abierta? Ella pocas veces utilizaba ese tono.

Fue hasta su bolso y sacó un par, luego se volvió a sentar junto a él, mientras le daba la castaña con su envoltorio dorado.

—Cuéntame cosas de ti. —Le dijo, apoyando su barbilla en su mano. Quería que supiese que estaba interesada en conocerlo.

Gabriel desenvolvió la castaña.

—¿Qué quieres que te cuente? —Se comió el dulce.

—He visto en tu Instagram que solías ir a Rascafría. ¿Te gusta hacer excursiones a la naturaleza?

—Sí, me gusta mucho, ahora sé por qué. Buscaba lugares similares a Vichocuntín.

—En eso, nos ha pasado un poco a los dos lo mismo. —Lo miró unos segundos dudando si sacar el tema—. El otro día vi que tenías una cicatriz en el abdomen. ¿Es del accidente?

—Sí. —Se levantó la camiseta para enseñársela—. Me hicieron una laparotomía para aspirar los coágulos de sangre que tenía por la hemorragia interna. Esa es una de mis cicatrices, tengo otra en la pierna que recorre la tibia, pero no puedo enseñártela sin quitarme los pantalones.

—¿De veras piensas que tu novia te dejó por tus cicatrices? —cuestionó frunciendo el ceño.

Gabriel cogió su móvil y comenzó a pasar el dedo por la pantalla buscando algo. Cuando lo encontró, le cedió el dispositivo a Estela.

—Júzgalo tú misma.

La cuenta de Instagram de una tal Elsa García aparecía en la pantalla. Era una chica muy guapa y con mucho estilo, parecía una modelo. Rubia, con el pelo perfectamente planchado en todas las imágenes. En las últimas fotos estaba con un chico tan guapo como ella, y evidentemente tan preocupado por la moda como ella. Parecían sacados de una revista de alta costura. Fue pasando hacia atrás y vio fotos con Gabriel. Las típicas que se hacen las parejas.

—Aquí parecíais felices.

—Supongo que lo éramos. Yo en esa época quería las mismas cosas que ella, pero si vas hacia delante te darás cuenta de que desde la última foto conmigo hasta la primera con ese tipo, ha pasado solo un mes. Yo aún estaba en el hospital. Mi accidente no encajaba en su mundo perfecto de ensueño.

—¿Tan mala persona era?

—No. Solo superficial. Mira sus fotos, son todas iguales, luciendo su belleza y la de su compañero. Era feliz haciendo ver a los demás que su vida era perfecta. La imagen y el estatus eran muy importantes para ella.

—Me cuesta creer que haya gente así en el mundo.

Gabriel sonrió ante su inocente comentario. Estela había llevado una vida muy distinta, siempre estudiando, preocupada solo por su violín, era como si hubiera vivido en un mundo paralelo.

—Las redes están llenas de gente así. Y bueno, yo tampoco me diferenciaba tanto de ella. Estudié las oposiciones porque quería un buen puesto, me importaba bastante la posición social y estar con una mujer tan guapa como Elsa, me hacía creer que lo tenía todo. Pero una relación basada en aire no tiene fundamento y fue muy lógico que terminara.

—¿Te importó que se acabara?

—No. Para entonces yo ya había tenido la ECM y todo lo vi desde otro prisma. Mis prioridades ya habían cambiado. Mi preocupación era recuperarme y encontrarte.

—¡Y aquí estamos! —concluyó Estela con ganas de cambiar de tema. Se había vuelto un poquito incómodo—. Creo que deberíamos hablar con Marcos para que llame él a Rosa, siendo el párroco quizás le hagan más caso.

—Es una buena idea.

—Y ahora —dijo abriendo su *marron glacé*—, voy a practicar un poco, debería haberlo hecho todos los días. —Hizo una mueca simpática y se levantó de la silla metiéndose la castaña glaseada en la boca.

Se encaminó hacia donde tenía su violín y abrió el estuche.

—Yo me quedaré por aquí escuchándote.

—Hoy toca Tchaikovsky.

—¡Genial! Un genio romántico.

Estela tomó el arco y le pasó la resina, luego cogió el instrumento y se dispuso a tocar de memoria. No llevaba diez notas seguidas cuando sonó su teléfono. Dejó el violín para descolgar. Al ver el número en la pantalla se emocionó.

—¿Diga?

—¿Eres Estela? —La voz de una mujer preguntó por ella.

—Sí, soy yo.

—Soy Rosa Vázquez. Mi hijo me contó que habías llamado, pero no quiso pasarme el teléfono. Perdónale, está un poco harto de que me intenten vender cosas y a veces es un poquito grosero. Me protege demasiado, tengo ya una edad, pero aún no estoy senil y sé defenderme bastante bien. Me dijo que querías hablar sobre los amantes de Pedre.

—¡Sí! No sabe la alegría que me da que me haya llamado.

—¡Por Dios! Tutéame, no me hables de usted que solo tengo ochenta años.

—Muy bien, Rosa.

—Vale ¿Dónde estás? A ver si nos podemos ver un rato.

—En Pedre.

—Pues qué bien, porque solo está a media hora de Pontevedra. Con las ganas que tengo yo de hablar de las historias que me contaba mi tía abuela. Allí ya no queda nadie que recuerde nada, son todos muy jóvenes.

—¿Pero tú sabes quiénes eran?

—Sí, claro, Étienne y Amalia.

Se le erizó la piel al escucharla.

—¿Quieres que nos veamos en Pontevedra?

—No, no, mi nieto me lleva a Pedre, será mejor que hablemos allí. Así me sacan y se me quita la polilla. —se carcajeó.

—Entonces, ¿cuándo quedamos?

—¿Mañana, a las once, en mi casa?

—¡Perfecto, Rosa!

—¿Sabes cuál es?

—Sí, no te preocupes. Allí estaré, iré con mi compañero. No sabes cuánto te agradezco que hayas accedido a hablar.

—Para mí es un placer. Soy una vieja aburrida y esto me saca de la monotonía.

—Muy bien, pues nos vemos mañana. —No pudo evitar que se notase la exaltación en la voz. Colgó y miró a Gabriel con una sonrisa radiante en los labios.

—Era Rosa Vázquez, ¡he quedado con ella mañana!

Dando saltos de alegría se acercó hasta él y se abrazaron emocionados.

Capítulo 37

1905, Pedre



Jamás le había hecho correr tanto a Xabela. Cuando llegó, desmontó de un salto y aporreó la puerta sin contemplaciones. Eran las doce y media de la noche y la aldea estaba sumida en el silencio total. El marido de Rosa abrió refunfuñando y con cara adormilada.

—¿Qué hace aquí? —preguntó enfadado.

—Vuelve a la cama. —Rosa apareció por detrás—. Yo me encargo de atenderlo.

El hombre hizo caso y desapareció rápidamente. Rosa observó con preocupación el rostro desencajado de Étienne.

—Necesito un médico.

Su voz, desvirtuada por el dolor, asustó a Rosa y cuando vio la quemadura que llevaba en el brazo se alarmó aún más.

—¿Qué pasó?

—Es ella, Amalia, está muy grave. La he llevado a mi casa. Creo que alguien le ha intentado hacer daño. Necesita que la vea un médico urgentemente. Tenemos que darnos prisa o podría morir.

Rosa entró en su vivienda y cogió un abrigo.

—¿Y eso? —Señaló su herida.

—No es nada importante, ella es la que más atención necesita.

—Vamos, la casa del doctor está por allí.

Dejaron a Xabela junto a la casa y corrieron los dos por las solitarias calles de la aldea hasta llegar a una casa a las afueras. Rosa se adelantó llamando a la aldaba, golpeó con insistencia hasta que se encendieron las luces.

—¡Rosa! —exclamó el doctor al verla al abrir la puerta—. ¿Suced algo?

—Hay una mujer grave —empezó a hablar Étienne con impaciencia—. Hubo un incendio.

El médico dirigió la mirada al joven que había empezado con la explicación, observó la quemadura de su brazo que llegaba hasta su mano.

—Eso habrá que curarlo —le dijo tomando su mano para examinarla.

—Más tarde —respondió—. Ahora lo que importa es Amalia, está gravemente herida.

—¿Tiene quemaduras como la suya? —preguntó el galeno.

—Me temo que son peores.

—Voy a por mi maletín.

Al poco tiempo salió.

—¿Dónde hay que ir?

—A la aldea vella de Vichocuntín.

—Pero, si aquello está abandonado.

—No, yo vivo allí.

—Iré por mi caballo.

Étienne y el doctor se fueron hacia allí, y Rosa volvió a su casa a la espera de tener noticias.

Amalia respiraba con dificultad cuando llegaron, pero seguía viva. El médico sacó las vendas de su maletín.

—¿Tiene huevos y aceite?

—Creo que sí —dijo Étienne.

—Traiga un plato con dos partes de huevos batidos y una parte de aceite, todo bien mezclado. No tengo nada para quemaduras tan graves, pero ese tratamiento valdrá de momento. Mañana iré a Pontevedra a comprar material y medicamentos, no solo va a necesitar tratamiento tópico.

El joven salió de la habitación y regresó con lo que le había pedido. Desde el quicio de la puerta se quedó viendo trabajar al doctor, con el corazón encogido. Su mano le escocía, pero nada le dolía más que ver a Amalia en esas condiciones, luchando por su vida.

Cuando el galeno terminó, se encaminó hacia Étienne.

—¿Cómo está? —le preguntó el francés en cuanto se le acercó.

—No le voy a engañar, si sobrevive será un milagro. —Miró la mano del muchacho—. Ahora hay que curar eso, hablaremos mientras —le propuso.

Se sentaron en la mesa que había en el salón y el médico comenzó a curar el brazo herido de Étienne.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó al doctor.

—Andrés Villalba, ¿y usted es?

—Étienne Fauré.

—¿La joven es su esposa?

—No, pero lo será —le respondió con convicción.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Ella vive unas casas más abajo, vi un resplandor y me acerqué. Cuando llegué, estaba su habitación en llamas y la puerta atrancada. El pomo estaba roto en el suelo, alguien lo había arrancado.

—¿Insinúa que la han intentado matar?

—Solo sus tíos saben que ella vive aquí y estamos los dos solos en esta aldea. La puerta no se atrancó sola. Ellos tienen motivos para querer deshacerse de ella, es la heredera de una gran fortuna.

—Pero esa es una acusación muy grave.

—Lo es, aunque no voy a hacer nada, lo único que quiero es que crean que está muerta. Si saben que está aquí podrían venir a llevársela y no quiero que intenten hacerle daño otra vez, ni que la aparten de mi lado. Yo cuidaré de ella —Étienne miró fijamente a don Andrés—. Solo le pido que no revele a nadie la existencia de Amalia.

El médico inspiró profundamente.

—Me está pidiendo que mienta.

—No, le estoy pidiendo que no diga nada a nadie de lo que ha visto aquí. No es lo mismo.

—Si sospecha que han intentado acabar con su vida, debería denunciarlo.

—Cuando ella despierte, haremos lo que pida, mientras, que nadie sepa de su existencia.

—Ya le he dicho que está muy grave, las quemaduras son profundas y podría infectarse, el humo es muy tóxico y no sabemos cómo ha afectado a sus pulmones. Ahora hay tratamientos con oxígeno, pero yo no dispongo de esos medios.

—No voy a perder la esperanza.

—¿Y si la desplazamos a un hospital?

—Si lo hacemos, sus tutores legales se la llevarán y acabarán lo que han empezado.

—Intentaré hacer todo lo posible por ella —dijo levantándose—, pero no puedo asegurarle nada. Hidrátela y no toque los vendajes, mañana volveré con medicación. Para el dolor, que tome esto. —Rebuscó en su maletín y dejó un frasco sobre la mesa—. Si se queja dele tres gotas.

Étienne se levantó también.

—No sabe cómo se lo agradezco, doctor. Dígame cuánto le debo.

—Ya me pagará mañana — dijo cogiendo su maletín y encaminándose a la puerta. Antes de salir, se giró.

—Le diré a Rosa que prepare algo de comer y que se lo traiga a primera hora. Ella conoce su secreto, ¿verdad?

—Algo sabe.

El médico se marchó dejándolo solo.

Cogió una silla y la llevó junto a la cama en la que estaba Amalia. La observó de arriba abajo, él mismo le había quitado la ropa para evitar que se quedara pegada a las partes donde estaba su carne quemada. Se colocó en el lado intacto, el que no había recibido cremaciones, y tomó su mano. Al verla en ese estado no pudo aguantar las lágrimas y la rabia comenzó a consumirlo, pensando en todas las cosas que le había contado sobre su tía. Estaba convencido de que había sido ella, ¿quién sino? Detestaba a Amalia y tenía motivos para querer quitarla de en medio.

—*Sans toi je suis perdu*^[8] —murmuró—. No te vayas.

Amalia, ajena a lo que sucedía a su alrededor, hizo una mueca de dolor. Étienne se levantó de inmediato y fue a por el frasco que le había dejado el médico. Con cuidado, le dio las gotas del contenido que tragó con dificultad. Después fue a por su violín, y a pesar del dolor en su mano derecha, cogió el arco y empezó a tocar para ella, como hacía siempre, convencido de que la música la haría regresar. Tenía que recordarle que él estaba allí, esperándola.

Capítulo 38

2024, Pedre



Rosa Vázquez era una mujer delgada, de metro sesenta de estatura aproximadamente, lucía una figura con curvas que la hacía parecer más joven. Vestida con un estilo actual, llevaba una melena lisa, a la altura de la nuca, de color blanco y sus ojos verdes miraban a través de unas gafas de pasta roja bastante juveniles. Desde luego no aparentaba la edad que tenía. Era jovial y amable. Nada más llegar, le pidió a su nieto que fuera al horno y trajera algo para almorzar.

—Vais a perdonar el estado de la casa, hace años que no venimos por aquí.

La vivienda era humilde y parecía conservar la esencia de su pasado. Tan solo un sofá de cuero, de diseño actual, hacía recordar que se hallaban en el siglo XXI, el resto de muebles eran una auténtica antigüedad.

La mujer abrió las ventanas del pequeño salón para que se aireara la estancia y les pidió que se sentaran en el sofá. Fue a lo que parecía la cocina, y salió con un trapo y un spray multiusos, limpió la mesilla que había frente al sofá y volvió a la cocina. Regresó sonriente hasta sentarse en un viejo orejero frente a ellos.

—¿Sabéis cuántas veces me pidió mi tía que escribiera la historia de los amantes de Pedre? —Hizo su pregunta retórica mientras los miraba desde el sillón—. Yo tenía veintiséis años cuando murió, por aquel entonces ya había acabado la carrera de periodismo y mi tía abuela tenía la esperanza de que me hiciera conocida por escribir el libro de los amantes. Siempre llevé en el corazón aquellas tardes de verano en las que, con una narrativa de oradora innata, mi tía me mantenía absorta con la historia de Étienne y Amalia.

—¿Por qué no se decidió a escribirla? —le preguntó Estela.

La anciana se encogió de hombros.

—Salieron proyectos interesantes para mi carrera profesional y siempre lo pospuse, luego tuve hijos y al final nunca la escribí. Además, me parecía bonito que se transmitiera de generación en generación de manera oral, aunque ahora nadie sabe de ellos. Solo hay una misteriosa tumba en la que nadie sabe quiénes están enterrados.

—Nosotros hemos estado averiguando algunas cosas y sabemos que él era un músico francés, Étienne Fauré, y ella era la hija de un indiano, Amalia Domuiño —le dijo Gabriel.

—Mi tía nunca me dio sus apellidos, pero sí, eran Étienne y Amalia. Muchos veranos los niños que pasábamos las vacaciones en la aldea nos reuníamos en la puerta de esta casa, junto a los maceteros de rosas, y ella nos hablaba de los dos con mucho cariño. «No hay nada que pueda quebrantar el amor de Étienne y Amalia, ni siquiera la muerte», así empezaba siempre su relato. «¿Habéis visto su tumba? Pues allí solo hay polvo, sus almas están enlazadas por toda la eternidad por la magia de mis rosas blancas», y siempre señalaba los rosales que tenía plantados en todos sus maceteros. Ella llamaba a sus flores «sus bebés». —La mujer lo evocó con una

mirada afectuosa—. Siempre continuaba su relato diciendo que el apuesto Étienne, llamó a su puerta para pedirle dos de sus flores para una mujer muy hermosa y, que cada semana, desde que lo hizo la primera vez, le llevaba las rosas blancas a la joven. Al principio lo contaba todo como si fuera un cuento, pero cuando me hice más mayor, me desveló la auténtica historia que había detrás de ellos. Y supongo que es eso lo que queréis escuchar.

Ambos estaban impacientes, se les notaba en la cara y la anciana rio sin necesidad de oír su respuesta. En ese momento llamaron a la puerta.

—Ese debe de ser Alexo.

Rosa se levantó para abrirle la puerta a su nieto. Llegó cargado con una bandeja envuelta en papel que dejó sobre la mesilla.

—Yo me voy a dar una vuelta, *avoa*, así habláis tranquilos —dijo el joven.

—¿No quieres almorzar un *poquiño*?

—No, no te preocupes, volveré en un rato.

Se despidió y salió. Rosa abrió la bandeja y ofreció empanada a sus visitantes. Estela y Gabriel cogieron un trozo.

—Escuchar un relato como este es mejor hacerlo mientras se disfruta de una buena empanada. Esta es la mejor, la hacía una mujer de la aldea y ahora han heredado el negocio los hijos. ¿A que está buena?

—Mmm, buenísima —respondió Gabriel.

—*Ben*, pues a ver por dónde empiezo. ¿Sabíais que Étienne y Amalia vivían en Vichocuntín cuando la aldea ya estaba abandonada?

—Sí, eso lo sabíamos —aclaró Estela.

—Pero no sabréis el motivo por el que los dos acabaron allí.

—Creemos que Étienne buscando inspiración y de Amalia nos dijeron que por problemas de salud.

—¡Uy, problemas de salud! Eso es lo que dirían sus parientes, pero la pura verdad, la que me contó mi tía, es que la dejaron allí porque era una chica muy guapa. Sus tutores, que eran unos tíos lejanos, la quisieron aislar porque llamaba la atención de los hombres. Al parecer, su tía temía al diablo sobre todas las cosas y pensaba que Amalia atraía el pecado con su belleza.

»Fue en la aldea donde se encontraron, él pensó que era una moura porque siempre vestía de blanco y llevaba el pelo rubio suelto. Una moura aquí en Galicia es una especie de hada —les explicó—. Amantes los dos de la música, congeniaron enseguida. Él le enseñó a tocar el violín y a componer. La aldea fue su refugio.

—Una duda que tenemos es la fecha de la muerte de Amalia —comentó Gabriel—. En A Guarda nos dijeron que murió en un incendio en 1905, pero hemos encontrado una esquila que data su muerte en 1934.

Rosa comenzó a asentir.

—El incendio.

—¡Sí! —exclamó Estela—. ¿Murió en un incendio?

—En cierto modo, sí —contestó enigmáticamente Rosa.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Étienne rescató a Amalia de un fuego que se produjo en la habitación de la joven, en su casa. De aquella intervención, se llevó una quemadura en el brazo derecho que le dejó cicatriz. Amalia quedó muy grave después de eso y el médico del pueblo la visitó; prácticamente la daba por desahuciada. Tenía quemaduras graves en su parte izquierda del cuerpo y respiraba con dificultad. El pobre Étienne no soportaba verla postrada en esas condiciones y vagaba sin alma,

siempre con el violín bajo el brazo. Y es aquí cuando viene una de mis partes favoritas, la que mi tía me desvelaba, haciéndome sentir que era un privilegio conocer cómo se desenvolvió aquel hecho mágico y divino que sucedió a continuación.

Gabriel y Estela permanecían atentos a la narración de Rosa, como dos niños pequeños, esperando escuchar el desenlace de su historia. Se sentían como cuando leían un libro que les gustaba mucho, en el que podían meterse dentro de los personajes viviendo sus experiencias y emociones, solo que aquello era mucho más intenso, porque de algún modo, ellos sí lo habían vivido, todo era mucho más íntimo.

—El joven violinista —prosiguió— estaba convencido de que su música haría regresar a Amalia de ese lugar entre la vida y la muerte en el que se hallaba. Creía tan profundamente en el poder que esta ejercía sobre las personas que pensaba ciegamente que ella regresaría a él si las notas de *Meditación de Thaïs* llegaban a su conciencia y su corazón. Tenía la convicción de que la melodía podía llegar a lugares donde los medicamentos no tenían acceso. Con esa férrea idea y con el profundo deseo de ver a Amalia abrir los ojos, tocó junto a su cama cada día. Las notas de Jules Massenet vibraron en la aldea, empapando del amor de Étienne todo lo que había alrededor. Aquel era un lenguaje que Amalia debía de comprender. Esos días fueron muy duros, pero también dulces y amorosos, porque el francés tocó como nunca lo había hecho. Cada uno de sus sentimientos era lo que presionaba las cuerdas de su instrumento y todo él flotaba como un gas, adherido a esa secuencia de notas que se introducía por los oídos de Amalia. El médico iba todos los días con medicinas, le hacía curas y siempre marchaba de allí diciéndole al muchacho que en cualquier momento ella podría morir. Pero Étienne, sin descanso, tocaba y tocaba y tocaba... Con sus ojos cerrados soñaba con que sus manos se rozaban, con que juntos interpretaban su nueva sinfonía, con que la música los protegía de la maldad del mundo... y, en cierto modo, tenía razón, porque los dos se encontraban en el mundo que el autor había creado para sus oyentes, y allí, nada les podía pasar.

Rosa detuvo su relato y miró la mesa en la que había dejado la empanada, mientras Gabriel y Estela esperaban emocionados a que continuara su narración.

—¡Qué boba! —dijo la mujer—. Tenía tantas ganas de empezar a contar mi historia que se me olvidó traer algo para beber.

—¡Por nosotros no se preocupe! —se apresuró a decir Estela, deseaba continuar escuchando su relato.

Pero Rosa se levantó y trajo una bandeja con una jarra llena de agua y tres vasos. La mujer puso agua en uno de ellos y bebió.

—Entonces, ¿Amalia murió en 1905 o no? —preguntó impaciente Gabriel.

—Como ya os he dicho, en parte, sí —respondió la anciana, dejando el vaso sobre la mesa—. Étienne no quiso que nadie supiera que Amalia estaba en su casa; les hizo prometer al médico y a mi tía que no desvelarían nunca su paradero.

—Pero, ¿por qué quiso hacer eso? —demandó Estela.

—Sospechaba que sus tíos habían pretendido matarla.

—¡No puedo creerlo! —exclamó la joven violinista.

—Pues sí, su tío intentó llevarla al infierno. Así que Étienne la escondió en su casa y dejó que creyeran que había muerto. Ella era menor de edad y si se enteraban de que vivía, se la hubieran llevado. Después del incendio, la habitación quedó completamente calcinada; no había nada. El suelo y el techo se consumieron por las llamas, y pensaron que Amalia también. Dieron una misa por su alma, y a los pocos días su tío se quitó la vida, por lo visto arrepentido. Su tía no volvió nunca más por Vichocuntín y Amalia fue libre.

—Si sabe todo eso, deduzco que Amalia finalmente abrió sus ojos y les contó lo que ocurrió. Rosa les dirigió una sonrisa ladina.

—Estáis igual de expectantes que cuando mi tía reunía a los chiquillos para narrarles la historia.

—No lo vamos a negar, nos has dejado con la miel en la boca —le reprochó Estela en tono desenfadado.

—¿Queréis saber si abrió los ojos o no? —les preguntó como si fuera una cuentacuentos dirigiéndose a una audiencia infantil.

—Eso ni se pregunta —contestó Gabriel.

—Amalia abrió los ojos al cabo de varios días. Ese fue el milagro que la música y el amor de Étienne obraron. Pero el mundo que hasta ahora conocían se había quemado en el incendio y se tuvieron que enfrentar a una realidad nueva, compleja y difícil, que traía consigo un nuevo obstáculo. Ahora solo tenían que averiguar si poseían la suficiente valentía y amor para saltarlo juntos.

Capítulo 39

1905, Vichocuntín (Pontevedra)



Fueron los ojos amorosos de Étienne lo primero que pudo ver. Cristalinos de emoción, la miraron expresando su alegría. El dolor en su cuerpo se hacía notable, pero viéndose junto a él, soportable.

—¡Qué bien que hayas regresado, *mon petit violoniste*! Mira. —Se volvió hasta la persona que estaba a su lado—. Esta es Rosa, nos ha cuidado a ti y a mí, mientras estabas inconsciente. Cada semana, traía dos rosas blancas como las que yo te daba, están ahí, ¿las podías oler?

Con lentitud, movió su cabeza hacia la mesilla para ver las flores. Quiso sonreír, pero le dolía demasiado. Intentó hablar, sin embargo, solo pudo emitir un gruñido.

—No hagas esfuerzos, pronto te recuperarás del todo y volveremos a dar lecciones de violín.

Pero Amalia parecía querer decir algo, entreabría sus labios y dejaba salir el aire con un sonido apenas audible.

—*E* oí.

Étienne acercó su oído a su boca al ver que pretendía hablar.

—*E* oí.

—Será mejor que no se esfuerce —apuntó Rosa.

Étienne miró a su amiga.

—No —dijo sonriendo—, sé lo que me quiere decir. —Volvió a mirar a Amalia y tomó la mano sana. —Tú me escuchaste tocar ¿eh?

Un amago de sonrisa respondió a Étienne.

—Yo sabía que eso te haría volver, no puedes evitarlo, *¿n'est-ce pas?*^[9]

Amalia levantó con lentitud su brazo izquierdo y miró su vendaje.

—No te preocupes, las llagas ya están mucho mejor y el doctor dice que pronto te quitará los vendajes.

Los ojos de Amalia se entristecieron y una lágrima comenzó a resbalar por la mejilla donde no tenía vendas.

—*No iero olver* —murmuró.

Étienne acarició su pelo.

—Tú no vas a volver, te vas a quedar conmigo, para siempre, ¿lo recuerdas? Nadie va a volver a hacerte daño. Te lo prometo.

—Fue... mi tío. —Hizo un esfuerzo para vocalizar con claridad.

Étienne apretó la mano que tenía cogida.

—Estás a salvo, creen que has muerto. Cuando estés bien pensaremos qué hacer.

—Nada —dijo con el pecho agitado.

—Shuuu, no pienses en eso ahora. Voy a tocar. ¿Quieres?

Amalia parpadeó lentamente, asintiendo. Étienne se encaminó a por su instrumento y comenzó a tocar *Meditación de Thaïs* ante Amalia y Rosa, que había permanecido como espectadora silenciosa todo el tiempo.

Los días pasaron, entre música y conversaciones, que en realidad eran monólogos de Étienne. Rosa, los visitaba con comida que había preparado para los dos. Y poco a poco, Amalia comenzó a levantarse de la cama y a caminar por la habitación. Al francés le parecía un milagro y se sentía agradecido por tenerla a su lado; no hubiera soportado perderla. La música volvió a llenar de ilusión a Amalia, se olvidó de los dolores que la torturaban y, en cuanto pudo, volvieron juntos al santuario para disfrutar de las notas enredándose entre la naturaleza. Aquello le dio vida.

Ya no llevaban vendajes ninguno de los dos, el brazo y la mano de Étienne estaban marcados por la cicatriz que el fuego le había dejado como recuerdo. Las líneas rojas se cruzaban caprichosas atravesando su piel. Amalia enredó los dedos de su mano afectada con la de él. Estamos los dos marcados.

—¿Crees que ha sido un castigo? —le preguntó Amalia con preocupación.

—¿¡Qué!?! ¡No! No se puede castigar a nadie por amar. Hemos sido víctimas de un loco, nada más. —Se acercó a ella para besarla.

La joven aceptó aquel beso, pero luego se quedó pensativa, mirando sus manos entrelazadas, recorriendo con sus ojos las líneas irregulares que conformaban el dibujo extraño que formaba su cicatriz. Conocía el motivo por el que Étienne había retirado el único espejo que había en la casa. Viendo sus manos, era de suponer su aspecto, pero tenía la esperanza de que no fuera tan grave, porque el comportamiento del músico era el de siempre. La continuaba mirando con amor, como si fuera un objeto de incalculable valor y belleza. Ella, a menudo, se pasaba la mano por la marca que el fuego le había dejado, pero no se hacía una idea de la magnitud de esta.

Armándose de valentía, una tarde salió ella sola y se internó en el bosque, llegó hasta el río y se arrodilló en su orilla. El miedo la hizo inclinarse lentamente hacia delante y, entre las ondas suaves de la corriente, le devolvió la mirada una joven mitad moura, mitad meiga. Absorta, se quedó contemplando los cambios que se habían producido en su aspecto, llegando a la conclusión de que ya no suponía una tentación para los hombres. Por increíble fuera, la alivió. Sin embargo, al recorrer con la mirada su mejilla desfigurada, pasando por la frente hasta llegar al arco sin ceja sobre su ojo, su estómago se contrajo provocado por un único pensamiento: «Étienne regresará a París, tarde o temprano me dejará». Ese temor la hizo derramar lágrimas de desesperación y tristeza.

Capítulo 40

2024, Pedre



—El rostro de Amalia quedó desfigurado en su lado izquierdo. Las marcas de su infortunio formaban dibujos irregulares desde su frente a la mejilla —les dijo Rosa, acompañando su historia con la entonación triste que merecía—. Y cuando ella se vio por primera vez, el miedo de perder a Étienne empezó a oprimir su pecho. Fue una etapa muy dura para los dos, porque la tristeza de Amalia era evidente, aunque callaba sin trasladar su inquietud al músico. Ella estaba convencida de que el francés acabaría marchándose sin mirar atrás. Regresaría al lugar que le correspondía a un artista de su talento y ella no podría encajar jamás en él. Si lo amaba, que así era, tendría que dejarlo marchar. Étienne debía conquistar el mundo, aunque fuera sin ella a su lado.

El relato de Rosa empezaba a calar hondamente en Estela y, por lo visto, Gabriel se dio cuenta porque la interrogó con la mirada. Estela le devolvió una sonrisa para tranquilizarlo, indicándole que todo andaba bien. Pero en realidad, se empezaba a sentir extraña. Se llevó la mano a su mejilla izquierda y la repasó con la yema de sus dedos, esperando encontrar la piel rugosa de su cicatriz.

—Pero Étienne nunca se marchó de su lado —afirmó Gabriel.

—No, no lo hizo. Aunque Amalia pasó por ese periodo de desconfianza.

—Creo que ya sé lo que hizo Étienne para hacerla sentir mejor —dijo Gabriel levantando una ceja.

—¿Ah sí? ¿Qué es lo que cree que hizo? —lo desafió Rosa, curiosa por la respuesta que le iba a dar.

—Cuando supo del motivo de la tristeza de Amalia, rodeó la casa con rosales blancos, lo ayudó Rosa en esa tarea. Lo hizo para recordarle a Amalia que ella seguía siendo tan blanca y fragante como aquellas flores. Quiso demostrarle que para él nada había cambiado, seguía sintiendo lo mismo por ella.

—¡Vaya, es asombroso! Eso fue exactamente lo que sucedió, incluso lo de mi tía. Fue ella quien lo ayudó.

—Es más —continuó Gabriel—, yo diría que la llevó hasta allí y, entre todas esas rosas, se puso frente a ella, la miró a sus preciosos ojos ámbar, y colocando su mano sobre el corazón de Amalia, le dijo: «Seguimos siendo almas afines, nada va a cambiar. Me pareces tan hermosa como el primer día en que te vi, eres igual que estas flores. El mundo es mucho más bonito desde que nos encontramos, con las alegrías y las penas que hemos vivido, incluidas. Tú y yo siempre juntos. Por toda la eternidad. ¿Me lo prometes?». Ella sencillamente dejó escapar de sus labios un «sí» sincero, tierno, suave, pero con la suficiente firmeza como para que él lo llegara a escuchar. Probablemente, se abrazaron y unieron sus labios para sellar su promesa. Y él jamás

echó de menos París, ni se arrepintió de la decisión que tomó de quedarse junto a ella para siempre.

Rosa Vázquez lo miró sorprendida.

—¡Si parece que lo hayas vivido! Yo no sé lo que se dijeron, pero desde luego debió de ser algo tan bonito como lo que acabas de relatar tú.

Gabriel miró a Estela y le sorprendió su expresión enigmática, permanecía reflexiva, tal vez con cierto brillo de sorpresa en sus ojos, pero no acertaba a saber qué era lo que le pasaba, cosa que lo preocupó.

—¿Étienne se quedó siempre con ella? —inquirió Estela con miedo, como si le preocupara una respuesta negativa.

—Jamás regresó a París, y cuando Amalia cumplió los veintitrés se casaron en Santo Estevo. Ya no les preocupó que supieran de la existencia de la joven. El único problema fue que cuando iba a Pedre los niños la señalaban con el dedo y decían que era una meiga. Algunos le tenían miedo, así que poco iba ella por la aldea. Se quedaba en Vichocuntín. Aprendió a tocar el violín y la aldea abandonada se convirtió en su propio paraíso.

—¿Y la herencia? —demandó Gabriel.

—¿Qué herencia?! Su tío había hundido todos los negocios, ya no quedaba nada cuando se produjo el incendio, tan solo la casa, y a Amalia le dio igual, no quiso regresar a A Guarda. Étienne terminó la sinfonía que estaba componiendo y se la envió a su amigo Anxo, con los beneficios que iba sacando de ella vivieron. Compró la casa a los señores Agar y establecieron allí su hogar.

—¿No tuvieron hijos? —interrogó la violinista.

—Ella se quedó embarazada en varias ocasiones, pero nunca llegaron a buen fin, probablemente por las secuelas que le dejaron las heridas del incendio. No lo sé.

Prácticamente, habían llegado al final de la historia y Estela, aun sabiendo que acabaron juntos, tenía una especie de desasosiego en su interior. Un pellizco en el estómago que no la dejaba tranquila. ¡Estaba padeciendo el miedo de Amalia! ¡El miedo de perder a Étienne! Aquel era un recuerdo sensorial, como todos los que había tenido hasta ahora, pero tan intenso que la agobiaba del mismo modo que lo hizo con Amalia. Después de escuchar a Gabriel contando lo que ocurrió en el campo de rosas, había convulsionado todo su interior. Se sentía arrollada por un montón de sensaciones.

—¿Cómo murió realmente Amalia? —quiso saber Estela.

—Una infección pulmonar se la llevó a la tumba, y fue allí, a los pies de su cama, donde Étienne prometió que sus restos descansarían juntos por toda la eternidad. Después de aquello, el francés vagó triste por estos parajes. Mandaba cartas a su amigo y visitaba a mi tía abuela. Por las tardes acudía al lugar en el bosque donde él y Amalia tocaban, e interpretaba *Meditación de Thaïs*; no volvió a tocar otra pieza. Estaba convencido de que, desde el lugar donde ella estuviera, lo escuchaba igual que cuando estuvo inconsciente. Trece años después murió él.

—¿Y por qué no quiso dar datos de su paradero? —indagó Gabriel.

—Mi tía me contó que ellos, voluntariamente, quisieron aislarse, la aldea en la que vivían era su santuario sagrado. Eran felices disfrutando de la música y no querían que la fama o el dinero corrompiera aquello que tenían. Amalia tampoco se veía en París, no le gustaba que la mirasen con pena o que se extrañaran de que Étienne estuviera con alguien como ella. Eligieron la vida que llevaron y no echaron en falta nada.

—Étienne era un gran compositor, habría llegado muy lejos —apuntó Estela—. Lo sé porque he dedicado toda mi vida a la música, y su sinfonía, Amalia, llega al alma.

—Sé muy bien quién eres. —Soltó una risita traviesa—. Leo el suplemento cultural del periódico todas las semanas. ¿Así que estás haciendo un estudio sobre Étienne?

Estela rio.

—Así es.

—¡Pues bien! —dijo Rosa poniéndose en pie—. Ahora queda lo más bonito de todo esto —Seguidme.

Estela y Gabriel se miraron extrañados.

—¡Sí, venid conmigo!

Los condujo hasta una puerta, la abrió y comenzó a bajar por unas escaleritas estrechas que llevaron a una especie de bodega. Encendió la luz y pudieron ver que estaba todo lleno de estanterías con trastos viejos. Rosa se puso a rebuscar entre todos aquellos objetos que acumulaban polvo de varios años.

—¡Ah! ¡Mirad! —Sacó una lata vieja de Clément Faugier—. Eran los favoritos de Amalia. Anxo le mandaba a Étienne latas de vez en cuando y alguna le regalaron a mi tía abuela.

Estela cogió la lata entre sus manos, admirándola como si tuviera delante el mismísimo tesoro del valle de York.

—Vamos, ábrela —la animó.

Estaba tan emocionada que le temblaban hasta las manos.

—¿Quieres que lo haga yo? —Se ofreció Gabriel.

Estela no le respondió, tiró de la tapadera y su rostro se iluminó cuando vio el contenido. Se lo mostró a Gabriel para que lo viera.

—¡Son las cartas de Anxo! —exclamó él.

—Al parecer se tenían mucho aprecio —manifestó Rosa.

—¿Cómo estaban en poder de tu tía?

—¡Uy! Eso y muchas cosas más. Pero mirad debajo.

Estela metió la mano y sacó las cartas con cuidado. Debajo había un pañuelo de algodón extendido. Intuyendo que protegía algo delicado, lo retiró lentamente. Cuando vio lo que se escondía detrás, supo, sin necesidad de que Rosa se lo dijera, lo que aquello representaba y, como cuando un recuerdo bonito del pasado golpea tu corazón de repente, las lágrimas de emoción nacieron silenciosas. Una añoranza impetuosa la abordó cuando su vista recorrió esas dos flores secas, amarillentas por el paso del tiempo. «Son estas, las flores que siempre he echado en falta, son estas mismas», pensó.

—Les puse un poco de laca para que se conservaran mejor, pero no habría que tocarlas demasiado, podrían deshacerse —aconsejó Rosa—. ¡Cariño! Pero ¿qué te pasa? —le preguntó cuando vio sus mejillas húmedas.

—No es nada —respondió secándose las con una mano—. La historia que me has contado me ha llegado muy dentro —se justificó.

Pero esa sensación de no poder volver atrás y revivir un momento feliz, la angustiaba. Tragó saliva con dificultad. Gabriel puso la mano en su hombro y, de algún modo, se sintió reconfortada. No lo miró a los ojos, no supo por qué, pero no se atrevió. Colocó su mano sobre la de él para indicarle que agradecía su gesto.

—Pues aún queda lo mejor —comentó la anciana—, a ver si está por aquí—, dijo mirando entre los estantes. Sacó cajas y carpetas que fue dejando en el suelo.

—¡Aquí está! —comentó, sacando del estante una de esas carpetas antiguas con lazos negros para cerrarla y esquineras como refuerzo. Rosa deshizo los nudos y abrió el cartapacio.

¡Estaba lleno de hojas pentagramadas con composiciones musicales!

—Todo son composiciones para violín: sonatas, sinfonías, variaciones... hay de todo. Yo no entiendo mucho de música, pero quizás tú sepas apreciarlo mejor.

Estela dejó la lata sobre un estante y, sorprendidos los dos, comenzaron a revisar cada una de las partituras. Conforme pasaban las hojas, la sonrisa afloraba a sus labios y sus ojos se iluminaban de entusiasmo. Se miraron con el alma llena de felicidad.

—¡Hay composiciones de los dos! —le dijo a Gabriel.

—¡Y mira!, también hicieron alguna conjunta —añadió él, señalando las hojas amarilleadas por la acumulación de años—. ¡Fueron muy felices juntos, disfrutando de la música! —le dijo a Estela.

—Eso es lo que me decía mi tía abuela.

Casi habían olvidado que Rosa estaba allí, sujetando aquella fantástica carpeta.

—¿Cómo llegó todo esto a manos de Rosa?

—Se lo dejó todo Étienne antes de morir. Sabía que ella cuidaría de algo que era tan importante para él. Ahí está toda la vida que tuvo en común con Amalia. —Cerró la carpeta—. Y creo que ha llegado el momento de que pase a manos de alguien que lo valore. Os he visto tan emocionados con esto, que creo que sois vosotros los que debéis escribir su historia. Siendo violinista, pienso que lo dejo en buenas manos.

—¡Oh, Rosa! No sé qué decir.

—A la vista está que los dos estáis muy involucrados en esta investigación, ¡pero si has soltado lágrimas de emoción y todo! Creo que el destino os estaba esperando, por eso no fui yo quien escribió ese libro pendiente. Os corresponde a vosotros.

—Yo... quiero dar a conocer su música, quiero que sepan quiénes eran. ¡Fueron muy prolíficos! Hay muchísimas composiciones.

—Aceptad este legado. —Rosa tendió las manos con la carpeta y Estela la tomó. La mujer sonrió complacida—. Bueno, pues ya he pasado el testigo, ahora llamaré a mi nieto para que venga a por mí —Miró a uno y a otro—. Esto era muy importante para mi tía, pero me quedo tranquila, sé que haréis lo que yo no fui capaz de hacer.

Capítulo 41

2024, Pedre



Juntos completaron el cuaderno azul, leyeron las cartas de Anxo, en las que quedaban aclaradas muchas cosas, como la fecha aproximada en la que Étienne envió a su amigo su sinfonía acabada, y los beneficios que le reportó la primera vez que se interpretó en París. Supieron, también, cuándo compró la casa de Vichocuntín. Había una carta especial en la que Anxo los felicitaba por su matrimonio y les decía que respetaba su decisión de mantenerse alejados del mundo. Todo lo que pudieran necesitar para completar el puzzle de sus vidas lo tenían en las cartas de aquel gran amigo, en la lata vieja de *marrons glacés* y en las composiciones que dejaron.

Después de tantas revelaciones, estaban exhaustos. Probablemente, no le dirían a nadie que ellos eran Amalia y Étienne. Gabriel ya había sufrido bastante el escepticismo de los que tenía a su alrededor, pero le bastaba con que Estela lo supiera. Desde que habían terminado de recopilar toda la información, estaba silenciosa y él no se atrevía a preguntar. Demasiadas emociones en poco tiempo.

—Gabriel —lo llamó.

Por el tono de voz con que pronunció su nombre supo que algo importante le iba a decir.

—¿Qué?

—Étienne siempre tocaba para Amalia, era una manera de hablar con ella ¿Me dejas, ahora, que yo lo haga para ti?

—Yo ya te he oído tocar —le contestó.

—Siempre has venido a mis conciertos o me has oído en la calle, pero yo nunca he tocado para ti.

Estela estaba sumamente misteriosa, no conseguía adivinar qué pretendía. Sabía que la visita a la casa de Rosa había supuesto un cambio; era evidente que la había emocionado. ¿Podía guardar esperanzas? ¿Habría recordado?

—Es un honor que no sé si merezco.

—Lo juzgaremos cuando acabe.

—Muy bien. —Se acomodó en una de las sillas que había alrededor de la mesa, ahora llena de las partituras de Amalia y Étienne, y esperó.

Estela, como en un ritual, se tomó su tiempo para sacar el violín y preparar el arco para iniciar su concierto privado

Si Étienne eligió *Meditación de Thaïs* para hablar con Amalia cuando estaba convaleciente o cuando murió y se quedó solo, si para él fue como una oración que la acercó a ella, Estela la necesitaba ahora de la misma manera. «Uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde», ese pensamiento la martirizaba desde que había escuchado a Rosa decir que cuando Amalia se

vio por primera vez después del incendio, el miedo de perder a Étienne empezó a oprimir su espíritu. Y la martirizaba porque ese miedo lo sintió como suyo.

Suspiró antes de iniciar la interpretación más importante de su vida hasta ahora. Colocó el arco sobre las cuerdas y sus dedos se movieron para extraer la melodía dulce. Cerró los ojos y la interpretó de manera lenta y contenida, haciendo uso del *rubato*^[10] según su sensibilidad le iba indicando. Fue como un enorme suspiro prolongado en el tiempo, con sus anhelos y miedos prendidos en él. No sabía si Gabriel lo habría entendido. Cuando finalizó, tardó unos segundos en abrir los párpados de nuevo. Se encontró con las pupilas dilatadas en el iris de sus ojos, como dos islas flotando en un océano azul. En su interior masticaba cada nota de las que Estela había liberado.

—Sigo sin recordarte —murmuró con el violín aún en la mano—. No tengo ni una sola imagen de Étienne. Pero hoy he experimentado la misma sensación de angustia que Amalia sintió cuando creyó que lo perdería. La gente no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde, y yo no quiero que me pase eso contigo. No necesito recordar un rostro, todo mi ser sabe que no podría llevar nada bien tu ausencia. Y de algún modo, reconozco en ti a ese hombre que amó con intensidad a una mujer que tenía un alma afín a la suya. Creo que el mayor nudo de todos se ha desatado, Gabriel. —Hizo una pausa, tomando aire profundamente—. Quiero que sepas que, aunque los recuerdos sean esquivos, los sentimientos que se han despertado en mí son reales. Y no quiero perder la oportunidad de vivir esta verdad contigo.

Por unos segundos se quedaron quietos los dos, ella esperando la reacción a sus palabras sinceras, él asimilando aquel alegato tan esperado y deseado. De súbito, él se levantó y avanzó hacia ella para abrazarla. Aún con el violín en sus manos, lo rodeo con sus brazos.

—Hemos recordado los dos, a nuestra manera.

Se retiró para mirarla a los ojos. Le cogió el violín y lo dejó sobre la silla, luego, con ternura, acarició la parte izquierda de su rostro, como si sus manos hubieran reconocido a Amalia y quisieran mitigar el dolor de sus heridas. Se acercaron para besarse, sus labios adquirieron el ritmo de la música de Massenet, la llevaban impresa en su ADN. Ninguno de los dos se impacientó, ni Gabriel, a pesar de los años que llevaba sin tocar a una mujer, ni Estela, contando con lo mucho que lo deseaba. Los dos se movieron acompasados como si estuvieran bajo la dirección de un director de orquesta; saboreando ese momento tan íntimo, que jamás habían compartido con nadie de ese modo. Estela introdujo su mano por debajo de la camiseta de él y luego se apartó para mirarlo a los ojos.

—Gabriel, quiero acariciar tus cicatrices, igual que tú acariciaste las mías una vez.

¿De dónde vino ese sentimiento de agradecimiento que la asaltó? ¿Era Estela o Amalia la que hablaba?

—No me debes nada —aseguró Gabriel.

Estela le sonrió con dulzura.

—Te debo una vida llena de amor y música.

—Me pagaste con creces.

Y la volvió a besar, esta vez con urgencia, estrechándola contra su cuerpo, pretendiendo fundirse con ella. Sus sentimientos habían estado comprimidos dentro de él desde el inicio del viaje: esos sentimientos que lo empujaban a tener un encuentro íntimo con ella, pero que tenía que reprimir. Los pequeños detalles en una pareja que se ama: el deseo de besarse, de retirar un mechón escurridizo de su pelo, de acariciar su mejilla como lo acababa de hacer ahora, de tomar su mano cuando lo deseara... Todo eso había estado sometido a una voluntad de hierro que le hizo sufrir en algunos momentos. Quería que fuera ella la que diera el primer paso y lo había

hecho; ya no había nada que temer, ni vuelta atrás. Estela lo había aceptado, porque lo sentía o lo recordaba, qué más daba ahora.

Suspiró con alivio.

Ninguno de los dos sabía cuán evocador iba a resultar sentir el cuerpo desnudo del otro. Aquellas caricias que se prodigaron eran tan familiares que llegaron a pensar que no era su primera vez y, emociones dormidas en Estela, afloraron junto a pensamientos espontáneos. «Somos dos almas afines que se han encontrado». Un par de ojos azules, de mirada cálida, se fundían con los suyos en su mente; mientras, sudorosos, aquel espasmo de placer los sacudía a los dos de manera virulenta. Tras aquello, volvió a la realidad para darse cuenta de que eran los mismos que la miraban ahora, febriles y amorosos; la misma expresión, el mismo sentimiento, el mismo hombre. Enlazada a su cuerpo, satisfecha, por fin lo había recordado con total claridad.

Capítulo 42

2024, Vichocuntín (Pontevedra)



—¿Qué le vamos a decir a todos ahora? —preguntó Estela, desde el mismo centro de las ruinas de la casa en la que vivió el incendio. Ya no le tenía miedo, lo tenía superado.

—Nada, no vamos a dar ni una explicación, ¿para qué? No lo entenderían. Ya vivimos en nuestro mundo una vez, crearemos uno nuevo para nosotros, en esta vida —comentó situándose a su lado.

—Me gustaría no volver, y quedarnos aquí para siempre, como Étienne y Amalia.

—Tenemos trabajo por delante.

—Umm, lo sé, lo sé —dijo abrazándose a su torso—. Tú aún tienes que mentir a tu psiquiatra para que te dé el alta y yo tengo que despedir a Marta.

—No me refería a eso —rio.

—También lo sé. ¿Piensas volver a tu trabajo?

Gabriel suspiró haciendo que el cabello de Estela se moviera.

—Supongo que no tendré otro remedio, al menos de momento.

—Lo digo porque yo me he quedado sin mánager. —Levantó la mirada hacia él—. Un abogado de ojos bonitos me vendría bien.

—Propuesta aceptada. —La besó.

—¿Qué te parece si buscamos ese sitio? El lugar donde Amalia y Étienne tocaban —propuso ella.

—¿Su santuario?

—¡Sí! Déjame a mí llevarte, creo que podría recordarlo.

Lo tomó de la mano y caminaron entre los helechos y las ramas retorcidas de los árboles. Dejaron atrás las ruinas de Vichocuntín hasta llegar a un claro rodeado de robles; las ramas de estos tejían una techumbre verde entre las que se colaban algunos rayos de luz.

—¡Madre mía! —exclamó Estela— ¡Tiene que ser aquí!

—Sí, yo también lo creo.

Con entusiasmo descolgó el estuche que llevaba a la espalda y sacó su violín.

—¿*Meditación de Thaïs*? —preguntó Gabriel.

La joven negó con la cabeza dirigiéndole una sonrisa taimada.

—*Capricho N° 24* de Paganini. Acabo de tener una imagen muy evocadora de Étienne tocando eso. Creo que a Amalia le gustaba mucho la pasión de él cuando la interpretaba. Le parecía... ¿irresistible? —Se mordió el labio inferior.

—Sé a lo que te refieres. Muy bien, tócala, pero ¿sabes lo que vendrá después?

—Quizá sea lo que ande buscando —le respondió.

—¿Qué ladina, señorita Santana! —bromeó.

La violinista se carcajeó, luego colocó el violín bajo su mandíbula y comenzó a tocar. Gabriel la grabó con su móvil y cuando terminó lo colgó en su cuenta después de que se lo pidiera Estela.

—Ya lo hemos hecho oficial —concluyó ella—. Ahora etiquétame.

Gabriel obedeció.

—Falta una cosa —objetó él.

Estela lo miró con el ceño fruncido.

—¡Un selfie! —le aclaró—. Nuestra primera foto oficial, esa que pondremos en uno de esos marquitos de bazar y que presidirá a las que vengan después.

—Ya tenemos una en A Guarda.

—Sí, pero ahí no estábamos juntos. Porque estamos juntos, ¿verdad?

—No preguntes tonterías. Vamos a dejarlo bien claro.

Pasó el brazo por el cuello de Gabriel y lo atrajo hasta su boca. Lo besó mientras estiraba su brazo para hacer una nueva foto.

—Ya está. —dijo mientras manipulaba su móvil. La subió a todas sus redes y lo etiquetó — Ahora si es oficial, ¿no?

Gabriel la atrajo hacia sí y la besó de nuevo. En ese momento sonó su móvil.

Miró a ver quién era.

—¡Es Sonia! —le dijo a Estela—¿Sonia?

—Sí, soy yo, Gabriel —el tono de su voz era suave, estaba claro que iba en son de paz—. Emm, he estado mirando las fotos que has subido. Estás con ella ahora, ¿no es así?

—Sí, está a mi lado.

—No quiero ser la hermana borde que no te deja libertad, si hice lo que hice fue para protegerte.

—Ya lo sé, Sonia. Pero has estado a punto de joderme la vida. ¿Querías encerrarme!

—Sí, y lo siento mucho. —Se puso a llorar—. Tenía miedo de que hicieras algo horrible.

—Sonia... yo ni loco sería capaz de hacer algo horrible.

—Dime, ¿y tú cómo estás? —sorbió con la nariz.

—Como nunca.

—Te veo muy feliz en las fotos, y no voy a ser yo la que te diga que me parece demasiado pronto para que tengáis una relación.

—¡Sonia!

—Sí, sí, perdona. A ella también se la ve feliz. Supongo que tenéis cosas en común.

—Somos almas afines.

—Me alegro. No me meteré. Solo quería hacer las paces contigo, pedirte perdón. Hablé con tu psiquiatra y me dijo que te vio muy bien cuando fuisteis los dos a verlo. Me gustó saber que ella se preocupaba por ti.

—Para tu tranquilidad te diré que no he vuelto a tener ni una sola de mis «alucinaciones» —le mintió—. Así que espero que pronto pueda dejarme de médicos y pastillas.

—Me alegró mucho ¿me la presentarás?

—Desde luego, está deseando conocerte.

—Te quiero mucho, Gabriel.

—Y yo a ti.

Colgó.

—¿Todo bien? —le preguntó Estela.

—Perfectamente. —Sonrió—. Podemos volver a casa y empezar a escribir nuestra historia.

«A casa», qué bien le sonaba eso a Estela ahora.

—Estoy impaciente por hacer ese trabajo contigo.

Capítulo 43

Dos años después



La mesa circular lucía restaurada con un jarrón que no pertenecía a la casa, pero que iba muy bien con el estilo Art déco de la época. El metal dorado de la lámpara brillaba al reflejarse la luz que surgía de sus esferas relucientes. Todo estaba limpio y cuidado, parecía que el tiempo no había pasado por allí. Estela lo miró todo satisfecha, aunque no recordaba con exactitud su vida en la casa, cada vez que entraba tenía buenas sensaciones.

La casa museo Domuiño ya era una realidad, desde luego los restauradores habían hecho un buen trabajo. Estaba tan emocionada como el día que dio su primer concierto en el Metropolitan de Nueva York. Gabriel, a su lado, resoplaba nervioso, pero la miraba sonriendo, tan complacido como lo estaba ella. A Guarda era la primera parada que habían elegido para presentar el trabajo que les había costado dos años, un libro que recogía la historia de los amantes de Pedre, pero también la vida y obra de dos compositores que merecían su espacio en el mundo de la música: Amalia Domuiño y Étienne Fauré. Ya estaba programado un recorrido por distintas partes del mundo. El siguiente paso era el conservatorio de París, y por supuesto, Privas, el lugar que vio nacer a Étienne. El nombre de Estela Santana avalaba aquel proyecto que tenía al mundo intrigado.

El aforo estaba limitado, habían tenido que tomar esa medida, ya que la casa no podía acoger a todo el mundo que quería ver a Estela Santana tocar por primera vez la obra de Amalia y Étienne, porque de ese modo querían abrir la presentación. Junto al piano, que una vez la mantuvo unida a ese amor que sentía por la música, tocó el solo de violín que los amantes de Pedre compusieron juntos, acompañada del pianista con el que solía dar recitales en España. Había ensayado mucho la pieza, pero fue en esa ocasión, cuando su memoria se trasladó a la casa de piedra en Vichocuntín donde la pasión dio paso a la creatividad de dos amantes que compartían afición. Sintió esa sensación de paz y bienestar que proporciona el trabajo terminado con el que uno se siente orgulloso después del esfuerzo. Notó el bienestar que la complicidad que había entre Amalia y Étienne les producía. Sus recuerdos sensoriales volvieron a ella provocados por la melodía que entraba por sus oídos. ¡Qué poder tan grande es el de la música!

Terminó su interpretación purificada y orgullosa. Miró a Gabriel que la esperaba en una mesa que se había dispuesto para hacer la presentación del libro. Los asistentes aplaudían con una expresión de complacencia en el rostro. Estela saludó y se dirigió a la mesa junto a Gabriel.

El alcalde hizo una emotiva introducción, visiblemente orgulloso de presentar el trabajo de su paisana, Amalia, y el francés Étienne Fauré.

—Dos almas, una melodía eterna —dijo Gabriel—. Ese es el título que Estela y yo elegimos para este trabajo de investigación. ¿Cuál fue el motivo de esta decisión? Pensamos que la música perdura a través del tiempo y, con ella, la emoción que sus compositores ponen en su obra

durante el proceso creativo. En este caso concretamente, además, hay una historia de amor que merece ser contada. —Miró a Estela con cariño durante unos breves segundos y volvió a dirigirse a la audiencia—. Los amantes de Pedre ya tienen nombre y apellidos, ya no solo hay una tumba en la que reza: La eternidad nos espera. Juntos en la vida y en la muerte. Ellos eran Amalia Domuiño y Étienne Fauré, dos seres unidos por el destino, cuya vida les puso obstáculos que fueron capaces de salvar juntos. La música fue el vínculo que los mantuvo fuertemente unidos. Su historia es conmovedora y nosotros la queremos convertir en leyenda.

—«La eternidad nos espera» —continuó Estela—. Y tenían razón. Es un hecho que su amor perdura a través de sus composiciones, un trabajo prolífico, lleno de retos, con una combinación de sonidos y ritmos única que estoy segura, alcanzarán la inmortalidad. Pero no solo son una demostración de su conocimiento de la técnica, sus emociones están grabadas en ellas, con esa duplicidad que la vida conlleva, con sus momentos de alegría y de tristeza, pero todo magistralmente plasmado en sus piezas. —Hizo una pausa para mirar a su compañero y luego proseguir—. Nosotros hemos vivido cada una de sus emociones a través de su música y esperamos que a vosotros os ocurra lo mismo cuando la conozcáis. Ya están programados varios conciertos por toda España, porque, de verdad, el mundo tiene que conocer a Étienne y a Amalia. Esperamos que disfrutéis de la lectura de este libro que hemos escrito con suma entrega y pasión, pero que no hubiera sido posible sin la colaboración de unas personas maravillosas que nos ayudaron a desentrañar el misterio que había en torno a las vidas de los amantes de Pedre. Ellos están hoy aquí, entre los asistentes, porque no podían faltar; han sido una parte muy importante de este proyecto. Muchas gracias a Marcos Torres, el párroco de Pedre, quien nos abrió su casa amablemente y se involucró en nuestra investigación; a Iago Montes, que buscó incansablemente la esquelera de Amalia entre todos sus periódicos y fue crucial para determinar fechas; a Yobana Mencía, que aportó información de mucho valor sobre Amalia; y, por último, a Rosa Vázquez, sin cuya ayuda no conoceríamos el legado que dejaron Amalia y Étienne, ni la totalidad de su historia de amor y su vida. Ella terminó de cerrar el círculo. Muchas gracias a todos.

Los asistentes aplaudieron y muchos se levantaron para adquirir el libro con las partituras impresas. Los compañeros de orquesta que habían asistido la felicitaron, al igual que Johann Fischer, quien no pudo faltar a aquella cita. Máximo Aguirre, había hecho el esfuerzo de viajar hasta Galicia para asistir a aquella presentación, tan importante para Estela. Durante el proceso en aquel trabajo, los había acompañado. Estela pensó que sería importante contar con su opinión y aquello fue un acicate importante para el alma cansada del viejo maestro.

Músicos, melómanos, amantes de la historia y la cultura, todos iban a saber de la historia de Étienne y Amalia; y por eso Gabriel y Estela estaban contentos. Mientras algunos disfrutaban del vino de honor, otros los detenían para dedicarles unas palabras aduladoras así que, con dificultad, llegaron hasta donde estaban Sonia y Ángela.

La mujer permanecía sentada en una silla al lado de su hija. Su enfermedad había progresado en los últimos años y ya casi no recordaba a nadie, pero sonreía alegremente cada vez que se encontraba con Estela; de algún modo sabía que la trataba siempre con cariño. Sonia estaba contenta de ver a su hermano feliz. Había sido testigo, en los últimos años, del amor que Estela y él se profesaban, y se arrepentía de haber sido tan retorcidamente tozuda. No tenía muy claro si la violinista pensaba lo mismo que, tiempo atrás, su hermano le había confesado: que Estela y él se conocían de otra vida. Lo que estaba claro era que, si no era así, lo parecía. Se compenetraban a la perfección, lo habían hecho desde el primer momento. No había dos personas más afines.

—Habéis estado estupendos —los halagó Sonia.

—Gracias —respondieron casi al unísono.

—¿Qué te ha parecido, mamá? —preguntó Gabriel.

Ángela lo miró con ojos alegres, pero desubicados.

—¿Tú quién eres?

Gabriel se sentó a su lado y pasó el brazo por sus hombros.

—Tu hijo —dijo, besándola en la mejilla.

—Yo no tengo hijos —negó con la cabeza—. Me casé hace muy poco, ¿dónde está mi marido?

—¿Quieres que te traiga un poco de zumo, Ángela? —le preguntó Estela para hacerla pensar en otra cosa.

—Y tarta —añadió con entusiasmo.

—Yo iré. —Se ofreció Sonia.

Estela se sentó al otro lado de la mujer y, flanqueada por los dos, Ángela suspiró profundamente.

—¡Qué bien que os volvisteis a encontrar!

Gabriel y Estela la miraron perplejos.

—¿Rosa? —preguntaron casi a la vez.

—Las promesas se tienen que cumplir. — Sonrió con una mirada dulce.

—¿Eres tú? —la interrogó Gabriel.

Un aroma suave a rosas pareció flotar en el ambiente hasta entrar por sus fosas nasales. Su madre clavó los ojos desorientados en él.

—¿Tú quién eres?

Con suavidad, Gabriel le tomó la mano a Ángela y la acarició cariñosamente.

—Está claro que sí, las promesas se tienen que cumplir —comentó mirando al frente.

—Y nosotros lo estamos haciendo —añadió Estela.

Capítulo 44

1907, Vichocuntín (Pontevedra)



Amalia y Étienne permanecían tumbados boca arriba, observando el azul del cielo que se podía vislumbrar a través del entramado que las hojas de los árboles habían entretejido, con una expresión de paz y placer en el rostro. Acababan de interpretar la pieza que habían compuesto los dos y respiraban profundamente, satisfechos. Giraron sus rostros para mirarse a los ojos. Podían pasar horas con las pupilas clavadas el uno en el otro, plenos después de tocar juntos. Tenían la sensación de que con su música lo llenaban todo de amor y sonreían con una sensación de plenitud. No necesitaban más; la naturaleza los envolvía y sus composiciones pasaban a formar parte de ella cuando la dejaban volar libre como un pájaro. Les gustaba pensar que sus notas se fundían con los troncos de los árboles, con las hojas, con la tierra y con la humedad que flotaba en el ambiente, volviendo al lugar divino que les correspondía. El éxito en una ciudad como París no era nada comparado con el que pensaban que habían alcanzado. Lo tenían todo. Y Étienne jamás creyó que había renunciado a una maravillosa vida de fama por Amalia; su alma de músico estaba completa; la de hombre, también.

Era cierto que Amalia se había sentido insegura después del incendio, pero ahora la vida, olía a rosas. Ese característico aroma la acompañaba siempre, representando al amor de Étienne.

Allí, tumbada a su lado, recordó sus palabras cuando, con la ayuda de Rosa, sembró de rosales blancos el contorno de su hogar. «Seguimos siendo almas afines, nada va a cambiar. Me pareces tan hermosa como el primer día en que te vi, eres igual que estas flores. El mundo es mucho más bonito desde que nos encontramos, con las alegrías y las penas que hemos vivido, incluidas. Tú y yo siempre juntos. Por toda la eternidad. ¿Me lo prometes?».

¡Sí!, ¡sí!, y mil veces ¡sí! Se lo prometió. Se lo prometieron. Ellos se habían visto desde el primer momento, por eso, no hubo dudas a la hora de hacerse su promesa. Todo lo que cada uno llevaba dentro, era una evidencia a los ojos del otro. Nadie se conocía mejor que ellos.

La decisión de aislarse no fue por las heridas de Amalia; a ella nunca le importó que los niños de Pedre la confundieran con una meiga. Lo hicieron porque no deseaban que cosas como la vanidad o el dinero mancillaran ese mundo que habían creado para los dos. Ella nunca pidió ser una mujer hermosa; fue la naturaleza quien la dotó de su belleza, pero estaba tan convencida del lugar donde residía su verdadero valor que perderla no le importó en absoluto. Si Étienne la amaba y ella a él, nada más tenía importancia.

Allí, en su santuario, vivieron su amor eterno, como se habían prometido, y Rosa fue la única testigo de aquel romance, siempre velando para que la tierra que lo alimentaba fuera como la que utilizaba para cultivar sus propias rosas.

FIN

Valencia, junio 2024

¡Gracias por leer!

Si disfrutaste de esta historia, te invito a dejar tu valoración y comentarios. Tu opinión es muy importante para mí y me ayuda a seguir creando.

Agradecimientos

¿Quiénes me han acompañado en esta aventura?

Maite, Tere, Nadia y Santi. Os habéis esforzado por ser concienzudos y lo habéis hecho solo para ayudarme. Vuestras primeras observaciones han sido muy importantes para mí y sé que mi manuscrito ha mejorado gracias a todas vuestras indicaciones. ¡Sois estupendos!

Por otro lado, también me gustaría dar las gracias a todos aquellos, lectores y compañeros, que me habéis apoyado en las redes durante el proceso creativo dejando vuestros comentarios en mis publicaciones. Para mí ha sido de mucho valor y me he sentido súper arropada.

Si quieres saber más sobre la autora y sus novelas, o ponerte en contacto con ella, visita:

<https://www.monicagallart-autora.com>

<https://www.facebook.com/monicagallartautora>

<https://www.instagram.com/monicagallart.autora/>

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[¡Gracias por leer!](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[SOBRE LA AUTORA](#)

[1] ¡Un momento!

[2] Musical de Broadway, que posteriormente fue llevado al cine, en el que un pueblo llamado Brigadoon y ubicado en un bosque escocés, aparece una vez cada cien años.

[3] Un efecto sonoro que consiste en pasar rápidamente de un sonido hasta otro más agudo o más grave, haciendo que se escuchen todos los sonidos intermedios posibles.

[4] ¿Te gusta?

[5] Dulce y hermosa

[6] Oh, mi pequeña violinista, ¿por qué has tardado tanto?

[7] ¿Ah sí?

[8] Sin ti estoy perdido.

[9] ¿No es así?

[10] Aceleración o desaceleración del tempo según el criterio del intérprete.

Acerca del autor

Mónica Gallart

Nací en una bonita ciudad oreada por la brisa marina del Mediterráneo, llamada Valencia, en el seno de una familia de artistas. Por eso creo que la imaginación ya me venía de serie. La lectura y la escritura llegaron a mi vida de la mano y podría decir que empecé a escribir desde que aprendí a hacerlo. Ambas cosas me abrieron la puerta a un mundo de experiencias, que casi podría llamar sobrenaturales, por el poder que tienen. Nada es tan mágico como tener la posibilidad de vivir vidas diferentes, buceando en mundos y sentimientos de otra realidad.

Los clásicos del siglo XIX siempre me han fascinado y siento una especial debilidad por las hermanas Brontë. Me encantan las atmósferas misteriosas de los escritores del romanticismo y trato de recrear esa sensación en algunas de mis propias historias.

Aunque me resulta difícil ponerme una etiqueta, he de reconocer que algo de gótica sí que tengo, aunque no todas mis novelas se puedan considerar de este género. Lo que sí puedo afirmar es que en todas hay algo de suspense y, sobre todo, mucho romance.

El acto de escribir es apasionante ya que me conduce a un estado íntimo que me acerca a mi mundo interior y me conecta con aquellos con los que comparto afinidad. Espero tener siempre la creatividad suficiente para no dejarlo nunca, porque ya no puedo imaginar mi vida sin esta aventura. El proceso creativo es un viaje único, y estoy deseando poder descubrir a dónde me llevarán mis próximas historias. ¿Me acompañas?

Libros de este autor

[La condesa blanca](#)

La condesa Irina Viázemskaia, irrumpe en la sociedad londinense con la intención de rehacer su vida, atrás ha quedado un difícil pasado que la ha marcado profundamente.

Con una nueva filosofía de vida en la que procura bloquear sus emociones, intenta recuperarse, pero la inseguridad la atenaza cuando William Howard aparece insinuando que es una impostora. ¿Acaso conoce su secreto?, ¿ese que podría arruinar su reputación? Sabe que debería alejarse de ese hombre, pero hay algo en él más poderoso que su fuerza de voluntad.

Un viaje desde la Primera Guerra Mundial, pasando por la Revolución Rusa, hasta los locos años veinte, en el que la vida no se detiene a pesar de todo aquello que amamos, y que irremediamente, nos vemos obligados a dejar atrás.

[El hombre que te ama, el misterio de la casa Dawking](#)

Jamaica 1831. Jacob Wilson está a punto de sufrir las consecuencias de su nada convencional modo de vida, cuando, tras seducir a la mujer de Adam Jones, sus matones quieren darle un escarmiento. Convencido de que nada podrá salvarlo, lord Dawking, un rico terrateniente, aparece de la nada para ofrecerle su protección. A cambio le pide un favor: viajar a Inglaterra para traer a su nieta, Eleanor, recluida contra su voluntad en un colegio para señoritas del condado de Hereford. Para conseguir su objetivo, Jacob tendrá que entregar su libertad en un matrimonio por poderes con Eleanor Stapleton, un sacrificio asumible teniendo en cuenta que pasará a ser un hombre rico, pero tras conocer a su esposa se dará cuenta de que no es para nada lo que él esperaba: una sombra oscura planea sobre Eleanor, algo de lo que le va a resultar muy difícil escapar.

Una mujer y un matrimonio poco convencionales, un misterio por resolver, supersticiones, locura, y un amor sincero y noble que hará frente a todo.

[Lo nuestro es diferente](#)

Sam le salva la vida a Ana cuando ella tan solo es una adolescente. Después de veinte años, y aunque todo un océano los separa, ambos recuerdan con toda nitidez aquel día y sienten que una fuerte conexión se ha establecido entre los dos. Para Ana, todo está muy claro, Sam es su destino, pero Sam anda perdido sin comprender lo que le ocurre, hasta que la casualidad hace que se crucen sus vidas. Conscientes de la existencia del otro, comienza una carrera en la que el objetivo es estar juntos como sea. ¿Volverán a reunirse de nuevo? para ello, solo tienen que tirar del hilo que los mantiene extrañamente unidos.

[Carlo De Flaviis, el hombre sin sonrisa](#)

Beatriz Acuña se encuentra en un aprieto cuando las monjas del convento en el que vive le comunican que su hermano, afincado en Jamaica, ha dejado de pagar su manutención. Solo tiene dos opciones: tomar los hábitos o el matrimonio. Ninguna de las dos le parece viable, aunque la llegada a la comarca del misterioso conde Carlo De Flaviis, el hombre que ha perdido su sonrisa, cambiará su oscuro horizonte.

Nadie sabe que Carlo De Flaviis viaja hasta la comarca de los Monegros con un propósito: conquistar a Beatriz. Pero, ¿cuáles son los motivos que lo han llevado a buscar tal objetivo, sin ni siquiera conocerla? ¿Van sus intenciones más allá de un inocente cortejo? Descúbrelo en esta historia de resentimiento e ira en la que solo el amor puede poner punto y final.

Un solo camino

Tras la repentina muerte de sus padres, Blanca de Blas, una joven insegura y dependiente, se tiene que trasladar a casa de su tutor, situada en un valle cántabro. Sumida en la tristeza, se siente extrañamente atraída por la trágica historia de dos amantes ocurrida en una casona del valle. Su obsesión la conducirá hasta Daniel Garrido, un joven excesivamente descarado y confiado, por el que siente una inexplicable atracción que se niega a reconocer. A pesar de todas las emociones contradictorias que le provoca, sabe que lo necesita para esclarecer los hechos que condujeron a la pareja a un trágico final, así que junto a él, se involucrará en la historia de los dos amantes, de tal modo, que se convertirá en parte de ella. Un solo camino cuenta dos historias de amor distanciadas por el tiempo pero repletas de paralelismos. Mientras Blanca nos va desvelando la historia de Alberto y Teresa, tendrá que descubrirse a sí misma para derrumbar los obstáculos que la separan de Daniel y así, evitar un funesto final para su propia historia de amor.

Crisálida

¿Cuál es el motivo que puede llevar a doña Cayetana a encerrar a su hija, aislándola del mundo? Ese es el misterio que tiene a Helena condenada a una existencia solitaria desde hace trece años. Pero inesperadamente, y en plena guerra civil, su madre decide regresar a la casa que la vio nacer, obligándola a relacionarse con la familia Monterriva. Sus años de reclusión la han convertido en una joven tímida y reservada y, aunque no es lo que desea, evita el trato con ellos. A pesar de sus reticencias, una serie de extrañas circunstancias la conducen a apoyarse en Manuel Monterriva, quien desde un principio la atrae. Sintiéndose insignificante y poco agraciada, ni tan siquiera puede imaginar que alguien como él se pueda fijar en ella. Pero los dos son más afines de lo que imaginan y, cuando lo descubren, el secreto que la ha mantenido recluida se interpone entre los dos.